

SE PROHIBE
Subrayar y/o marginar este libro,
en caso de devolverlo subrayado,
SE COBRARA SU VALOR

Las huellas de Guatemala

Gustavo Porras

S.UE(DL)
327.172
P838

PROPIEDAD DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
Biblioteca Central

DEDICATORIA

A Gabriela, Cecilia y Sebastián, y a los jóvenes de Guatemala.
A Vida y Albania, y a Úrsula, mi querida compañera.

S.UE (DL)
327.172
P828

PREFACIO

Este libro significa para mí el cumplimiento, al menos parcial, de un compromiso: dejar testimonio de hechos y vivencias que puedan servir de materia prima para la historia. A lo testimonial se agregan reflexiones e interpretaciones, que espero sean de interés, y me esforcé por escribir como hablo, luego que diferentes personas, a lo largo de mi vida, me exhortaron a hacerlo, y no sólo a producir análisis densos y abstractos.

Para redactar y concebir este libro tuve el valioso concurso de Margarita Herrera, quien me grabó por más de cien horas y luego se enfrentó a un enorme volumen de material que ella organizó, haciendo la estructura de diferentes historias y proponiendo un orden de la narración que no es cronológico, sino se inicia y concluye con los dos grandes fenómenos que marcaron un período histórico en Guatemala: la guerra y la paz. Además, Margarita se compenetró emocional e intelectualmente de la narración que luego de mucho trabajo se ha convertido en libro, y sin duda eso fue un estímulo importante.

Agradezco el apoyo de la Asociación Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI), y de la Cooperación Noruega, que hicieron posible la elaboración y edición de este libro, y de la Fundación Pro Paz, dirigida por mi amigo Carlos Sarti, quien no sólo se interesó en este proyecto sino me entusiasmó para que lo realizara.

BIBLIOTECA CENTRAL (Obsequio) Q. 10.00

47.H.C. S.n. (2018)

CAPÍTULO PRIMERO

EL MOMENTO DECISIVO

El retorno

De pronto recibí en París una conmovedora carta de mi papá. Me avisaba que, de la noche a la mañana, a mi mamá le habían detectado un tumor en el cerebro. Sin pensarlo dos veces regresé a Guatemala lo más pronto que pude. Me costaba creer y aceptar que una mujer de cincuenta y seis años, que siempre había sido sana y deportista, estuviera agonizando. Cuando llegué la encontré todavía consciente, aunque con una creciente dificultad para hablar. Al cabo de una larga agonía, murió. Pocos meses antes había muerto mi tía abuela, María Teresa Sempé, de la que fui el consentido y a quien quise mucho. Cuando supo de la enfermedad de mi mamá se enfermó ella también, aunque más daba la impresión que había perdido la voluntad de vivir, y sólo esperó mi regreso. Recuerdo su sonrisa de cariño y satisfacción cuando asomé a la puerta de su cuarto. Pocos días después murió. Luego de acompañar a mi papá un par de semanas volví a París. Finalicé la tesis que me exigía la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales para obtener el diploma. En octubre de 1975 estaba otra vez de vuelta en esta tierra de mis amores. Regresé a Guatemala con todo el ánimo y la voluntad de establecerme. Se abrió entonces una nueva etapa de mi vida.

Cuando concluyó el mandato presidencial del general Carlos Arana Osorio, todo parecía indicar que se perpetuaría el clima de terror que durante su gobierno se incrementó. Antes de ser Presidente, el general Arana había mostrado su talante represivo siendo comandante de la Base Militar de Zacapa, que en ese momento era el principal centro contraguerrillero en el país. Fue entonces cuando el río Motagua arrastró cientos de cadáveres y se ensangrentó la tierra del oriente. Combinando la represión a la población con la ofensiva militar sobre la Sierra de las Minas, el general Arana había logrado derrotar a las primeras guerrillas guatemaltecas y éstas tuvieron que comenzar de nuevo en otra parte del territorio. Seis o siete años después volvieron a surgir con más fuerza, pero la virtual derrota del movimiento revolucionario (1972), en alguna medida contribuyó a generar otras condiciones en el país, sobre la base de las cuales se intentaría (aunque sin mucho empeño), abrir espacios políticos y de participación.

Al general Arana lo sucedió en la Presidencia el general Kjell Laugerud. Sobre la base de experiencias anteriores y también de prejuicios, se consideraba al nuevo Presidente como otro gobernante militar que continuaría con las políticas represivas. Sin embargo, la realidad encuentra vericuetos que no se pueden adivinar ni con una bola de cristal. Este general llegó al poder mediante un descarado fraude ocurrido en las elecciones de 1974: «Fraude en directo y a todo color» tituló uno de los periódicos nacionales. Fue tan obvio que, sin importar la opinión de los millares de televidentes que veían la transmisión de los resultados, abruptamente, después de unos anuncios publicitarios, las cifras de los votos se habían volteado en contra del general Efraín Ríos Montt, candidato por el Frente Nacional de Oposición que iba arrasando en las urnas. Este fraude habría de traer profundas e insospechadas consecuencias en la vida nacional. La candidatura de Ríos Montt era impulsada por el Partido Democracia Cristiana Guatemalteca, el Partido Revolucionario Auténtico, encabezado por Alberto Fuentes Mohr, y el Frente Unido de la Revolución (FUR), liderado por su carismático líder: Manuel Colom Argueta.

Por lo que se refería al Presidente impuesto, poca gente sabía que el general Laugerud, hijo de noruego y guatemalteca, era uno de los oficiales más brillantes del Ejército. Se decía incluso que Luis Turcios Lima, ex militar y luego comandante guerrillero de las Fuerzas Armadas Rebeldes en la Sierra de las Minas, pasó un día clandestinamente frente a las instalaciones de la Escuela Politécnica y señalando a Laugerud, que estaba parado fuera, le dijo a sus compañeros:

—Miren, ese que está ahí es uno de los oficiales más capaces del Ejército de Guatemala. Ya verán que algún día será Presidente del país.

Desde que llegué a Guatemala empecé a percibir elementos de un cambio en la situación. Se respiraba otro ambiente. Me complacía y me hacía pensar el hecho que nuevamente la gente saliera a manifestar a las calles. Especialmente después del terremoto de 1976 y a pesar de los recelos, parecía que el presidente Laugerud era el gestor de una cierta apertura política. En todo caso, para mí, el retorno a la legalidad era una decisión tomada y, sin andar viendo micos aparejados, me inserté muy rápidamente. Comencé a dar clases en la Universidad de San Carlos y, al poco tiempo me contrataron para

un empleo que yo había deseado desde que vivía en París. Cuando en una ocasión nos encontramos en Roma, mi papá me comentó sobre *Inforpress*.

—Fíjate m'hijo —me dijo— que en Guatemala está saliendo una publicación excelente que me está sirviendo mucho. La he usado como base para escribir los informes que cada año tengo que mandar a las oficinas centrales de Grace en Nueva York. Te la voy hacer llegar.

Y de allí en adelante empecé a recibir y a valorar ese semanario, de manera que me produjo gran satisfacción la noticia de que Mario Carpio Nicolle, fundador y entonces director de *Inforpress*, me llamaba para que cubriera temporalmente el puesto de uno de los redactores que se iba de vacaciones. Cuando el redactor regresó, Mario me pidió que me quedara de planta:

—A lo mejor las condiciones de trabajo no sean tan buenas como usted quisiera, pero en menos de seis meses va a ser la persona mejor informada de Guatemala —me advirtió.

Efectivamente, ese trabajo fue un verdadero lujo. Al poco tiempo pasé a ser jefe de redacción y al final me quedé como director y gerente. Mi labor consistía en llevar el pulso de los acontecimientos nacionales y centroamericanos, revisar las notas de mis compañeros y escribir las propias. Todos los días leía los periódicos nacionales, además de un par de Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Para mí era una delicia darle seguimiento al proceso centroamericano desde diversas dimensiones y, sobre todo, bajo una disciplina de trabajo muy enriquecedora. *Inforpress* intentaba ser una empresa lucrativa. Su principal ingreso eran las suscripciones de las multinacionales, el gobierno y la propia inteligencia del Ejército. El semanario se distribuía cada jueves y sabíamos que el coronel Montalván, entonces director de la regional de telecomunicaciones y supuestamente uno de los grandes cuadros de la inteligencia, lo leía de cabo a rabo. En su calidad de suscriptor, siempre nos llamaba a primera hora para pedir más información o para corregir algún dato. Por supuesto, este tipo de clientela exigía una gran objetividad y Mario Carpio era un maestro en ese sentido; combinar la objetividad y los contenidos de fondo con la agilidad que debe caracterizar a la nota periodística, era una de sus orientaciones fundamentales. Asimismo, cuestiones de forma que en realidad son de fondo:

—Mientras más duro, crítico e incisivo sea un artículo, más debe ser su tono de corrección, de cortesía absoluta y sin señalamientos personales —nos insistía siempre.

Si bien se partía de un pensamiento editorial claramente progresista, el tener que abrir paso a nuestros conceptos con el rigor de la realidad fue una experiencia inapreciable; esa disciplina intelectual también fue fundamental para analizar y valorar la apertura democrática que se estaba viviendo. Pero como así son las cosas, al paso de los años, en uno de los tantos documentos que desclasificó el departamento de Estado norteamericano, Mario Carpio y yo aparecimos como directores de *Inforpress*, un medio que según el documento estaba «al servicio de la subversión y de la revolución».

Luego de más de diez años de ausencia, volver a encontrarme con Guatemala me daba la sensación que uno siente cuando deja de ver a un niño, y al paso de los años lo encuentra convertido en un joven o un adulto. Guardaba la foto fidedigna del país que dejé y por eso me saltaron a la vista los cambios de todo tipo; entre ellos los que se habían producido en el campo y en las áreas indígenas, que contrastaban con la situación que encontramos en los Cuchumatanes, cuando llegamos con el CRÁTER¹ en 1966. Entonces el modo de vida campesino se desenvolvía como un fenómeno aislado, casi ajeno al mundo circundante; el campesino atribuía su situación de pobreza no a las relaciones sociales sino, solamente, a factores naturales como las lluvias o las heladas. Me acordaba de esa área rural en la que predominaba una economía de autoconsumo, donde el dinero prácticamente no se movía. En tan sólo una década había cambiado mucho y eso lo terminé de constatar cuando fui a Huehuetenango por razones de trabajo. Allí conversé con un próspero comerciante con quien tenía una amistad de muchos años.

—Fijate Gustavo —me contó— que cuando ustedes vinieron a trabajar con el CRÁTER yo era el único que vendía radios en la cabecera; los pedía a la agencia de uno en uno y, conforme vendía un modelo lo iba reponiendo. Hoy ya no soy sólo yo quien vende radios, y pido treinta de cada modelo y los otros distribuidores también venden un montón.

¹ Cráter: organización juvenil de inspiración social cristiana fundada en 1965, sobre cuyo trabajo y características se volverá más adelante.

Cuando salí del país, los campesinos sobrevivían con lo que ellos mismos producían y con los pocos centavos que a veces lograban ganar al irse a la costa a cortar café. Al paso de una década, aunque sus condiciones de vida continuaban siendo bastante precarias, los campesinos estaban ya inmersos — la mayoría— en una agricultura cada vez más comercial, puesto que se generalizaba el uso de los abonos químicos, y ello significaba disponer de dinero y sujetarse a una economía de costos. Al cabo de poco tiempo, los campesinos antes auto consumidores, que sólo compraban unas candelas, unas baterías y tal vez un machete, ahora lo principal de su consumo lo pagaban con dinero, y para ello vendían lo fundamental de su producción. La economía campesina se había monetizado, en el país entero se habían ensanchado las relaciones monetarias.

Como a los seis meses de estar radicado en la ciudad, el 4 de febrero de 1976, ocurrió el terremoto. Con un grupo de amigos nos involucramos desde un inicio en la reconstrucción, para lo cual marchamos a San Martín Jilotepeque. En el último tramo del camino abordamos un camión lleno de gente que regresaba al pueblo luego de trabajar en la costa recolectando café. Les veía en la cara el dolor y la desesperación. No lograban siquiera ubicar sus propias viviendas. El sismo había borrado todos los puntos de referencia y el panorama era desolador. Al igual que muchos otros pueblos, este quedó en escombros. Por su parte, el presidente Laugerud supo aprovechar bien esa catástrofe nacional y logró transformar la perspectiva política de su gobierno. Hasta entonces no contaba más que con el apoyo del aparato estatal.

Desde hacía algún tiempo había llegado a vivir a Guatemala Mario Solórzano Foppa, un hombre muy agudo e inteligente, hijo de la poetisa Alaíde Foppa y de Alfonso Solórzano Fernández. Primero asumió la conducción de *Estudio Abierto*, programa pionero de entrevistas políticas en la televisión y, más adelante, fundó el periódico *Nuevo Diario*. Mario era entonces un militante clandestino del Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP, y su principal tarea consistía en recabar información de carácter estratégico y quizá favorecer determinados procesos políticos y sociales en el país. Utilizar su propia creatividad para vincularse con todo el mundo y así poder brindar información de primera mano a la dirigencia de la organización. Además de su talento, Mario tenía a su favor haberse formado en México, en un ambiente político más

desarrollado, lo que le permitió inmediatamente destacar e innovar. Parte de su tiempo lo dedicó a cubrir las giras presidenciales, sobre todo después del terremoto. Y por esas cosas que ocurren en la vida, desde que el presidente Laugerud conoció a Mario le tomó simpatía, y creo que Mario le correspondía. El día del sismo, Mario inmediatamente se fue para la Casa Presidencial; encontró al presidente Laugerud solo en un salón, con los codos sobre una mesa y agarrándose la cabeza. Mario le dijo:

—General, esta es su gran oportunidad. Es el momento para que conquiste un liderazgo real en la población, poniéndose a la cabeza para remontar esta desgracia.

Y así fue. Laugerud se volcó de lleno al tema de la reconstrucción y a cuidar que no fuera a pasar lo de Nicaragua, donde un fenómeno similar dejó al descubierto la corruptela del régimen y fue el comienzo del fin del dictador Anastasio Somoza. El presidente supervisó personalmente que el trabajo se desarrollara de una manera ordenada. No se habló de robos o desfalcos, la ayuda del exterior llegó a quien tenía que recibirla y el Ejército se involucró en la reconstrucción. Y esta catástrofe nacional trajo consigo un fortalecimiento de ese ambiente de apertura democrática. Hasta la matanza de Panzós, ocurrida en mayo de 1978, yo estaba convencido que la búsqueda de una salida política a la situación del país estaba presente en la perspectiva de ese mandatario. Pero en una acción inesperada y todavía no esclarecida a profundidad, el Ejército abrió fuego contra un grupo de trescientos campesinos q'eqchi's que había llegado a la plaza de Panzós, puerto pluvial sobre el río Polochic, para protestar por un asunto de tierras que no tenía mayor trascendencia. El resultado fue la muerte de más de cincuenta personas. Este hecho trastocó bruscamente el proceso de apertura democrática que había ganado fuerza después del terremoto y acentuó la percepción, ya de por sí muy enraizada, de que los militares no eran confiables y que todas sus maniobras tenían fines represivos.

A la vida familiar y al trabajo en *Inforpress* se sumó la oportunidad de retomar una pasión entonces interrumpida: la bicicleta. Y de allí para acá esa pasión no ha hecho sino acentuarse, hasta convertirse en una adicción. Los treinta años que tenía entonces era una buena edad para volver a «la pequeña reina», como le dicen los franceses a la bici. Al regresar de la reconstrucción

me compré una de carrera y empecé a entrenar a fondo, como siempre lo he hecho. Al poco tiempo me metí a correr en la liga de veteranos y más tarde entré a la Federación, a la «libre», con los ciclistas de elite. En 1979 tuve la dicha de correr la Vuelta a Guatemala, sueño más que acariciado. Un par de meses antes de la Vuelta pedí un permiso de trabajo sin goce de sueldo y me dediqué a entrenar a tiempo completo. El salario, al igual que el de los otros miembros del equipo de ciclismo, era bastante bajo, pero jamás iba a perder la oportunidad de vivir esa experiencia. Además, tuve el honor de estar en el mismo equipo con Saturnino Rustrián, uno de los mejores ciclistas que ha tenido el país, y con *Tito* del Cid, entonces campeón nacional de ruta, título que le ayudé a conquistar, al haber encabezado la persecución de dos escapados en la última vuelta de un circuito de 200 kilómetros corrido en el Anillo Periférico bajo una lluvia torrencial; una vez capturados Enrique Chinchilla y Sabino Carrera, el *sprint* fue un mero trámite para el famoso *Sapo* del Cid. Completaba la quarteta Roberto Acú, miembro de una familia de ciclistas mixqueños. Ya corriendo la vuelta, en el día de descanso, Saturnino, que es un tipo muy inteligente y penetrante, con una personalidad muy fuerte, me comentó:

—Vos Porrás, o sos hippie o sos comunista.

—¿Por qué me decís eso, Saturnino?

—Mirá —me respondió—, yo entiendo que corrás los domingos con los veteranos, es una distracción; incluso, entiendo que corrás en la Federación. Pero que estés metido en esta vuelta y te sintás dichoso, no lo puedo comprender. Si esto es un sacrificio espantoso que nosotros hacemos por pura necesidad. Y mirate vos... estás como si te hubieras ganado la lotería.

Nunca lo he olvidado porque me sorprendió su agudeza, ya que viéndolo bien he sido una mezcla de esas dos cosas, mi vida personal no se ha ajustado a los cánones convencionales; tampoco he logrado encajar en el esquema del comunista o del revolucionario ortodoxo conservador. Lo que he sido y sigo siendo es un marxista, que valora cada vez más la concepción y el método que nos dejó don Carlos, y que ahora se le considera *démodé*.

Durante los meses del entrenamiento rebocé de dicha, pero en el fondo de mi ser vivía una contradicción. Presentía que el breve período de vida «normal» estaba tocando a su fin y que, más temprano que tarde, regresaría a

la militancia revolucionaria. Estaba consciente de la evolución de la situación en el país a partir de lo acontecido en Panzós, y de la incidencia que tendrían los acontecimientos de Centroamérica. En Nicaragua había triunfado una revolución y en El Salvador parecía que ocurriría lo mismo. Yo presentía claramente que se iba a producir otro cambio radical en mi vida, pero por el momento me concentraba en la perspectiva de la Vuelta.

En el último año como Presidente, del general Laugerud (1977), se produjo la marcha de los mineros de Ixtahuacán. Recorrieron más de trescientos kilómetros hasta llegar a la capital, recibiendo en el camino efusivas y multitudinarias muestras de solidaridad, y un apoyo masivo por parte de las organizaciones populares. En ese contexto se celebraron elecciones que, sin necesidad de fraude, llevaron al poder al general Romeo Lucas García. A muchos nos sorprendió que un político social-demócrata altamente reconocido como era el doctor Francisco Villagrán Krammer aceptara ser vicepresidente de Lucas García, tipificado como un militar derechista. Lo más fácil fue interpretar que se había vendido por su afán de poder. Pero a mí me dejó en qué pensar. Y hace poco, leyendo uno de sus libros, resulta que Villagrán Krammer, sin afirmarlo categóricamente, deja sugerido que en el proyecto de Lucas García estuvo presente la idea de buscar una salida política, pero la propia evolución de los acontecimientos centroamericanos y la radicalización del movimiento interno cerraron muy pronto esta posibilidad. Para el 1º de mayo de 1980 la consigna del movimiento popular lo decía todo: «a derrocar a Lucas e instaurar un gobierno revolucionario, popular y democrático». Por si falta hiciera, con esto se hacía evidente el vínculo entre el movimiento popular y las guerrillas revolucionarias.

Para el régimen de Lucas y para el mando del Ejército, el triunfo de la Revolución Sandinista, el rápido desarrollo de la guerra en El Salvador, y el ascenso del movimiento revolucionario en Guatemala, indicaban claramente que lo que estaba ocurriendo en el país no era igual a lo de la Sierra de las Minas. Ya no se trataba de un bolsón guerrillero aislado. En febrero y marzo de 1980 se produjeron las luchas de la zafra, en las cuales decenas de miles de trabajadores, la mayoría emigrantes del altiplano indígena, forzaron a que el salario mínimo en el campo se incrementara en más del doble, pero no sólo eso: los periódicos mostraban concentraciones de trabajadores levantando sus

machetes en los patios de las fincas, imagen que como ninguna sintetiza el temor ancestral de criollos y ladinos: «cuando los indios levanten los machetes...»

Así se acumularon las evidencias de que una insurrección estaba en marcha en el país, de lo cual se percataron claramente los militares, y no así la propia dirección del EGP y las otras organizaciones armadas. El 19 de julio de 1981, en ocasión que surgiera a luz pública el Frente Guerrillero Augusto César Sandino del EGP, la televisión nacional pasó las escenas de la carretera Panamericana bloqueada desde Chimaltenango hasta Cuatro Caminos por centenares o miles de árboles derribados. Era evidente que sólo un hormiguero humano podía hacer ese tipo de acciones de la noche a la mañana. La represión, por supuesto, se fue acrecentando, lo mismo que las capturas, las desapariciones y los cadáveres tirados por cualquier parte. Uno sentía cómo esos golpes se le iban acercando cada vez más. Yo, por esas cuestiones providenciales que tantas veces me han ocurrido en la vida, tuve la suerte de recibir una advertencia muy oportuna.

Una tarde, a fines de 1979, un amigo del equipo de ciclismo de la Policía Nacional llegó a un pequeño negocio de bicicletas que habíamos instalado con el *Chucho* Goubaud, y me preguntó:

—Mirá Sholón, ¿vos tenés clavos con la pesada?

—¿Y por qué me lo preguntás? —le dije yo, haciéndome el sorprendido.

—Porque ayer llegaron los muchachos al Departamento de Tránsito donde yo trabajo y me pidieron un expediente. Lo fui a buscar y me di cuenta que era el tuyo. Entonces les dije que eras cuate mío y les pregunté qué clavo había con vos.

—No, nada —me dijeron—, parece que es una cuestión de un accidente de tránsito. Pero esas son babosadas, porque esos cuates son de la pesada.

Inmediatamente se lo conté a mi papá, con quien siempre tuve una gran confianza, y él se puso a averiguar. A los pocos días me concertó una cita con la persona que servía de vínculo entre la inteligencia militar y la empresa privada.

—Mire —le dije al fulano en cuestión—, yo sé cómo es este rollo. No estoy metido en nada pero si me van a agarrar mejor dígame lo y me voy.

—Voy a averiguar —me respondió.

Al poco rato nos convocó a mi papá y a mí.

—El coronel me dijo que no se preocupen, pues fue una cuestión de rutina, nada serio. Parece que usted dio unas declaraciones al radioperiódico *El Independiente*, señalando que en Guatemala el 2 por ciento de los propietarios poseían más del 70 por ciento de la tierra». Y antes de irse me preguntó:

—Por cierto, ahora que estuvo en Guatemala esta monja Marian Peter ¿la vio usted?

—No sabía que hubiera estado aquí —le respondí.

Se refería a la monja Mariknoll con quien yo había trabajado años atrás en la creación del CRÁTER. Averigüé al respecto y comprobé que ella no había estado en Guatemala. Pero lo otro, lo de las declaraciones al radioperiódico, me dejó en qué pensar, y le pedí a Mario Carpio que investigáramos si de alguna manera me habían citado. Resultó que sí, que lo habían hecho en un editorial, tomando la cita de un artículo que yo había escrito para una revista de la Universidad de San Carlos. El hecho ilustra el seguimiento permanente que las estructuras de inteligencia mantienen con relación a determinadas personas, que no son pocas.

Internamente supe que había llegado el momento de tomar una decisión. Se me desvanecía la expectativa y la ilusión de que Guatemala pudiera evolucionar pacíficamente. Ya desde la vuelta ciclista venía pensando en reintegrarme al movimiento revolucionario. Sentía y sabía que mi deber era estar al lado de la gente. Pero lo que me hizo decidir sin ninguna vacilación fue la brutalidad, la saña con la que realizaron la quema de la embajada de España.

Para las organizaciones revolucionarias en América Latina las ocupaciones de embajadas se habían convertido en un arma poderosísima que les permitía exigir la entrega de detenidos o lograr otras reivindicaciones. Con cada una de esas acciones echaban abajo objetivos alcanzados por los ejércitos contrainsurgentes, de manera que esto no podía prolongarse indefinidamente. Al tomar rehenes y retenerlos contra su voluntad, no se podía afirmar que se tratara de ocupaciones estrictamente pacíficas.

El 31 de enero de 1980 ingresaron a la embajada española un grupo de campesinos y de militantes de movimientos sociales afines al movimiento revolucionario. El gobierno respondió casi de inmediato con una brutalidad

inaudita; con ello dejó perfectamente claro que no iba a permitir ese tipo de presiones en Guatemala; que no se iba a detener ante nada, como efectivamente sucedió. Sin prestar la menor atención al embajador español que reclamaba el respeto a un territorio protegido por la Convención de Viena, miembros de la Policía Nacional escalaron torpemente por las paredes de la embajada, rompieron con sus garrotes las ventanas y provocaron la reacción de los ocupantes, aunque no se sabe a ciencia cierta quién inició el fuego. Para justificar la tragedia, la inteligencia militar inventó esa historia truculenta según la cual el embajador español, señor Máximo Cajal y López, estaba en connivencia con los invasores y por eso, inusualmente, había convocado e insistido en que llegaran ese día a su despacho los licenciados Eduardo Cáceres Lenhoff y Adolfo Molina Orantes, así como el doctor Mario Aguirre Godoy, quien fue el único que logró escapar. Lo que me pareció el colmo y le dio más fuerza a mi decisión de reincorporarme a la militancia clandestina, fue darme cuenta de la indiferencia con la cual muchos, en distintos sectores, vieron semejante acto de horror. A los pocos días empezaron a circular en el país horribles chistes en los que se hacía alusión al «churrasco español».

La clandestinidad

Independientemente de cualquier reserva respecto a la línea política o a la estrategia del EGP, no me cabía la menor duda que mi lugar estaba ahí. En nada abandonaba la posición crítica que me había hecho renunciar a las filas de esa organización ocho años atrás. Sin embargo, ahora la situación era completamente distinta. Ya no se trataba de suposiciones sobre lo que iba a pasar sino de un hecho concreto: en el altiplano indígena la insurgencia había adquirido el carácter de una rebelión popular y por ello mi lugar estaba allí. Volver a ser militante del EGP fue una decisión que tomé sin vacilación ni amargura. Al contrario, sabía que volvía a un medio donde prevalecía una alta calidad humana. Ser revolucionario en Guatemala ha sido siempre un acto de amor a la patria. Más allá de las virtudes o los defectos de cada quien, es un acto de desprendimiento; ser revolucionario en Guatemala, luego de tanta represión y reveses, jamás puede ser asociado con el oportunismo. Renuncié entonces al trabajo en *Inforpress* y entré a la clandestinidad, incorporándome a la estructura de trabajo amplio de masas del EGP.

Empecé a trabajar con Gustavo Meoño, amigo desde los tiempos del Liceo Guatemala y el CRÁTER, quien para entonces encabezaba la Comisión de Trabajo Amplio de Masas (COTRAM), y era miembro también de la Dirección Nacional. Mi incorporación fue a un nivel de dirección intermedia; si bien no podía tomar decisiones, sí podía opinar sobre temas estratégicos. En ese momento de enorme ascenso de la lucha, a nosotros nos correspondía organizar a los sectores populares. Trabajábamos con sindicatos y organizaciones populares de distinta índole, así como con sectores progresistas de la Iglesia Católica. La COTRAM era el vínculo con la Federación de Trabajadores de Guatemala (FTG), una organización sindical entonces fuerte, implantada sobre todo en las industrias del municipio de Amatitlán, las cuales aglutinaban un considerable número de obreros. La FTG, promovida por el llamado sindicalismo libre, formaba parte de la CIOSL², y a pesar que los trabajadores afiliados a ella gozaban de todas las prestaciones laborales y de condiciones de vida satisfactorias, estaban involucrados con el

² Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.

movimiento revolucionario. Y no sólo sus dirigentes; también los obreros. El entonces secretario general del sindicato de la Bayer me contó, años más tarde, que el ochenta por ciento de los trabajadores de esa empresa pertenecía al EGP. Desde la lógica prevaleciente en esa época, el movimiento sindical no se consideraba un aliado, sino parte integral del movimiento revolucionario. Más allá de luchar por mejoras salariales, su objetivo era radicalizar las luchas de los trabajadores y en su momento acentuar la crisis de la economía nacional, que era una de las condiciones para que el proceso de guerra revolucionaria culminara en insurrecciones.

El Comité de Unidad Campesina (CUC), la más fuerte expresión del movimiento indígena campesino, era otra de las organizaciones con mayor peso. Surgió del trabajo de base realizado en el marco de la Iglesia Católica, a partir de la década de los sesenta, especialmente en las zonas de Chimaltenango, Quiché y Huehuetenango. En el sector cristiano se aglutinaban sacerdotes, monjas y seglares, radicalizados al comprobar que el sistema político legal no representaba un camino, y que los esfuerzos pacíficos de cambio muy rápidamente enfrentaban la represión. Fue por estas razones que el trabajo católico de base derivó hacia el movimiento revolucionario, y no como se ha querido pintar, o sea, como el producto de alguna confabulación. En la COTRAM estaba el Comité pro Justicia y Paz, que era expresión de los católicos revolucionarios. Donde yo más participé fue en las organizaciones de pobladores de barrios marginales de la capital.

Moverme clandestinamente en la ciudad era un verdadero lío. Yo había observado que en los retenes nunca detenían a los ciclistas. Me pareció que la bicicleta era el vehículo ideal. El problema estuvo en que no podía caminar cinco cuadras sin que alguien me gritara:

—¡Adiós Sholón...!

Decidí entonces usar una motocicleta similar a las de los repartidores de correspondencia. De nada me sirvió. A pesar del casco y de la visera me seguían reconociendo. Total, me tuve que comprar una capa «Ciclón» contra la lluvia, la cual ocultaba completamente mi cuerpo de araña, y aunque me asara del calor me la ponía incluso en los días de sol. Y esa fórmula me dio resultado.

La masacre de la Embajada de España pintó al gobierno de Lucas de cuerpo entero. En ese contexto de ascenso de las luchas sociales y

revolucionarias a nivel nacional y centroamericano surgió, por iniciativa de cuadros del EGP, el Comité Guatemalteco de Unidad Patriótica, el Grupo de Notables, el Comité Nacional de Unidad Sindical y otras expresiones políticas y sociales que suscribieron la consigna de «derrocar a Lucas e instaurar un gobierno revolucionario, popular y democrático»; detrás de ello estaría la capacidad militar del EGP, que por entonces formó su primera compañía de fuerza regular. Sin embargo esta fórmula, que en Nicaragua había funcionado con el "Grupo de los Doce", en Guatemala no lo hizo. En mi opinión, esto ocurrió por dos razones principales: una, porque en Nicaragua el motivo de la lucha era antidictatorial, y por ello susceptible de unir a nicaragüenses de todas las clases sociales; en Guatemala, en cambio, independientemente de lo que se dijera, tenía el carácter de una lucha contra el sistema lo cual, salvo excepciones, no une sino divide. La segunda razón es que, en ese contexto, le fue posible al régimen de Lucas arremeter contra el movimiento popular, el movimiento revolucionario y personalidades notables sin importarle el costo político, fundamentalmente internacional.

Además, esta estrategia de gobierno revolucionario, popular y democrático, no fue asumida con igual intensidad por toda la organización, e incluso hubo segmentos que fueron hostiles a la misma o ni siquiera la tomaron en cuenta, como ocurrió, por ejemplo, en el FGACS. En ese momento, en el EGP las cuestiones conceptuales no eran una prioridad. El peso estaba en la agitación, en manejar una consigna aglutinadora. Con la preocupación de tener algo para poder trabajar con la COTRAM y los otros sectores, escribí un documento que se llamó *Por qué es posible y necesario un gobierno revolucionario, popular y democrático*. Asumía que lo popular y democrático significaba un gobierno amplio construido sobre la base de una serie de alianzas para aislar al adversario, el cual debía limitarse a la oligarquía de posiciones extremistas y la cúpula militar. De allí, todo lo demás había que ganarlo para una revolución política con perspectiva anticapitalista. En la práctica eso nunca se llevó a cabo y, antes bien, se hizo lo contrario.

Como parte del fenómeno de radicalización del movimiento revolucionario guatemalteco, en esos años cruciales, se transformó la idea original de las organizaciones amplias de masas y su papel político y social. Con la visión de que el triunfo estaba cerca se elaboró un nuevo concepto: el de

«organizaciones revolucionarias de masas», concebidas con objetivos insurreccionales. Estas organizaciones, que en realidad eran ya estructuras clandestinas, fueron aglutinadas en el «Frente Popular 31 de Enero», denominado así en conmemoración a la quema de la embajada de España. Dicho Frente iba a realizar una serie de acciones con bombas panfletarias de bajo poder explosivo y también con artefactos artesanales, con el fin de mostrar a los sectores populares que los recursos a su alcance podían servir para atacar al enemigo en el momento de la insurrección.

La militancia implica un conjunto de renunciaciones personales cuyas huellas no se borran jamás; al mismo tiempo vivíamos en la COTRAM un ambiente de mucha camaradería, de total disposición, sin que hubiera entre nosotros conflictos o rivalidades. La intensidad de los acontecimientos y lo profundo de la decisión personal hacen que uno sea capaz de enfrentar sin vacilaciones las consecuencias de sus actos. Es una experiencia muy difícil de explicar y más aún de trasladar. Sin embargo, cada vez más se estrechaba el cerco en torno nuestro, permanecer en la capital era cada día más peligroso. Las operaciones de inteligencia montadas por el Ejército empezaron a tener éxito. Se tradujeron en la caída de los famosos «reductos guerrilleros», término que acuñaron los medios. Todo comenzó con unas espeluznantes imágenes de televisión cuando ubicaron en Vista Hermosa una casa de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), integrante de URNG. Ellos, muy dados a seguir el ejemplo de los Tupamaros en Uruguay, alquilaron de fachada una gran mansión en la que vivían ocultas unas treinta personas que, entre otras cosas, fabricaban minas Claymore. De pronto, en la televisión apareció esa casa rodeada por cerca de quinientos efectivos del Ejército que empezaron a disparar con apoyo de tanques y artillería. Y la gente que estaba en la casa respondía el fuego en situación de extrema desigualdad. En directo y a todo color vimos cómo los ataques de artillería reducían la mansión a flor de piso y se acallaba la resistencia. Luego, mostraron el arsenal que habían decomisado y más de una docena de compañeros muertos.

Entonces empezaron las conjeturas. Nuestra comunicación con ORPA era a través de *Guayo Aguilera*, a quien yo había conocido en *Inforpress*.

—Mirá Guayo y ¿qué pasó? ¿Cómo fue que cayó la casa? —le preguntó Meoño.

—Fíjate que a fulanito —ex presidente de arquitectura de la Universidad de San Carlos— hace poco lo ametrallaron en la zona 9 y, según la prensa, le encontraron dos o tres cédulas; una de ellas era con la que se identificó como fiador para alquilar esa casa; de ahí provino la pista para el enemigo. Pero no hay de qué preocuparse, porque esa casa estaba aislada en la red clandestina, sólo vinculada con otras que ya desocupamos.

Sin embargo, pocos días después cayó otra casa de ORPA, ahora en la colonia Mariscal, donde fue capturado un arsenal muy importante. Y esta casa, supuestamente, no tenía vinculación con la de Vista Hermosa.

A los pocos días, nos volvimos a reunir con *Guayo*, y Meoño le dijo:

—Mirá Guayo, váyanse a la mierda... dejen de estar haciendo conjeturas de que si esto o si lo otro.

—No, mirá... lo que pasa es que no nos explicamos qué estaba haciendo fulano de tal entre la gente que cayó en Vista Hermosa, porque él era de otra célula.

Y dijo más cosas por el estilo, siempre buscando una explicación a cada caso.

Al día siguiente de esta conversación compramos con Meoño el diario *La Tarde* y en la primera plana vimos con estupefacción la foto del cadáver de *Guayo* Aguilera, abatido en la captura de una nueva casa de ORPA, ahora en la zona 14. En el EGP las diferentes estructuras también estaban compartimentadas, pero viendo la situación se decidió en la COTRAM vaciar un par de casas de la organización en la zona dos, en una de las cuales vivíamos con Juan José Hurtado y otros compañeros. Mientras quemábamos montañas de papeles (el EGP los producía en abundancia), veíamos a un grupo de soldados apostados en el techo de una casa vecina que fue habitada por compañeros de la organización. Andábamos pues «con el zope al hombro», como se decía en las viejas FAR³ para burlarse de la inminencia de la muerte.

Seguimos trabajando en una situación cada vez más vulnerable. Poco después el Frente Popular 31 de Enero inició sus «acciones revolucionarias de masas», basadas en la rapidez y el encubrimiento. Grupos de jóvenes llegaban

³ FAR, Fuerzas Armadas Rebeldes, organización base de las primeras guerrillas de los años sesenta.

a lugares que tenían un cierto simbolismo, se encapuchaban y explotaban bombas panfletarias para que la gente recogiera los volantes. En segundos se quitaban las capuchas y se perdían entre la multitud. Pero la estratagema no duró mucho. A través de operaciones de inteligencia, el Ejército ejecutó, desapareció o pasó de su lado a cuadros medios que eran clave para que las estructuras pudieran operar. Siguió golpeando hasta desarticular los frentes urbanos y terminar de recuperar armamentos en los famosos reductos. Algunos, como el doctor Francisco Villagrán Krammer, que durante dos años fue vicepresidente de Romeo Lucas, consideran que los éxitos del Ejército en inteligencia derivaron fundamentalmente de elementos aprendidos de la inteligencia israelí. Según su versión, los israelitas les habrían informado que los militantes clandestinos cambian frecuentemente de casa. En consecuencia, la inteligencia registraba todas las situaciones en las que los contratos no se cumplían cabalmente, y computarizaba los consumos de energía eléctrica para detectar la fabricación de bombas Claymore. No cabe duda que las técnicas son importantes, pero en mi opinión y en la de otros militantes que vivimos este período, la fuente principal de información y el recurso operativo más importante de la inteligencia contrainsurgente provino de la infiltración que logró en las filas revolucionarias.

Con la captura de los reductos el Ejército rompió la red logística de la guerrilla y le arrebató las armas de apoyo y de acompañamiento que con mucho esfuerzo había logrado introducir al país: lanza granadas, ametralladoras 30 y algunas 50, morteros, lanza cohetes RPG-7. De haber contado la guerrilla con ese armamento, el despliegue posterior del Ejército en el altiplano se habría complicado.

Frente Guerrillero Augusto César Sandino, FGACS

En ese contexto se nos volvió imposible permanecer en la capital. A finales de agosto de 1981 no quedaba más recurso que replegarnos al frente del EGP «Augusto César Sandino», ubicado en el sur de El Quiché y parte de Chimaltenango y Sololá. No se trataba de incorporarnos como combatientes sino de salvaguardar nuestras vidas y de contribuir en diferentes aspectos. Salimos de la ciudad en la madrugada y estando todavía muy cerca, casi pasando San Lucas, nos empezamos a encontrar con gente de la organización. El carro se detuvo.

—Sigán compañeros, está libre la carretera —nos dijeron con una gran seguridad.

Y eso se repitió durante toda la ruta. Continuamos, hasta llegar a la altura de Chupol. Ahí empezamos a caminar. Yo suponía que nos íbamos a ir por veredas para evitar las poblaciones, pero no. Anduvimos como Pedro por su casa, cerca de dos horas por los caminos reales y las pequeñas carreteras rurales. La guerrilla se movía tranquilamente entre la gente que nos saludaba con mucho aprecio y confianza.

—Que tal, compañeros.

—Gusto de verlos, compañeros.

Cuando llegamos al campamento donde se encontraba Camilo, el Comandante del FGACS, y vi la multitud que rodeaba a la guerrilla y la apoyaba, me di cuenta de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Fue, primero que todo, una emoción muy intensa, difícil de describir. El ambiente que reinaba en ese momento entre la población era de sosiego y alegría. Equivocadamente se pensaba que el Ejército ya estaba derrotado ante la magnitud del alzamiento indígena, y la vida cotidiana estaba impregnada de la jovialidad que produce el compañerismo, la solidaridad, los ideales. Antes de la tragedia, reinaba un ambiente de euforia. Cuando íbamos entrando me llamó la atención que en cuanto me vieron llegar unos jóvenes guerrilleros indígenas, con tareas de vigilancia, me señalaron y salieron gritando:

—Muchá, muchá, ahí viene el hijo de Egas.

Egas era un viejo chupado, arrugado, flaco, con ojos azules y ansiosos como los míos. Un personaje de lo más insólito que he conocido en mi vida. Coronel retirado del Ejército brasileño, a los setenta y cinco años, se había incorporado a la lucha guatemalteca. Y allí estaba con nosotros en las cercanías de Chupol, a 2,700 metros de altura, cuando él había nacido y vivido a nivel del mar. Fue miembro del cuerpo expedicionario que Brasil envió a Italia durante la II Guerra Mundial; veterano de la guerra de Angola, en la que participó junto al Ejército cubano. Dirigió la artillería del frente sur durante la guerra de Nicaragua. Nos hicimos muy buenos amigos. Se acostaba en una hamaca con su inseparable cigarro y taza de café (en realidad maíz tostado al que él agregaba café soluble), y en su español mezclado con portugués e italiano me pedía:

—Soshólogo, tómeme una foto en esta zona liberada.

Y efectivamente aquello parecía un territorio liberado, aunque Egas era el primero en darse cuenta que la situación era frágil, que no tenía sustento en una fuerza militar capaz, al menos, de contener al adversario. A los que llegábamos de la ciudad nos ubicaban en diferentes campamentos cercanos a las poblaciones. Los atardeceres y las noches se llenaban de música y canciones. Todo era bromas, risas, alegría. Donde yo estuve era un área muy fría. Dormíamos en unos barracones y menos mal que los inconvenientes de la vida cotidiana no me pesaban mayor cosa. En las noches, en cuanto nos acostábamos en el piso para dormir, sentíamos una invasión masiva de pulgas. Al principio yo no pegaba el ojo por estarme rascando, hasta que a los pocos días me acostumbré. Luego ya ni se sentía, y sólo al quitarse los pantalones para el baño de los sábados y verse las piernas llenas de piquetes y manchas de sangre, uno se daba cuenta que las pulgas se lo habían comido.

Hambre no pasábamos. Comíamos en la mañana y en la noche, casi siempre lo mismo: tamalitos de maíz y cocidos de hierbas, a veces aderezados con pupos de los ríos; a veces manzanas, que se encontraban botadas, y también aguacates. La comida nos la daban campesinos indígenas k'iche's. Nos encontrábamos en el área que el EGP denominaba «altiplano densamente poblado». Como se puede apreciar, no se trataba de un campesinado pobre. Aunque entonces no existían los cultivos de exportación, el maíz que producían era suficiente para que vendieran una parte y la otra les alcanzara hasta la

siguiente cosecha. Además tenían aves de corral, coches y, por lo general, una pequeña huerta con árboles frutales, cuyas cosechas en buena medida se desperdiciaban. Ya para entonces los constantes robos eran un problema grave en esos pueblos y una de las cosas que la gente apreciaba de la guerrilla era la erradicación de los ladrones. Y no es que los guerrilleros hicieran labores de policía, sino que en cada comunidad, los campesinos habían organizado los comités de defensa que se encargaban de la vigilancia, y la misma gente había logrado que los mañosos desaparecieran y por eso vivían con mucha tranquilidad.

En el frente convivíamos hombres y mujeres de distintas edades, clases sociales, culturas y ocupaciones, y el conjunto estaba dominado por la presencia mayoritaria de indígenas. En ese ambiente, las contradicciones entre las etnias pasaban a segundo plano ante la lucha común. Guardo en la mente una conversación que escuché:

—¡Ay Juan!... ¿quién nos iba a decir que un k'iche' y una kaq'chikel íbamos a parar siendo novios? —le decía una muchacha bella a un compañero k'iche' que luego tuvo un destacado protagonismo político en la izquierda.

La lucha común era el elemento unificador. Nos unía un sueño compartido por el que estábamos dispuestos a dar la vida. Y este papel unificador de la guerrilla sorprendía a muchos. Me acuerdo que cuando Luis Eduardo Pellecer Faena⁴ daba por la televisión un conjunto de informaciones sobre el EGP, mencionó entre ellas que participaban juntos indígenas ixiles y k'iches'. Entonces, un ciudadano español allí presente fue el único que reparó en lo que eso significaba.

—¿Dijo usted que están juntos ixiles y k'iche's? —preguntó muy sorprendido:

—Sí, eso dije —respondió Pellecer.

—Pero eso es extraordinario. Algo que no se había visto nunca —dijo el español, que conocía de las rivalidades seculares entre ambos pueblos.

Y realmente era extraordinario comprobar nuevamente (la primera vez fue en la experiencia del CRÁTER), cómo las diferencias étnicas ceden el paso ante un auténtico interés común.

⁴ Sacerdote jesuita vinculado con el EGP que fue capturado a mediados de 1981; luego apareció en televisión declarando que apoyaba a las fuerzas de seguridad del Estado.

Desde que llegué me dediqué a lo que ha sido una constante en mi vida: formar, enseñar, capacitar. Todas las noches la gente se reunía y yo daba una charla sobre diferentes temas. Volví a comprobar lo que ya había sido mi experiencia en el CRÁTER: los temas socioeconómicos no eran lo más importante para los pueblos indígenas, sino lo que se refería al respeto a la dignidad humana. Otra vez constaté que para lograr comunicarse con el indígena, con el campesino, es falso que se requiera hablar de cosas intrascendentes o utilizar imágenes simples y obvias. En el marco de la actividad del CRÁTER, en los Cuchumatanes, le explicaba a la gente ideas profundas de Pierre Teilhard de Chardin,⁵ al menos como yo las entendía, y nadie perdía el interés; íbamos del átomo cósmico y el punto alpha al punto omega, donde la evolución iba a ser rematada por una sociedad con un alto grado de perfección que por ello iba a encarnar a Dios. En el FGACS abordaba conceptos fundamentales del marxismo, sobre todo los relativos a la evolución social, y mis oyentes seguían perfectamente el hilo de la argumentación. A mediados de los ochenta, en México, le impartía capacitación a un grupo de indígenas k'iches' con quienes leíamos los diálogos de Sócrates, sobre los cuales ellos opinaban con toda pertinencia.

Jamás escuché entonces que se hablara de los derechos autonómicos de los pueblos indígenas, aunque dentro del EGP había un movimiento al que la guerrilla llamaba, marcando distancia, «los indigenistas». En el FGACS existía esta tendencia, y su característica era que colocaba las reivindicaciones étnicas en primer lugar. Este grupo publicaba volantes con el emblema del EGP, que era la famosa foto del *Che* Guevara en Santa Clara. De repente llegó a mis manos uno de esos volantes en el cual se afirmaba que a los mayas Dios les había dado un cerebro superior a los demás. Sorprendido, y después de discutir con ellos el punto, se lo comenté a Camilo. No hubo respuesta. Mi preocupación le dio risa y, en general el EGP, una organización político-militar, no se preocupaba mayor cosa por las diferentes expresiones ideológicas que había en su seno: lo importante era practicar una militancia disciplinada. En el FGACS la falta de rigor organizativo y político llegó a un extremo que, hasta donde yo sé, no se dio en ningún otro frente de esa organización. En el FGACS

⁵ Teólogo jesuita que hizo aportes fundamentales para reconstruir la línea evolutiva que condujo a la aparición de los seres humanos y que revolucionó la teología católica.

lo importante era que la gente tuviera disposición de lucha, que colaborara y participara. A los que llegábamos de la ciudad, Camilo y su entorno nos recibían con una consigna:

—Bueno *muchá*, aquí en el frente son tres principios los que rigen:

No te hagás bolas, agarrá la onda y ponete las pilas. Aquí: a lo que te *truje, truje*.

Otra de mis tareas fue colaborar con *El Informador Guerrillero*, órgano de expresión del EGP en esa época. Con los motorcitos que había en el frente se producía electricidad y lográbamos ver los noticieros de la televisión, y con eso y con lo que escuchaba en la radio me formaba una idea de la situación del país. También le hacía de fotógrafo. Disfrutaba mucho las visitas a las aldeas, a las cuales llevábamos el equipo de revelado y ampliación. Para las familias era un acontecimiento que las retratáramos, pero todavía más la experiencia del cuarto oscuro, donde veían emerger su imagen de un papel blanco sumergido en un líquido, y todo iluminado con una bombilla roja. Les explicábamos el proceso y les regalábamos las fotografías, lo cual era motivo de gran felicidad.

Desde luego no todo fue color de rosa. Desde los primeros días en el Frente, nos empezamos a reunir un grupo de los que habíamos llegado de la ciudad: Laura Hurtado, Mirna Paiz, Pablo Ceto y Gustavo Meoño, cuando andaba por allí, y también Gregorio Chai, cuadro del FGACS. Casi todas las noches nos juntábamos en el temascal o tuj, cuando lo había de tamaño suficiente, o nos las arreglábamos en cualquier otro lugar. En esas reuniones, sin faltar los chistes y las anécdotas, hicimos grandes deliberaciones que se hicieron cada vez más intensas y graves en la medida que la situación que he descrito se comenzó a revertir rápidamente y a imperar el terror. Al poco tiempo de estarnos reuniendo nos auto bautizamos como *La Cofradía del Tuj*. Entre las primeras cuestiones que discutimos —con mucha preocupación—, fueron las contradicciones que cada vez más se gestaban en el seno de las mismas aldeas y entre éstas y los municipios, debido a un conjunto de factores, desde las rencillas personales hasta la confusión en los objetivos y métodos de la lucha.

Una noche nos acordamos del famoso chiste de Pepito en la escuela. Un alumno dijo: la maestra llegó tarde porque se le rompió la media. Lo fue

pasando de boca en boca y cuando llegó al último, la maestra se dio cuenta y preguntó:

—¿Qué fue lo que te dijeron?

—Que la maestra es una hija de la gran...

Pues así pasaba. Por ejemplo, la orientación que provenía de la dirección era que debía bloquearse la carretera y detener el tráfico para explicarle a la gente los motivos de la lucha y luego dejarla pasar. Pero las instrucciones para esa operación pasaban de boca en boca al interior de estructuras donde no había la capacidad de trasladar correctamente las órdenes y comprobar que fueran entendidas; además, supervisar la ejecución de las mismas, asunto nada fácil. Siendo así, lo que al final ocurría eran acciones que producían efectos contrarios a los deseados, porque se paralizaba el tráfico y en ocasiones se desvalijaba a los viajeros. Cada vez con más frecuencia sucedían esta clase de acciones que se podían considerar de rapiña. El fondo del asunto era que la estructura del EGP presente en la zona fue desbordada de manera creciente por la insurrección que sin proponérselo había desencadenado. Conceptos simplistas, como el de los pobres contra los ricos, la gente los interpretó a su manera, en el marco de la realidad que conocían. Los ricos eran para ellos la gente acomodada de las cabeceras municipales, o el que tenía una tienda, ya no se diga un automóvil. Por eso, en vez de la gran alianza que exige toda guerra popular, lo que ocurrió es que se fueron agudizando las contradicciones en el seno del pueblo, lo cual se aceleró vertiginosamente y adoptó características dramáticas cuando el Ejército pasó a la ofensiva.

Lo anterior quedó patente en acciones como la toma de Joyabaj. Recuerdo que salieron del frente unos treinta efectivos de lo que era la «fuerza militar permanente», armados de manera muy desigual. A lo largo del camino se fueron sumando y sumando campesinos con sus machetes, con sus hachas. Al entrar a Joyabaj el pequeño grupo de treinta se había convertido en un contingente de unas cuatrocientas personas. En esa localidad por toda defensa había únicamente dos efectivos de la Policía Militar Ambulante (PMA), y uno de ellos estaba de permiso. El otro, en cuanto los vio llegar, disparó al aire una ráfaga con su subametralladora y gritó:

—¡¡No vengán a chingar a su padre, guerrilleros huecos!!

Y se escapó. Tenía lista una escalera para salir por una quebrada. Dejó tirada la *Bereta*, una subametralladora italiana, ya que sabía que el único interés de la guerrilla era recuperar el arma. Los campesinos que se fueron sumando, seguramente pensando que los habitantes del municipio (k'iches' como ellos), eran los ricos a los que había que vencer, saquearon tiendas de la localidad. Para colmo, el jefe de la fuerza del EGP ordenó colocar una carga de explosivo en el Acueducto que servía a la población. Luego supimos que los indígenas de Joyabaj que habían sido afectados empezaron a decir:

—Esta es la rebelión de los indios del monte —en alusión a la gente de las aldeas y a la que vivía en las montañas.

Y esta visión se fue extendiendo, transmitiéndose de boca en boca. Asimismo, contribuyó a desarrollar estas contradicciones el hecho que el EGP quemara no pocos edificios municipales, en el contexto de una visión a la que se denominó «trionfalista». En ese marco surgió la idea de desplomar toda presencia estatal en el área, sin comprender el significado de las municipalidades para los pueblos. Al poco tiempo se vio lo importante que era para las familias registrar el nacimiento de sus hijos y la misma organización comenzó a cumplir con esa función municipal. Se creó una especie de registro civil informal y apuntábamos los nombres de las criaturas en unos papeles con la efigie del *Che* Guevara y las siglas de la organización.

Conscientes de lo que estaba ocurriendo, nos reuníamos en el tuj y surgía una serie de planteamientos que de una manera u otra se trasladaban a la dirección, pero nunca encontramos mayor atención. Camilo era un guerrillero con buena disposición, carisma y dueño de una inteligencia natural, pero sin la formación suficiente tanto en lo político como en lo militar, para lo cual, sin embargo, tenía aptitudes. A lo político ideológico no le veía mayor trascendencia y lo militar lo concebía fundamentalmente en lo táctico. Además, como era tan difícil la comunicación con la dirección del EGP tampoco recibía mayores orientaciones políticas ni militares y las que recibía no las aceptaba. En el FGACS, los jóvenes guerrilleros indígenas sustituyeron al liderazgo maduro que durante años se formó en las aldeas, principalmente en el ámbito del trabajo católico. Los líderes con experiencia, con colmillo, catequistas formados en las comunidades de base y otras estructuras de Iglesia, y que se habían convertido en activistas del EGP, fueron rápidamente desplazados por

jóvenes guerrilleros. Al igual que en otras experiencias latinoamericanas, quienes tenían las armas eran los que a final de cuentas llevaban la batuta.

Una tarde asistimos con Mirna Paiz a una reunión del Comité Clandestino Local y escuchamos una discusión que nos dejó helados. Mirna fue la primera mujer en alzarse como guerrillera en la Sierra de las Minas y tenía muy grabadas las experiencias de entonces. La discusión era entre un veterano catequista y los muchachitos guerrilleros a quienes les decía:

—No muchá, no hay que estar matando a la gente. Son campesinos como nosotros. Hablémosles hombre... yo estoy seguro que nos los ganamos.

—Vos... porque estabas pálido cuando viste que le metí el cuchillo en el pescuezo a ese pisado que era comisionado militar —le respondió con actitud desafiante el novel combatiente.

—Pero no es correcto, muchá... decime ¿qué hacen aquí los comisionados militares? Su tarea es nada más mandar la lista para el cupo⁶ y se les puede hablar... Muchá, los podemos ganar —le insistía, tratando de convencerlo.

—No jodás... si cuando lo matamos hasta su mujer nos fue a decir que estaba bueno porque era lengüetón.

Mirna inmediatamente me comentó:

—Mirá Gustavo, igualito pasó en la Sierra de las Minas. Se fusilaba a un supuesto chivato del Ejército, la mujer salía y decía: él era un traidor y estuvo bueno que lo mataran. Pero cuando el Ejército llegó toda esa gente se pasó con ellos.

Pero no sólo eso. Nos empezamos a dar cuenta que también muchos de esos famosos ajusticiamientos se iban convirtiendo rápidamente en ajustes de cuentas. Las aldeas no se escapaban de las tantas contradicciones que siempre existen en las poblaciones rurales. En las últimas páginas del *Informador Guerrillero* se publicaba un listado y, en un momento dado, llegaron a sumar ciento cincuenta, doscientos ajusticiamientos por mes. No se trataba de una guerra de los indígenas contra los ladinos. Los ajusticiados eran todos indígenas, a los que otros indígenas sindicaban, con razón o sin ella, de ser

⁶ Así se le denominó popularmente al sistema de reclutamiento forzoso que imperaba en el Ejército de Guatemala, y para lo cual los comisionados militares enviaban los listados de los jóvenes mayores de 18 años de su circunscripción.

comisionados militares, soplones del Ejército, enganchadores de los finqueros u otras cosas. Por la falta de armas y para no desperdiciar porque se instauró la costumbre de usar arma blanca. La atrocidad, la saña que implicaba ese tipo de muerte, sin duda alguna, fue un factor que terminó de exacerbar la conflictividad entre la misma población de la zona.

En la toma y ocupación de la cabecera de Sololá me apunté como fotógrafo. Se había planificado como una rápida acción militar de propaganda y para recuperar algunas armas en los puestos de policía. Implicaba que dos grupos ubicados en diferentes partes del territorio convergiéramos en un determinado punto. A mí me llegó a buscar un guía para llevarme al lugar de reunión. Luego de un buen rato de caminar los dos solos, vimos una casa en la que había una tiendita.

—Mirá vos tomémonos un agua —me dijo el guía.

—Vaya, pues —le respondí.

Y entramos los dos. Casi inmediatamente el cuate dijo asustado:

—¡¡Uy, uy, uy!!... el Ejército.

No había terminado de decirlo cuando oímos una ráfaga, ahí cerquita. Los dos salimos hechos cohete. Ya otra vez caminando le pregunté:

—Mirá vos ¿cómo supiste que estaba el Ejército?

—Porque estaba saqueada la tienda, me contestó.

Yo ni cuenta me di. Esas tienditas eran cosa de penuria. Lo más que había era unas tres gaseosas, unas cinco bolsitas de *tortrix*, una cajetilla de fósforos, una libra de sal. Continuaron una ráfaga por aquí, otros disparos por allá. Sin embargo, nos reunimos con los compañeros y emprendimos la marcha. Tomé las primeras fotos de los combatientes caminando entre la niebla con sus escopetas artesanales y una hora después, al llegar a la orilla de la carretera, abordamos unos vehículos que nos trasladaron a Sololá. Ahí la fuerza principal era un destacamento de la PMA y una estación de la Policía Nacional. Parte de la fuerza guerrillera se parapetó al pie de la iglesia, frente al parque, y empezó a atacar con fusilería la casita de madera de la PMA. Los PMA ya lo habían previsto. Se pasaron por una escalera a la vieja casona de grandes muros donde estaba acuartelada la Policía Nacional. Unas señoras iban saliendo de la iglesia, justo cuando empezó la tronazón, y continuaron tan tranquilas porque no se habían percatado que no eran cohetes los que se

escuchaban sino disparos. Yo me había quedado en el parque y a la hora de los cuentazos me metí debajo de una banca con mi cámara. Y desde ahí le hacía señas a las señoras para que regresaran a la iglesia, pero fue hasta que escucharon el gran estruendo de un cohete lanzado con un RPG-7, que se dieron cuenta del asunto. Ni el compañero encargado ni nadie de los presentes, conocía las propiedades de esa arma, que disparó un cohete antitanque concebido para fundir metal, contra la casita de madera. Por ello, el daño causado se redujo a dos pequeños orificios, uno de entrada y otro de salida.

Al poco rato, y otra vez secundados por gente de la población que se había sumado, penetramos en la casa que ocupaba la PMA. Ahí encontramos los fusiles y los uniformes que usaban las reservas militares y unas cajas de parque tan pesadas que entre dos apenas se podían levantar. Entonces comencé a gritar:

—¡Ayúdenme muchá, que estas cajas son de parque!

Pero por poco se quedan allí todas, pues la gente, combatientes incluidos, estaba interesada en otras cosas. Se llevaron una máquina de coser, unos catres, los uniformes de los soldados de la reserva y objetos muy diversos y dejaron allí muchos de los fusiles Garand destinados a las Reservas Militares. El RPG-7 lo intentaron usar para abrir la bóveda de la sucursal del Banco de Guatemala, pero su portador, que no tenía ningún adiestramiento, apuntó a la bóveda y le pegó al techo.

El desorden fue tremendo desde el principio. Se suponía que a la mitad del camino entre Panajachel y Sololá y entre Los Encuentros y Sololá, se iban a colocar sendas emboscadas de contención, pero los encargados nunca llegaron. Se planificó que nos retiraríamos en vehículos que arribarían en el momento justo, pero no fue así. La operación no podía durar más de media hora y dos horas después seguíamos metidos allí, de un lado a otro, pidiéndole a la gente del lugar que nos ayudara a regresar al frente. Por fin logramos reunir algunos carros, entre ellos una ambulancia y un autobús de Rutas Lima y volvimos en caravana. Íbamos de Sololá a las inmediaciones de Chupol. Yo me fui sentado en la puerta abierta de la ambulancia, donde iban dos heridos del EGP. Pensaba que el Ejército nos iba a emboscar porque había dispuesto de todo el tiempo para hacerlo; sin embargo, lo que aquel desplazamiento parecía

era la vuelta ciclista. La gente de los alrededores oyó la tronazón y a la orilla de la carretera se aglomeraban cientos de personas que al pasar nos aplaudían y nos gritaban con entusiasmo:

—¡¡Arriba compañeros!!...¡¡Hasta la Victoria Siempre!! —y otro sin fin de consignas y gritos espontáneos.

Y así, todo el camino hasta que llegamos a nuestro destino. A la mañana siguiente, caminando por el campamento, de pronto veo a una escuadra de kaibiles marchando con el *paso de ganso* que hacen los militares en los desfiles. Una escena totalmente surrealista. Luego me di cuenta que los jóvenes guerrilleros se habían vestido con los uniformes y las gorras de kaibiles capturadas en Sololá. Estaban felices. Una de las diversiones de los patojos era pedirle a los guerrilleros que habían estado en el Ejército que les enseñaran las diferentes formas de jugar con el fusil y los pasos que hacen los soldados en los desfiles militares. Era impresionante lo atractivo que les resultaba a los campesinos todo lo militar. Hasta ese día la vida en el frente había seguido su curso normal.

En la *Cofradía del Tuj* no podíamos más que hacer llamados de atención sobre todos esos asuntos. Nunca logramos establecer un verdadero diálogo con la dirección del Frente. Sin embargo, cuando tenía oportunidad de conversar con Camilo éste era receptivo, pero ya la suerte estaba echada. Al ir constatando ese proceso ya descrito de desarrollo de las contradicciones entre la gente, yo le planteaba a Camilo: aquí se van a formar algo así como milicias contrarrevolucionarias en apoyo al Ejército —como efectivamente ocurrió (las PAC).⁷

No obstante, en ese momento se vivía en la euforia. Se tenía la certeza de contar con el total apoyo de la población y que eso era suficiente. La presencia casi nula del Ejército hacía ignorar hasta las mínimas medidas de clandestinidad. Las dificultades de comunicación entre la misma dirección nacional del EGP eran tremendas. Para comunicarse entre sí necesitaban más de una semana y a eso había que sumarle el tiempo que requerían para deliberar y resolver. Para cuando llegaba la respuesta, si es que llegaba, la

⁷ Patrullas de Autodefensa Civil. «... grupos de hombres civiles organizados coercitivamente por la institución armada como fuerza paramilitar complementaria, que pretendía aislar al movimiento guerrillero y controlar a sus comunidades.» (*Guatemala, memoria del silencio*, en: <http://shr.aaas.org/guatemala/ceh/mds/spanish/cap2/vol1/lasp.html>).

situación ya había cambiado. Era claro que para el funcionamiento de un estado mayor de un ejército guerrillero, además de cuadros, se requería de una infraestructura y de medios que no existían.

No obstante, como decía Egas en su divertido *portuñol*, estábamos viviendo en una zona liberada. La mística de trabajo común que despertaba la lucha revolucionaria en casi todos, generaba un ambiente de triunfo, de fraternidad, de entusiasmo, de alegría. Pero ya habíamos escuchado las primeras ráfagas.

CRÁTER

En toda la zona donde estaba asentado el FGACS, y prácticamente en todo el altiplano occidental, se desarrollaba desde mediados de los años sesenta un trabajo de concienciación y organización impulsado en el marco de la Iglesia Católica y el social cristianismo. Era la época del *aggiornamiento*, impulsado por un Papa anciano, Juan XXIII, que nadie imaginó los cambios que iba a efectuar. Uno de ellos fue la renovación y profundización de la doctrina social de la Iglesia, contenida sobre todo en las Encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*, y más tarde los documentos del Concilio Vaticano Segundo, a los cuales sucedió la llamada Teología de la Liberación y la opción preferencial por los pobres. Al igual que en otros países de América Latina, en Guatemala se fue conformando un contingente de sacerdotes y monjas progresistas, generalmente contrapuestos a la jerarquía de la Iglesia Católica Guatemalteca, que entonces era de corte eminentemente conservador. Estos religiosos de diferentes órdenes hicieron suya esa nueva doctrina social y, más que predicarla, la pusieron en práctica en casi todas las zonas indígenas del país.

En el origen de ese fenómeno está la organización llamada CRÁTER, un movimiento de seculares a los que en su momento Gabriel Aguilera calificó como «los cristianos de izquierda profunda». Esta organización la creamos un grupo de jóvenes al calor de la experiencia vivida en los Cursos de Capacitación Social que los padres jesuitas (los sacerdotes Eugenio Jalón y Juan de Dios Antolinez), comenzaron a impartir en Guatemala a ex alumnos de los colegios católicos. Lo que se proponía ese movimiento impulsado por los jesuitas era despertar la conciencia social en jóvenes —hombres y mujeres— que, por su posición social y oportunidades de educación, estaban llamados a desempeñar roles de liderazgo en la política, la economía y la sociedad. La idea era crear un proceso de reformas y de cambios sociales por razones de ética cristiana pero, también, para construir una barrera eficiente ante el comunismo.

El curso nos conmocionó, especialmente la reflexión sobre la realidad del país. El análisis se hizo desde esa doctrina social orientada al bien común, que hasta la fecha valoro positivamente. Esta le daba mucho énfasis al

respeto de la dignidad humana y aparecía como un justo medio entre los dos extremos. Por un lado, cuestionaba al capitalismo liberal por su deshumanización; por actuar sólo en función de la ganancia, sin tomar debidamente en cuenta la situación de sus trabajadores. Por otro lado, el comunismo abolía la propiedad privada y sometía a la gente a vivir bajo la dictadura de un partido que terminaba siendo el dueño de los medios de producción. Sin embargo, la manera de enfrentar al comunismo no era manteniendo el capitalismo liberal, sino se requería de un conjunto de reformas que llevaran a la transformación social pero sin el totalitarismo, sin la pérdida de las libertades, sin suprimir la propiedad privada, aunque ésta debía cumplir una función social.

Con la inspiración, el entusiasmo y el apoyo de una monja Maryknoll, la hermana Marian Peter (Marjorie Bradford), creamos el Centro de Capacitación Social (CEDECAS) y alquilamos una casa en el centro que bautizamos con el nombre de CRÁTER. Contar con ese espacio común de trabajo permitió que este movimiento de jóvenes social cristianos se fortaleciera y tuviera una cierta trascendencia. Comenzamos a trabajar en la capital. Mediante la venta de almuerzos, los cuales valían veinticinco centavos, empezamos a relacionarnos con estudiantes de institutos públicos y colegios religiosos de carácter popular que llegaban a comer a nuestra sede. Esto abrió un mundo que para muchos era desconocido, en esta Guatemala dividida en estancos, donde cada sector se encierra en sí mismo sin conocer a los otros, pero prejuzgándolos. Confraternizar con estos patojos y patojas, conocer su situación y sus puntos de vista empezó a modificar nuestra visión de las cosas. Al poco tiempo nos fuimos a trabajar a Huehuetenango, a las localidades indígenas donde los padres Maryknoll tenían sus misiones. Y al ir conociendo la nobleza y la profundidad del pensamiento de esta gente que vivía en la extrema pobreza, que sufría del abuso, del profundo desprecio hacia ellos y que, además, era objeto de violencia ante cualquier intento de componer las cosas, todo esto y otras cuestiones trajeron consigo un cambio radical en la vida de muchos de nosotros.

Para comenzar, en Huehuetenango repetimos el cursillo con muchachos y muchachas de los colegios religiosos Lasalle y La Sagrada Familia; también en los institutos públicos de segunda enseñanza. Al poco tiempo, estos mismos

jóvenes crearon el «Comité Huehueteco de Inspiración Social para la Acción», que se denominó «CHISPA» por sus siglas, y en alusión a las chispas que salían del cráter. Junto a ellos, empezamos a trabajar directamente con las comunidades. Los Maryknoll habían logrado hacer una excelente labor en términos de salud; contaban con un hospital muy completo en Jacaltenango y dispensarios en las aldeas; además manejaban algunas escuelas y estaban desarrollando técnicas modernas de cultivo. Y como estímulo, a sus mejores catequistas los enviaban a Estados Unidos a recibir cursos de liderazgo. Sin embargo, no habían conseguido mayor ascendencia en la población. Seguían reducidos a sus grupos de catequistas. Ya en el terreno, encontramos una tremenda división entre los mismos pueblos indígenas de los Cuchumatanes. La gente ni siquiera se dirigía la palabra. Reinaban los viejos conflictos familiares por litigios de tierra y otras mil razones; además, la profunda separación que existía entre los catequistas y «los paganos», como llamaban a quienes seguían la costumbre maya. Los Maryknoll no habían podido resolver el problema que les ocasionaban las prácticas religiosas indígenas que ellos consideraban contrarias al rito católico, y lo cual era la raíz de muchos de sus conflictos.

Hasta conocer ese mundo indígena, nuestra línea principal de capacitación se enfocaba sobre todo a los temas socioeconómicos. Con la opinión de los Maryknoll sobre los problemas más agudos, y los datos que ofrecía don Adrián Recinos en su *Monografía de Huehuetenango*, definimos que la cuestión central estaba en la emigración de los trabajadores temporales a la bocacosta cafetalera para la recolección de las cosechas. En la época de corte, las aldeas de los Cuchumatanes parecían pueblos fantasmas. A lo sumo se quedaban dos o tres familias indígenas. Y esta migración iniciada en la época de los gobiernos liberales había sido, y seguía siendo, motivo de abuso y de violencia sobre estos campesinos.

Escuchamos más de una historia sobre la brutalidad de las tropas de caballería para llevarse a la gente por la fuerza, tiempo atrás. Contaban cómo los amarraban a cables y luego los jalaban con los caballos. Cuando nosotros estuvimos allí, la legislación laboral señalaba que los trabajadores temporales debían ser transportados en camionetas de pasajeros, pero en la práctica los metían en camiones. Ahí viajaban todos, parados y apretujados uno contra el

otro, hombres, mujeres, niños, ancianos. En esos años, incluso, fue publicado en los medios de comunicación un hecho terrible acaecido en un camión cargado de cortadores que iba rumbo a la costa. Por los aguaceros, pusieron la lona para cubrir la carrocería, y en el camino se empezó a meter el humo del escape. Al rato, ese enjambre de personas comenzó a intoxicarse. Sin embargo, el chofer continuó su marcha, únicamente decidiendo que a quienes murieran los dejaran tirados a los lados del camino. En pleno siglo XX se repetía una de las tantas historias de quinientos años atrás. Linda Newson⁸ narra que en el siglo dieciséis, a los viajeros que preguntaban por los caminos, la gente los orientaba diciéndoles: «guíese por los esqueletos de los indios», pues en esa época organizaban caravanas de tamemes para que llevaran carga a lugares distantes y esto provocaba gran mortandad. En la medida que los indios iban muriendo, sencillamente, les cortaban las amarras y dejaban los cadáveres a la vera del camino. El colapso demográfico de las poblaciones indígenas, afirma esta investigadora, no se debió sólo a las epidemias que los españoles trajeron consigo. Explotar como cargadores a decenas de miles de indígenas hasta reventarlos en esos recorridos de enormes distancias y, a la vez, cambiarlos de hábitat, los colocó cerca de su extinción.

A mí me conmocionaba constatar que en Guatemala todavía, a mediados de los sesenta, los indígenas continuaban siendo explotados como cargadores. Lo había visto en Cobán, Alta Verapaz, a donde fui por invitación de los sacerdotes salesianos, entonces muy interesados en que el trabajo del CRÁTER se replicara en esa zona. En la pensión *Monja Blanca*, donde me hospedé, me encontré con el papá de un compañero de colegio, un ingeniero mexicano que apoyaba a la Dirección de Aeronáutica Civil, y estaba ahí con su equipo de trabajo para probar desde un cerro más o menos cercano a la ciudad de Cobán, si se podían captar señales de radio. Necesitaban subir un motor para generar electricidad hasta la cima de ese cerro conocido como *Chirish Pec Sacaranich*, o lugar donde cae el granizo. Y estando en esos arreglos, le dijeron a un señor de la localidad:

—Mire, necesitamos alquilar unas mulas para subir el motor y el equipo al cerro.

⁸ Linda Newson, *El Costo de la Conquista*, Editorial Guaymuras, Honduras, 1992.

Y el tipo les respondió:

—¿Para qué van a alquilar mulas?, con indios les sale más barato. Las mulas cuestan un quetzal mientras que los indios se consiguen por cincuenta centavos.

Eso decidió que pidiera sumarme a la expedición. A la madrugada siguiente llegaron cuatro indígenas con sus mecapales para cargar los equipos sobre sus espaldas. Como entonces el cerro todavía estaba virgen, mientras dos iban abriendo brecha con sus machetes, los otros cargaban el motor y el equipo, y así se fueron turnando. Al llegar a la cima estaban a punto de reventar. Hacer ese trabajo titánico por míseros cincuenta centavos me parecía inaudito. Con el poco castellano que hablaban me contaron que en las fincas donde mejor pagaban les daban veinticinco centavos por día. Generalmente el salario se reducía a ocho centavos más una tortilla con una cucharada de frijoles cocidos y una onza de sal. Esa era toda la renumeración para los trabajadores. En la segunda mitad de la década de los sesenta, en cualquier parte de Guatemala, la miseria rural era verdaderamente pavorosa, pero la de los q'eqchi's, en Alta Verapaz, se multiplicaba al triple. La gente más que con harapos se vestía con *chirajos*. Su pobreza era extrema. Y para colmo de su infortunio les caía la Guardia de Hacienda con el pretexto de confiscarles su bebida tradicional: el boj, un aguardiente de caña a medio fermentar que producían clandestinamente. En cada incursión, además del licor, los guardias arrasaban con lo poco que encontraban.

En los pueblos de los Cuchumatanes por supuesto que golpeaba la miseria, pero su nivel era otro. Según nuestros cálculos, las familias indígenas podían ganar más dinero por su trabajo en la costa del que sacaban de sus minifundios. Y desde esta lógica empezamos a plantear la necesidad de que se organizaran y lucharan por mejorar sus condiciones laborales. Cada fin de semana impartíamos cursillos abreviados en los municipios donde los Maryknoll tenían sus parroquias. Los viernes por la tarde, al salir de la universidad, emprendíamos camino. Para llegar a Huehuetenango hacíamos unas cinco horas en un jeep. Ya entrada la noche la subida a los Cuchumatanes era una verdadera aventura. En esas veredas estrechas y rodeadas de precipicios la niebla era tan densa que uno de nosotros tenía que bajarse del vehículo y con linterna en mano ir iluminando los bordes de

abismos tan profundos, que no lográbamos escuchar cuando llegaban al fondo las rocas que echábamos a rodar. A veces, a la una o dos de la mañana, tiritando de frío, nos encontrábamos enormes piedras bloqueando el camino. Pero al poco rato ya había llegado una camioneta u otros vehículos y quién sabe de dónde, en esos parajes desolados aparecía de pronto el montón de gente para acomedirse en la quitada de la piedra. Y era un verdadero disfrute cuando por fin la roca «se iba con Pancho», como decían los muchachos.

A la luz del día el paisaje parecía una alucinación y en las noches también, cuando la fosforescencia de las rocas acentuaba el aspecto lunar de esas altas cumbres, o bien la neblina llenaba de sombras y de misterios esos parajes inmensos, tachonados de cactus que simulaban llamaradas verdes. En los días claros, una luz diáfana como ninguna hacía refulgir los colores y dibujaba las caprichosas siluetas de una vegetación bella y extraña. Por entonces tuvimos las primeras noticias de que el terreno que pisábamos había sido lecho marino hacía unos 160 millones de años, al final del Jurásico, cuando sucumbieron los dinosaurios. El movimiento de las placas tectónicas proyectó el fondo del mar a la superficie, y por más de 100 millones de años las cimas de esos «azules altos montes» fueron un conjunto de islas, porque el resto de lo que hoy es nuestro territorio se seguía gestando, sumergido en el mar primitivo donde brotó la vida. Esa era la explicación de que se encontraran fósiles de conchas, caracolas y peces a más de tres mil metros de altura. Y por esa gran altitud (según nos decían), los árboles crecen rastreros, lo que termina de conformar un ambiente natural que, al menos yo, jamás he visto en otra parte. Y ese extraordinario escenario natural generaba en nosotros una enorme alegría de vivir y, junto con ello, una profunda mística.

Al principio, si bien desbordábamos entusiasmo y con la ayuda de traductores conseguíamos un buen nivel de comunicación, no lográbamos despertar en la gente un verdadero interés por nuestros temas. Ya sabíamos que las técnicas de laboratorios vivenciales que impulsaba la AID⁹ no funcionaban. La misma gente nos decía que la trataban como a simplones que no entendían nada y sólo les hablaban de cosas aburridas. Se nos ocurrió, entonces, darles la palabra; dejar que fueran ellos los que nos dijeran. Y así

⁹ Siglas de *Agency for International Development*.

nos dimos cuenta que el tema de la migración a las fincas de café lo veían desde una lógica muy diferente a la nuestra y, para ellos, no era el problema principal ni lo aceptaban como un destino fatal. Nosotros pensábamos entonces que la pulverización y el empobrecimiento del minifundio era un proceso inexorable y que por ello el destino de la gente era el trabajo asalariado. Ellos decían:

—Es que el problema está aquí. Si la tierra fuera más productiva no tendríamos necesidad de ir a la costa.

Era claro que su mentalidad no era de acumulación y, mientras pudieran vivir de sus cosechas, no les interesaba el trabajo en otra parte. Razonaban como campesinos, no como obreros agrícolas. Conforme se extendió el cultivo del café y, sobre todo, a raíz de la reforma liberal, se intentó atraer a la gente al trabajo estacional ofreciéndole un salario, pero no funcionó. Los campesinos indígenas, que entonces tenían qué comer porque disponían de tierra suficiente, preferían quedarse en sus pueblos y aldeas. Sin embargo, los liberales expropiaron los ejidos de los pueblos y convirtieron la propiedad comunal en propiedad privada, generando con ello un proceso de fragmentación que creó el minifundio, polo opuesto y complemento del latifundio. Así se fue conformando, con el tiempo, una situación en la cual el minifundio era la forma de subsistir, pero no alcanzaba para todo el año; de manera que tenía que complementarse con la emigración al corte de café. Sólo la desesperación, por no lograr sobrevivir con lo poco que sacaban de sus minifundios, hizo que estos campesinos empezaran a irse con sus familias a trabajar año con año a la costa. Resultaba paradójico que esta gente regresara siempre sin un centavo. En muchos casos, los mismos finqueros les proveían los artículos básicos que necesitaban para sobrevivir en la finca; al final de la temporada debían más de lo que recibían. Se comprometían, entonces, a regresar al año siguiente. Los patronos sabían que los indígenas cumplían siempre con su palabra, que jamás dejaban de pagar una deuda, y muchos se aprovechaban de esto para acentuar su explotación y mantenerlos atados a las fincas.

No obstante que en las capacitaciones continuamos trabajando temas socioeconómicos, empezamos a darle más énfasis a los relacionados con la dignidad humana. Y esta cuestión tan importante en la doctrina social de la

Iglesia fue lo que prendió; lo que verdaderamente les interesó. Constatamos la espontánea capacidad de los campesinos indígenas para reflexionar sobre cuestiones profundas. En esos años, del sesenta y cinco al sesenta y siete, hombres y mujeres seguían enfrentados a las mismas interrogantes de sus antepasados milenarios. Lejos de estar abrumados por los detalles de la técnica, las noticias, la política o los eventos mundiales, continuaban reflexionando sobre la esencia de las cosas, preguntándose cómo surge la vida y cuál es el sentido de la existencia. Y andando los años, leyendo algo de filosofía, me di cuenta que su cosmovisión era de naturaleza dialéctica, una dialéctica espontánea derivada de la observación y reflexión sobre sí mismos, la naturaleza y los astros. Al igual que otras culturas originarias, los indígenas guatemaltecos veían al mundo y al universo como estrechamente relacionados e interdependientes. Desde esta cosmovisión, todo lo que existe surge de los contrarios; de ahí su movimiento y su desarrollo. Y esta profunda idea filosófica de la unidad de los contrarios la explicaban con gran sencillez. Un día Javier Gurriarán, que fue párroco de Chajul a fines de los setentas, me contó que sus catequistas le explicaban:

—Todo es hombre y es mujer. La tierra es la hembra y la semilla es el macho. Los valles son fértiles porque se alimentan de las montañas. Nuestros brazos y los puños de las manos son fuertes porque tienen valles y montañas.

Entonces Javier les preguntó: «¿y qué pasa con Dios que es uno solo?»

Y los catequistas respondieron: «¡Ah! es que Dios es cabrón, porque es hombre y mujer al mismo tiempo».

Años después, en un libro que me regaló Jean Arnault, leí que Montaigne decía que la filosofía era espontánea en los campesinos. Doy fe. Recordemos que frente a la visión unilateral y fragmentada del hombre hecho de barro al que Dios sopla para darle vida, la concepción que está en el *Pop Wuj*, según la cual los dioses hacen de maíz a los humanos, refleja claramente esta visión de la realidad como una totalidad interconectada, porque efectivamente es el maíz, su alimento, lo que le permite vivir a los humanos, y son los humanos los únicos que pueden asegurar que el maíz sobreviva, ya que éste no dispersa naturalmente sus semillas. Es por medio del trabajo que las hojas se separan y los granos se desprenden y seleccionan para la siembra.

A pesar que éramos un grupo de hombres y mujeres jóvenes, canches y ciudadanos que no conocíamos el idioma, el trabajo que realizamos rápidamente comenzó a aglutinar a la gente. Sin duda el abordar problemas comunes a todo el mundo, independientemente de si eran católicos o «paganos», fue un factor importante. Aunque con el paso del tiempo he llegado a la conclusión que fue más importante trabajar con tanta mística y con el único interés de servir, desde los valores cristianos de hacer el bien y el amor al prójimo. Nosotros nunca planteamos que la gente se organizara para que nos apoyara en algo o para crear algún partido político. Nuestra meta era que los campesinos indígenas se organizaran por sí mismos y empezaran a luchar por sus derechos. Poco a poco nos comenzaron a buscar personas de otros municipios y así llegamos a Soloma, donde al cabo de un tiempo se sumó, al CRÁTER, el Comité Solomense para el Mejoramiento Organizado de Soloma, COSMOS.

Cuando llegamos a este pueblo enclavado a medio camino entre San Juan Ixcoy y Santa Eulalia, me pareció estar navegando entre las nubes. Para entonces, las mujeres usaban sobre sus trajes un enorme velo blanco que les cubría de la cabeza hasta casi los pies. Ya entrada la tarde, parecían espíritus que flotaban en la niebla. Al poco tiempo de arribar, nos dimos cuenta que en este lugar el dominio de los ladinos era mayor que en otros pueblos indígenas. Un pequeño grupo controlaba todos los negocios. La primera vez que llegamos, el cura convocó a la gente en la iglesia. Nos llamó la atención que los ladinos tenían ya su puesto en las bancas de adelante, mientras los indígenas permanecían de pie en la parte trasera del templo. El cura nos presentó y casi al empezar lo que nosotros llamábamos un Día de Acción, pidió la palabra un ladino. Se trataba del dueño del único hotel del pueblo, que años después fue diputado por el Movimiento de Liberación Nacional, de extrema derecha. Empezó su discurso diciendo:

—«Aquí en Soloma vivimos dos tipos de personas. Estamos los ladinos que somos gente decente, educada, trabajadora, sin vicios. Y están los naturales, pero ellos son gente sin interés, que no les importa vivir en chiqueros. Por más que les decimos muchá hagan esto, hagan el otro, no quieren hacer caso. Aquí somos nosotros los que realmente nos preocupamos por el porvenir del pueblo y tratamos de sacar adelante las cosas...».

Pero de pronto lo interrumpió un vozarrón que tronó desde el fondo del templo:

—«¡¡Mentiroso!!...».

El silencio que siguió fue sepulcral. Y aunque no lo puedo comprobar, creo que fue la primera vez en Soloma que un indígena se atrevía a descalificar públicamente a un ladino, y a la vez de los principales. El cura no supo qué hacer y nosotros, los visitantes de la capital, nos las ingeniamos para solventar la situación. Luego supimos que, cabalmente, de ese pueblo llegaron las primeras advertencias a las autoridades del Ejército sobre el trabajo del CRÁTER. Nos acusaron de estar soliviantando a los indígenas. En la Guatemala de esa época era considerado subversivo juntar a indígenas y ladinos, darles el mismo trato y afirmar que todos teníamos la misma dignidad.

Movimiento indígena

El trabajo del CRÁTER duró poco tiempo debido a una combinación de factores que nos condujeron a algunos a la radicalización. Lo primero fue el contacto directo con esa realidad de opresión, explotación y discriminación; a ello se sumaron las primeras presiones recibidas que, rápidamente, interpretamos como muestra de que no había espacios para la acción pacífica; asimismo, fue el momento en que se frustraron las esperanzas sobre el gobierno de Julio César Méndez Montenegro,¹⁰ mientras la guerrilla cautivaba con sus acciones audaces. Y para rematar, fue la época de Camilo Torres Restrepo, el cura guerrillero colombiano surgido de la clase alta de ese país, que murió en la lucha. Pero como ya señalé, el CRÁTER únicamente fue precursor de un trabajo de concienciación y organización que, de allí en adelante, siguieron desarrollando distintas estructuras de la Iglesia como Acción Católica, los Delegados de la Palabra, las comunidades de base, con distintas variantes y objetivos; en suma, este trabajo aportó a las comunidades progreso (el papel de Acción Católica y las radios católicas fue fundamental en la modernización de la agricultura indígena); pero también organización y conciencia cada vez más profunda de su valor y dignidad. En este marco, la separación entre catequistas y paganos fue cediendo el paso a la unidad por ideas e intereses comunes; fue así como surgió la reivindicación de lo indígena, el orgullo creciente de serlo y las demandas propias. Ese mismo fenómeno, con mayor profundidad y amplitud, me tocó volverlo a vivir con la guerrilla en el área del sur de Quiché.

El trabajo de la Iglesia, orientado a la formación de líderes y a propiciar la organización, que se extendió por casi todo el altiplano occidental, fue dando lugar a la conformación del primer movimiento indígena autónomo e independiente ocurrido en la historia de Guatemala. Esto, a diferencia de experiencias anteriores, cuando los indígenas fueron manipulados como apoyo de las dictaduras, y luego en el derrocamiento de Jacobo Arbenz, al utilizarlos en contra de la revolución por una Iglesia alineada con la derecha del país y la intervención extranjera. En cambio, en la experiencia de los sesenta y setenta

¹⁰ Lo ocurrido entonces se expondrá y analizará más adelante.

las estructuras de Iglesia, que hicieron el referido trabajo de concienciación y organización, actuaron sin ningún tipo de manipulación política. Y si bien se mantuvo alguna influencia, este movimiento indígena empezó a caminar por sus propios pies.

Ese movimiento experimentó por distintas vías para buscar soluciones a las problemáticas más urgentes. En tal contexto surgieron las primeras cooperativas en el área, y también intentos de conformar ligas campesinas para negociar colectivamente las condiciones de trabajo en las fincas de café, algodón y caña. Poco tiempo después, con ocasión de las elecciones generales de 1974, ese movimiento se involucró por primera vez en la política. El Partido Democracia Cristiana Guatemalteca desarrolló también un trabajo de organización en el altiplano; había logrado un acuerdo con las comunidades en el sentido de apoyar a sus candidatos locales a cambio del apoyo de las comunidades a nivel nacional y, en consecuencia, fue allí donde el movimiento indígena puso sus ojos. Como ya se dijo, en las elecciones de 1974 la Democracia Cristiana formó parte del Frente Nacional de Oposición, considerado de izquierda, y llevó como candidato presidencial al general Efraín Ríos Montt, quien ganó en las urnas, pero fue entonces que se realizó el fraude electoral, y si en la capital nadie dudaba de ello, mucho menos en los pueblos del altiplano. Allí todo mundo sabía que su voto había sido para Efraín Ríos Montt.

El movimiento indígena tomó la decisión de luchar para que se respetaran los resultados electorales. Sin embargo, los partidos políticos integrantes del Frente Nacional de Oposición no tuvieron la misma disposición. Por razones que desconozco, alcanzaron cierto tipo de acuerdos con el nuevo gobierno y no estuvieron dispuestos a salir a la calle a defender su triunfo; por su parte, Ríos Montt aceptó irse de agregado militar a España. Y ese movimiento indígena se sintió profundamente traicionado. Se dio cuenta que no podía contar ni con los partidos ni con los personajes políticos del sistema. Al igual que ocurrió en los años sesenta con los sectores estudiantiles y el movimiento urbano de clase media, en 1974 buena parte de este movimiento indígena llegó a la conclusión de que no había salida a través de la democracia electoral. Tal vez apresuradamente, consideraron que no les quedaba más camino que la lucha

armada. Y fue entonces que voltearon a ver a la guerrilla, cuya presencia ya conocían.

Andando el tiempo, Rolando Morán me contó que la participación de los primeros indígenas en el movimiento revolucionario, los cuales fueron de cultura Achí, se fue dando sobre la base del respeto a sus propias características culturales, pero también por el hecho de compartir con ellos condiciones de vida y dar ejemplo de consecuencia y sacrificio. Según la historia que me platicó, hacia mediados de los años sesenta, él y Luis Turcios estaban convencidos del potencial revolucionario de los indígenas; sin embargo, antes de penetrar en la zona achi', por el área de Rabinal, en Baja Verapaz, decidieron irse a México a consultar con Otto Schuman, un lingüista y antropólogo guatemalteco muy destacado. En la opinión de este experto, los indígenas tenían una distancia cultural infranqueable con la gente blanca o ladina y sería perder el tiempo querer involucrarlos. Sin embargo, ellos decidieron hacerle caso a sus propios análisis y, sobre todo, a su intuición.

Recordaba Rolando que en el área de Rabinal, uno de sus primeros acercamientos con los indígenas sucedió cuando iba en una patrulla guerrillera que exploraba el área. Luego de horas de caminar se detuvieron en una finca para ver si les vendían comida y les alquilaban unas mulas. El dueño se quiso congradar con ellos:

—No hombre, como van a creer... no tienen que pagar. Quédense a almorzar, yo los invito, mientras les preparan las bestias.

Ellos rechazaron la invitación, pagaron lo que debían y emprendieron su marcha. Un poco más adelante, a la orilla de la vereda, estaba parada una mujer indígena. Al pasar, los llamó y les dijo que la gente de la aldea quería hablarles. Al llegar, lo primero que hizo Rolando fue preguntarles cuál era la razón para querer conversar con ellos si ni siquiera los conocían. Y la gente les respondió:

—Es que ustedes no le aceptaron al finquero quedarse a almorzar con él, ni que les diera gratis los animales y la comida.

Ya en medio de la conversación, una mujer les preguntó:

—Y ustedes ¿dónde duermen?

Ellos explicaron que colgaban una hamaca de los árboles y le hacían techo con un pedazo de nylon para protegerse del sereno o de la lluvia.

—¡Ay pobrecitos!... —dijo entonces la mujer muy conmovida.

Como Rolando decía, en el mundo indígena era algo insólito que hubiera gente ladina y con educación, viviendo en el monte con tanta precariedad, y que caminara cargando sus pocas cosas.

En su libro *Los Días de la Selva*, Mario Payeras relata el encuentro de la primera guerrilla del EGP con unos comerciantes ixiles en el área de Ixcán; suceso que Payeras considera casual, y a través del cual comenzó la relación entre la población ixil y la guerrilla. Sin embargo, Javier Gurriarán me contó que ese encuentro no fue casual, sino que esos comerciantes habían sido enviados a la zona por los principales, con la orientación de establecer contacto con la guerrilla «para averiguar cómo es su corazón». Payeras me relató también sobre la forma como se produjo la incorporación de las poblaciones indígenas desde los días del Ixcán, y de qué manera los conceptos ortodoxos del EGP se tuvieron que ir modificando para ajustarse a la cultura local. El esquema de organización en células compartimentadas entre sí no se podía aplicar; tampoco la compartimentación al interior de la comunidad y menos de la familia. Por el contrario, en el caso de la familia, el padre aceptaba que el hijo participara en la guerrilla, pero tenía que ser él quien decidiera lo que ese hijo iba a hacer, porque lo conocía. Asimismo, Payeras contaba que a los primeros contactos se les daba la consigna de una nueva reunión, pidiéndoles que a ella llevaran a algunos más, muy bien seleccionados y de su total confianza. Y al llegar la guerrilla al lugar y la hora indicados, se encontraba con que estaba reunida toda la aldea.

—Pero compañeros... si les dijimos que esto era una cosa selectiva, que sólo nos íbamos a reunir con los de confianza.

—Sí... pero es que aquí todos somos de confianza —respondía la gente.

Así, desde el principio se empezó a desarrollar la incorporación indígena a la guerrilla a nivel de aldeas completas. De ahí surgió el concepto del EGP, *Molip Tulaj Aldea*, en español, «Aldea Revolucionaria».

Los motivos de la gente para incorporarse a la guerrilla fueron varios, y entre ellos hay que destacar el efecto de la discriminación. En el FGACS tuve ocasión de comprobar eso una vez más. Andando los días me fui haciendo más y más amigo de uno de los jefes del Comité Clandestino Local del área donde me encontraba, a quien apodaban *el Pupo*. —Vos Pupo, le decía yo,

tenés tu buena casa, tu picopito, tele a color, estufa de gas, sos comerciante y tenés tierra, ¿por qué estás metido en esto? —Porque lo han ofendido mucho a uno— me respondió.

En el área de Ixcán, un territorio poco poblado y donde el Ejército tenía escasa presencia, por mucho tiempo la guerrilla se mantuvo en secreto. Además de las cuestiones conspirativas, existía el muro del idioma, la barrera cultural. Aunque la incorporación de la gente fue acelerada, no desbordó a las estructuras orgánicas que se iban creando. Pero esto cambió radicalmente cuando se penetró al sur de El Quiché. Allí la situación fue distinta. La guerrilla no tenía necesidad de convencer a nadie porque la gente la estaba esperando. Eso era el producto de su organización y experiencia previa (conciencia), y del impacto que produjo en ellos el fraude electoral de 1974, ya relatado. Por eso en el sur del Quiché el fenómeno de incorporación multitudinaria que se había producido desde el Ixcán se convirtió en incorporación masiva, y lo que comenzó a ocurrir no fue el desenvolvimiento de una guerra prolongada, como había previsto y se proponía el EGP, sino una insurrección. Esa insurrección superó la capacidad de la organización para conducirla, sobre todo en la medida que la mayoría de la Dirección Nacional, lejana al lugar de los hechos, no comprendía lo que estaba ocurriendo ni que allí se jugaba el destino de la guerra revolucionaria. Eso, sumado a las contradicciones que ya existían con Camilo, hizo que nunca se tomara la decisión de concentrar esfuerzos en el FGACS. Y fue también esa insurrección la que planteó el desafío al poder del Estado, y al Ejército en particular. Es la dimensión masiva que adquirió la rebelión indígena, en el marco de la guerrilla, lo que se va a encadenar con una represión sobredimensionada, terriblemente cruel y despiadada.

La ofensiva

Desde mediados de agosto de 1981 que llegamos al FGACS, estuvimos a la expectativa de la reacción del Ejército. Pasaron los meses de septiembre y octubre y no sucedió nada extraordinario. Desde el principio y cada vez que podía le insistía a Camilo:

—Mirá Camilo, no tengo más formación militar que el poquito entrenamiento de soldado que recibí en Cuba... pero si lo que he leído sobre el tema algo tiene de cierto, este frente es muy vulnerable. Date cuenta que en cualquier momento el Ejército va a incursionar en profundidad sobre todo este terreno. Yo creo que hasta el lugar donde están puestas las minas Claymore es muy obvio. Camilo, que me conocía por mi seudónimo, respondía:

—No Hectorcito, si yo los conozco. Ellos lo que van a hacer es entrar a Chumanzana el día de mercado, agarrar unas cuantas personas, matar a otras y llevarse lo que puedan. Van a hacer pequeñas incursiones porque siempre han hecho lo mismo... yo sé lo que te estoy diciendo.

—Pero cabalmente porque siempre han hecho lo mismo y no les funciona creo que ahora va a ser diferente. Tienen evidencia de esta gran sublevación y se van a lanzar a fondo— le insistía, pero su respuesta era siempre la misma. No había forma de convencerlo.

Esa tendencia a creer que las cosas no pueden cambiar porque siempre han ocurrido de la misma manera es un error muy frecuente, cuando en realidad lo que se repite y no funciona es lógico que cambie. Por eso, si la experiencia no se analiza, si no se le coteja con el contexto más global, puede conducir al error de no prever el cambio. Camilo, el comandante del Frente Augusto César Sandino, estaba atrapado en esa situación.

Efectivamente sucedió lo que yo presentía. Al día siguiente de la toma de Sololá se hizo evidente la presencia masiva del Ejército en la zona. A las primeras de cambio y por ignorancia, nosotros lo asociamos a esa toma. Pero resultó ser una ofensiva de tal calibre que indudablemente había sido preparada con mucha anticipación. Desde los cerros aledaños vimos que cientos de soldados venían por la carretera, caminando en fila india a diez metros de distancia cada uno. Era un suicidio intentar hostigarlos. Se lanzó

entonces la consigna de hacer trampas. Por todas partes se escuchaba *el trock trock* de hachas y machetes cortando los maderos y afilando las estacas, y el golpe de piochas y palas abriendo los hoyos, algunos de los cuales eran de tres metros y más de profundidad. En el fondo de los mismos estaban colocadas unas púas de madera con los filos en forma de sierra, para que tuvieran un efecto de arpón. Si un soldado caía en una trampa, además de una lesión muy dolorosa, varios de sus compañeros tendrían que ocuparse en movilizarlo, lo cual incrementaba su efecto sobre el enemigo y detenía su avance, siempre y cuando funcionara.

En pocos días, ese hormiguero de gente llenó de trampas toda el área. Nuevamente me sorprendía la astucia natural de los campesinos. Sabían encontrar las ventajas del terreno y otro montón de cosas desconocidas para nosotros los ciudadanos. Egas, un buen estratega militar, había concebido lo de las trampas. Yo le pregunté, ¿y eso lo aprendiste de los vietnamitas? Y con un gesto de desdén me contestó: «No, eso lo aprendí en *La Guerra de las Galias* de Julio César. Las legiones romanas rodeaban sus campamentos de trampas en vez de cavar trincheras o hacer fortificaciones».

Pero el efecto de esas trampas sobre el Ejército parece haber sido muy reducido, dado que los soldados, al menos en esa área del sur de El Quiché, no encontraron casi ninguna resistencia militar, apenas unos hostigamientos, de manera que podían avanzar con tranquilidad observando el terreno. Los soldados, también campesinos, detectaban las trampas al sólo ver que la tierra estaba recién removida, aunque años después supe que estas trampas si habían ocasionado bajas considerables al Ejército. En el terreno se colocaron minas Claymore, pero a la mera hora funcionaron muy pocas.

La ofensiva comenzó cuando cientos de soldados ocuparon el tramo carretero que va, de la entrada a Tecpán, hasta Los Encuentros. Se posicionaron al lado derecho de la ruta (yendo de la capital a occidente), y desde allí empezaron a incursionar. Al principio nos pareció que el Ejército intentaba retirar del área a la mayor cantidad de gente a manera de aislar y ubicar a los organizados y concentrar sobre ellos el ataque, pero eso duró poco tiempo. Muy rápidamente los militares implementaron su estrategia de represión masiva y tierra arrasada. Se lanzaron encima de la población. Empezaron a matar indiscriminadamente. Incursionaban en las aldeas,

quemaban las casas y también las cosechas; los soldados saqueaban las pocas pertenencias de la gente. Más de una vez los vi pasar por la carretera, caminando disciplinados a diez metros de distancia cada uno, cargando las cobijas, los radios, los cacharros de cocina, las aves de corral, incluso las botellas de aguardiente clandestino que hacían los mismos campesinos. Era la rapiña sobre la pobreza.

Cuando comenzó la pesadilla yo estaba, con un pequeño grupo, a un lado de la carretera; los demás compañeros en el otro. Perdimos el contacto. Luego de muchas horas logramos unirnos y nos quedamos junto a Camilo y el mando del Frente. La magnitud de la ofensiva tomó por sorpresa al FGACS y, en general, al EGP y al movimiento revolucionario armado. En el FGACS los esfuerzos de la dirección se concentraron en buscar la forma que el Ejército aliviara la presión sobre el área; es decir, intentar dispersarlo, porque enfrentarlo no se podía. En una ocasión salí con una patrulla, con el propósito de observar al Ejército y, de ser posible, hostigarlo. A medida que descendíamos de la montaña hacia la carretera nos íbamos cruzando con ríos de gente huyendo de la muerte y de la quema de sus ranchos y sus siembras. Se me grabó la imagen de un grupo de mujeres que no llevaba nada consigo más que a sus hijos. Se me encogió el alma al percatarme del drama que era para toda esa población quedarse de pronto sin casa, sin cobertores, sin siembras, sin nada. Y cuando nos cruzábamos con esos ríos de gente, cada uno de ellos decía:

—Gracias compañeros.

La gente que huía del Ejército era recibida por los de más arriba con una fraternidad conmovedora; les decían,

—No se preocupen compañeros. Esto tiene que parar, no puede seguir mucho más. Miren, aquí no van a pasar hambre, tenemos un poco de comida. Vamos a matar esas gallinas, ese chivo. Todos vamos a lograr comer y descansar.

Para entonces, la gente pensaba —y quizás nosotros también nos hacíamos la ilusión— que esa ofensiva iba a ser como había dicho Camilo: una incursión punitiva con el interés de crear una situación general de presión, y luego tendrían que retirarse. Pero aquello se fue convirtiendo en una horrible

pesadilla. El terror seguía y seguía; se extendía, se incrementaba, crecía de una manera espantosa.

En pocos días, el ambiente de bullicio, de entusiasmo y de euforia se transformó en desolación. Antes de la ofensiva, uno sentía el sonido de la alegría hasta en el ladrido de los perros. Cuando ésta comenzó, los días y las noches se llenaron de un silencio sepulcral. Podíamos escuchar desde el llanto de los niños hasta el sonido de las llamas consumiendo las casas y el ruido sordo de los techos al desplomarse. Junto a ello, los aullidos lastimeros de los perros: «es que sienten la muerte», nos decía la gente. En medio de esa angustia, seguíamos escuchando las tronazones de pólvora, pero no de los disparos sino de los cohetes. Si se celebraba alguna fiesta no podían faltar los cohetes. Esa era la tradición. Egas no podía entender cómo una población bajo esa magnitud de ataque, quemaba cohetes. Y además se dice que el Ejército tenía la convicción de que esa pólvora era para avisarle a la guerrilla.

Como lo había advertido Mirna Paíz, desde que el Ejército se hizo presente, las familias afectadas con los ajusticiamientos, y pobladores de las cabeceras municipales como Joyabaj, se pusieron de su lado. Otros, a pesar de su buena disposición inicial hacia la guerrilla, cambiaron de actitud cuando se percataron de la magnitud de la ofensiva. También los hubo que resistieron heroicamente como población itinerante o refugiados internos. Para referirse a los soldados los indígenas decían los ejércitos. Yo los escuchaba decir:

—Es que todo verdea de ejércitos...

Ya en ese momento, la población comenzaba a percatarse de lo que iba a ocurrir. En una mañana de cielo despejado apareció un helicóptero del Ejército sobrevolando la zona. No era su propósito atacar, sino que se comenzó a escuchar una voz llamando a la gente en idioma quiché.

—El Ejército no les va a hacer nada —les decía. Y luego les explicaba que debían presentarse a los puestos del Ejército, en particular al de Chupol, para que les entregaran una identificación. Con ésta podrían estar seguros.

A pesar del ruido del helicóptero y la voz distorsionada por los megáfonos, casi inmediatamente la gente empezó a decir:

—¡¡Muchá, es el Emeterio!!... Es Emeterio Toj.

Se trataba de uno de los fundadores del CUC y uno de los principales líderes de ese movimiento indígena. El Ejército lo capturó y como sucedió en el

caso de Pellecer Faena, un día salió en la televisión declarando que se había equivocado, que estaba con el Ejército. Pero como la historia es larga, tiempo después Emeterio logró escapar y por ahí anda todavía, incorporado de nuevo al movimiento popular.

La gente del área, ante la magnitud de lo que se avecinaba y en estado de indefensión, con mucha preocupación nos empezó a plantear:

—Miren compañeros, lo que nosotros tenemos de ejército es un niño que no puede hacer más. Es mejor que se vayan todos ustedes. Nosotros vamos a sacar las credenciales ahí donde dicen los militares. Lo importante es no perder la organización.

Sin embargo, muy pronto se enteró la gente que personas que se habían presentado al puesto militar habían sido ejecutadas o las mujeres abusadas.

A lo largo de semanas continuaron las quemas de casas y de cultivos; el Ejército comenzó con los bombardeos de artillería dirigidos en contra de la dirección del Frente y quizá de la única unidad militar permanente, que apenas sumaba dos pelotones. Nos dimos cuenta que iban a bombardear por los conocimientos de Egas. Estábamos en una de las tantas aldeas en donde operó el mando, cuando llegaron los compañeros de una patrulla con un costal lleno de cosas que recogieron en un lugar donde había acampado el Ejército. Por precaución a que estuvieran envenenadas, no se tocaron las latas de comida. De repente cayó al suelo una pequeña regla de plástico señalada con unas marcas. Egas inmediatamente la recogió y preguntó:

—¿Dónde encontraron esto?

—En tal parte —le contestaron, y le dieron las referencias para ubicar el lugar.

El viejo refunfuñón, que era oficial de artillería, fue entonces a buscar unos mapas, de escala uno a cincuenta mil, en los que aparecían hasta las piedras, y ayudó a los compañeros a ubicar el punto exacto donde habían encontrado la regla. Hizo una serie de cálculos y de repente dijo:

—En este lugar acampó una patrulla del Ejército para ubicar ciertos blancos. Van a comenzar a bombardear con artillería y, si no me equivoco, lo van hacer aquí, en toda esta área. Esto que encontraron los compañeros es una regla de artillero.

No sé si esa noche o a la siguiente ya nos habíamos acostado en unos barracones donde dormíamos, cuando empezaron los bombardeos con artillería 105. Durante toda la noche escuchamos el sonido grave y profundo de las explosiones que se acercaban cada vez más. Sandino, un compañero ixil muy experimentado en combates, estaba pálido; una cosa era el fuego de fusilería y otra los cañones, aunque éstos tuvieran mucho menos efectividad. De pronto me preguntó:

—¿Desde dónde están disparando, vos?

—Desde Chupol —le dije—, y él no lo podía creer.

Inmediatamente vino a mi mente la Conquista y el efecto del estruendo de la pólvora.

En el barracón parecía que todos estábamos dormidos, pero nadie había pegado un ojo. De pronto se escuchó la voz de Rita, compañera de Camilo, que le preguntó:

—¿Será que esos disparos pueden caer aquí?

—Pues si siguen tirando en la misma dirección, creo que sí— le contestó Camilo.

Todos nos tiramos la carcajada. Los obuses estaban cayendo ya en las inmediaciones del barracón. A la voz de Camilo salimos fuera. Luego se dio la orden de tendernos. En plena oscuridad nos aventamos entre los surcos de una milpa contigua, con tan mala suerte para mí que fui a caer, justo, donde la gente iba a cagar. Ya no sabía qué me preocupaba más, si los cañonazos o la embarrada de pies a cabeza.

El efecto de la artillería en una guerra irregular donde el adversario no tiene fortificaciones ni defiende posiciones es fundamentalmente psicológico. Más tarde vendrían los aviones de combate y los helicópteros —estos sí, de gran efectividad. Bajo el acoso de la artillería y la aviación, comencé a ver en los rostros de los compañeros una palidez que no había visto antes; entonces me acordé que el *Che Guevara*, en *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*, describe la «cara de cerco» de los combatientes, refiriéndose a esa palidez tan peculiar que aparece ante el estruendo y la sensación de impotencia que provocan esas armas, sobre todo en quienes no tienen con qué responder. Veía esa cara de cerco en todos los compañeros, hombres y mujeres. Sin duda, yo también la tenía. A partir de entonces comenzó el peregrinaje de

pequeños contingentes mal armados, evadiendo al Ejército, ya sin el espíritu de triunfalismo pero siempre con la moral en alto. Quienes habíamos llegado de la ciudad no podíamos seguir allí. La ofensiva se incrementaba, no éramos una fuerza militar y nos estábamos convirtiendo en una carga para la población. Queríamos volver a la capital con la obsesión de hacer algo para aliviar la presión del Ejército sobre el altiplano.

Todo esto ocurría a fines de noviembre de 1981, de manera que marchábamos bajo el cielo intensamente azul de la época. El monte estaba cubierto de quiebracajetes,¹¹ unas flores moradas con blanco que siempre me han fascinado; refulgían, también, las muchas variedades de flores amarillas que anuncian cada año la proximidad del día de difuntos. Caminábamos por los bordes del río Pixcayá y yo pensaba que si Guatemala es deslumbrante recorriéndola por carretera, metido uno entre el monte es el éxtasis. Aun en las noches sin luna, el brillo de las estrellas alcanzaba a iluminar el camino. Qué contradicción, pensaba yo. Esta belleza se ha convertido en nuestro enemigo, porque le permite al Ejército una gran visibilidad, a los helicópteros, a los aviones. Y en este peregrinaje pernoctamos en varias aldeas. Nos deteníamos en sus cercanías y se enviaba a alguien a conectar a la población. En una ocasión, durante la marcha, salió gente a tirarnos piedras, pero la mayoría de veces los campesinos indígenas nos recibieron con la misma generosidad de siempre.

—Vengan compañeros, quédense aquí con nosotros. Vamos a matar este chivo...si de todas maneras los ejércitos van a venir y se lo van a robar junto con las gallinas. Mejor es que nos lo comamos ahora.

Y ahí pasábamos la noche viendo a lo lejos las inmensas hogueras de las casas quemándose.

En una de tantas fuimos a acampar con relativa tranquilidad a un poblado y durante el primer día no pasó nada. Sin embargo, en la madrugada del día siguiente yo estaba de posta junto al tendido donde dormía la gente de la población, que erraba con nosotros, cuando una señora levantó la lona que hacía de pared para que su hijo de meses cagara afuera de la carpa; a los segundos de realizada dicha función acudió presuroso un coche que se comió

¹¹ *Ipomaea volubilis*. Planta silvestre cuya flor dura sólo un día y suele adornar los cercos y paredes de las casas rurales.

las heces. Meditaba yo sobre la rigurosa objetividad del dicho según el cual, «coche que madruga come mierda caliente», cuando llegaron sofocados dos compañeros enviados como correo:

—Los ejércitos están bajando por el camino en camiones con el motor y las luces apagados.

Inmediatamente se lo comuniqué a Camilo, pero no hubo reacción. Seguía subestimando la envergadura de lo que estaba ocurriendo y a menudo repetía que a él los soldados «nunca lo habían sacado chaqueteado». Cada vez con mayor frecuencia llegaban los avisos; el Ejército se aproximaba, y eran las ocho, las nueve, las diez de la mañana. Como a las diez y media oímos de pronto el ronroneo del helicóptero, y entonces recibimos la orden de recoger nuestras cosas y salir. Corrimos hacia un cerro vecino cubierto con algunos pinos, no muy abundantes, cuando ya dos helicópteros cerraban círculos en torno a nosotros; volaba cada uno en sentido distinto, de manera que siempre teníamos uno delante y otro atrás. Desde la puerta abierta nos disparaban con sendas ametralladoras treinta, y se dice que uno de los que disparaba era el general Benedicto Lucas, entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército pero, sobre todo, jefe del ejército en campaña y principal actor de la estrategia en marcha. En aquella retirada, a la quién vive, iba también la población; en un momento dado tomé de la mano a un niño quizá de unos siete años. Junto con él estuvimos toreando a los helicópteros, girando en torno al tronco de un pino corpulento, hasta que pudimos correr hacia una quebrada, que constituía un refugio seguro frente al ataque aéreo. «Ora si nos jodieron, vos», me decía el muchachito.

—Calmate —le decía yo—, porque aquí estamos seguros.

De pronto se escuchó muy cerca el ruido atronador de las ráfagas de fusilería, y casi al mismo tiempo alguien gritó: «el Ejército». Entonces Camilo dio la orden que dejásemos tirado cuanto llevábamos, que era muy poco, y que nos retiráramos por la quebrada. Algún día quisiera pasar de nuevo por allí para evaluar en frío lo que hicimos. En tres o cuatro ocasiones el sendero terminaba al borde de un desfiladero, quizá de unos veinte o más metros de altitud, y no quedaba más que dejarse caer, procurando detener la caída con el roce de las escasas plantas prendidas en la arena; de pronto tocábamos fondo, pero sin daño alguno, pues abajo había volcanes de arena que nos recibían.

En medio de la carrera, de pronto encontré a uno de los compañeros de la *Cofradía del Tuj* que se había quedado paralizado. Me paré frente a él y le dije: «¡jay!». Fue suficiente para que reaccionara y echara a correr y que la risa nos ganara a varios, a pesar de situación tan crítica. La razón de que ese «¡jay!» tuviera el efecto mencionado se relacionaba con una anécdota que yo les había contado a los compañeros del Tuj, y que es producto de la genialidad de uno de mis compañeros de colegio, el *Chipe* Ramos. Cuando estábamos en cuarto de bachillerato fueron los movimientos estudiantiles de marzo y abril de 1962 en contra del gobierno de Idígoras Fuentes; estos dieron lugar a una represión sangrienta, aunque en nada comparable con lo que ocurriría después. En ese contexto, *Chipe* presencié una escena en la Avenida Elena, cerca de su casa. Un grupo de policías disparaba contra los manifestantes y estos se resguardaban en el umbral de las puertas. Los policías bajaban sus armas y comenzaban a retirarse, y entonces salían de nuevo los manifestantes y les gritaban: «chontes hijos de la gran puta», y otra vez la balacera. De resultas de esa experiencia *Chipe* decía después:

—¿Saben cómo son los guatemaltecos muchá? Son un montón de pisados que van en una camioneta bajando hechos mierda la cuesta de Villalobos y le van diciendo al chofer: «dele usted, dele usted». De repente se vuelcan en una curva y se matan todos y sólo dicen, «¡jay!» Y ese «¡jay!», *Chipe* lo pronunciaba como un leve suspiro.

Para entonces ya no eran sólo los helicópteros y la infantería sino se agregaron dos aviones A-37-B y también artillería, sobre todo morteros. Los aviones ametrallaban y disparaban cohetes sin ninguna efectividad, más que el impacto psicológico; apenas dos o tres granadas de mortero cayeron dentro de la quebrada; la onda de calor de una de ellas dejó a un compañero completamente desnudo y con la piel quemada como si hubiera pasado tres días bajo el sol. Sin embargo, para mis adentros yo pensaba que estábamos fritos, que nada más fácil que emboscarnos en esa quebrada, transportando tropa en los helicópteros y colocándola delante de nosotros. Sin embargo nada de eso pasó. Comenzó por fin a oscurecer y ello nos alivió de la persecución; sin embargo, con la oscuridad llegó una llovizna helada y nuestros pocos trapos los habíamos dejado en las mochilas abandonadas; así que nos preparamos para pasar una noche de perros, apretujados bajo una mata de

anona. A la mañana siguiente continuó la marcha y nos enteramos que, para retirarnos a un lugar menos riesgoso, debíamos atravesar el río Motagua, lo cual sólo era posible por un puente de hamaca o por un vado. Otra vez para mis adentros pensé que había llegado nuestro fin, pues habiendo sólo esos dos pasos, era obvio que el Ejército pondría emboscadas en ellos. Pero tampoco. Atravesamos el Motagua en calzoncillos, agarrados a un lazo, a plena luz del día. Nada pasó. Al día siguiente, cuando estábamos al otro lado del río sobre una montaña muy grande que fue fatigoso ascender, oímos el estruendo de los helicópteros, de los aviones *Aravá*, de la artillería y de los fusiles. ¿Pero cómo, si ya estamos todos aquí? Efectivamente, el ataque no era contra combatientes del EGP sino contra la población; quedaba palpable que al Ejército no le interesaba el pequeño núcleo de militantes, sino golpear a la población; inflingirle un escarmiento que, a pesar de lo que ya habíamos presenciado, no imaginamos hasta dónde iba a llegar.

A la cima de esa montaña llegamos caminando bajo la luz de una luna preciosa. Estábamos en el municipio de Joyabaj, en la zona donde las familias Herrera y Aguilar tienen fincas en las cuales residen campesinos a los que les prestan tierra para su cultivo, con el compromiso de acudir anualmente a las cosechas de café y de caña. Nos dirigimos a la casa de un principal indígena a quien nosotros bautizamos como *El Patriarca*; llegamos a su vivienda a las dos de la mañana encontrándolo despierto, el fuego encendido y un enorme comal sobre las llamas, donde unas seis mujeres echaban tortillas blancas que, al inflarse, estaban a punto y eran una verdadera delicia. Allí nos quedamos a descansar unos días. Temprano, en la mañana, bajo el cielo intensamente azul, hacíamos cola para recibir los tamalitos de maíz que la gente compartía con nosotros. Y cuando uno sentía que había recuperado la calma, de pronto volvía de nuevo la angustia al escuchar el ruido de los helicópteros que con bastante frecuencia volaban sobre nosotros, sin que tuviéramos idea de su destino o lo que pretendían. Nunca pudimos volver a sentir un poquito de paz. En la noche, cuando creíamos que la tranquilidad podía durar unas horas, volvíamos a escuchar las ráfagas y las explosiones por allí cerca. Y siempre el contraste entre la belleza y serenidad de esos parajes y la tragedia en marcha: una noche el cielo se iluminó con una lluvia de estrellas fugaces.

Obviamente nuestro pensamiento se concentraba en lo que estaba ocurriendo. Por mis escasas lecturas sobre temas militares sabía que la única manera de detener una insurrección era a través de acciones punitivas contundentes que conjuraran el fenómeno antes que éste adquiriera proporciones colosales. Recordaba a ese propósito la sentencia de uno de los clásicos del pensamiento militar, según la cual «el general que intentaba ahorrar sangre era el que más la derramaba». Pero yo veía que al mes, máximo a los dos meses, en esa área del FGACS, por una razón o por otra, la población ya había roto su vínculo con la guerrilla. Una parte se había refugiado en los montes y en las cuevas. Otra se había internado en las montañas buscando la frontera con México, y un número considerable, por su propia voluntad o por la fuerza, se había puesto ya de lado del Ejército, formando las primeras Patrullas Civiles. El asunto es que en ese lapso de dos meses o quizá tres, el Ejército, básicamente, tenía controlada la situación: ya había logrado sus objetivos fundamentales, ya le había quitado el agua al pez. Sin embargo seguía y seguía matando, arrasando la tierra de una manera cada vez más desproporcionada, y en ese momento yo no podía entender la razón de tal actuar.

Un día de diciembre llegamos a la capital. La preocupación general en el EGP, o al menos en el FGACS y lo que quedaba del frente urbano y la COTRAM, era ver qué se podía hacer para impedir que el Ejército continuara abatiendo a la población.

La contrainsurgencia guatemalteca

Mucho se ha dicho sobre que el modelo de contrainsurgencia aplicado por el Ejército de Guatemala era calcado del estadounidense. Sin embargo, el gobierno del general Romeo Lucas García mantuvo en ese tema una posición de distancia con el gobierno norteamericano. En una reunión para evaluar los veinte años del Mercado Común Centroamericano, que se celebró en México en 1980 bajo los auspicios de Gert Rosenthal, me encontré con Héctor Dada, un demócrata cristiano y viejo amigo salvadoreño que acababa de renunciar a su cargo como miembro de la Junta presidida por el coronel Majano. Héctor había sido también Canciller del gobierno democristiano presidido por Napoleón Duarte. Hablando sobre la situación de la región, contó una anécdota que me ilustró sobre el pensamiento del presidente Romeo Lucas y de otros militares guatemaltecos. Relató que en una conversación sostenida con el presidente Duarte, Romeo Lucas le dijo a éste, palabras más o menos, lo siguiente:

—Con todo respeto quiero decirle que, en mi opinión, ustedes están cometiendo un error haciéndole una serie de concesiones a los gringos para que les ayuden. Ustedes tienen que entender que esto les interesa más a ellos que a nosotros; de manera que si de verdad se pone grave la cosa, los gringos van a intervenir, y en ese caso lo que uno tiene que lograr es que se metan, pero que no manden. Si los dejamos que manden nos van a colocar en los mismos enredos en los que están ustedes. ¿Para qué hicieron la reforma agraria? No lograron el apoyo de la gente y sólo consiguieron enemistarse con los ricos que eran su sostén. Además, con camarógrafos y periodistas en los batallones no se puede librar una guerra. Y todo esto sólo para que los del Departamento de Estado puedan justificar su ayuda militar a El Salvador, argumentando que se está dando un proceso democrático.

Y realmente el Ejército guatemalteco nunca tuvo mayor dependencia de la ayuda militar de Estados Unidos. Además, se dice que cuando la administración Carter la suspendió, la CIA se las arregló para que esa ayuda la siguieran brindando los israelitas y los taiwaneses; además, la CIA misma financiaba el presupuesto de la inteligencia militar. A pesar de las presiones, el

gobierno de Lucas, anticomunista a morir, tampoco fue abiertamente hostil a la revolución nicaragüense. No se puede perder de vista que Nicaragua era y sigue siendo un importante socio comercial de Guatemala pero, aunque no me consta, bien pudo ser una forma muy hábil para conseguir que los sandinistas no intervinieran en el país, como en efecto ocurrió. A diferencia de la guerrilla salvadoreña, el movimiento revolucionario guatemalteco no obtuvo apoyo de los sandinistas en aspectos militares. Como se ve, el presidente Lucas fue un personaje muy astuto, pero en Guatemala todo el mundo decía que era un idiota. De idiota no tenía un pelo, sin embargo, ese era el estereotipo con el que se analizaba.

La contrainsurgencia guatemalteca fue mucho más calcada de la guerra de Argelia librada por los franceses, que de la contrainsurgencia estadounidense. Entre otros factores, porque uno de los gestores de la ofensiva contrainsurgente fue el hermano del Presidente, el general Benedicto Lucas, quien había estudiado en la academia militar francesa de Saint Cir y, junto al Ejército francés, combatió en la mencionada guerra, que fue tremendamente cruel con la población que luchaba por su independencia. Benedicto fue un militar muy cercano a su tropa, pasaba mucho tiempo en los cuarteles. General tropero, parece que les dicen en el Ejército a quienes son como él.

En el frente, cuando lo veíamos en la televisión, Egas comentaba:

—Ese no es un general, es un sargento. Los generales son estrategas que ni siquiera usan armas. Y miren a este con fusil, pistola, machete en la espalda y vestido de camuflaje.

Cuando el Ejército lanzó la ofensiva en el altiplano ya había roto la red logística y capturado los arsenales del EGP y de las otras organizaciones de URNG. Aprovechando esa ventaja, desde el principio los soldados ocuparon posiciones de altura en las cimas de las montañas. Posicionados en Chupol, nosotros los veíamos cuando se formaban en la tarde, entonaban el himno e izaban la bandera, pero no podíamos hacer nada. Era suicida pensar en atravesar las barrancas que rodeaban el cerro, ya que colocaban sus postas a medio barranco, y sin los morteros, las ametralladoras y los cañones sin retroceso perdidos en los reductos, era imposible atacarlos.

Los kaibiles

El EGP tampoco pudo recuperar del Ejército más que una mínima cantidad de armamento. Los combatientes decían:

—Una emboscada bien montada es como matar culebra. Si la tropa cae no tiene escapatoria.

Las emboscadas funcionaban porque la población organizada informaba a la guerrilla sobre los movimientos de los soldados, y esto permitía que las mismas se colocaran en los lugares adecuados e incluso que se movieran, en caso necesario. Sin embargo, el Ejército contaba con las fuerzas kaibiles que actuaban como fieras. Al caer en las emboscadas, en lugar de replegarse o parapetarse, los kaibiles se lanzaban sobre sus atacantes. Incluso a costa de muchas bajas y de sus propias vidas, impedían que las emboscadas se consumaran y la guerrilla pudiera recuperar el armamento. Compañeros del EGP contaban que en las emboscadas a los convoyes motorizados, en las que a veces quedaba un solo sobreviviente, ellos le gritaban:

—Rendite hombre, vamos a respetar tu vida. Luchá con nosotros, si somos hermanos, vos sos también un campesino.

Y la respuesta eran balazos. Heridos salían debajo de los camiones a agarrar los fusiles de sus compañeros muertos para seguir resistiendo. Y no dejaban de disparar hasta que llegaba el apoyo aéreo.

No se me olvidan algunas escenas que salían en la televisión en tiempos de la ofensiva. Para mostrar al pueblo la ferocidad del Ejército, sacaban imágenes en las cuales los kaibiles agarraban gallinas vivas, les arrancaban las plumas a mordidas y luego se las comían. Daba horror ver sus caras empapadas de sangre. Todavía existe la escuela donde se formaron esos kaibiles, «El Infierno» se llama y está cerca de Poptún, en El Petén. Según se sabe, el entrenamiento es brutal, feroz, o al menos lo fue. En reportajes de prensa salió que a los alumnos les daban noventa segundos para comer, al terminar los cuales debían correr por la selva durante una hora. Uno de los ejercicios era dejarlos solos en medio de ella; sin brújula, sin comida, sin agua, hasta que encontraran por sí mismos el camino para volver y la forma de sobrevivir en esos lugares tan inhóspitos. Contaban que al entrar al

entrenamiento les daban un perrito como mascota y al finalizar, cuando ya le habían agarrado cariño, lo tenían que matar y comérselo. Lo anterior no me consta, pero sí que esos soldados, considerados por algunos los mejores del mundo, mataban a los niños destrozándoles el cráneo contra las piedras y enfrente de sus madres y padres, que serían salvajemente ejecutados después. Hoy, soldados kaibiles integran diferentes misiones de paz de Naciones Unidas, donde su alto nivel de entrenamiento es muy apreciado. Y esa escuela es permanentemente visitada por oficiales de distintas partes del mundo que vienen a capacitarse. Por supuesto, el distintivo de kaibil era y sigue siendo un motivo de orgullo en el Ejército de Guatemala.

Para la guerrilla, la recuperación de armamento era una cuestión estratégica, pero el Ejército ya había aprendido de su experiencia en la Sierra de las Minas. Además de la alta disposición combativa de su tropa, jamás instaló guarniciones pequeñas que fueran un objetivo fácil, con la consiguiente recuperación de armamento. Hablando de la disposición combativa, el coronel Morris Eugenio de León me contó, muchos años después, que una de las ventajas de que el ejército guatemalteco no siguiera los patrones de Estados Unidos fue que no aplicaron las tácticas pregonadas por éstos. Los oficiales guatemaltecos iban al combate junto con la tropa, a diferencia de los oficiales salvadoreños, entrenados por Estados Unidos, que se quedaban en el puesto de mando observando el combate con prismáticos y dirigiendo por radio a la tropa, como lo proponían las tácticas norteamericanas. El mismo coronel decía que en un centro de entrenamiento militar en Estados Unidos, los oficiales guatemaltecos les decían a los salvadoreños:

—A ustedes los gringos los están jodiendo. Eso de que los oficiales dirijan las operaciones desde lejos es una táctica que desmoraliza a la tropa.

Contrario a lo que aconseja la prudencia militar, los oficiales guatemaltecos iban en la vanguardia de las columnas, en el lugar más expuesto, con el mismo uniforme de los demás soldados, sin los distintivos que denotaran su grado. Tal parece que el Ejército de Guatemala priorizó la agresividad y la moral de su tropa sobre la preservación de sus mandos y, hasta donde yo sé, en tres décadas de lucha armada que se inició en la Sierra de las Minas, en el ejército guatemalteco jamás se rindió un solo soldado.

La inteligencia

A finales de 1981, la Asociación de Gerentes de Guatemala invitó a dialogar al general Benedicto Lucas y, entre otras cosas, le preguntaron a qué se debían los golpes que se le habían dado a la guerrilla. El general Lucas contestó que eran el fruto «de los grandes avances que hemos tenido en inteligencia». La respuesta provocó la hilaridad de los presentes, según los cuales un militar no tiene ni dos dedos de frente. Nosotros, en cambio, sabíamos que eso era una terrible verdad.

Entre las medidas que se trataron de implementar para aliviar la presión del Ejército sobre el FGACS, se montaron a toda prisa operativos militares y de sabotaje en la capital y en la región oriental del país, en las inmediaciones de la carretera al Atlántico; se consideraba que la importancia de esa vía estratégica obligaría al Ejército a movilizar tropa hacia allí. Fue así como, sobre la base de algún trabajo previo, salió un contingente del FGACS hacia esa región. Efectivamente, al poco tiempo comenzaron los golpes, ataques a destacamentos, voladura de puentes y otros, pero pronto nos dimos cuenta que el efecto que se pretendía no se iba a producir, pues consternados vimos en el FGACS, por la tele, al general Benedicto Lucas, quien declaraba:

—Ese frente 13 de Noviembre que está derribando puentes y atacando destacamentos militares en el oriente, está formado por un grupo que salió del FGACS. Ahí están fulano, sutano, mengano —y empezó a decir los seudónimos de los compañeros y compañeras que estaban ahí—; ellos se han desplazado a la parte del oriente con el objetivo de dispersarme. Pero lo único que están haciendo es confirmarme que estamos golpeando en el lugar indicado.

No había duda. Nos tenían perfectamente cuadrículados.

—¿Ah?... la inteligencia —Y los gerentes se rieron.

Tradicionalmente, la elite guatemalteca ha considerado a los militares como tontos. Siempre los ha visto de menos porque los militares, con alguna excepción, provienen de la clase media y popular. Pero esa visión despectiva y simplificada —aunque por otras razones—, también predomina entre

estudiantes, intelectuales y mucha gente más. Sin embargo, la inteligencia fue un arma decisiva del Ejército que, además, marcaba un gran contraste con la situación de la guerrilla que, hasta donde yo sé, nunca logró una información de calidad. El Ejército, en cambio, obtenía información, la procesaba, la convertía en planes y éstos los ejecutaba, disponiendo para ello de una estructura profesional, con sistemas de mando rigurosamente definidos y verticales, donde se acatan disciplinadamente las órdenes y se tiene la capacidad y los medios de llevarlas a la práctica con agilidad.

El papel de la inteligencia no se redujo a lo operativo ni tampoco a la estrategia estrictamente militar; fue fundamental para concebir una estrategia político-militar. Por la vía armada se plantearon llegar a lo político. Esta estrategia se expresa en tres planes de campaña sucesivos: «Victoria 82», «Firmeza 83» y «Reencuentro Institucional 84». En pocas palabras esto significaba derrotar a la guerrilla (o al menos quitarle la posibilidad de desafiar al poder del Estado), consolidar ese resultado y, luego, regresar a la institucionalidad mediante la promulgación de una nueva Constitución y la consiguiente elección de un Gobierno legítimo en un marco de apertura que, sin embargo, excluía a la guerrilla; no sólo porque esto no estaba concebido sino porque tampoco la guerrilla lo hubiera aceptado.

Al volver a la capital, los de ese contingente refugiado en el FGACS nos ubicamos nuevamente en la clandestinidad, pero en esta ocasión procuramos superar los errores que, a nuestro juicio, habían permitido la detección y aniquilamiento de los llamados «reductos». No alquilamos casas ni montamos estructuras artificiales, sino que nos alojamos individualmente en casas de colaboradores. Para entonces yo estaba nuevamente trabajando muy de cerca con Gustavo Meoño. Una mañana llegó a buscarme al lugar donde me alojaba con el objetivo de que le diéramos continuidad a los contactos con un grupo de periodistas extranjeros que iban a entrevistar a Emeterio Toj. Éste había escapado del Ejército e iba a denunciar lo acontecido. En vez de quedarnos en la casa —y estando hartos de estar encerrados—, decidimos platicar dando una vuelta en el carro.

Generalmente nos movíamos en la ciudad sin portar armas. La documentación falsa que llevábamos nos permitía pasar los retenes de la Policía sin mayor dificultad. Seguir la disciplina de la clandestinidad con todas

sus medidas de seguridad es difícil, aun en las situaciones más críticas. Resultaba desesperante, y la misma sensación de ansiedad nos empujaba a cometer errores. Nos fuimos sin rumbo fijo a dar vueltas por la ciudad. Lo primero que hicimos fue irnos a comer un *hot dog* del Liceo Guatemala. Los dos habíamos estudiado en ese colegio y creo que hasta el día de nuestra muerte nos vamos a relamer con sólo recordar el sabor de esos *hot dogs* que, como cosa rara, hasta la fecha conservan su calidad, desde hace por lo menos cincuenta años.

Luego salimos de allí y enfilamos hacia la Villa de Guadalupe para agarrar la carretera a Santa Catarina Pinula, que entonces todavía no estaba asfaltada. Íbamos en un carrito *Subaru* de la organización, muy metidos en nuestra conversación, cuando de pronto vimos adelante un *pick up* cargado de arena con unos tipos que parecían albañiles acostados encima de ella. Lo único que nos llamó la atención es que ese vehículo iba en el centro de la carretera, la cual tenía dos sentidos. Por eso, en vez de rebasarlos por el lado izquierdo los empezamos a rebasar por el derecho, y justo en el momento de pasarlos el tipo sentado al lado del piloto sacó una pistola y nos empezó a disparar. El primer tiro me lo pegó a mí. La bala me entró abajito del omóplato y me recorrió horizontalmente toda la espalda, pasando a milímetros del centro nervioso de la columna vertebral, pero no fue nada grave. Y a Meoño, que iba manejando, el primer balazo le entró en el lado izquierdo de la quijada y le salió por el derecho, resbalándose la bala por debajo del hueso, de lo contrario lo hubiera noqueado. Y el segundo tiro le atravesó el bíceps del brazo izquierdo.

Al escuchar el primer balazo volví la cara hacia la ventana y vi a un tipo con la barba a medio crecer disparándonos a un metro de distancia. Los disparos fueron a quema ropa pero no nos hirieron de gravedad. Meoño metió el acelerador a tope y el *pick up* con arena era lento, y tal vez cuando llevábamos una ventaja de unos cincuenta metros, los que iban tirados sobre la arena ya habían desenfundado subametralladoras o fusiles de repetición y nos empezaron a disparar ráfagas. Pero a pesar que el auto tenía 24 impactos de bala, ninguna le pegó a las llantas o al tanque de gasolina. Logramos escapar. Al instante comenzamos a pensar qué hacer. El vidrio de atrás del carro estaba perforado. La carrocería tapizada de balas. Nos preguntábamos hacia dónde ir. A mi no se me veía la sangre, porque llevaba puesto un suéter oscuro y tenía el

tiro en la espalda, pero a Meoño, que iba manejando, le salían de la quijada dos chorros de sangre. De pronto me preguntó:

—¿Cómo estoy mano... cómo me veo?

—Como caballito de la Plazuela España, le dije yo, sólo que a vos en lugar de salirte los chorritos de agua por la nariz, te están saliendo chorritos de sangre por la quijada. Nos tiramos entonces la carcajada, y como por ese camino se entoncaba con otro que llegaba hasta Boca del Monte, se nos ocurrió irnos a la casa que mi papá tenía en el lago de Amatitlán. Sin embargo, casi inmediatamente dijimos los dos:

—Allí con seguridad nos van a ir a buscar. Lo que necesitamos con urgencia es un médico.

Yo, en el fondo, estaba preocupado. A mí no me dolía ni me sangraba mucho la espalda, pero las heridas de Meoño podían ser graves, sobre todo esas tan escandalosas de la quijada. Nos acordamos entonces de una señora conocida nuestra que vivía en Vista Hermosa y que siempre mantenía abierta la puerta del *garaje*. Se trataba de una anciana que por su avanzada edad podía no darse cuenta de lo que en realidad nos estaba pasando. Necesitábamos vincularnos con la organización para conseguir ayuda. Tomamos el camino hacia Muxbal y cuando asomamos a la carretera para El Salvador vimos que justo en el entronque estaba un retén de la Policía. Sin embargo, en el preciso momento que llegamos, los policías detuvieron un trailer, el cual les tapó la visibilidad, y eso nos permitió girar rápidamente hacia la izquierda para enrumbarnos a Vista Hermosa. Descendiendo la carretera, que entonces era de dos carriles, nos fuimos a topar con un convoy artillado del Ejército. Dos *jeeps* con soldados y ametralladoras estaban patrullando la carretera. Sin pensarlo dos veces los rebasamos en curva a toda velocidad. Para terminarla de complicar, nos percatamos que un helicóptero militar, aunque identificado como aeronave civil, sobrevolaba el área. Pero pocos minutos después llegamos a la casa en cuestión. Metimos el carro, cerramos la puerta y nos instalamos para tranquilizarnos y pensar qué podíamos hacer. La empleada de la casa nos conocía de vista y aunque no estaba vinculada a la organización, nos ayudó a limpiar las heridas. Meoño estaba sereno pero compungido. Tenía los pelos de la barba pegados por la sangre que no paraba de salir. «No jodás hombre, démosle gracias a Dios que nos agarraron medio

comidos»— le decía yo para consolarlo, y haciendo alusión a los mentados *hot dogs*.

Una vez limpios nos dimos cuenta que ninguno de los dos tenía heridas de gravedad. No teniendo otro recurso para salir de la casa, llamamos a mi hermano Mario, para que fuera por nosotros. Así lo hizo y junto con él fuimos a buscar a un médico conocido que vivía cerca del antiguo Hospital Militar, pero él no quiso atendernos, argumentando que no tenía equipo o algo por el estilo. Emprendimos de nuevo la marcha, y cuando habíamos caminado unos pocos metros sobre la Diagonal 6, nos rebasó una camioneta Toyota que se cerró delante de nosotros. Mi hermano cuenta que se dio por muerto, ya que ese era el tipo de vehículos que usaban las fuerzas represivas. Sin embargo eran compañeros del EGP, de manera que abandonamos el carro de Mario para abordar el otro, y yo me sentí más tranquilo al ver a mi hermano desligado de ese asunto en el que nada tenía que ver, salvo por el amor fraternal.

El incidente descrito motivó que ya no nos dirigiéramos a la casa de mi hermano, sino que fuéramos a una casa de la organización donde podíamos ser atendidos. De no haber sido por eso hubiéramos caído con las patas hinchadas, como se decía entonces, ya que, como se verá más adelante, nos tenían cuadriculados. Lo grave no era que nos mataran sino que nos agarraran vivos. Me pasaron a dejar a la casa de unas colaboradoras de la organización y al entrar me encontré con que había una fiesta. De muy buena gana me incorporé a ella, pensando para mis adentros que era la celebración de mi resurrección. Bailé con una muchacha que de pronto me dijo:

—Ay que raro... como se te mueve una chibolita en la espalda.

—Es un ganglio inflamado que tengo por ahí, le respondí. Al bailar, ella me ponía la mano justo donde estaba el plomo casi a flor de piel.

Al día siguiente llegó a esa casa un compañero y sin necesidad de anestesia me lo sacó. Con un bisturí hizo una pequeña hendidura y el plomo cayó al suelo. Tuve mucha suerte. Era una bala treinta y ocho que había pasado a menos de un milímetro de la columna vertebral, un poquito más y me despido de este mundo. Y lo curioso fue que al pasarme por todo el pellejo la bala quedó perfectamente pulida. Luego me sirvió para hacer un llavero que me acompañó por años hasta que desgraciadamente lo perdí.

A los pocos días, unos compañeros del EGP capturados por el Ejército, y que supuestamente habían logrado escapar, dieron su versión sobre lo que nos había ocurrido. Según ellos fuimos señalados por Antonio, quien era considerado un militante ejemplar del frente de la costa y había sido capturado. De acuerdo a lo que dijeron, él iba como soplón en un carro de la inteligencia. A mí no me cuadró la explicación. Me habían disparado primero a mí y ese personaje no me conocía ni de vista. Además, dijeron una serie de cosas que más que aclarar el hecho, tendían a confundirnos. Supe que esa versión era falsa al recibir una carta de mi hermano que, en pocas palabras, me decía: «Mirá papaíto, hasta hace un par de días se me quitó la calentura que me dio del gran susto que me pegaron. Cuando ya estaba en mi casa llegaron unos tipos jóvenes a buscarme, con la apariencia de cualquiera de nosotros, y con mucha familiaridad me dijeron»:

—Hola Mario. Nosotros somos miembros del EGP y sabemos que hirieron a tu hermano Gustavo. Hemos hecho todo lo posible, pero no lo hemos podido localizar. ¿Lo has visto? ¿Sabés algo de él? Mirá que necesita ayuda.

«Al principio me desconcertaron. Por supuesto, sabía que era verdad que estabas herido, pero al verles los ojos me llené de horror y supe de qué se trataba. Rápidamente les respondí»:

—Qué raro lo que me dicen, si mi hermano vive desde hace tiempo en Costa Rica.

«Insistieron. Al ver que no me podían sacar nada, se despidieron diciendo»:

—Por cualquier cosa... ya sabés que podés contar con nosotros.

El atentado ocurrió a unas tres cuadras de donde vivía mi hermano Mario. Pocos días antes habíamos convenido que esa misma noche de la balacera yo llegaría a su casa para encontrarme con mi papá. La inteligencia sabía perfectamente que la necesidad de ver a la familia es una de las mayores debilidades de los revolucionarios en clandestinidad. Resultaba muy lógico y probable que esa casa ya estuviera controlada por la inteligencia cuando nosotros casualmente pasamos por ahí. No era tampoco extraño que miembros del EGP capturados por el Ejército, estuvieran colaborando con la inteligencia. Especialmente en ese período, la inteligencia del Ejército captó y

puso a su servicio a decenas de ex miembros de las organizaciones revolucionarias.

Sin analizarlo mucho, nosotros nos dábamos cuenta cómo la misma magnitud de la confrontación armada hacía que el EGP abriera sus filas y echara mano de casi cualquiera que se le acercara, al menos en el FGACS y en la ciudad. Sin darse cuenta, la organización se volvía cada vez más vulnerable a la infiltración. En la estructura urbana se integró gente lumpen. El lumpen es un sector social que por sus propias condiciones de vida es proclive al oportunismo y a venderse al mejor postor, hoy están con uno y mañana con otro, «con el campeón hasta que pierda», como dicen los mexicanos. No se pueden dar el lujo de ser de otra manera, la misma lucha por sobrevivir los obliga a eso. Además, al refugiarnos un conjunto de militantes urbanos en el FGACS, se rompió la compartimentación. Al volver a la ciudad ese problema se agudizó. De alguna manera las estructuras se confundieron y aunque nunca llegaron a fusionarse, todos sabíamos las tareas y responsabilidades de los demás.

Tiempo después, en 1984, tuve ocasión de hablar extensamente con Mario Payeras, quien hasta entonces era el segundo en la dirección del EGP, después de Rolando Morán. Payeras estaba muy metido en el estudio y análisis de las operaciones de inteligencia del Ejército guatemalteco y, a medida que fuimos profundizando sobre el tema, más me sorprendía la astucia de los militares para infiltrar al movimiento revolucionario y revertirle su estrategia. La inteligencia operaba al contrario de la lógica común. Lo que nosotros considerábamos como lo más seguro resultaba ser lo más peligroso. El lugar donde yo me alojaba, por ejemplo, siempre se había considerado fuera de peligro. Era la casa de una familia que venía colaborando con el movimiento revolucionario desde mucho tiempo atrás. Luis Turcios y otros jefes revolucionarios se habían escondido ahí y nunca había pasado nada. Analizando las cosas, Payeras me explicó que en la inteligencia se manejaba un principio básico: por más duro que se golpeará al movimiento revolucionario, siempre se iba a recomponer si sus líderes e ideólogos lograban subsistir. Destruirle toda su infraestructura no era conveniente, porque entonces los revolucionarios se verían obligados a construir todo de nuevo, y eso podía conducir a que la inteligencia perdiera sus pistas. Entonces, dejaban intactos

ciertos lugares, para que los revolucionarios los siguieran utilizando, y así ellos no perder los hilos de la trama.

Los relatos de personas que supuestamente habían logrado escapar de manos del Ejército, revelaban una amplia maniobra por parte de la inteligencia militar. Pocos años después me enteré de operaciones similares, casi hasta el detalle, efectuadas por la inteligencia del Ejército argentino en su guerra contra los Montoneros. Eso lo supe al leer una obra de Miguel Bonasso, *Recuerdos de la Muerte*, libro basado en el testimonio de *el Pelado*, un montonero argentino que fue detenido-desaparecido: las acciones de la inteligencia sobrepasan la imaginación, a veces parecen cuentos de ciencia ficción, pero Bonasso advierte que, entre otras cosas, los oficiales argentinos de inteligencia eran fanáticos de la ciencia ficción. Ese libro lo leí en México en 1984 y me costó mucho su lectura, porque estaba consciente que estuve en la antesala de semejante horror: los que se negaban a colaborar con sus captores eran sometidos a torturas inimaginables, como extraerles poco a poco los intestinos mediante un tubo metido en el recto; y los que aceptaban colaborar se volvían desde ese momento muertos en vida. Y lo que Bonasso relata en ese libro es una operación de inteligencia que, con sus naturales variantes, se reprodujo en Guatemala.

Desde que estábamos en el FGACS a inicios de la ofensiva, la dirección del Frente y dirigentes urbanos tomaron a toda prisa la decisión de montar una estructura de comando con un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, de lo más audaz y temerario que he conocido en mi vida. Sus acciones para dispersar al Ejército eran casi suicidas. Sin embargo, en poco tiempo comenzaron las capturas de algunos de sus integrantes sin que luego se supiera nada de ellos, como era habitual. Entre los capturados había dos muchachas y se dio por hecho lo que se suponía: las capturaron, las torturaron, las podrían haber matado o mantenerlas vivas. No había forma de averiguarlo. Un buen día, las dos aparecieron, retomaron el contacto con la organización y contaron una historia insólita. «Los primeros días, ocurrió lo que esperábamos— dijeron ellas. Las habían torturado para obtener información inmediata: dónde tendrían el próximo contacto, con quiénes se relacionaban, dónde vivían y todo ese tipo de información que la inteligencia necesita obtener en las primeras veinticuatro horas, sabiendo que más tarde ya no le sirve, pues si un militante no aparece

durante ese lapso, la organización cambia los lugares de contacto y abandona las casas que esa gente conocía. Después de haber sido torturadas, se aparecen de pronto unos fulanos muy amables y educados que les hablaron con mucha familiaridad e incluso las llamaron por sus seudónimos:

—Qué tal fulanita, cómo estás. Qué bueno que te logramos detectar y te pudimos sacar de las manos de estos gorilas— las saludaron, fingiendo cercanía.

Y entonces comenzó otra fase. Las trasladaron a las instalaciones de la antigua Escuela Politécnica, en la avenida Reforma, y empezaron a ser tratadas con consideraciones jamás esperadas.

—Sabemos que ustedes se involucraron en todo esto para cambiar las cosas en nuestro país. Lástima que se equivocaron de enemigo, porque nosotros también queremos transformar Guatemala para que haya una sociedad más justa— les decían, y ese discurso lo sostuvieron cada vez con mayor insistencia y nuevos argumentos.

Según ellas, en la Politécnica todo estaba preparado para que los detenidos continuaran viviendo de forma similar a como lo hacían en las células clandestinas de la organización. Primero los ubicaban:

—Mirá, como vos estabas en tal célula, aquí tu responsable va a ser fulano. El te va a decir cuáles son tus tareas. Ya sabés que vos tenés que hacer tu cama, ayudar a preparar la comida— y les indicaban un conjunto de reglas para normar la vida cotidiana, que eran las mismas de las estructuras clandestinas del EGP.

Su primera sorpresa al ingresar a la Politécnica fue encontrarse con otros miembros del EGP. Algunos habían sido detenidos meses o semanas atrás, pero lo más sorprendente era que también estuvieran ahí compañeros que se daban por muertos, y que todos parecieran convivir con sus captores en un ambiente de aparente familiaridad. Es la misma escena que relata Bonasso en su libro citado, cuando *el Pelado* es llevado a unas instalaciones de la Armada Argentina. Entre los detenidos del EGP estaba, según ellas, el capitán Lázaro, un combatiente muy valorado. Según el EGP, había muerto hacía varios años y en su honor se le había puesto su nombre a una de las columnas guerrilleras. Se le consideraba un héroe. Esas muchachas y otros más que fueron

apareciendo en las mismas condiciones, aseguraron que lo habían visto en la Politécnica. Según lo que contaron, se los enseñaron los mismos captosres:

—Miren ahí está el legendario Lázaro... él ha entendido la situación y desde hace tiempo colabora con nosotros— les dijeron, mientras lo señalaban con el dedo. No les permitieron hablar con él. Simplemente lo vieron desde lejos haciendo recortes de periódico que luego pegaba en hojas. No era descabellado pensar que, como en otros casos, después de haber sido torturado y sometido a un largo aislamiento, haya terminado estableciendo una relación de amistad con su guardián. Según este esquema, los mismos agentes les pedían favores:

—Vos que no tenés nada que hacer, haceme la campaña de recortar los anuncios de carros usados de tal a tal modelo... me ando queriendo comprar uno.

Nunca se podrá saber en qué condiciones estaba ahí. Lo que resulta obvio es que la inteligencia se servía de este personaje heroico para desmoralizar y captar a otros. Desde que esas compañeras se instalaron en la Politécnica, un par de oficiales flirteaban con ellas tratando de seducirlas, y las muchachas vieron en ello una forma de escapatoria, de manera que les fueron dando larga. Según contaron (yo escuché una grabación de su relato), en una ocasión los oficiales las invitaron a salir y fueron los cuatro a un departamento ubicado en el área de Vista Hermosa. En un momento dado los oficiales les pidieron que los esperaran en lo que ellos iban a comprar trago a un supermercado cercano, y esa fue la circunstancia que aprovecharon para escapar.

La aparición de estas muchachas detenidas-desaparecidas provocó conmoción en la organización. Al respecto las opiniones se dividieron: unos decían que esos oficiales habían actuado así a propósito, para que ellas escaparan y fueran a contar lo que habían vivido, con sus consiguientes efectos de desmoralización. Otros pensaban que esa era una historia inventada, y que ambas muchachas se habían pasado plenamente del lado del enemigo. ¿Era cierta su historia y realmente querían seguir aportando a la organización, o eran ya parte de la inteligencia contrainsurgente cumpliendo una misión? Ese era el dilema, imposible de resolver de manera contundente.

Para entonces ya empezábamos a recelar de ciertos militantes, considerándolos como posibles infiltrados. Pero de pronto aparecían en los diarios las fotografías de esos militantes junto a otros de probada trayectoria, y por todos se ofrecían fuertes recompensas a quienes aportaran información para su captura. Poco a poco fuimos atando cabos. Frecuentemente, los infiltrados eran los militantes más aventados y audaces, los que proponían las acciones más radicales. Jamás titubeaban ni sembraban dudas; de esa manera garantizaban su cobertura.

El otro caso que se me quedó grabado fue el de un militante del sector cristiano del EGP. Otro escapado contó que se lo había encontrado en la Politécnica, que conversaron mucho y que pudo comprobar que estaba colaborando con la inteligencia. Su historia era parecida a la de otros: lo capturaron, lo torturaron, lo rescataron los «buenos» y lo convencieron. Según contaban, él les dijo a sus captores que jamás iba a denunciar a ninguno de sus compañeros, y ellos le respondieron:

«Nunca te pediríamos semejante cosa, porque nosotros conocemos de tu ética y principios cristianos, igual que Willy Cruz, a quien nosotros apreciábamos mucho, pero ustedes se equivocaron...»

Y entonces repetían el argumento de que ellos, el Ejército, también querían transformar a Guatemala en el mismo sentido. Hay que decir aquí que una estratagema similar utilizaba la inteligencia de la Armada Argentina, según cuenta Bonasso. En el caso argentino, incluso les planteaban a los montoneros una alianza formal con el almirante Massera, jefe de esa fuerza. En el caso que comento de este militante cristiano, se dice que el resultado fue que él colaborara con el Ejército en el diseño de las Coordinadoras Interinstitucionales, entidades que se formaron en el marco de la contrainsurgencia para hacer más efectiva la acción del Estado en las localidades y llevar a ellas obras de desarrollo. Todo esto sobre la base de una visión muy clara de que el fondo de la insurrección que se estaba desarrollando era el abandono en el cual se había tenido a la gente. A este respecto, desde los primeros días de la ofensiva, Benedicto Lucas hizo unas declaraciones en la televisión que sorprendieron a muchos:

—Si llegamos un mes después —dijo— hubiera sido demasiado tarde. Estamos enfrentando una rebelión enorme. Y la culpa de todo esto la tienen

esos funcionarios de Estado que nunca han salido de su escritorio... que nunca han venido a ver las condiciones de vida de esta población, que nunca han actuado para resolverlas...

Dentro de su esquema contrainsurgente, el Ejército intentó responder a esa situación. A través de entes locales de carácter interinstitucional trató de hacer ágil y eficaz la acción del Estado e implantó estructuras para captar a la población. Además de las actividades cívico-militares tradicionales en todos los ejércitos, en las distintas localidades prácticamente replicó la estructura organizativa del EGP, cuidando incluso que las siglas fueran iguales. Así, el EGP estaba organizado en Comités Clandestinos Locales, que todo mundo llamaba CCL, y el Ejército organizó el Comité Coordinador Local, CCL también. En un documento emitido por el Estado Mayor de la Defensa en 1985, cuando era jefe del mismo el coronel Rodolfo Lobos Zamora, se explica que la situación que encontró el Ejército al inicio de su ofensiva sobre el altiplano central fue de unas 250 mil personas organizadas por el EGP (en el FGACS se consideraba que ese número ascendía a un millón, pero en cuanto a la organización ésta era en gran medida espontánea). En vista de lo anterior —según este documento—, lo que el Ejército tenía que hacer era revertir esa situación, poner esa organización bajo su control, como efectivamente lo hizo con los sobrevivientes de una matanza que ya ha sido documentada por la Comisión de Esclarecimiento Histórico. Y hay elementos para pensar que en el diseño de esa estrategia colaboraron detenidos desaparecidos, de los cuales hasta la fecha se ignora su paradero.

Las estrategias

Algunos escapados relataron también que «ya en confianza», los agentes de la inteligencia les reprochaban:

—Putá muchá, ustedes como escriben, que chingan. Nosotros tenemos que trabajar las veinticuatro horas... no descansamos ni los fines de semana por estar leyendo tanta mierda.

Efectivamente, el Ejército capturó montañas de información. Y no hace mucho, leyendo la *Biografía Política de Guatemala* de Francisco Villagrán Kramer, pude comprobar que sacó amplio provecho de esos farragos de documentos, incluidos los que se publicaban como parte de las exigencias para liberar a un secuestrado. Sin embargo, en el EGP se pensaba que no había problema en que esos documentos se conocieran, porque sólo contenían generalidades y no información operativa.

Si bien yo no participé en la formulación de la estrategia del EGP, ésta fue motivo de reflexión en muchas de las reuniones a las que asistí durante el año 1980. Sin entrar al detalle y dicho de una forma muy esquemática, la organización básicamente planteaba que para el triunfo de la guerra popular en Guatemala se necesitaba hacer interactuar tres planos estratégicos, complementarios entre sí: la montaña, la ciudad y el llano. En la situación concreta, la montaña era el altiplano, y su retaguardia la selva de Ixcán; la ciudad era la capital, donde actuaba el Frente Otto René Castillo y la Comisión de Trabajo Amplio de Masas, COTRAM. El llano era la costa sur, donde se había organizado el Frente Luis Augusto Turcios Lima. La montaña debía ser el escenario donde se formarían las fuerzas militares estratégicas de la revolución, pasando por diferentes fases: implantación, organización de la población, generalización de la guerra de guerrillas y, como fase final, disputa de territorio y población. El área para que se desarrollaran esas fuerzas guerrilleras estratégicas y se generalizara la guerra de guerrillas era lo que el EGP llamaba «el altiplano densamente poblado», que poco más o menos correspondía al territorio donde actuaba o tenía influencia el FGACS.

El desarrollo de la fuerza estratégica en el altiplano estaría facilitado por las acciones de sabotaje que ejecutaría el frente de la costa, escenario principal de la economía guatemalteca, y donde se asumía que el Ejército no podía reprimir masivamente porque con ello precipitaba la crisis. No obstante, se vería obligado a concentrar fuerza allí, lo que le implicaba dispersarla a nivel nacional y, sobre todo, reducir su capacidad de responder al desarrollo del EGP en la montaña.

La capital era un centro nervioso con múltiples funciones: agitar, organizar, sabotear, desgastar al enemigo y, en última instancia, preparar las condiciones para una insurrección urbana que coronaría todo el esfuerzo de

guerra popular. El punto neurálgico en esta estrategia era hacerse fuerte en el altiplano densamente poblado; es decir, en el área encomendada al FGACS. Por eso, al desarticular este frente y al someter a la población o ponerla de su lado, el Ejército derrotó la estrategia del EGP, pero no destruyó a esa organización ni tampoco a las otras integrantes de URNG. Lo que hizo, expresado en los términos que le escuché a un oficial, fue «quitarle a la guerrilla la capacidad de desafiar al poder militar del Estado».

Mario Payeras, un hombre con una profunda vocación intelectual, que estudió filosofía en la universidad de Leipzig y contaba con una sólida formación marxista, dedicó mucho de su tiempo a desentrañar la lógica de la estrategia del Ejército. Según su opinión, lo que éste hizo fue crear los medios para impedir que se produjera lo que el EGP pretendía. Ellos tenían el cuadro perfectamente claro. Sabían que el objetivo fundamental de su enemigo era dispersarles sus fuerzas. Desde esa lógica, lo primero que hicieron fue golpear a la guerrilla urbana. La redujeron al mínimo y llevaron casi a la inacción al Frente Otto René Castillo que operaba en la capital. A la par, e indudablemente con la ayuda de los infiltrados, desarrollaron exitosamente el operativo para capturar los famosos reductos guerrilleros. De esta forma lograron interrumpir el trabajo logístico del movimiento revolucionario y, simultáneamente, le arrebataron las armas de largo alcance que había logrado introducir al país. Haber dejado a la guerrilla con meras armas de infantería le daba una enorme ventaja para enfrentarla militarmente, como ocurrió al sur de Quiché.

Durante todo el año 1980 y parte de 1981, la guerrilla quemó cultivos de caña de azúcar y realizó otras acciones en distintas zonas de la costa del Pacífico y se creía que lo planificado avanzaba como correspondía. Sin embargo, el Ejército encontró la fórmula para desarticular también ese frente de guerra sin acudir a la represión masiva. Según los relatos de los supuestos escapados de la Escuela Politécnica, la inteligencia identificó y ubicó a los veinticinco o treinta cuadros del movimiento revolucionario que eran fundamentales para el trabajo en la costa. En el curso de uno o dos meses los asesinaron o los capturaron a todos. Mediante operaciones de represión selectiva lograron neutralizar ese otro foco de subversión. Una vez creadas estas condiciones de profunda debilidad en el movimiento revolucionario, el

Ejército se concentró en el altiplano donde, independientemente del desarrollo militar de la guerrilla, estaba sublevada la población.

Payeras definió un nuevo concepto: dijo que en el movimiento revolucionario, más que una estrategia, lo que se hizo fue un diseño unilateral de propósitos, en el que todo parecía tener una perfecta coherencia, pero no tomaba en cuenta la reacción del adversario. No contemplaba vías alternas. Daba por hecho que las cosas iban a ocurrir como estaban planteadas. Y el Ejército, con su capacidad de planeación y ejecución, se las arregló para impedir que funcionara. Además, una cosa era que los pasos y los objetivos estuvieran en el papel, y otra que se tuviera la capacidad o la voluntad de ejecutarlos. En lo político, por ejemplo, en vez de realizar acciones que mostraran la necesidad de aislar al adversario para lograr un gobierno popular y democrático, se decidió instalar bombas en las torres financieras del Banco Industrial y en el edificio de la Cámara de Comercio, sin pensar que ambas instituciones aglutinaban a grandes y pequeñas industrias, así como tenderos de los pueblos junto con los grandes supermercados; es decir, sectores con los que se suponía que era conveniente establecer alianzas. Lejos de aislar al Ejército lo que se hizo fue fortalecer la alianza de éste con sectores estratégicos. Villagrán Krämer, en su obra ya citada, cuenta que la bomba en el Banco Industrial hizo feliz al Ejército, porque en ese momento el sector empresarial se alejaba cada vez más de él, y el bombazo se los acercó de nuevo.

La estrategia del Ejército guatemalteco indudablemente no tenía la erudición de los revolucionarios. En su concepción podía tener debilidades, pero el Ejército contaba con las estructuras, los medios, los oficiales y la capacidad de su tropa para implementar su estrategia a fondo. El general Alejandro Gramajo cuenta en su libro *De la Guerra a la Guerra* cómo, frente a una determinada situación, le pedían a la sección de inteligencia que les preparara tres escenarios. Con base en ellos, a la mañana siguiente convocaban al mando, tomaban la decisión, y en la misma tarde daban las órdenes a las fuerzas de tarea. Mientras en el EGP, para que la Dirección Nacional tomara una resolución y ésta se conociera en el FGACS, pasaba por lo menos un mes.

El aplastamiento

Esa capacidad para implementar su estrategia le permitió al Ejército aplastar, sobre la base del terror, la primera gran insurrección indígena ocurrida en la historia de Guatemala. Antes, como señala Severo Martínez, hubo motines. Se trató de rebeliones en algunas comunidades por motivos muy puntuales, como que la autoridad les estaba cobrando más tributo del establecido, pero nunca contra el régimen colonial como tal. La rebelión indígena comandada por Atanasio Tzul y Lucas Aguilar en Totonicapán llegó más lejos, pero tampoco logró dimensión nacional, aunque de alguna manera estuvo vinculada con la independencia del país. En cambio, entre 1980 y 1982, centenares de miles de indígenas se alzaron en contra del Estado, y un hecho como éste no se repite fácilmente en la vida de los pueblos, y menos cuando se ha pagado el costo que se pagó. Fue un aplastamiento hecho con una crueldad inaudita y al mismo tiempo combinando medidas como las Coordinadoras Interinstitucionales, y también en el terreno ideológico, a través de la introducción de las sectas fundamentalistas. Mediante una eficaz manipulación de las conciencias consiguieron nuevamente que proliferara la duda, la desconfianza, los conflictos internos entre los pueblos indígenas.

En gran medida, esta insurrección indígena marchó por sus propios pies. Cuando ocurrió, el movimiento revolucionario no estaba preparado. En ese momento crucial no contaba con lo mínimo necesario para poderla conducir, no tenía la capacidad para encuadrar a esa masa, ni militar ni orgánicamente. Tampoco hubo tiempo para que la organización que brotaba espontáneamente se consolidara en alguna medida. Cuando ese fenómeno masivo iba para arriba, cayó la ofensiva del Ejército y todo fue como una espuma que se levantó y se desvaneció con la misma rapidez. Como conversaba con Egas en el Frente, al sur de Quiché se condensó en pocos meses lo que normalmente a una sociedad le tomaría años. Y en el altiplano el EGP se enfrentó así a un fenómeno nuevo, imprevisto y de una magnitud que nunca imaginó. Desde la lógica de la guerra popular prolongada que el EGP había planeado, se suponía que la lucha sería un proceso de desarrollo paulatino, que se iría realizando clandestinamente sobre la base de la organización de los campesinos; y

aunque desde los días del Ixcán los militantes fueron sorprendidos por la dinámica de crecimiento, nunca nadie imaginó la vertiginosidad de los acontecimientos que se iban a desarrollar al entrar al altiplano densamente poblado.

Según algunos análisis, dado que el EGP no contaba con la capacidad militar para desafiar al poder del Estado, la reacción del Ejército fue desproporcionada y casi una excusa para aniquilar al movimiento social. Pero hay que tomar en cuenta que el verdadero desafío al poder del Estado en ningún momento fue la capacidad militar de la guerrilla sino la magnitud de ese fenómeno insurreccional, que de haber continuado habría colocado al gobierno y al Estado en una situación límite. Desde la terrible lógica de la guerra era fatal que el Ejército se fuera encima de la población. Sin embargo, lo hizo en una dimensión y con una crueldad que rebasó cualquier necesidad militar.

En 1996 asistimos con el general Julio Balconi a una reunión convocada por Pedro Joaquín Coldwell, entonces negociador de la paz en Chiapas, quien quería conocer la experiencia guatemalteca en las negociaciones. Hablando de la situación en el país, el general Balconi dijo:

—Nosotros nunca entendimos por qué el EGP no lanzó su ofensiva definitiva en 1980, porque entonces nosotros no la hubiéramos podido detener.

Me sorprendí por lo escuchado pero no dije nada. Al salir le pregunté:

—Mire Julio, y a ustedes quién les dijo que el EGP tenía la capacidad de lanzar una ofensiva.

Y entonces le comenté de manera breve la situación que prevalecía en el FGACS —que era el frente de donde el Ejército esperaba la ofensiva— y especialmente la contradicción entre la magnitud de masas de la rebelión, por una parte, y por otra la debilidad de la fuerza militar y de capacidad de conducción que allí concretamente existía. Tiempo después, en el curso de una actividad a la que nos tocó ir juntos a Cartagena, Colombia, me comentó Julio Balconi:

—Fíjese Gustavo que según los datos que nos daban los muchachos de la inteligencia se suponía que en el área del sur de Quiché, el EGP tenía unos siete mil efectivos.

—No Julio, no pasaban de doscientos, y estoy exagerando.

Seguimos conversando y al rato, retomó el tema.

—Pues Gustavo, toda esta información que hemos intercambiado, me confirma lo que yo les decía a los muchachos de la inteligencia: muchá, yo creo que ustedes quieren engañar al mando, porque me da la impresión que abultan las cifras.

Me dejó pensando. ¿Por qué la inteligencia del Ejército sobredimensionó de forma tan exagerada a las fuerzas del EGP? Y esta interrogante me la respondió años después el general Rodolfo Robles, retirado del Ejército peruano, quien colaboraba como asesor en la Fundación Mirna Mack. En el contexto de una reflexión institucional sobre el tema de los derechos humanos, hice la misma pregunta y él sin titubear, dijo:

—Para robar, por negocio. Si el enemigo es pequeño los recursos son pequeños, si el enemigo es muy grande los recursos son muy grandes. Así de simple. Eso ocurre con mucha frecuencia.

Allí caí en la cuenta. En Guatemala siempre fue un rumor que el Ejército nunca tuvo el número de efectivos que registraba en sus tablas de organización y equipo. Lo que hicieron algunos altos oficiales fue cobrar los sueldos de esos soldados inexistentes y apropiarse del dinero destinado para sus uniformes, armas, manutención y quién sabe cuántas otras cosas. Allí aparece otra dimensión de la contrainsurgencia que pocas veces se toma en cuenta y que es la del negocio, la de la corrupción de las elites, además de la construcción de las famosas estructuras paralelas que —todo parece indicar— subsisten hasta el presente. No cabe duda que la cúpula gobernante hizo de la guerra contrainsurgente un negocio muy rentable. Como suele ocurrir en estos casos, el grueso de los oficiales y de la tropa jamás obtuvo beneficios. Recuerdo muy bien una conversación que escuché mientras estaba escondido en una casa de colaboradores. Al lado de mi cuarto vivía una maestra y esa tarde platicaba con las madres de sus alumnas, entre ellas, algunas esposas de militares que no pararon de quejarse:

—Ve que bonito... la gente diciendo que los militares son unos privilegiados. Mi marido gana miserables trescientos quetzales al mes que, por supuesto, no me alcanzan para nada. Y para colmo, está en la base de Quiché donde ni siquiera les dan permiso para salir. Miré usted, ya llevo más de ocho meses sin verlo. Dígame... ¿cuáles son nuestros privilegios? Dicen que en el tal Comisariato podemos comprar cosas importadas bien baratas. Pero allí

cualquiera puede entrar con sólo enseñar su licencia de manejar, aunque eso es lo de menos. Lo que venden son licores y otras cosas muy caras que a nosotros ni nos sirven, ni las podemos comprar para hacer negocio. Y del Hospital Militar ni se diga.... si eso se mantiene lleno de soldados heridos y por más que uno necesite, no hay cupo.

Hasta entonces nunca me había puesto a pensar en eso. Los soldados, al igual que los oficiales, también fueron las víctimas de la guerra, por supuesto de otra manera, de otra forma.

El presidente Lucas García, como otros mandatarios militares, instauró su gobierno en complicidad con una camarilla de políticos. No fue el caso del coronel Enrique Peralta Azurdia, que luego del golpe de Estado contra Miguel Idígoras Fuentes en 1963, integró su gabinete únicamente con oficiales del Ejército, y durante todo su periodo fue realmente la fuerza armada quien gobernó. Se dio entonces un gobierno militar propiamente dicho. Durante la administración de Lucas, tanto el esquema de poder político como el de la corrupción, la armó el alto mando en estrecha colaboración con ese grupo de civiles, y justamente a uno de ellos, miembro de la elite guatemalteca, se le atribuye haber sido el principal arquitecto en lo que a ese tema se refiere. En los negocios millonarios, por supuesto, no involucraron masivamente a los oficiales, aunque hubo cierta estructura de privilegios. Algunos se beneficiaron con prebendas, sobresueldos, e incluso les dieron tierras en la Transversal del Norte. En todo esto y lo demás que pasó, no se puede dejar a un lado la responsabilidad de esta camarilla de políticos que, definitivamente, no fueron sirvientes de los militares como se ha dicho, ni a la inversa. Cada uno se sirvió del otro para enriquecerse.

La capacidad militar de la guerrilla no socavó al gobierno de Lucas, aunque lo desgastaba. Más bien su desplome lo ocasionó el desprestigio de su régimen frente a la misma población y, especialmente, la creciente inconformidad de oficiales medios o jóvenes, como se les ha llamado, que no se sentían vinculados a ese Gobierno. El golpe de Estado comandado por oficiales de mediana graduación que destituyó a Romeo Lucas el 23 de marzo de 1982, a todas luces tuvo el propósito de recomponer la situación al interior del mismo Ejército y del país. Como era de esperarse, la ofensiva militar se mantuvo y el Ejército no varió un ápice su estrategia contrainsurgente por

efecto del cambio de gobierno; continuó operando bajo los mismos conceptos de tierra arrasada, creación de las Coordinadoras Interinstitucionales, concentración de la población en aldeas modelo y, especialmente, fortalecimiento de las Patrullas de Autodefensa Civil.

En el corto plazo, el general Efraín Ríos Montt, ya como único jefe de Estado, intentó varias acciones para limpiar un poco la imagen del Ejército y de la contrainsurgencia. Entre otras cosas, aseguró que no aparecerían más muertos tirados a las orillas de los caminos e instauró la monstruosidad jurídica de los tribunales de fuero especial en los que, supuestamente, jueces sin rostro se encargaban de juzgar a los detenidos. A las mismas actividades de acción cívico militar, que ya se estaban desarrollando, les puso nombres más sugestivos como *Techo, tortilla y trabajo*. Generó una política para jalarse a la población y seguir ampliando las patrullas civiles que, además de ser fruto de la coacción del Ejército, respondieron también al desborde de las problemáticas internas de los mismos pueblos, como ya lo hemos comentado. Ante la brutalidad del Ejército y lo que implicaban esas contradicciones, resultaba comprensible que mucha gente se volteara en contra de la guerrilla. Sin embargo, afirmar que un grupo de ladinos comprometió a los indígenas y luego los abandonó, como señalaron años después algunos investigadores, además de ser una gran falsedad, muestra la superficialidad con la que hicieron sus estudios.

Además de lo que ocurrió al sur de Quiché, esa ofensiva militar fue especialmente devastadora en la región de Baja Verapaz y en una parte de Alta Verapaz. En el Frente Guerrillero Ernesto Guevara, ubicado en Huehuetenango, la misma pudo ser mejor resistida. En el Ixcán el Ejército incursionaba casi todos los días. Los enfrentamientos comenzaban desde que clareaba y duraban hasta el anochecer. El Ejército intentaba entrar y la guerrilla lo rechazaba; intentaba quedarse haciendo fortificaciones de campaña y la guerrilla lo volvía a sacar. El EGP perdió buena parte de su implantación territorial, pero logró mantener una zona de control de treinta y pico de kilómetros cuadrados; hasta el final del enfrentamiento armado, ésta se mantuvo como área de alerta roja para el Ejército. Fue con la firma de los Acuerdos de Paz que la organización abandonó ese territorio.

Capítulo II

Raíces

La belleza virginal

Aunque sigue y seguirá siendo muy bella, a principios de los años cincuenta Guatemala era alucinante. La empecé a conocer cuando era niño y desde entonces me enamoré del país y de la gente. Acompañaba a mis papás en los paseos que se organizaban para los personeros que venían de las oficinas de W.R. Grace & Co. en Estados Unidos.

Durante muchos años mi padre fue gerente de esa transnacional estadounidense que, en Guatemala, era la segunda más importante después de la United Fruit Company. Además de contar con una línea naviera y de administrar los puertos marítimos de San José y Champerico, Grace & Co. importaba licores y conservas y exportaba café; sobre todo el que se producía en sus propias plantaciones. Viajábamos en el carro de la familia y recorriamos el país, cautivados por la vegetación, las nubes, volcanes, atardeceres, amaneceres indescriptibles y los trajes multicolores. Entonces los bosques eran más extensos y poblados que ahora y las casas en el altiplano tenían paredes de adobe y techo de teja, y todos decían que aquel paisaje parecía un nacimiento, pero la realidad era que la gente hacía los nacimientos a imagen de Guatemala y no al revés. En cada paseo no había forma de mantenerme callado. Me maravillaban los pájaros, árboles, ríos, las nubes que cambiaban de forma sin cesar; en fin, todo lo que veía, y sobre eso y más preguntaba.

Desde niño tuve la sensación que Guatemala era un remolino que giraba en torno al volcán de Agua. Andando los años quedé maravillado cuando leí la imagen en la que Miguel Ángel Asturias la evoca como «un remolino de lodo, luna, bosques, aguaceros, montañas, lagos, pájaros y retumbos» que da vueltas y vueltas hasta tragarse a Gaspar Ilom. Siempre que leo a Asturias me quedo asombrado de cómo pudo lograr esas síntesis, esas esencias de Guatemala. Mi tía Luz Castejón me hizo consciente de la belleza y algarabía de nuestras nubes, que nunca he dejado de observar; cuando lo hago, frecuentemente recuerdo otra imagen de Asturias en la cual el arriero Hilario Sacayón, buscando a la Tecuna atraviesa la Cumbre, internándose en un «mundo blanco de nubes en movimiento que, sin producir el más leve ruido, chocaban, se repelían, se fundían, bajaban, subían o quedaban

repentinamente inmóviles, paralizadas de espanto». Pero quizá la esencia de las esencias está en un soneto en el cual el Gran Lengua le dice a Guatemala, «me sueñas ya lo sé, pero tan lejos, que ya no debo ser el que tu sueñas». Y más adelante la captura en cuatro conceptos: «Elaborada, fina, cadenciosa, gestada en el metal y el embeleso». Y, efectivamente, nada mejor que el embeleso para definir el estado permanente que genera en uno esta tierra de belleza indescriptible que, sin embargo, también ha sido gestada con la dureza del metal.

Cuando mi tía Lolita, hermana de mi papá, me escuchaba alabar la extraordinaria belleza de nuestro país, me decía:

—Ay m'ijo, y eso que a ustedes ya sólo les tocó la colita. Cuando yo era niña hacíamos excursiones a Escuintla en carretas tiradas por caballos; entre Amatitlán y Palín pasábamos en medio de los vuelos de guacamayas y tucanes y mirando a los micos saltar de palo en palo.

El recorrido que más frecuentemente hacíamos con mis papás era al altiplano. Mi mamá, amante de las costumbres guatemaltecas, nos iba haciendo notar los diferentes trajes indígenas. Entonces los hombres y las mujeres usaban únicamente los trajes propios de sus pueblos.

—Miren —nos decía—, ese es el traje de Santo Domingo Xenacoj; ése, el de San Juan Sacatepéquez, el otro de Santa María Chiquimula; y así durante todo el viaje.

Al llegar al lago de Atitlán se sentía uno en el más remoto de los confines. Nos quedábamos a dormir en el Hotel Tzanjuyú, donde mis padres habían pasado su luna de miel; con suerte lográbamos una de las habitaciones que entonces estaban sobre el lago. Desde el balcón yo intentaba pescar con mucho placer y sin ningún resultado, porque jamás logré siquiera que un pez mordiera. Esos cuartos del hotel tenían chimenea y las frazadas y alfombras eran ponchos de Momostenango. Entonces hacía más frío en todo el país. Era aquel un mundo simple y solitario. El amanecer en el lago parecía un acto de magia, pues paulatinamente las sombras difusas iban adquiriendo perfiles precisos hasta que resaltaban con nitidez los volcanes. Luego, el descenso del altiplano a la costa era otro gran deleite. A medida que bajábamos la vegetación se volvía cada vez más exuberante y de tal belleza que daban

ganas de gritar. En la tarde el cielo se encapotaba y de pronto comenzaban los relámpagos y truenos que precedían esos inolvidables y torrenciales aguaceros que se oían venir con un retumbo creciente. Lo máximo era ir a una de las fincas de café de Grace, en la boca costa. Don Héctor Baca, el administrador, mandaba a cerrar la toma para que se redujera el nivel del agua; en los canales de regadío agarrábamos cuanto camarón quisiéramos, usando guantes para escapar de sus tenazas, y atrapándolos debajo de las piedras donde se metían.

A lo largo de estos recorridos, muy de vez en cuando, nos cruzábamos con otros carros; si bien uno veía por todas partes la terrible huella de la pobreza, la presión demográfica era tan reducida que todo parecía impecablemente limpio. No recuerdo haber visto jamás un botadero de basura. Por supuesto, esa maravillosa Guatemala de mi niñez, sin aglomeraciones, sin ruido, sin basura y con una naturaleza virginal, solamente la podían disfrutar los dueños de los escasos automóviles que había por entonces, y alguno que otro turista. Literalmente, Guatemala era el país de la elite.

El famoso viajero estadounidense John Lloyd Stephens, que en sus múltiples periplos por el mundo no se refirió casi al medio natural, interesándose sólo por la sociedad y la política, en Guatemala rompió con esta norma, fascinado por la belleza que contemplaba. Del primero de enero de 1840 dice que «amaneció como una mañana de primavera. El sol parecía regocijarse ante la hermosura de la tierra que alumbraba». De una hacienda ubicada al pie del volcán de Agua comenta que «el paisaje estaba limitado por todos lados con montañas de perpetuo verdor; el aire de la mañana era suave, fragante, puro y refrescante... jamás vi lugar más hermoso y apetecible para que un hombre pasara el resto de su vida sobre la tierra». Sobre el lago de Atitlán comenta: «Desde el momento que esta laguna apareció ante nosotros hasta que la dejamos de ver, nuestro viaje por sus cercanías presentó la más admirable combinación de bellezas que ninguna otra región vista por mí jamás».

Además de embelesado por la belleza de mi país, desde niño tuve la inquietud de comprenderlo; para ello agregué la lectura a las vivencias, sobre todo desde que entré a la universidad. En particular he puesto el énfasis en

determinadas características y hechos históricos que marcan nuestra manera de ser y que, a mi juicio, muestran también tendencias políticas recurrentes. La historia tiene, entre sus tantas virtudes, la de enseñarnos que nada es casual ni comenzó ayer.

Diversos y complicados

Recorriendo juntos los Cuchumatanes, Úrsula iba de sorpresa en sorpresa al percatarse de las diferencias tan marcadas entre la gente de pueblos contiguos; contrastes no sólo de idioma y vestimenta sino de rasgos físicos; de pronto me dijo, «Guatemala no es un país sino muchos». Efectivamente, la diversidad de todo tipo es nuestro rasgo más peculiar: diversidad social, cultural y natural.

La diversidad social no se reduce a las diferencias socioeconómicas, sino incluye diversidad de pueblos y de castas. No sólo han existido ricos y pobres; también criollos, ladinos, pardos e indígenas, sin mencionar los numerosos calificativos que acuñaron españoles y criollos para designar peyorativamente las diferentes relaciones de mestizaje. Guatemala es, además, un país integrado por distintos pueblos y donde se hablan muchos idiomas, y esa diversidad viene, por supuesto, desde la época prehispánica; refleja, entre otros aspectos, el aislamiento de unos pueblos con relación a otros, pues los idiomas se van diferenciando en la medida que sus hablantes pierden comunicación entre sí; por ello, cada grupo va desarrollando variantes, en ocasiones dialectales, y en otros casos se conforman con el tiempo idiomas distintos.

A este aislamiento ha contribuido nuestra deslumbrante geografía volcánica y montañosa; bien dicen que «mientras los mares unen, las montañas separan». Nuestro territorio es joven; probablemente salió del mar hace unos 50 millones de años junto con Chiapas, Honduras, El Salvador y el norte de Nicaragua. Hace 10 millones de años emergió el sur de Nicaragua, Costa Rica y Panamá, y de esa manera enlazaron el norte y el sur de América y se hizo el «efecto puente». Durante 40 millones de años, nuestro país recibió la emigración de flora y fauna de vocación austral proveniente del norte, y desde hace 10 millones de años se agregó a ello la emigración de vocación boreal proveniente del sur. En un territorio de pliegues y microclimas como el nuestro, la casi totalidad de la flora y fauna que llegó pudo encontrar su propio espacio, agregándose a lo nativo. En un territorio con características distintas,

básicamente homogéneas, un buen porcentaje de la flora y fauna hubiera sucumbido, obligada a luchar por sobrevivir.¹²

Junto con la geografía entra en juego el proceso político, si por él entendemos el camino hacia el Estado que, en todas partes, ha significado el sometimiento de unos pueblos por otros, y a veces la construcción de una nación: por eso, al menos en su origen, el Estado y la Nación son siempre multiétnicos. En algunos casos —como el nuestro—, este rasgo multiétnico ha permanecido y se ha consolidado; en otros la homogeneización cultural ha prevalecido, aunque nunca es absoluta. En Guatemala, hasta el momento de la conquista no se había consolidado ni extendido el dominio de un pueblo que sometiera establemente al conjunto de señoríos y les diera unidad estatal; y de allí en adelante hemos tenido un Estado autoritario pero débil, que apenas comienza a interesarse por el tema de la Nación.

La conquista y la colonia no condujeron al aniquilamiento o la «reducción» de los vencidos —como en Estados Unidos o Chile— sino a su sometimiento como siervos, lo cual fue posible porque los indígenas mesoamericanos eran agricultores sedentarios desde hacía, por lo menos, cuatro mil años. En tanto agricultores, podían ser utilizados como peones o arrebatarles parte de su producción por medio del tributo, ya que la agricultura les permitía producir más que su propio consumo. Los españoles llegaron a estas tierras imbuidos de la mentalidad mágica que prevalecía en ese momento de la edad media europea, y cautivados por los relatos maravillosos que hablaban de montañas de oro y muchas fantasías más. Pero la realidad con la que se toparon fue que la fuente de la riqueza era el trabajo de los indios.

La explotación de los indios y los privilegios y monopolios concedidos por las autoridades a los principales fueron la base para la constitución de una elite colonial y criolla. Esta elite, por sus ínfulas y pretensiones, por vivir de sus rentas y por ser servida por otros hasta el mínimo detalle, adquirió ribetes aristocráticos. Además, la «pureza de sangre» significaba mejores posibilidades de acceder a cargos y privilegios, cosa muy importante sobre todo en los dos siglos de depresión (XVI y XVII), que afectaron a la Capitanía General de Guatemala.

¹² Datos tomados de un documento publicado por el biólogo Jorge Villar Anleu.

En el contexto de esa depresión, no todo fue color de rosa para la elite, como lo muestra el investigador Murdo Mac Leod:

«El hecho de que más y más personas estuvieran viviendo de una base declinante o estancada hizo que muchos españoles y criollos se vieran forzados a bajar sus aspiraciones y niveles de vida. Y lo más importante, estas circunstancias hicieron que se recrudeciera la competencia por las pocas ventajas que aún existían. Y como una mayor inseguridad y competencia rigurosa tienen como consecuencia que un individuo no pueda dar señales del menor síntoma de descenso social, los asuntos y símbolos de prestigio, situación y protocolo se convirtieron en muy importantes. Los españoles y criollos, por igual, se volvieron extraordinariamente sensibles a los asuntos de dignidad personal y procedencia formal.»¹³

En cuanto a los ladinos, hay que partir de que, en la mentalidad de la época colonial, ellos eran expresión del pecado de los españoles por haberse acostado con mujeres indígenas y, por consiguiente, se pretendió ocultar su existencia ignorándolos como sujetos de derechos. La condena a ese mestizaje se expresa en el mismo término de «ladino» que, entre los múltiples significados que le anota el Diccionario de la Real Academia Española está el de «astuto, sagaz, taimado», que es precisamente la concepción de los ladinos que ha prevalecido en la elite criolla. La dimensión del ladino como sujeto social oprimido es muy importante para comprender Guatemala, y ha sido ignorada desde una visión según la cual, étnicamente, nuestro país se divide entre indígenas y ladinos, siendo estos últimos todos aquellos que no sean indígenas. Con esto se ignora que el ladino surge como ser oprimido, además de explotado, que se ve obligado a abrirse paso —cuando lo logra— colocándose del lado del dominador.

Los refugiados indígenas guatemaltecos con los que trabajé en México durante 1984 veían al ladino únicamente como el dominador, el que los engañaba, el que se hacía cargo de las tareas sucias de finqueros y gobernantes. Mucho se asombraron y reflexionaron cuando les expuse que durante la Colonia la condición de los ladinos había sido de parias, sin derecho

¹³ Murdo J. Mac Leod, *Historia socioeconómica de la América Central Española, 1520 - 1720*, Editorial Piedra Santa, 1980, p. 262.

a tener tierra ni ejercer oficios, condenados a enrolarse en las milicias que esporádicamente se conformaban para reprimir rebeliones en los pueblos, o a engañar a los indígenas basándose, entre otras cosas, en las ventajas que les daba conocer el idioma del dominador. Les conté también algo que les sorprendió mucho, y es que los artesanos ladinos capitalinos también fueron sometidos a trabajos forzosos. Efectivamente, durante el gobierno de Estrada Cabrera, sastres, zapateros, carpinteros y albañiles eran obligados a trabajar gratuitamente para el gobierno, Ejército y ricachones amigos del señor Presidente, a quienes los albañiles tenían que trabajarles por un salario que ni merecía el nombre de tal. Sastres, zapateros y carpinteros eran encerrados en los cuarteles durante tres meses y más, según fueran las necesidades o los apetitos.

Para agregar a nuestro mosaico social y cultural, hacia mediados del siglo XVI, los sacerdotes dominicos lograron que se trajera al país población negra para trabajar en las minas y en los obrajes de azúcar y sustituir de esa manera a los indios que, a juicio de los dominicos, no soportaban trabajos tan rudos. Con los africanos llegó la marimba, hermana mayor del teponaztle mesoamericano.

Así, pues, de la conquista y de la colonia emergió una sociedad en la cual se entremezclaron la explotación económica y la discriminación, la sociedad de clases y la sociedad de castas; y es esto uno de los factores que inunda de contradicciones el país y constituye una permanente fuente de violencia.

En estas tierras la corona española instaló la Capitanía General del Reino de Guatemala. Este reino pequeño y marginal, tenía, sin embargo, su propia aristocracia que ha sobrevivido en el tiempo. Sus primeros miembros fueron Pedro de Alvarado y otros conquistadores a los que, para recompensar sus hechos de guerra, la corona española otorgó mercedes y encomiendas de indígenas según su jerarquía. A ese núcleo inicial se sumaron algunos comerciantes portugueses y genoveses, y navegantes y colonizadores que llegaron por sus propios medios y que, según parece, abandonaron Santiago de los Caballeros durante la depresión económica que duró hasta mediados del siglo XVIII. Los criollos detestaban a los peninsulares que ocupaban los cargos principales. Sin embargo, siempre, y hasta la fecha, se reivindicaron como los

legítimos descendientes de los conquistadores; esta visión ha impregnado la ideología oficial que, como lo muestran los murales del Palacio Nacional (hoy de la Cultura), ensalzan la conquista; y lo muestra también el enorme retrato al óleo de Pedro de Alvarado que está en el despacho del Alcalde capitalino; por supuesto, otro de las mismas dimensiones domina la escena en el Club Guatemala, el cual fue durante mucho tiempo reducto de la elite criolla. La casa que hoy ocupa el Tribunal Supremo Electoral, construida por la familia Yurrita, es un elocuente testimonio de lo anterior: al fondo de un hermoso patio circundado por amplios corredores, un bajorrelieve muestra a Cristóbal Colón en un extremo y a Pedro de Alvarado en el otro y, en medio de ambos, vuela un quetzal.

La exaltación de la conquista y de los conquistadores es tal en nuestros países que a todo mundo le parece lo más natural y piensa que así es en todas partes. Sin embargo, en México es lo contrario. Los conquistadores son, en el imaginario colectivo, los gachupines que llegaron a aplastar a la raza de bronce; los héroes son Moctezuma y Cuauhtémoc y no Cortés. Roque Dalton me contó que en un concurso de oratoria organizado por el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, pasó al escenario el representante de Honduras, apodado «Pedo de barco» por su grave vozarrón, y lo mejor que se le ocurrió para comenzar su discurso fue exclamar con toda solemnidad: «me llamo Hernán Cortés». Y para su sorpresa, brotó de inmediato una exclamación en el público: «¡Y no te da vergüenza, jijo de la chingada!»

Sobre la aristocracia criolla, la imagen que Stephens dejó plasmada resume muy bien lo que era (y hasta la fecha sigue siendo) ese pequeño sector social de rasgos contradictorios. Stephens distingue muy bien entre determinadas cualidades de esas personas amables, y su significación social y política:

«En nuestra propia ciudad, la aristocracia es llamada por el cuerpo diplomático en Washington, la aristocracia de las calles. En Guatemala ésta es la aristocracia de las casas, pues ciertas familias viven en las casas construidas por sus padres desde la fundación de la ciudad, siendo ellas en verdad antiguas mansiones aristocráticas. Estas familias, con motivo de ciertos monopolios de importación, adquirieron, bajo el dominio de España, inmensas

riquezas y distinción como “príncipes del comercio”. Al mismo tiempo fueron exceptuadas de todos los servicios de toda obligación en el gobierno... No es mi deseo expresarme con dureza de estas gentes, pues eran las únicas personas que constituían la sociedad... y yo me encuentro obligado a estas personas por sus muchas bondades, y, además, porque son personalmente amables, pero me refiero a ellos como hombres públicos. No simpatizaba yo con su política.»

Para darse una idea de lo que significaba el control del comercio exterior por la aristocracia criolla, baste decir que uno de los interlocutores de Stephens, con el cual tomaba té casi todas las tardes, y que era el marqués Juan Fermín de Aycinena y Piñol, exportaba desde el Portal del Comercio (entonces propiedad de su familia), la sexta parte del añil que se producía en Centroamérica.

Hablando del mundo de intrigas y conspiraciones que caracterizaba la política, Stephens, desde hace casi dos siglos, hace observaciones de palpitante actualidad:

«Entre ellos las diferencias políticas rompían todos los vínculos. Los peores ultrajes de nuestros partidos son moderados y suaves comparados con los términos en que ellos se expresan el uno del otro... para ellos un opositor en política es un ladrón, un asesino; y es una alabanza el que se admita que él no sea un sanguinario asesino... A los partidarios vencidos se les fusila, se les destierra, se les hace huir o se les considera moralmente apestados, y jamás se atreven a expresar sus opiniones frente a alguno del partido dominante».

La descalificación recíproca que implica una sociedad de castas ha traído cola. Es fácil darse cuenta cómo la vida cotidiana está marcada por esta tendencia negativa. A mi me impresiona lo generalizado de estar en contra de los que están en contra y en contra de lo que están a favor y desvalorizar cuanto cosa ocurre. Stephens, comentando los abusos de las tropas de Carrera contra la población, pinta de cuerpo entero esta nefasta tendencia: «Todos estaban espantados y nadie se levantaba para repeler la invasión. Morazán se encontraba lejos del alcance de su voz y los que más le acusaban antes de querer mantener su influencia por la fuerza de las bayonetas, ahora lo acusaban con igual violencia por haberlos dejado a merced de Carrera». Consternado por la brutalidad de los soldados y el dejar hacer de la gente, el

viajero que era entonces el más famoso del mundo, medita sobre la gran paradoja de nuestro país: «regresé a mi casa a pasar la noche solo, reflexionando con tristeza en la desdichada condición en que se encontraba Guatemala, a pesar de tener tantos elementos para ser feliz.»

Sobre las espaldas de los indios

En la base de esa sociedad de privilegios estaba, y aún lo está —aunque no será por mucho tiempo— la población indígena, sometida a toda clase de violencias y exacciones que sólo fueron disminuyendo ante la inminencia de su extinción. Algunos demógrafos calculan que durante el siglo XVI la población indígena en Guatemala se redujo al 10 por ciento de la que encontraron los conquistadores; ello como producto de múltiples causas, siendo las principales la conquista, la peste, el uso de ellos como cargadores o tamemes; y hasta la mitad de ese siglo, por su venta como esclavos. La conquista concluyó. El efecto de las pestes se redujo en la medida que los indígenas desarrollaron defensas, y la esclavitud cesó en virtud de una de las pocas normas de las Leyes Nuevas que cobraron vigencia: la de declarar a los indígenas «vasallos libres de la Corona». Fue este el resultado concreto de la lucha de los Dominicos, que coincidió con el interés de la Corona por preservar su tesoro en América constituido, precisamente, por los indígenas.

Sin embargo, como ya dije, la conquista, la peste y la esclavitud cedieron el paso; no así la inhumana práctica de utilizarlos como cargadores, sin importar en manera alguna que reventaran por el esfuerzo. En su libro ya citado, la demógrafa Linda Newson demuestra con rigurosidad que, para 1550, la población indígena de Honduras se había reducido al 5 por ciento de lo que era. Narra que en 1527 el conquistador López de Salcedo llevó consigo 4000 indígenas para que le cargaran las provisiones; de ellos sólo regresaron seis¹⁴. La magnitud de la brutalidad cambió con el tiempo, pero no su esencia. Francisco Lainfiesta, ideólogo del liberalismo, dejó en sus *Memorias* testimonio de ello:

«El general Carrera hizo una excursión a las costas de Honduras, en el Atlántico... y encontrando sin defensa y abandonado el Castillo de Omoa, dispuso traer a Guatemala, como presa de guerra, varios de los cañones que artillaban aquel fuerte; empresa colosal, dado que aquellas piezas, grandes y pesadas, no podían ser transportadas sino a fuerza de brazos, en un trayecto

¹⁴ Newson, ob.cit. pag. 184

de ochenta leguas, por camino de herradura, erizado de obstáculos. La empresa fue coronada al fin con el ingreso de los cañones a la capital, después de una faena de muchos días, durante la cual perecieron más de cien de los infelices indios empleados por la fuerza en el arrastre... Años después, cuando tuve ocasión de volver a ver dichas piezas en el castillo de San José... lo primero en que pensé fue en las víctimas sacrificadas, a cambio de unas piezas inútiles...»¹⁵

Más adelante agrega que se importó una buena cantidad de harina, «y recuerdo que para conducirla desde Izabal al interior fueron enviados muchos indígenas cargadores de los pueblos de la Verapaz, a la mayor parte de los cuales los acometió en el camino, viniendo con la carga, una fiebre maligna que causó en ellos tanta mortandad como la que produjo el arrastre de los célebres cañones. Algunos vinieron a morir a los suburbios de la capital a un lado del saco de harina que habían traído a sus espaldas desde sesenta leguas, por la fuerza y por un miserable jornal. ¡Infelices!»¹⁶

Y esto ocurría treinta años después de la Independencia y no concluyó allí.

¹⁵ Francisco Lainfiesta, *Mis memorias*, Academia de Geografía e Historia de Guatemala, 1980, pág. 66.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 67.

El gigantesco marco de los ancestros

La población indígena fue reducida a tal decrepitud y pobreza por el régimen colonial, que los arqueólogos del siglo XIX, hasta John Lloyd Stephens, conocían ya pirámides como la de Chichén Itzá en Yucatán y la de Cholula, en Puebla, pero no podían concebir que dichas obras majestuosas hubieran sido construidas por los ancestros de los indios. Según Gallenkamp, biógrafo de Stephens, éste terminó de confirmar que los templos eran obra de los antepasados de los indios al darse cuenta, en Palenque, que el rostro que Catherwood copiaba de una estela era igual al del cargador que estaba junto a él. Antes había contemplado esa posibilidad al notar que los indios del área de Uxmal realizaban rituales en las ruinas. Entonces, dirigiéndose a sus colegas, viajeros, exploradores y arqueólogos, que relacionaban a los fundadores de estas ciudades con los egipcios o con otro pueblo cualquiera, Stephens fundamentó la originalidad del arte y la cultura mayas:

«Tal es el espectáculo de un pueblo diestro en arquitectura, escultura y dibujo, y, sin duda alguna, en otras artes más percederas, y que poseía la cultura y el refinamiento que las acompaña, no derivados del Viejo Mundo, sino originadas y desarrolladas aquí, sin modelos ni maestros, con una existencia distinta, separada e independiente; indígena como las plantas y los frutos de la tierra».

Cuando se lee ese maravilloso libro *Historia de la Conquista de Nueva España*¹⁷, de Bernal Díaz del Castillo, no queda nada de esa idea, a veces inconsciente, según la cual los pueblos prehispánicos eran primitivos. Al contrario, fueron lo que se conoce como «altas culturas»: agricultores sedentarios, con una organización social y política compleja, con ejércitos permanentes, y también con astrónomos, sabios, artistas y funcionarios de tiempo completo. La más brillante de las civilizaciones prehispánicas, la maya, desarrolló la escritura, elaboró con exactitud un calendario solar, midió hasta el fin de los siglos el momento de los eclipses y calculó el movimiento de las constelaciones recorriendo el tiempo hacia atrás, por más de 300 millones de

¹⁷ Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de Nueva España*, Editorial Porrúa, 1986, México.

años, inventando para ello el cero, y entrando con él al terreno de las matemáticas abstractas.

La exploración por los mayas del firmamento fue mucho más lejos de las meras necesidades de la agricultura. Según Erick Thompson, lo hicieron para averiguar cómo se habían conjuntado los astros en el pasado y de qué manera esto había conformado tiempos propicios y otros adversos, bajo la convicción que los astros eran los cargadores del tiempo y lo ocurrido antes se habría de repetir, porque el tiempo, la vida y la historia eran un círculo eterno.

Yo escribí una obra que, originalmente, se propuso ser una colección de cuadernos de educación popular y luego adoptó la forma de libro, aunque sigue engavetado en alguna parte sin publicarse. El objetivo del mismo fue responder a las inquietudes del grupo de refugiados en México, los cuales conocían muy bien la descripción de su cultura, pero se preguntaban por qué habían tomado ese camino y no otro. Para escribirlo, me nutrí de los datos de los grandes arqueólogos tratando de hacer con ellos una interpretación sociológica, y el eje de la argumentación gira en torno a la producción del maíz y lo que deriva de ella en términos de la organización social. El maíz, al ser el grano de mayor rendimiento y el que menos trabajo exige de los tres granos civilizadores (arroz y trigo son los otros dos), le permitió al campesino maya producir amplios excedentes y disponer de tiempo sobrante, de manera que fue explotado como tributario y como trabajador forzado. Fue el maíz la base material que permitió una sociedad con amplios estratos desvinculados de la producción (sacerdotes y principales, militares, comerciantes, astrónomos, artesanos de tiempo completo), y lo que hizo posible la construcción de esos centros ceremoniales de gran belleza y dimensión monumental que, sin embargo, no tenían ninguna aparente utilidad social, fuera de simbolizar el poder omnímodo del Halac Uinic u «hombre verdadero».

Uno de los tantos autores consultados para escribir ese libro explicaba que las altas culturas de Mesoamérica habían llegado a la fase de la astrobiología, en la cual los seres humanos empiezan a relacionar su propio organismo, sus fenómenos vitales, así como los de las plantas y los de los animales, con el movimiento y la posición de los astros. Esta es una tendencia común del género humano en un determinado estadio de su desarrollo, que no

quiere decir que todos los pueblos la lleven al mismo nivel de profundidad y precisión. Asimismo, las formas de organización social, y aún las costumbres, están fuertemente determinadas por los condicionantes del ambiente y la tecnología; de manera que, con sus diferencias, la organización social de pueblos geográficamente muy distantes resulta parecida.

Al grupo de refugiados, en su mayoría indígenas quichés muy desarrollados en su pensamiento, les leí un texto en el cual se describía a unos pueblos que distribuían la tierra de manera que los diferentes clanes contaran con un espacio común y lo hicieran producir. Así, cada clan tenía su tierra colectiva y le daba su tributo al poder supremo. Luego narraba cómo, para deliberar y tomar decisiones, se sentaban los mayores alrededor de una estera. Y así, iba describiendo la cultura de esos pueblos. Cuando terminé de leerlo, les pregunté:

—¿A qué pueblos creen que se refiere este texto?

—A nosotros —me respondieron al unísono.

—Pues no, —les respondí.

Se trataba de un texto que Tito Livio escribió en el año primero de la era cristiana, describiendo a los pueblos germanos que en ese estadio de su desarrollo tenían costumbres similares a las de los pueblos de Guatemala.

Efectivamente, Fray Bartolomé de las Casas dejó testimonio de cómo se ejercía la autoridad entre los k'iche':

«Tenían en los consejos, cuando se había de tractar cualquier cosa dudosa y de importancia, esta loable costumbre y orden, digna de ser considerada y seguida y que es argumento de gente prudentísima, que según las materias de que el rey ó señor soberano quería tractar y consultar, mandaba llamar y que entrasen en consejo aquellas personas que de aquella materia ó negocio ó ejercicio tenían mejor noticia y más experiencia.»

Esta similitud de costumbres y formas de organización social entre pueblos que jamás tuvieron contacto entre sí —les dije—, confirma la teoría de Marx según la cual, en la producción social de su vida los seres humanos contraen determinadas relaciones de producción independientes de su voluntad, que son las que después determinan en última instancia cómo se

organizan y cómo piensan. Y este me parece un concepto vital para entender que, en condiciones análogas, todos los pueblos del mundo desarrollan respuestas similares; a partir de esto, hay que entender su particularidad cultural, sin sobrestimar esta última, pensando cada uno que lo propio es único y se sustrae de la condición humana. Este tipo de pensamientos, por bien intencionados que puedan ser, dan pie al racismo y a los sentimientos de superioridad.

La conquista

Cuando se inició la conquista en Mesoamérica, los españoles se encontraron con el enorme imperio de los mexicas, que dominaba sobre un extenso territorio que, hacia el sur, llegaba muy cerca del río Suchiate. Se trataba de un dominio feroz y extremadamente cruel impuesto sobre los súbditos. A los pueblos conquistados los sometían como tributarios y los mexicas no se preocupaban en lo más mínimo por ganarlos a su cultura o integrarlos a una especie de ciudadanía como hicieron los romanos. Ni siquiera dejaban una administración propia, simplemente establecían los tributos y si a la fecha estipulada éstos no llegaban, hacían expediciones punitivas para castigar a los pueblos en cuestión. Estas poblaciones sometidas, obviamente, eran enemigas del poder central, cosa que se convirtió en una de las grandes debilidades del imperio durante la conquista.

En todo su dominio, los mexicas no tenían ningún contrincante con la capacidad de exigirles un mayor nivel de desarrollo militar. De pronto, llegaron a subyugarlos los españoles, que venían de un continente con otra dinámica histórica, donde ya se conocía el metal, la pólvora y el uso de los caballos. Acababan de expulsar a los árabes de España y, además de manejar un conjunto de tácticas políticas, conocían estrategias militares mucho más avanzadas que las de los indígenas, y frente a las cuales el imperio de Moctezuma se mostró absolutamente frágil. Al encontrar un sistema servil parecido al del feudalismo europeo, los conquistadores supieron entender muy bien las contradicciones entre el poder central del imperio y sus pueblos tributarios. En *Biografía del Caribe*, libro maravilloso de Germán Arciniegas, leí que en Veracruz, Hernán Cortés, al entrar en relación con los totonacas, se dio cuenta que eran tributarios de Moctezuma y, aprovechando la presencia de unos cobradores de impuestos de éste, les dijo con ayuda de la Malinche:

—No le paguen más tributos a estos emisarios de Moctezuma. No se preocupen, nosotros los vamos a defender.

Al poco tiempo, tomó presos a los cobradores, y los totonacas vieron en ello una confirmación de lo que les había dicho. Pero, muy astutamente, a los cobradores les dio otra explicación:

—Miren —les dijo— los totonacas los quieren matar y para protegerlos yo los voy a retener...no se preocupen.

Esas astucias de Cortés fueron posibles no sólo por su talento político sino también por un hecho fortuito, el cual es una muestra extraordinaria del papel que puede jugar la suerte en el devenir histórico. Resulta que en 1511 se produjo el naufragio de un buque español en las inmediaciones de las Islas de la Bahía, situadas frente a la costa atlántica de Honduras. Al hecho sobrevivieron 16 náufragos que fueron capturados por los mayas, y de los cuales sólo dos sobrevivieron. Esos dos sobrevivientes fueron Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. El primero se integró a la sociedad maya, se casó con una mujer indígena y sus tres hijos fueron los primeros mestizos de la América continental. El segundo, en cambio, fue reducido a esclavitud y odiaba a los mayas.

A través de los mayas de Cozumel, Cortés supo de los dos españoles que vivían en pueblos de tierra adentro y los mandó a buscar. Jerónimo de Aguilar se las arregló para llegar hasta las naves y colocarse al servicio de Cortés; Gonzalo Guerrero, en cambio, se quedó con su familia e instruyó a los mayas sobre las tácticas guerreras de los españoles, sobre el impacto real de la pólvora y sobre la naturaleza de los caballos, todo lo cual no impidió su derrota militar, aunque hizo más costosa la victoria hispana. El 15 de marzo de 1519, luego de varias expediciones punitivas en el área, Cortés recibió el sometimiento y las ofrendas de más de treinta jefes y principales mayas de los pueblos cercanos a la desembocadura del río Grijalva. Bernal Díaz del Castillo describe los presentes de oro y otros objetos de «poca valía», y remarca: «Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana». Doña Marina era una esclava de origen náhuatl, que había sido vendida por los náhuatl mismos; por esa razón odiaba a los náhuatl y a los mayas, sus amos; conocía ambos idiomas. En realidad se llamaba Malitzin, y

pasaría a la historia y a la leyenda con el nombre de Malinche, deformación fonética de su nombre original.

Estos hechos fortuitos le concedieron a Cortés la más grande y decisiva ventaja estratégica para lo que habría de venir después: la conquista del Imperio de Moctezuma. Dicha ventaja fue la información que Jerónimo de Aguilar y Malitzin le proporcionaban, y sobre todo la posibilidad de comunicarse con las distintas poblaciones y sus jefes. Ambos le relataron cómo era el odio inmenso que los pueblos sentían hacia los mexicas. Cortés se comunicaba en español con Aguilar y éste se comunicaba en maya con Malitzin, la cual se podía expresar en maya y en náhuatl, y al poco tiempo también en español.

Aprovechándose de esa fragilidad en el imperio, los españoles fueron armando alianzas con los pueblos sometidos. El gran político que fue Hernán Cortés entendió perfectamente a la sociedad prehispánica mexicana y supo aprovechar sus contradicciones. Con esa experiencia, Pedro de Alvarado hizo lo mismo en Guatemala y dividió aún más a los diferentes pueblos mayas, aunque Alvarado se «distinguió» por preferir la brutalidad a cualquier sutileza política. En México la guerra de conquista fue breve precisamente por la centralidad del imperio de Moctezuma, la cual determinaba que al sucumbir éste sucumbía todo lo demás, aunque hubo pueblos como los zapotecos y los mixtecos que opusieron una larga resistencia a los españoles. En Guatemala, a diferencia de México, aunque los k'iche' iban ligeramente adelante en la lucha por la hegemonía, los kak'chiqueles y tz'utuhiles y los demás señoríos tenían vida propia; no estaban subordinados a un único poder central. Por eso la guerra de conquista fue más prolongada aunque de menor envergadura; duró cerca de veinte años y se puede decir que se prolongó hasta la destrucción de Tayasal, la capital de los Itzaes, ubicada en la actual isla de Flores, a fines del siglo XVII.

Don Manuel Galich nos decía siempre en sus clases de historia que, en realidad, la conquista de América fue posible por la existencia de ejércitos indígenas dirigidos por oficiales españoles. Solo así se entiende que unos cuantos hayan podido conquistar Perú y derrotar al imperio inca. En la novela *Inés del Alma Mía*, Isabel Allende cuenta que esos conquistadores también supieron aliarse con los tributarios de los incas. Estos, al igual que los mexicas,

eran de una crueldad inaudita con sus súbditos. Yo les explicaba a los refugiados guatemaltecos que en esas circunstancias y en una situación en la que no había nación, resultaba ilógico estar diciendo que los Tlaxcaltecas en México o los Kaq'chiqueles en Guatemala fueron unos traidores porque se aliaron a los españoles. Traidores ¿a qué?

En los *Anales de los Cakchiqueles* se anota que el día I Toh (4 de julio de 1510) «llegaron los yaquis (de Culuacán), mensajeros del rey Modeczumatzin, rey de Mexico»¹⁸. Se trataba de una embajada enviada por Moctezuma II quien, seguramente, comunicaba sus temores por la presencia de los españoles en las islas del Caribe, conocida por él años antes que los primeros navíos tocaran las costas de México en 1518. Los k'iche' recibieron embajadas similares; sin embargo las contiendas entre ellos y los kaq'chiqueles no cesaron hasta la llegada de los españoles. En 1520 el cronista kaq'chiquel da cuenta del más terrible flagelo de la conquista, que habría de devastar a las poblaciones mesoamericanas mucho más que la guerra y sus secuelas: la peste. Cuatro años antes que Pedro de Alvarado y sus huestes ingresaran a Guatemala ya lo habían hecho las enfermedades traídas por ellos: «primero se enfermaban de tos, padecían de sangre de narices y de mal de orina. Fue verdaderamente terrible el número de muertes que hubo en esa época... Poco a poco grandes sombras y completa noche envolvieron a nuestros padres y abuelos y a nosotros también ¡oh hijos míos! Cuando reinaba la peste... Grande era la corrupción de los muertos... Los perros y los buitres devoraban los cadáveres. La mortandad era terrible».

¹⁸ *Anales de los Cakchiqueles en Memorial de Sololá*, Edición de Adrián Recinos, Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, 1980, México, pág. 117.

De encomenderos a finqueros

A lo largo de los siglos XVI y XVII, la enorme mortandad de los indígenas por las pestes de sarampión y de viruela, su explotación como cargadores y su venta como esclavos, despoblaron el territorio y vulneraron el sistema de encomiendas y tributos; de manera que sólo pudieron sobrevivir como encomenderos los de mayor jerarquía, que habían recibido grandes encomiendas: es decir, muchos indígenas obligados a servirlos, a producirles los alimentos y a construir sus casas. Los medianos y los pequeños encomenderos, en cambio, se quedaron sin siervos ni tributarios por la peste y muchos de ellos dejaron Santiago de los Caballeros para trasladarse a distintos puntos del interior del país, entre ellos la región del oriente, dedicándose básicamente a la producción del añil en plantaciones de mediana dimensión.

Cuando Úrsula conoció el oriente de Guatemala, no sólo confirmó que nuestro país es muchos países sino que, además, encontró una sociedad y una geografía enormemente parecida a la región de México donde ella vivió su niñez y adolescencia: el Norte, los norteros, en particular el estado de Sinaloa. Gente mestiza, pero con fuerte presencia de blancos, que habita tierras semiáridas y se viste al estilo de los vaqueros del oeste; al igual que en Guatemala le llaman pichel a las jarras, chumpa a las chamarras y cerote a aquello que les conté, que en el resto de México existe, pero no la palabra. En el norte de México, al igual que en el oriente de Guatemala, la servidumbre no fue posible porque los indígenas llegaron casi hasta la extinción o se refugiaron en lo más alto de las sierras; de manera que, al no haber suficiente mano de obra servil, se fue abriendo paso el trabajo asalariado, y esto hizo que en esas regiones predominara la mediana propiedad basada en el trabajo del dueño y de su familia y eventualmente trabajadores asalariados, aunque hubo también (y en Guatemala los hay todavía), gigantescos latifundios constituidos por tierras de poco valor.

El oriente de Guatemala se fue convirtiendo desde muy temprano en un área de mestizaje y también de refugio para personas que, por una u otra razón, entraban en conflicto con las leyes coloniales o las de la Iglesia, que

prácticamente eran lo mismo. La región adquirió esas características porque la escasez de población indígena (diezmada rápidamente por su uso como cargadores), hizo que no hubiera mayor interés de las autoridades españolas en esas áreas; por ende, no se constituyeron instituciones capaces de vigilar y controlar. Esto propició que, en el marco de desarrollo de la producción de añil, sobre la base de trabajo asalariado (trabajo libre), el Oriente atrajera a indígenas que se fugaban de las encomiendas, a negros que escapaban de la esclavitud en el Golfo Dulce, a hombres que se habían separado de sus esposas, a mestizos que no se les permitía vivir en pueblos de indios ni tener oficios, y un largo etcétera.

Hasta mediados del siglo XVIII la corona española permitió emigrar a América a los vascos y a los catalanes. En poco tiempo, la mayoría de estos recién llegados se casó con mujeres de la elite criolla y constituyeron nuevos negocios; algunos amasaron grandes fortunas y, al poco tiempo, eran los líderes de ese sector social, como las familias Aycinena y Beltranena (vascos) y Matheu (catalanes). Los vascos, sobre todo, al igual que en otros países de América Latina, jugaron un papel de liderazgo en los procesos de independencia.

Como cabía esperar, particularmente en un «pequeño reino», ese grupo social que reivindicaba «pureza de sangre» era —y en buena medida sigue siendo— profundamente endogámico, de manera que a la vuelta de dos o tres generaciones todos eran parientes de todos. Sin embargo, a raíz de la Revolución Liberal, los criollos fueron cada vez más mestizos, pues con esa revolución se aceleró el ascenso económico de familias mestizas que pasaron a ocupar las primeras posiciones en materia de riqueza y poder; en consecuencia, entablaron relaciones matrimoniales con familias criollas, comenzando por el propio Justo Rufino Barrios y su hijo del mismo nombre.

El fenómeno anterior se ha repetido cíclicamente con una característica: los recién llegados, provenientes de la clase media, no «democratizan» el pensamiento ni el ambiente de la clase señorial sino se vuelven como ella; incluso, algunos más papistas que el Papa. Si bien, con el tiempo, la «aristocracia criolla» ha languidecido y sus miembros no necesariamente son

los dueños de las principales fortunas del país, sigue siendo ese el referente social que da *caché* en Guatemala.

La aristocracia criolla se constituyó como clase terrateniente y reprodujo los estilos de vida de la aristocracia feudal europea; bien se dice que, mientras la fábrica forma burgueses la tierra forma señores. En alguna parte leí el relato de un viajero que visitó Santiago de los Caballeros a finales del siglo XVI y anotó en su crónica que la ciudad no era de las dimensiones ni del esplendor de la Puebla de los Ángeles, ni la gente tan rica, pero que no había visto en otros lugares los refinamientos que en éste, donde los señores hacían que los indios escalaran por la noche el volcán de Agua para bajar hielo de su cima, con el cual ellos enfriaban sus bebidas. Me impresionó mucho esta observación del viajero; es una imagen de lo que ha sido la clase dominante en Guatemala, aunque eso ha cambiado en las generaciones actuales. Pero la finca formó una clase señorial más que empresarial. El café no significó durante mucho tiempo tecnificación alguna del cultivo, ni siquiera uso intensivo de la tierra, sino disposición de enormes extensiones y de trabajadores suficientes, sobre todo temporales, obligados a servir a los señores, no sólo por el régimen colonial, sino también por conservadores y liberales. Fue hasta la Constitución de 1945 que la servidumbre y el trabajo forzoso quedaron suprimidos bajo todas sus formas, aunque durante bastantes años más esto continuó de hecho.

Siglos de servidumbre —prehispánica, colonial y republicana— han afectado profundamente nuestra identidad y costumbres, y esto se expresa de distintas maneras. No es sólo la discriminación; también la reproducción a todos los niveles de la relación señor-siervo; el señor, que es también patrón y patriarca; el siervo, que gruñe impotente hasta que de pronto estalla. El tono de nuestro lenguaje cotidiano es imperativo: «ya se te dijo que hagás tal cosa...», y muchas expresiones más.

En el libro de Regina Wagner, *La Historia del Café en Guatemala*, aparecen fotos de las familias aristócratas de finales del siglo diecinueve en sus fincas de la boca costa. En aquel calor infernal usaban vestidos largos y frac para ver los partidos de tennis. Mi papá se acordaba de los bailes de año nuevo en el Club de Retalhulehu que eran de rigurosa etiqueta.

—Imaginéense, —decía—, al ratito de estar bailando en aquel calor tropical, todos empezábamos a sudar y a la par se nos empezaba a derretir la yuquilla que sostenía parado el cuello de la camisa del frac. Ya cuando sentíamos que se nos venía para abajo, disimuladamente nos íbamos a mi casa que estaba pegada al club, a ponernos las camisas de repuesto que teníamos listas.

La «revolución conservadora»

Este enunciado parece un juego de palabras, pero en realidad es el fruto de los hechos insólitos que ocurren en nuestro país. Rafael Carrera encabezó una revolución, si por ella entendemos la rebelión del pueblo; sin embargo fue conservadora, porque impuso el retorno a los tiempos idos, aunque tres décadas más tarde cedió el paso a la aventura de los tiempos nuevos, que los campesinos liderados por Carrera, no sin razón, veían cargados de amenazas.

En los primeros años del gobierno de Mariano Gálvez (1831-38), parecía que el liberalismo iba a consolidarse en el país y por ende en Centroamérica. Sin embargo, el afán transformador desmedido de este hombre, tan ilustrado como idealista, iba a propiciar lo contrario. Don Mariano actuó sobre la base del concepto según el cual al traer al país las leyes más modernas y las instituciones más avanzadas, Guatemala se transformaría de conformidad con las mismas. No fue así. Y esta es una tendencia ingrata que perdura hasta la fecha.

Mariano Gálvez importó de Estados Unidos el *Código de Livingston*, elaborado a solicitud de las autoridades del Estado de Lousiana por el prestigiado jurista que le dio su nombre. Sin embargo, las autoridades de ese Estado premiaron a Livingston por su trabajo pero no implementaron su código por considerar que era demasiado avanzando para sus posibilidades. Mariano Gálvez, en cambio, lo hizo vigente en un Estado incipiente cuyas escasas finanzas eran consumidas por las incesantes guerras, y donde él mismo había tenido que vender el edificio del palacio presidencial y pasar a despachar en una oficina que le facilitó el arzobispado. Con la vigencia del Código se suprimieron los castigos físicos y se instauró un sistema de jurados, entre otras medidas, y al poco tiempo el país se había convertido en un paraíso de la impunidad, puesto que la nueva ley no encontraba aplicación alguna.

Y fue la vigencia de ese Código uno de los motivos para el derrocamiento de Gálvez por una «revolución conservadora». El pueblo de Guatemala, y en especial los campesinos de las regiones más pobres, incluidos los indígenas, se lanzaron a la lucha para exigir que se derogaran las leyes liberales, que no

se afectaran sus tierras ejidales, que se permitiera el retorno del arzobispo Casaus y Torres y se respetara a la Iglesia Católica. Acaudillados por Rafael Carrera, este ejército de campesinos hizo que el régimen colonial se extendiera por treinta años más bajo la égida de los conservadores, asunto que debe motivar profundas reflexiones; entre ellas, que la historia no es lineal. Woomark, en una excelente biografía de Emiliano Zapata, dice que su propósito es narrar la historia de un pueblo (Anenecuilco), que hizo una gran revolución para que las cosas siguieran siendo como antes, aunque lo que provocó, sin quererlo, fue el cambio y la modernidad. Jean Meyer escribe sobre la guerra de los cristeros en México, realizada en contra de la revolución y para volver al viejo orden, pero no triunfó. Es decir, no es novedad que los campesinos hagan «revoluciones reaccionarias»; lo particular de la guerra de los pueblos encabezada por Carrera, es que triunfó y logró imponer su programa.

John Lloyd Stephens, que se encontraba entonces en Guatemala (1838), narra cómo, al día siguiente de la caída de Mariano Gálvez, lo primero que hicieron en los pueblos fue poner otra vez la picota en los parques y restablecer los castigos físicos. Siempre que cuento esta anécdota pregunto si esto sucedió por una crueldad innata en los guatemaltecos, o si la explicación está en que un sistema legal, para que funcione, requiere de instituciones eficientes que realmente sean accesibles a la gente. Esas leyes tan avanzadas nunca estuvieron al alcance de la población, a la que únicamente dejaron inerme. Por supuesto, las medidas de hecho se siguieron una tras la otra. Sin embargo, desde una lectura idealista de la historia de Guatemala, distinguidos personajes del mundo académico y político siguen considerando ejemplar la experiencia de Gálvez y atribuyen su derrocamiento a la conspiración de rumores implementada por los curas. Esta ocurrió pero no fue la causa, sino «la chispa que incendió la pradera».

La tendencia a considerar que las ideas y las leyes tienen por ellas mismas la virtud de cambiar la realidad ha sido una ilusión recurrente, no sólo en Guatemala sino en América Latina, y seguramente en otros continentes colonizados. El pensamiento de la ilustración europea vino a Guatemala desde antes de la independencia, burlando la censura colonial. Don Manuel Galich

nos contaba que las vajillas importadas por los comerciantes criollos llegaban envueltas con páginas de los libros de Rousseau y Montesquieu, entre otros; luego se ordenaban esas páginas y se formaban los textos. Nuestros próceres hicieron suyo ese pensamiento y creyeron firmemente que, al impulsar esas ideas, Guatemala se iba a volver un país democrático. Mariano Gálvez se propuso, con toda seriedad y empeño, hacer de Guatemala la república liberal más avanzada de América.

Modernidad a la fuerza

Sin embargo, tuvieron que pasar cuarenta años más para que el liberalismo se entronizara en el país, y cuando lo hizo fue bajo la forma de dictadura —la de Barrios—, cosa que horrorizó a los teóricos, pero así es la cruda realidad; las revoluciones no pueden hacerse de otra manera. Además, en ese momento, el liberalismo fue posible porque la clase dominante se había vuelto cafetalera: para 1871 el café era ya el principal producto de exportación del país, cerca del doble de la cochinilla, la cual languidecía a causa del descubrimiento y comercialización de los tintes artificiales, y que había sido la base económica del régimen conservador de matriz colonial. En la época de Mariano Gálvez el ideario liberal no tenía más asidero que el sueño; en la época de Barrios, en cambio, el nuevo orden económico era ya la demanda del sector más poderoso del país: los cafetaleros. El ideal libertario y democrático, que en un principio aterrorizaba a la aristocracia, se quedó en mera retórica; pese a ello, con el tiempo, fue penetrando en la sociedad.

La historia de Guatemala, desde la Independencia hasta el gobierno de Jorge Ubico, estuvo marcada por el conflicto entre liberales y conservadores, aunque durante este último régimen fue languideciendo; junto con ello, la dictadura como forma de gobierno. Lo más fácil es explicar la dictadura por el talante de las personas y los intereses que representan; sin embargo, hay una dimensión que con frecuencia se escapa, y es que la dictadura —y las medidas de hecho—, son la expresión de la debilidad institucional de un Estado. Sin instituciones que resuelvan y que sean accesibles a la población, lo único que queda es el poder omnímodo del dictador o la justicia por propia mano.

Marco Antonio Flores, en su libro *Fortuny, biografía de un comunista guatemalteco*, anota un ejemplo excelente sobre lo anterior. José Manuel Fortuny acompañó al presidente Arévalo en sus visitas por el país. Antes que Arévalo, Ubico hacía frecuentes giras, llegando a lugares apartados donde nunca antes había estado un Presidente guatemalteco; como los pueblos de Los Cuchumatanes, por ejemplo. Llegaba don Jorge en su motocicleta, a lo cual era muy aficionado, se instalaba en lo que hiciera las veces de edificio de

gobierno, y escuchaba las quejas de la población. Que el Contralor tiene dos meses de no trabajar porque anda chupando, que el maestro falta mucho a dar sus clases, que este señor embarazó a esta señorita y no quiere responder, y así por el estilo. Ubico resolvía en el momento: me destituyen al Contralor, le dan cien palos al maestro, usted se casa con la señorita, y todo cuanto hubiera que disponer. Con frecuencia él mismo aplicaba los castigos, ya sea por la vía del fuste o de las patadas. Al poco tiempo llegó Arévalo y la gente se reunió, como era costumbre, para plantearle sus problemáticas al Señor Presidente. Arévalo respondía —según cuenta Fortuny— explicando a qué instituciones debían acudir para resolver esos problemas, pues eso era lo que mandaba la ley. «¿Y dónde están esas instituciones?», preguntaba la gente. «En la capital», respondía él. O sea, a días de camino, y sólo para iniciar un proceso de nunca acabar. Cuando Arévalo partía, la gente se quedaba comentando: «éste no ha de ser el Presidente porque no manda».

El liberalismo viene desde finales de la época colonial y se convirtió en poder dominante a partir de 1871. El prohombre de la Revolución, Justo Rufino Barrios, impulsó un conjunto de cambios trascendentales para el país, pero como dice el general Gramajo, «...construyó un Estado pero no una nación». Los gobiernos de los mestizos liberales impulsaron políticas para abrirle las puertas de Guatemala a emigrantes europeos, no sólo para que colonizaran e hicieran más productivas ciertas áreas del territorio sino también para «mejorar la raza», como lo declararon enfáticamente. Al sentimiento de superioridad racial le cayó como anillo al dedo la visión positivista que ensalzaba el desarrollo de la técnica asociado a la superioridad de la raza blanca, y subestimaba al campesino considerándolo rémora del pasado, con mayor razón si ese campesino era de «raza inferior». A diferencia de los criollos en las fincas, los mestizos urbanos tuvieron una relación distante con los indígenas; nunca los llegaron a conocer y tampoco valoraron su cultura, salvo brillantes excepciones.

Sin embargo, junto con todo eso, también se fueron entretejiendo elementos de progreso; no cabe duda que lo ocurrido durante la época de Barrios bien puede considerarse una revolución, aunque no social sino política. El poder económico no cambió de manos sino se expandió a otras, mediante la

incorporación de los nuevos ricos liberales convertidos en terratenientes a costa de los bienes de la Iglesia Católica, el cercenamiento de las tierras de los pueblos y los estímulos gubernamentales. El eje articulador de dicha revolución fue el cultivo del café. Los cambios se hicieron para que ese nuevo cultivo se pudiera expandir; lo primero para el logro de ese fin fue tierra y mano de obra. La tierra se obtuvo al expropiar a las «manos muertas» y la mano de obra temporal en las cosechas se aseguró con leyes de trabajo forzoso. La propiedad privada sustituyó a la comunal para que pudiera funcionar el sistema de créditos con garantías hipotecarias. Se construyeron vías férreas y puertos para exportar. En lo ideológico, se fundó el Estado laico como resultado del enfrentamiento de los liberales con la Iglesia, la cual fue, hasta finales del siglo pasado, baluarte del conservatismo, al menos su jerarquía.

En fin, es un conjunto de cambios que es imposible sintetizar aquí; además, existen obras especializadas y memorias de testigos y protagonistas. Ralph Lee Woodward, en una obra excelente sobre Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, explica cómo se produjo la virtual fusión entre la vieja clase conservadora a la que repugnaba el igualitarismo liberal, pero a la que atraían las ideas y políticas económicas que «destrababan» un incipiente capitalismo agrario atado por múltiples resabios coloniales. Es ésta una experiencia concreta acerca de lo que pesan los intereses comunes, pues lo que parecía que iba a ser una guerra a muerte entre los nobletes y los *sans culottes* liberales terminó en la conformación de una sola clase dominante, aunque miembros de la aristocracia criolla nunca dejaron de conspirar contra los liberales ni éstos de perseguirlos. Si uno lee los nombres de los fusilados por Barrios o por Estrada Cabrera se da cuenta que, entonces, el Estado tenía más poder que esa elite. Los dictadores reproducían el sistema que sustentaba y beneficiaba a la elite pero no la dejaban gobernar; lejos de ello, reprimieron a vástagos distinguidos suyos o bien éstos se inmolaron, como el caso del atentado de «la bomba» contra Estrada Cabrera. Lo antes dicho está en la base de un rasgo de la clase dominante guatemalteca que es ignorado por muchos y poco mencionado: el temor que esta clase le ha tenido al Estado: al poder despótico que ha prevalecido a lo largo de tanto tiempo.

El choque frontal entre liberales y conservadores parecía inevitable; sin embargo el asunto terminó en un arreglo. Esto parece ser una tendencia en la historia de Guatemala. Así fue la Independencia, producto de un acuerdo de cúpula que incluyó al Capitán General español, aunque luego fue seguida por treinta años de guerras intestinas; lo ya comentado sobre la Revolución Liberal y el proceso de paz. A este respecto siempre recuerdo la visión profética de Gert Rosenthal que, en 1980, cuando parecía que Centroamérica ardería inevitablemente, expresó su presentimiento de que «todo esto va a terminar en una especie de nuevo contrato social».

Uno de los elementos de modernidad (y también de contradicción), que el liberalismo introdujo y que sostuvo hasta el final, fue el laicismo y los programas escolares influidos por la concepción positivista que, a pesar de sus limitaciones, representaba un pensamiento progresista. Si bien desde un punto de vista general la clase dominante se fusionó como quedó dicho, ello no significó que cesara la resistencia ante el laicismo liberal. Prohibida la educación religiosa en Guatemala, los sacerdotes jesuitas establecieron en Belice el colegio Saint Joseph; allí fueron a estudiar mi papá y sus hermanos junto a muchos otros jóvenes de la clase conservadora guatemalteca y de otros países centroamericanos. Pero la mayoría de guatemaltecos con acceso a la educación se formó en ese pensamiento laico que, sin embargo, no hizo retroceder cualitativamente la influencia del pensamiento religioso ni de la Iglesia Católica, como lo muestran de manera tan dramática los acontecimientos que condujeron a la contrarrevolución de 1954. Sin embargo, no cabe duda que la izquierda guatemalteca hundió sus raíces en muchos elementos del ideario liberal, aunque surge y se constituye en las luchas contra las dictaduras liberales.

La identidad nacional

Los doce años que viví en México fueron fundamentales para comprender mejor Guatemala. Cuando uno no ha salido de su país piensa, de manera inconsciente, que todo el mundo es igual; no obstante, son los contrastes los que permiten entender lo particular. Por supuesto, esto es más incidente mientras más profundamente uno se vincula con otras realidades; en el caso de México, me sumergí a fondo en su vida política, en su historia y en su cultura, aunque sin llegar a ser un especialista ni mucho menos. Pero lo suficiente para querer a México como mi segunda patria y tener un marco comparativo con mi Guatemala, tan cercana y tan distante de su vecino.

Una de las primeras cosas que me llamó la atención dentro de esta visión comparativa fue la abismal diferencia que existía entre la cosmovisión de los mexicas y la de los mayas, siendo que estos pueblos tuvieron un común origen, aunque muy antiguo. Según los mexicas, eran ellos los que regían el movimiento de los astros y no al revés; de ellos dependía que el sol saliera cada mañana, para lo cual eran necesarios los sacrificios humanos que ejecutaban en gran magnitud. Su cosmovisión, pues, reflejaba un dominio absoluto sobre la naturaleza, que en mi opinión tiene que ver con su hábitat, un valle con abundante irrigación, que hasta la fecha ha soportado todas las transformaciones que le ha impuesto el ser humano. Los mayas, en cambio, pensaban que su vida y su historia estaban marcadas por la influencia de los astros que determinaba períodos y días favorables y desfavorables; de tal manera, los seres humanos no disponían sobre la naturaleza sino se desenvolvían dentro de ella, sujetos a sus determinaciones. En mi opinión, esta visión del mundo también está determinada por el hábitat, que en este caso fue el bosque tropical lluvioso, para cuya transformación únicamente contaban con instrumentos de piedra.

La cultura maya es mucho más una adaptación al hábitat que una transformación, y su esencia es conservadora. Es reflejo, a mi juicio, de una realidad: si el mundo pudiera regirse por la lógica, el territorio de Guatemala tendría que conservarse tal cual, no sólo por su extraordinaria riqueza biológica

sino por su exquisita belleza. De alguna manera, la presión por conservar este paraíso, por una parte, y por la otra las consecuencias insospechadas de tocarlo, están presentes profundamente en la psique de los guatemaltecos; no sólo de los mayas, sino de todos los que, de una u otra manera, a lo largo de generaciones, hemos enfrentado esta naturaleza espléndida y frágil, que induce a preferir lo viejo conocido que lo nuevo por conocer.

México es un país donde predominan los valles, mientras Guatemala es sobre todo tierra de bosques y de montañas. Allí donde el territorio que ocupaban los pueblos indígenas era apto para la economía de los colonizadores, éstos se radicaron en el lugar y los procesos de mestizaje fueron más intensos, como la costa sur de Guatemala, por ejemplo. En cambio en las montañas y parajes agrestes se sometió a los pueblos al tributo y otras exacciones, pero hubo poca incidencia en sus modos de vida y costumbres y escaso mestizaje. En México ha predominado el mestizaje, aunque sigan existiendo pueblos indígenas, generalmente en las sierras y en territorios marginales desde el punto de vista de la explotación económica. En Guatemala, en cambio, los pueblos indígenas constituyen cerca del 40 por ciento de la población total. México y Guatemala son sociedades multiétnicas, pero cualitativamente distintas una de la otra.

A diferencia de Guatemala, en México desde los tiempos de la colonia se dieron las condiciones materiales que hicieron posible el nacionalismo y la identidad nacional que vinieron después. Cortés y sus sucesores siempre estuvieron conscientes de la magnitud y de la enorme riqueza del espacio territorial que controlaban y eso les abrió la posibilidad material para negociar de alguna manera con la Corona Española. El reino de México era lo suficientemente rico como para tener un peso en las distintas circunstancias. El reino de Guatemala jamás lo tuvo. Era demasiado chiquito, y al estar ubicado entre esos dos grandes reinos (México y Perú) que lo absorbían todo, estuvo siempre marginado desde el punto de vista económico. Las escasas flotas destinadas al comercio español se dirigían a México y a Perú, pero muy raramente a Centroamérica.

Murdo MacLeod cuenta que durante la depresión de los siglos XVI y XVII hasta el contrabando dejó de ser un negocio rentable; las escasas visitas de

barcos españoles hicieron desesperante la falta de aceite de oliva y de vino, entonces indispensables para la población de origen español; las monedas de oro y plata, prácticamente, desaparecieron del reino de Guatemala, dando paso al uso del cacao, como en la época prehispánica. Cuando estalló la plata y el oro de Perú (hasta la fecha se dice en España que algo «vale un Potosí», cuando es muy caro), los españoles y criollos de Santiago de los Caballeros soñaron con atraer ese comercio, pero lo absorbió Panamá, por la cercanía y por la mayor facilidad para el tránsito entre los dos océanos. Cuando se abrió el comercio con las Filipinas también en Santiago se hicieron cuentas alegres; sin embargo, ese comercio lo jaló la bahía de Acapulco, en el pacífico mexicano. Así, la flamante «Capitanía General de Centroamérica» no tenía fuerza para influir por ella misma en el curso de los acontecimientos, y no le quedaba más que suplicar y suplicar.

A pesar de sufrir de esa marginación económica, se trataba de una Capitanía General; por ello recibió, desde muy temprano, un conjunto de beneficios como la Universidad, que por disposición de la Corona Española se fundó poco después de las de México y Lima (1676). A la par trajeron la imprenta y, por eso, fue impresionante la cantidad de periódicos que aparecieron durante la época colonial. Estas profundas dicotomías son las que explican contradicciones tales como que Miguel Ángel Asturias gane el premio Nobel de literatura (1967), cuando en el país había un 72 por ciento de analfabetas.

Un vistazo general a la historia de México y de Guatemala es muy ilustrativo en términos de desentrañar las características de nuestra identidad nacional. Si nos ubicamos en el nacimiento de la República, los contrastes son evidentes. Mientras en México la independencia es el producto de diez años de guerra contra los españoles, en Guatemala ésta se hizo por la presión de los acontecimientos. Ciertamente los criollos detestaban cada vez más que los peninsulares, a quienes ellos veían por encima del hombro, ocuparan los puestos más altos en la burocracia del reino. Y estos que, en su mayoría eran funcionarios medios, se confrontaban con esa aristocracia que los trataba como a plebeyos. Pero en 1821, la principal razón para que se precipitaran los

acontecimientos independentistas parece ser el temor que expresaba, entre otros, don Mariano Aycinena:

—Hagamos la independencia antes que venga de México la revolución de Morelos.

En la propia Acta de Independencia aparece consignado este temor al protagonismo popular, que ha sido uno de los rasgos más acendrados de la clase dominante guatemalteca: allí se dice que se declara la independencia antes que el pueblo la decrete por sí mismo.

Cinco años después de ese hecho, en 1826, llega a Guatemala Jacobo Haefkens, primer Cónsul de los Países Bajos ante Centroamérica, y éste deja anotado en un magnífico libro de memorias (*Viaje a Guatemala y Centroamérica*), que en Guatemala la independencia de España no había cambiado en nada a la sociedad colonial. Por el contrario, decía que en El Salvador todo era efervescencia, y que la Asamblea sesionaba diariamente ante un público numeroso y bullicioso; la gente en la calle se trataba de «ciudadano». Como dice el refrán: «genio y figura, hasta la sepultura».

Cuando Haefkens arribó a Guatemala todavía faltaba medio siglo para que la Revolución Liberal comenzara a modificar una situación colonial que llegó hasta la mitad del siglo pasado. Lo más obvio y chocarrero, en términos de la continuidad, fue el nombramiento de Gabino Gainza, el último Capitán General, como primer Presidente. Apenas decretada la Independencia, la aristocracia criolla de Guatemala corrió a anexarse a un efímero imperio de Iturbide que se formó en México. Pensaban ellos que eso les permitiría seguir siendo nobles mejor que en el pequeño reino heredado de España.

La historia de Guatemala ha sido elitista, con dos excepciones relativas: el derrocamiento de Estrada Cabrera (1920) y el período 1944-54. La historia de México, en cambio, comportó un siglo de revoluciones y de luchas que involucraron al pueblo de México, en todos sus sectores sociales, aunque de diferente manera. Allí sí se cumplió la terrible máxima de Clausewitz según la cual «la unidad nacional se forja con sangre». En el caso de Guatemala, en cambio, también hubo guerras, pero éstas no fueron frente al agresor extranjero o el opresor, sino guerras intestinas, fratricidas, donde sólo se ventilaban los intereses de las elites centroamericanas y no los de la población

y la nación, quizá con la única excepción de la guerra contra el filibustero William Walker, que terminó con su derrota y fusilamiento (1860). En nuestro caso las guerras y la violencia no han unido sino fragmentado; no han sido parte del doloroso parto de la Nación, sino motivo constante de su deterioro.

Durante el siglo diecinueve el pueblo mexicano fue protagonista de su historia: inició su lucha por la independencia en 1810, derrotó la intervención francesa en una larga guerra que concluyó en 1867 y enfrentó, no siempre con éxito, la mutilación de su territorio y las distintas intervenciones de Estados Unidos. En 1910 se inició la revolución mexicana, sin duda la mayor gesta de ese pueblo, la cual dejó un millón de muertos, cuando la población era de sólo diez millones. Y es precisamente el tema de la revolución el que hace tan distinta la historia de México de la nuestra. Mientras el México actual es el producto de una revolución triunfante, Guatemala es el producto de una revolución frustrada. No necesariamente dicha revolución debió haber sido socialista o anticapitalista sino, quizá, a la mexicana, que desplazó a una clase dominante conservadora y llena de prejuicios y entronizó a un amplio abanico de clases medias orgullosas de su mestizaje; que propició cambios socio económicos de beneficio general pero, sobre todo, cimentó y le dio forma a una identidad nacional que sin duda es la mayor fortaleza de ese país.

La historia compartida creó la base de la unidad del pueblo mexicano y de su identidad; a esto le dio forma y contenido el régimen revolucionario con la reforma educativa de José Vasconcelos, el muralismo de Diego Rivera, de Siqueiros, de Orozco, y también con el cine nacionalista y popular de la «época de oro», los corridos y la canción ranchera, entre otras expresiones de cultura de masas. A diferencia de México donde el mestizaje y la cultura propia han sido un factor de unidad y de orgullo nacional, en Guatemala la clase dominante sigue viendo hacia afuera y esto penetra a toda la sociedad, cada vez más calcada del consumismo estadounidense. Hasta hoy seguimos viviendo un falso patriotismo que se reduce a decir «viva la selección nacional» y «este es el país más lindo del mundo».

No te conozco pero te supongo

Nací y crecí en el mundo de los criollos. De ahí en adelante, la mayor oportunidad que me ha dado la vida es convivir y compartir con los más diversos sectores de la sociedad guatemalteca, lo cual me fue enseñando a entender las razones de cada quien y, también, a percatarme del prejuicio de cada uno frente a los otros. Cuando me vinculé con el movimiento revolucionario, en 1967, y escuchaba las opiniones de los dirigentes y militantes sobre el sector del cual yo provenía, me percataba que —sin dejar de contener elementos de verdad— su concepto de la «clase dominante» era simplificado y esquemático. Mucho mayor aún era el prejuicio de esa clase sobre los revolucionarios, cuya calidad humana no podía ni imaginar. Conviví con campesinos ladinos e indígenas que, a pesar de su conciencia revolucionaria, dejaban traslucir sus reservas mutuas. También me tocó presenciar, en el FGACS, cómo este tipo de distancias y discriminaciones que resisten a los siglos, pueden superarse en gran medida en el proceso extraordinariamente intenso y profundo de la lucha común.

Gente de apellido Porrás llegó a América desde la conquista de México. La primera mención de uno de ellos la hace Bernal Díaz del Castillo en su *Historia...* «Llegó un Porrás rubicundo y gran cantor», dice textualmente. Y es curioso que aún en la actualidad muchos de los Porrás son rubios y tienen el don de la música. Luego, leí en un periódico mexicano que esos Porrás se habían desplazado hacia Chiapas y Guatemala. En 1538, el Procurador de San Cristóbal de las Casas se llamaba Juan de Porrás. En los siglos XVII y XVIII destacan los arquitectos de la Antigua, don Diego y don Joseph, y según parece es la misma línea de don Basilio Porrás, al que se menciona junto a doña Dolores Bedoya en los momentos de la Independencia, y luego fue Vicepresidente de la Federación y Ministro de Defensa. Hasta donde yo he sabido, los Porrás nunca han sido ni grandes terratenientes ni grandes empresarios. Desde tiempos muy antiguos, todo parece indicar que mis posibles ancestros se dedicaron a ser funcionarios o profesionistas, algunos muy destacados. Y en las nuevas generaciones, mi papá y mis tíos fueron

profesionistas, mi hermano es arquitecto, y así podría seguir enumerando a varios más.

Lo cierto es que mi abuelo Porras se casó con mi abuela en Retalhulehu, y de esa manera fue a emparentar con una enorme y endogámica red familiar, los Alejos. Mi tatarabuelo, Tomás Alejos Limón, se casó con su prima segunda, María Trinidad Alejos de la Cerda, y tuvieron diecisiete hijos, todos los cuales vivieron hasta la edad adulta y que yo sepa ninguno nació con cola de cerdo como el último de los Buendía. Esos hábitos endogámicos no se quedaron en los tatarabuelos sino se prolongaron a través de muchos de sus descendientes hasta la actualidad. Los Alejos de Retalhulehu se vincularon mediante matrimonios con la familia Gutiérrez Marroquín de Quetzaltenango y, según el historiador Jorge Arturo Taracena, descendiente él también de los Marroquín Alejos, de ese clan surgió la idea del Estado de los Altos, que Jorge Arturo considera una «invención criolla». En el fondo, según él, se trataba de convertir en un Estado soberano el amplio territorio ocupado por las fincas de esas familias, entonces poderosas. En todo caso, la política captó a muchos de los vástagos del clan. Sólo en una generación, tres de sus descendientes ocuparon la Vicepresidencia de la República (Roberto Carpio Nicolle, Luis Flores Asturias y Eduardo Stein Barillas). Otro fue elevado a la dignidad de Cardenal y es actualmente el Arzobispo de Guatemala, monseñor Rodolfo Quezada Toruño, y otros dos (Rodolfo Mendoza Rosales y yo), fuimos ministros de Estado durante el gobierno de Arzú. Mario Taracena pertenece al mismo clan, y es un destacado diputado.

Mis bisabuelos paternos, Francisco Cobar Porras y Engracia Alejos y Alejos, vivieron junto a sus hijos en una hermosa casa al lado del palacio de gobernación de Retalhulehu, y allí vivieron también mis abuelos, Ricardo Porras García Salas y Raquel Cobar Alejos, junto a sus diez hijos, entre ellos mi padre. A pesar del conservatismo propio de ese medio social, las cosas no son tan planas como parecen. Mi papá me contaba que cuando era niño le repitió a su abuelo lo escuchado a su alrededor: «es que los indios son muy haraganes». El abuelo no le hizo ningún comentario. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarse mi papá, encontró un machetito a los pies de su cama. Papa Pancho entró al cuarto, lo llevó al traspatio de la casa y le dijo:

«Vení m'hijo, te voy a poner una tarea. Mirá, esos indios que vos decís que son haraganes cortan todo ese zacate en un día. Yo te compré este machete para ver cuánto podés cortar tú.»

A mi papá no le quedó más remedio que ponerse a trabajar. Al poco rato estaba adolorido y con las manos ampolladas. Con esta lección —me decía— aprendí para siempre a respetar y a valorar a las personas.

Sin embargo, actitudes como éstas han sido la excepción. El maestro Severo Martínez me contó que la inquietud original que lo llevó a escribir *La Patria del Criollo* se anidó en él desde muy niño; veía a unos parientes suyos que no trabajaban y jugaban cartas todo el día, mientras por el zaguán de la casa, en Xela, entraban los indios que les llevaban tortillas, leche, miel, leña, frijoles, verduras y demás; el tema obsesivo de conversación de los jugadores de cartas era que el atraso del país se debía a que los indios eran unos haraganes. La imagen no puede ser más elocuente de la típica mentalidad del criollo o del ladino enriquecido.

También recuerdo que, cuando yo tenía unos siete años y vivíamos en la Villa de Guadalupe, un día llegaron los miembros de una familia indígena que, por sus trajes, parecían venir del altiplano. Acompañé a mi mamá a abrir la puerta y el mayor de ellos, con cierta dificultad para hablar el castellano, nos dijo:

—Venimos a buscar a don Gustavo Sempé, nos dijeron que aquí vive.

—Él era mi abuelo y murió hace muchos años —les dijo mi mamá y les preguntó para qué lo buscaban.

—Es que fijate que entre las cosas de mi papá que se murió hace poco, encontramos que tenía una deuda con don Gustavo y la venimos pagar.

Mi mamá me contó entonces que para este mi bisabuelo francés, los indígenas eran la mejor gente del país. Siempre decía que era gente honrada, de palabra y muy trabajadora.

Por supuesto que los criollos veían de menos a los indios pero los conocían muy bien. En sus fincas vivían rodeados de indígenas y se relacionaban directamente con ellos. Muchas veces se trataba de familias que estuvieron a su servicio desde generaciones atrás. A pesar de los abusos y del

sentimiento de superioridad, guardaban por ellos una cierta consideración, aunque también un temor latente. Por generaciones esos criollos crecieron junto con un fantasma: ¡Cuando los indios levanten los machetes!

Con el paso del tiempo, las nuevas generaciones de finqueros fueron perdiendo la mentalidad paternalista de sus abuelos en consonancia con la realidad capitalista. Y aunque siempre hay excepciones, actualmente queda muy poco de la relación personal con los trabajadores.

Comentando con Muni Figueres, hija de don Pepe, la excelente película *900 (Novecento)*, de Bernardo Bertolucci, en la que éste muestra que el fascismo no llegó por la vía de los viejos terratenientes feudales sino de los nuevos ricos capitalistas, Muni me comentó: «lo que sale en esa película es la experiencia de mi papá con mis hermanos a propósito de la finca La Lucha. Mis hermanos hacían números y planteaban que había que reducir el personal. Mi papá respondía, ¡pero cómo va a ser eso, si fulanito me ayudó a hacer la finca, si sutano y sus hijos han crecido aquí!»

Pero se termina imponiendo la ley de hierro del capital.

Tengo grabados en la memoria muchos elogios sobre la rectitud y sentido del honor de los indígenas que escuché de niño, aunque siempre en ese contexto paternalista donde la inferioridad del otro es cosa fuera de duda. Al mismo tiempo, recuerdo el vehemente desprecio con el que se hablaba de los mestizos o ladinos en ese medio social:

—Esos de bigotito que se mantienen con las manos metidas entre las bolsas, además de haraganes son igualados, taimados y tramposos, les das la mano y te agarran el codo.

A lo largo de los años pude percatarme que somos una sociedad de estancos, sin comunicación entre nosotros, sin conocimiento del otro... pero, con muchos prejuicios. En muy pocos espacios —o en ninguno—, convergemos los guatemaltecos: todo está dividido en clases, estamentos y culturas distintas. Por eso, cuando la incomunicación se rompe, se dan saltos y no pasos, como ocurrió en el proceso de paz, pero la constante han sido los teléfonos descompuestos, los mensajes equivocados y los prejuicios.

Capítulo III

La revolución y la guerra

Mi familia y la revolución

Me contaron que cuando nací, mi abuelo Alberto Castejón se acercó a mi cuna para conocerme y en buen guatemalteco dijo:

- Umm... que feyo te veyo Mateyo....

Aunque ahora ya no se me nota tanto, nací con una cabeza descomunal. Y ese aspecto de extra-terrestre me ha perseguido toda la vida. Cantidad de veces me han asociado con marcianos, sobre todo cuando salió esa película ET. Mi mamá me contaba que para protegerme del sol, a los tres años me tenían que comprar sombreros para hombres adultos y además cabezones. Veo las fotografías y me da risa. Parezco clavo de lámina. En medio de la inmensidad de la playa se aprecia un enorme sombrero y debajo, el cuerpecito de un niño flaquito y chiquito. En enero de 1953, cuando entré a estudiar al Liceo Guatemala, llegué al colegio de la mano de mi papá justo en el momento en que mis futuros compañeros de primer grado iban caminando hacia el aula con el hermano encargado de las clases. Uno de ellos, Moajmir Polasek, me volteó a ver y les dijo a los demás:

- ¡¡Muchá! Muchá!! miren a ese cabezón.

Y desde entonces he sido conocido como el Cabezón o el Sholón Porras.

Veo para atrás y me doy cuenta que mi infancia la viví como en un jardín del edén. Crecí en el seno de un matrimonio profundamente unido; los conflictos más fuertes eran las rabietas de mi mamá cuando mi papá tenía que cambiar de planes por la visita sorpresiva de algún ejecutivo de Grace o cosas por el estilo. Jamás vi a mi papá pasado de tragos, ni escuché que tuviera alguna amante, ni mucho menos presencié en mi casa acciones violentas de ningún tipo, salvo algunos cintarazos a los patojos que, la verdad, no nos cayeron mal. Soy el cuarto de seis hijos y durante siete años fui el menor. Luego nació otro hermano y catorce años después una hermana. Crecimos en una casa muy linda en la Villa de Guadalupe, en la zona diez, que para entonces, en los años cincuenta, era un lugar apartado, quieto, silencioso. Y siempre vivieron con nosotros mi abuela Berta Sempé de Castejón y su hermana María Teresa, mi tía Tetía. Durante toda mi infancia, nuestra vida familiar fue absolutamente grata en el ambiente de una Guatemala idílica para

la elite, en la cual los ladrones, prácticamente, no existían. Recuerdo que una vez se produjo un crimen bestial en una tienda que se llamaba El Torreón; el asesino fue el guardián, conocido como Panchito Bando, el cual degolló con machete a los dueños. Y durante muchos años ese fue el mayor drama de la ciudad, el cuco de los sueños con el que se amedrentaba a los patojos malcriados.

Mi abuela materna era una mujer más bien bajita, no llegaría al metro sesenta, pero tenía un carácter muy fuerte, todo lo contrario de mi Tetía, quien era la dulzura viviente; una mujer que parecía inerte frente al mundo y quizás por eso nunca se casó. Desde que nací se ocupó de mí; realmente fue quien me cuidó y, sobre todo, me consintió. Todas las noches me sobaba la frente con yodex; estaba segura que me podía quitar los cachos que siempre he tenido. Mi mamá, al igual que mi abuela, fue una mujer de armas tomar. Tenía una personalidad muy fuerte y sumamente ejecutora. Hacía, deshacía, disponía, y llevaba la batuta en la vida de la familia. Hago memoria y jamás percibí en ninguna de las dos una actitud de servilismo o de sometimiento. Más bien, a mí me tocó vivir la experiencia de una familia en la cual las mujeres tenían un rol muy destacado y nadie las veía de menos.

Mi papá era un pan de Dios. Tenía una capacidad de tolerancia sorprendente. Ante cualquier situación reaccionaba con una tranquilidad pasmosa. «San Juan», le decían de cariño, y con el tiempo me fui dando cuenta que no era por gusto. No hace mucho hice un trabajo para el Parlamento Centroamericano y cuando fui a cobrar, el cajero me preguntó:

—¿Usted es hijo de don Juanito Porras?

—Sí, ¿por qué?

—Es que con su papá me pasó algo insólito. Fíjese que hace algunos años trabajé en la misma oficina que su hermano Mario y un día él me preguntó por qué estaba tan preocupado. Yo le conté que debía un dinero y no encontraba cómo hacer para pagarlo.

—Hablemos con mi papá— me dijo, y de inmediato nos fuimos a verlo. Su hermano le contó mi problema.

—¿Y usted que ha pensado?, me preguntó don Juan.

—Pues quisiera sacar un crédito en el banco pero no tengo garantía.

—Está bueno.... si quiere yo le sirvo de fiador— me dijo. Y así lo hicimos. Desde luego pagué la deuda, pero me parece increíble que me haya hecho ese gran favor sin ni siquiera conocerme.

Días después, cuando fui a visitar a mi papá, le conté la historia. Me miró y sin inmutarse, comentó:

-Mirá m'ijo por las babosadas que se impresiona la gente.

Así era él, de una generosidad sin límite y de una humildad difícil de imaginar.

Cuando yo era todavía estudiante, me acuerdo de una noche que estábamos con el Chucho Goubaud tomándonos unos tragos en una cantina del Puerto de San José. De repente, un grupo de hombres que trabajaba en los muelles empezó a hablar pestes de los funcionarios de la Agencia Marítima de la que mi papá era entonces presidente. «El fulano es un abusivo y el mengano, un hijo de tantas» dijeron. Y así se los repasaron a todos. Yo ya con mis tragaluces pensé, ahorita viene el turno de mi viejo. Recuerdo que hasta agarré una botella debajo de la mesa, por si acaso. Y cabal. Un cuate realmente enorme se paró y dijo:

—Falta don Juan Porras. Y cual va siendo mi sorpresa al ver al tipo levantar un vaso y brindar: «Ante ese hombre, yo si me quito el sombrero».

Para no hacer el cuento largo, nos quedamos conversando y chupando con esos muellers hasta el amanecer.

Hay otra anécdota que siempre me ha caído muy en gracia. Marta Arenales, quien fue secretaria de mi papá durante muchos años, una vez le preguntó:

—Mirá Juanito ¿a vos te apestan los pies?

—No, Martita, ¿pero por qué me preguntás eso?

—¡Ay Juanito!, es que algún defecto tenés que tener.

Era reconocido como un brillante hombre de negocios, pero nunca los tuvo propios. Ganaba bien, pero no se preocupó por hacer fortuna, aunque sí para asegurar su vejez. Tenía una mente lúcida y cultivada, y especialmente un profundo sentido de la realidad: «suena demasiado bien como para ser cierto», me dijo una vez que yo le expuse con lógica abrumadora un proyecto que, cuando se hizo, efectivamente no resultó. Otra vez lo quise apantallar sobre el tema ambiental y le dije: ¿sabía usted que en una hectárea de tierra en

Holanda hay veneno suficiente para matar a doscientas personas?, pero él inmediatamente me contestó: si se comieran la tierra, sí. Cuando compró el terreno de la casa donde nací se enamoró del bosque de cipreses y lo prefirió a otro ubicado en la Reforma, sin importarle lo que éste podría llegar a valer en el futuro. Ahora que lo reflexiono, me doy cuenta que el elemento ordenador de la personalidad y la acción de mi padre fue la paz interior. La satisfacción consigo mismo que le daba el actuar con estricto apego al juez que llevaba adentro. Y eso me inculcó a mí: a vivir con un juez implacable que no me ha abandonado nunca.

Por los vínculos familiares, aún sin poseer un capital, nuestro ambiente social era el de la elite criolla, católica, conservadora y autonombrada «la gente decente». En general, en todo ese mundo prevalecía una moral católica, religión a la que pertenecían esas familias «bien». El vínculo principal de su mutua estima lo regía un comportamiento éticamente correcto que debía reflejarse en la honradez personal, la unidad de la familia y, aunque con bastantes excepciones, en la moderación en la parranda y el alcohol. Hacer ostentación del dinero se consideraba de pésimo gusto. Y para superar ese refrán que dice «abuelo trabajador, hijo caballero, nieto limosnero», este sector social mantenía una vida que para su nivel económico resultaba bastante austera. Aún en las familias más ricas de Guatemala los niños tenían que aprender a comer de todo. Nosotros no nos podíamos levantar de la mesa hasta que el plato estuviera limpio.

A finales del siglo XIX llegó de Francia mi bisabuelo materno, Gustav Sempé Duval. Emigró a América junto con otros tres hermanos suyos, uno a Argentina, otro a México, él a Guatemala y el cuarto no sabemos. Esto ocurrió en un contexto que Regina Wagner describe muy bien para el caso de los alemanes, y que son los efectos que la revolución industrial fue provocando en los diferentes sectores de la sociedad europea, golpeando primero a los campesinos y artesanos, y luego a las capas medias y a una pequeña aristocracia rural. En la familia Sempé decidieron que la tierra no alcanzaba para todos, que debía quedar para las hermanas (que eran cuatro también), y que los hombres tenían que partir a hacerse la vida. Fue así como Gustav llegó a Guatemala donde contrajo nupcias con Zoe Matheu Sinibaldi, hija de un acaudalado y prominente comerciante catalán, Juan Matheu. Zoe murió al poco

tiempo sin dejar descendencia, y como se usaba entonces, el joven viudo se casó con la sobrina, mi bisabuela, María Rottman Matheu.

Como la vida da tantas vueltas, en 1995 me invitaron a un evento de derechos humanos en Buenos Aires y la agenda incluyó una visita al ex presidente Raúl Alfonsín. Al leer la agenda vi que decía, «lo recibirá el Secretario Privado del señor Alfonsín, el doctor Raúl Alconada Sempé». Llegué al lugar de la cita, toqué la puerta y la abrió un personaje con los rasgos inconfundibles de Sempé. Hablamos del asunto y logramos establecer que nuestros bisabuelos fueron hermanos. Una de las primeras cosas que él me dijo para identificar a la familia fue que, originarios de Lembeye, una pequeña ciudad cercana a Lourdes, se decía que en su casa trabajaba Bernardette, la humilde campesina a la que se le apareció la Virgen. Entonces yo le dije que en mi familia se contaba también la misma historia, y hablamos luego de un Armagnac marca Sempé que se vende en Francia y cuyos productores son familiares nuestros, y de un notable dibujante del mismo apellido y así por el estilo.

Mis bisabuelos tuvieron cinco hijos, tres hombres y dos mujeres. El mayor de esos hombres, Julio, viviendo ya en Guatemala y sin obligación legal que lo atara, decidió alistarse en el Ejército francés al momento de estallar la I Guerra Mundial y murió en ella, cuando era casi un adolescente. En mi casa guardábamos un diploma con el nombre de Jules Sempé, *mort pour la France*. Para mis ancestros no sólo fue el dolor de su muerte sino también no saber dónde estaba enterrado. Andando el tiempo, ocurrió que una pareja francesa falleció en Honduras y quedaron en la orfandad dos hijas, a las cuales adoptó mi bisabuelo, y que con el tiempo se iban a convertir en monjas de la Sagrada Familia o Hermanas de la Caridad, con los nombres de Sor Filomena y Sor Elena, en su momento directoras de la Casa Central. Tiempo después llegó al convento de las Hermanas de la Caridad una religiosa francesa, y entre las tantas pláticas con mis tías les comentó:

—Qué casualidad que yo haya venido a dar a Guatemala. En Francia, durante la guerra, atendí a un joven guatemalteco moribundo. Y contó toda la historia. El joven se llamaba Jules Sempé, mi tío. Fue así como se pudo ubicar su tumba; también una pequeña placa con su nombre en *Les Invalides*.

En ese hogar tan profundamente católico, ese hecho se vivió como un milagro: mi bisabuelo adopta a las dos niñas huérfanas y las cuida como a sus hijas. Dios lo premia, y por ese medio le informa donde está el cadáver de su hijo muerto por la patria. Crecí viendo el diploma enviado por el gobierno francés en homenaje al tío Julio y en un ambiente donde todo parecía estar envuelto en una aureola mística. Miraba las fotografías, y quizás por la barba y la profunda mirada de mansedumbre, siempre me dio la impresión que mi bisabuelo Sempé había sido una especie de profeta bíblico. Durante toda mi infancia escuché que destilaba bondad. Mi papá decía que era el mejor hombre que había conocido. Él, cuando conoció a mi papá, le dijo a mi abuela: «si este hombre se casa con tu hija, va a ser el premio de tu vida». Mi abuela y mi Teta eran devotas de Santo Domingo de Guzmán; siempre me decían que a él me encomendaron para que yo no muriera de una bronconeumonía que me dio a los pocos días de nacer. Me acuerdo que durante muchos años, antes de acostarme, rezaba las oraciones de la noche y siempre terminaba diciendo lo que mi Teta me había enseñado: «Tata Mingo echame tu bendición, que no me vaya a enfermar, haceme un hombre bueno y honrado».

Así, desde muy niño se fue formando en mí una carga moral, un fuerte sentido ético, el imperativo del deber ser; no quiere decir necesariamente que siempre se cumple con él pero, si no se hace, su corolario es la culpa, la mala conciencia que te persigue como a Raskolnikov, el personaje de Dostoievsky. Más tarde y con buena intención, Rolando Morán me hacía ver mi manera de ser tan profundamente católica, a pesar que para entonces yo tenía ya una visión materialista de la realidad; es decir, la concepción básica de que ésta se explica por sí misma, sin la intervención de ninguna causa u origen externo. Ahora esa visión materialista es mucho más profunda; entre otros aspectos por todo lo que la ciencia ha aportado en ese sentido; al mismo tiempo es más profunda mi valoración de las religiones históricas, de su contenido ético, no sólo de moral individual sino social, incluso de relación con el ambiente. Admiro y valoro la experiencia y la sabiduría de los pueblos y de sus líderes que se condensa en esas religiones, para mí tanto más admirables por ser obra humana; yo soy culturalmente católico, comparto los valores del catolicismo, sobre todo en su vertiente de compromiso social, donde la mística católica le

ha dado sustento a acciones heroicas como las de los misioneros españoles del siglo XVI y muchas más.

Cuando conocí a mi abuela, ya estaba viuda. Era una mujer con un temple, una fortaleza y fe a toda prueba. Mi mamá era su única hija a raíz de la muerte de mis dos tíos. A Ernesto, el hijo mayor y el niño de sus ojos, lo mandaron a estudiar a Belice, al Saint Joseph College, con la mala fortuna que allí se encontraba cuando un huracán golpeó de lleno el territorio y dejó en escombros el colegio. Netío murió ahogado, y al dolor de su muerte se sumaron las innumerables dificultades para llegar a Belice y recoger el cadáver, no sólo por las dificultades propias de la comunicación en esos tiempos sino porque la tormenta persistía y el mar —único camino a partir de Puerto Barrios— continuaba embravecido.

No recuerdo cómo, mi abuela recibió una carta estremecedora del profesor de educación física, en la que éste le narraba la muerte de Netío, que tenía sólo diez años de edad. Quedó atrapado bajo los escombros del edificio, sin mayores lastimaduras pero sin poderse zafar, tomado de la mano de ese profesor mientras el nivel del agua subía. El agua ascendió hasta cubrirlo a él y ahogarlo, no así al profesor que, teniéndolo de la mano, describía la serenidad de Netío ante la muerte y también los estertores de su agonía. Poco tiempo después Gustavo, su segundo hijo, comenzó a soñar que la muerte llegaba a buscarlo y pidió que le regalaran una espada para defenderse. Le regalaron la espada y a los pocos días amaneció muerto sin que nadie supiera por qué. Tenía cinco años de edad. A mi abuela la esperaba todavía la muerte de su primera nieta y la de su marido. No sucumbió al dolor por la fuerza de la fe: «Dios me los dio, Dios me los quitó» – solía decir, «El sabe lo que hace».

Desde que enviudó, dedicó buena parte de su vida a realizar matrimonios religiosos. Tenía la convicción que quienes vivían en unión de hecho se irían al infierno y la única manera de evitarlo era que las parejas se casaran por la Iglesia. Asumía el trabajo con tanta seriedad que instaló una oficina que funcionaba con el apoyo de las hermanitas Farfán, sus íntimas amigas. Su labor era verdaderamente de hormiga. Para armar los casorios se iba a meter a los más recónditos lugares del país, cuando en Guatemala no había ni mucho transporte ni menos hoteles. Viajaba en camioneta y siempre acarreaba un petate para dormir en las sacristías, si es que había iglesia en el pueblo.

Comenzaba por identificar a las parejas, luego las convencía y las acompañaba a inscribirse en el registro civil, para luego tramitarles cédula de vecindad. Todo esto porque la ley exige que antes del casamiento religioso debe realizarse el matrimonio civil. Así casó a miles y miles. Fueron tantos los casamientos que años más tarde el Papa Juan XXIII le otorgó la condecoración *Pro Ecclesia et Pontificem* y un periódico nacional la propuso como candidata para mujer del año. Antes de morir, el arzobispo Mario Casariego le administró la extremaunción y lo hizo de rodillas; hincado ante los pies de mi abuela dijo: «bendice Señor estos pies que siempre caminaron en busca del pobre».

Y con el mismo ahínco y entusiasmo de los casorios apoyó a Monseñor Mariano Rosell y Arellano, Arzobispo de Guatemala, en los tiempos de la revolución. Aunque entonces yo tenía muy corta edad para comprender los acontecimientos, diversos hechos hicieron que los mismos tuvieran un impacto especialmente fuerte en mi familia y en mi persona, sobre todo los meses que precedieron la caída de Jacobo Arbenz. Mi abuela era presidenta de la Acción Católica; mi papá, gerente de una transnacional estadounidense; mis hermanos y yo, acólitos del Nuncio, Monseñor Genaro Verolino. Además, durante las últimas semanas del presidente Arbenz, estuvo escondido en mi casa Güicho Menéndez de la Riva, entonces Secretario General del Partido Unión Anticomunista (PUA), y quien nos enseñó a jugar ajedrez a mis hermanos y a mí (juego en el que nunca he pasado de mover las piezas). Güicho se escondía en el tapanco a la menor señal de peligro y en las noches de los apagones salía al jardín de la casa para hacerle señales de luz a los supuestos «sulfatos». Se oía todas las noches la radio clandestina del «Ejército de Liberación Nacional», en un ambiente de excitación febril.

Antes de eso, hacia mediados de 1953, llegaron a Guatemala sin revelar su condición de sacerdotes, los padres José María Váscones y Antonio Rodríguez, quienes tenían por tarea fundar el Opus Dei en nuestro país, y vivieron en mi casa por algún tiempo, parcialmente escondidos por la situación reinante. Andando los meses, y luego del triunfo de Castillo Armas, fundaron la primera Residencia del Opus en una casa muy linda situada en la 10 calle de la zona 10, enfrente del Club Italiano. Allí trabajé durante las vacaciones escolares, ayudando a resanar las paredes y pintando. Don Chema o Castorazo —como le llamábamos cariñosamente al padre José María por sus

dientes frontales prominentes— organizó entonces los *gurkas*, grupo con el cual realizábamos excursiones concebidas como verdaderas aventuras y desafíos a vencer, para fortalecer el carácter y la voluntad. Don Chema había peleado en la guerra civil española, del lado de Franco, y una y otra vez nos contaba de las privaciones y los esfuerzos que ésta había requerido. Subíamos el volcán de Agua casi al trote, los primeros hacíamos un poco menos de tres horas entre Santa María de Jesús y el cráter. Don Chema marcaba el paso diciendo plin plan, plin, plan... Hacíamos concursos de quién soportaba más tiempo con las manos metidas en un hormiguero, cosa que era mi especialidad. En las excursiones la comida que llevábamos debía ser frugal y sólo la vestimenta indispensable, de manera que la excursión era una diversión y al mismo tiempo una escuela.

El otro contexto en el cual yo viví los años finales de la Revolución de Octubre y la contrarrevolución fue el del colegio, el Liceo Guatemala, a cargo de los hermanos maristas. Sobra decir que se trataba de un colegio conservador; por entonces era el apogeo del franquismo y casi todos los hermanos eran españoles y habían estado ellos o sus familias del lado de Franco. Como se sabe, una de las características de la Guerra Civil Española fue la ferocidad y sinrazón de los enfrentamientos por motivos religiosos. Así pues, aunque no lo dijeran, los Hermanos eran fervientes partidarios de Castillo Armas. Luego que éste asumió el poder, en las aulas del Liceo Guatemala se agregó, al busto del generalísimo Francisco Franco y Bahamontes, el busto de Castillo Armas, y varios alumnos del último año de bachillerato —entre ellos mi primo Mario Castejón— se habían sumado al llamado Ejército de Liberación. Llegaban a clases —después de los hechos— con el uniforme respectivo y el emblema de una cruz gamada. A raíz del triunfo de Castillo Armas los Hermanos Maristas tomaron la decisión de que los alumnos de 4º y 5º de Bachillerato formaran parte de las Reservas Militares, y entonces un oficial llegaba a entrenarlos una vez por semana, y el 15 de Septiembre desfilaban portando fusiles de verdad y uniformados de soldados. Al mismo tiempo, los acontecimientos del 54 nos separaron con amigos de la infancia que de pronto desaparecieron y el comentario era «es que su papá es comunista».

Dos revoluciones

El ocio y la paz dividen a los pueblos,
el miedo y la guerra los unen.

Nicolás Maquiavelo

Uno de los primeros motivos de mi reflexión, ya inmerso en las luchas sociales y políticas, fue indagar por qué en nuestra historia reciente se echaron a perder dos momentos cruciales para cambiar el país: el derrocamiento de Estrada Cabrera en 1920, y la Revolución de Octubre de 1944. En la historia de Guatemala siempre hay un movimiento pendular por el cual se pasa de un extremo al otro, sin punto intermedio.

Durante la primera mitad del siglo XX, el tradicional inmovilismo y conservatismo de nuestra sociedad fue roto por dos revoluciones que se gestaron en poco tiempo y que también fueron de corta duración. En los dos casos el derrocamiento del poder en plaza fue posible por la conformación de un movimiento social integrador de las diferentes clases y sectores. Sin embargo, muy pronto eso dio paso a las divisiones internas y, junto con ellas, al radicalismo. A la postre, aunque de diferente manera, esto hizo que el péndulo se corriera al extremo contrario. Así, las esperanzas de democratización que surgieron con el derrocamiento de Estrada Cabrera concluyeron definitivamente con Jorge Ubico en 1931, y la «primavera» que se inició el 20 de octubre de 1944 fue sepultada en 1954 por la contrarrevolución. Unidos en contra pero divididos a favor. El miedo a los dictadores y la resistencia armada que éstos opusieron, unió a la gente. La paz —y con ella las deliberaciones sobre el futuro— la dividieron.

Con el proceso vertiginoso que condujo al derrocamiento de Estrada Cabrera, en abril de 1920, emerge un fenómeno político nuevo en el país, que lo constituyen las alianzas multclasistas y las movilizaciones de dimensión nacional; antes, la oposición a los dictadores había sido exclusivamente de la elite y a través de conjuras, asonadas y atentados. En cambio en esta ocasión, al «Señor Presidente» lo derroca un movimiento nacional encabezado por el Partido Unionista, a través del cual «los señoritos» entraron en alianza con los

gremios de artesanos y una incipiente organización obrera. En cosa de seis meses el unionismo se extendió por todo el país fundando filiales en los lugares más apartados; esto ocurrió luego de 22 años de inmovilismo, sacudido éste por los aislados intentos de acabar con la vida del dictador, los cuales fueron siempre trágicos para sus promotores. Sin embargo, durante el período previo nadie hubiera podido vaticinar lo que iba a ocurrir. Todavía un año antes de su derrocamiento, Estrada Cabrera era saludado por los gremios de artesanos como «protector de los trabajadores». Lo que podría llamarse movimiento obrero era todavía muy embrionario, aunque mostró una dinámica impresionante en los años siguientes. La organización de los trabajadores en Guatemala, poco antes de la caída del dictador, había sido un proceso demasiado pausado. En un documento de la época, la sociedad *El Porvenir de los Obreros* expresa el estado de situación en 1911, cuando se preparaba la participación de una delegación guatemalteca al Congreso de Obreros de El Salvador:

«Bien sabéis que el espíritu de asociación es casi nulo en nuestra patria; el aislamiento es, se puede decir, nuestro *modus vivendi*.»

En contraste, cuando los delegados guatemaltecos regresan de El Salvador, quedaron fuertemente impactados por el alto grado de organización de los obreros y artesanos del país vecino, «donde era "raro" el obrero que no está asociado...»

Hasta inicios de 1919, los gremios de artesanos —a pesar de sus protestas esporádicas— saludaban ritualmente al Señor Presidente en cuanta ocasión se presentaba pero, justo en ese momento, comienza sus sermones José Piñol y Batres, Obispo de Faselli, miembro de dos de las más rancias familias de la aristocracia criolla. El impacto de esos sermones entre los trabajadores lo describe el maestro sastre Silverio Ortiz, quien habría de encabezar la alianza de los artesanos con el Unionismo para derrocar a Estrada Cabrera:

«Después de cada conferencia de Piñol se oían comentarios entusiastas en los círculos obreros que admiraban los discursos del notable prelado... Los obreros comenzaron a darse cuenta de las altas miras del ilustre prelado y se oían ya voces de protesta contra el régimen imperante de Manuel Estrada

Cabrera, pues a la clarinada de las conferencias el pueblo despertaba del letargo de abyección, servilismo, miedo e ignorancia en que yacía. Por primera vez se oyó en público que somos ciudadanos, que a más obligaciones también tenemos derechos...»

Según un magnífico estudio realizado por ASIES (*Más de cien años de historia del movimiento obrero urbano en Guatemala*), no fueron sólo motivos humanistas y de democracia política los que condujeron al rompimiento de los artesanos con Estrada Cabrera; también razones socioeconómicas. Como ya quedó dicho, sastres, zapateros, carpinteros y albañiles —entre otros—, eran sujetos al trabajo forzoso. Ya en 1907 el gremio de los sastres lo había denunciado:

«Hoy nos hallamos en la apremiante situación de huir y de escondernos para no ser llevados al cuartel a trabajar sin remuneración, a sufrir mal tratamiento y muchas necesidades; entretanto nuestras familias padecen privaciones sin cuento, con la poco halagadora esperanza de vernos salir gratificados con cinco o diez pesos con que se nos liquida al cabo de tres o seis meses de trabajo; suma que no basta siquiera para curarnos de las enfermedades contraídas en el cuartel.»

Los artesanos también protestaron, desde 1913, por las medidas gubernamentales que pusieron en marcha el principio de «libre comercio» entre Guatemala y Estados Unidos, dañino para sus intereses, por lo cual exigían aranceles proteccionistas fuertes. Sin embargo, el Señor Presidente siguió con la «apertura» y el país se inundó de productos foráneos que hicieron quebrar a muchos talleres. Asimismo, por efecto del déficit comercial, el peso (que era la moneda de entonces), se devaluó, pero Estrada Cabrera se empeñó en mantener la paridad con el dólar, lo que provocó un súbito proceso inflacionario, con el consiguiente deterioro del nivel de vida popular.

El 11 de marzo de 1920, el Movimiento Unionista convocó a una manifestación que reunió a más de 30 mil personas en la capital, la cual tendría entonces unos 100 mil habitantes. Lo nuevo en esta manifestación no fue solamente el número, sino el hecho de que participaran delegaciones de casi todos los departamentos del país, muchas de las cuales marcharon a pie hasta la capital. Estrada Cabrera no cejó e intentó la respuesta militar. Esto dio lugar a una insurrección armada de gran envergadura, mayor que la de 1944, que

produjo no menos de mil muertos. En la lucha armada en contra de la fuerza de Estrada Cabrera participaron, a diferentes niveles, todos los sectores de la población. Las imágenes de esa lucha, ocurrida durante la «semana trágica» (a mediados de abril), son elocuentes y estremecedoras. Campesinos en harapos, con unos sombreros altos y de ala ancha y armados de vetustos fusiles, conducen prisionero a un ministro que, minutos después de tomada la fotografía, fue linchado por la multitud en el Parque Central.

Los acontecimientos de marzo y abril de 1920 son el preludio de lo que va a ocurrir entre junio y octubre de 1944. Luego de 14 años de acatar sin reservas las órdenes del Señor Presidente (ahora don Jorge Ubico), y de adularlo y reverenciarlo, de nueva cuenta se constituye —casi de manera espontánea— un movimiento plural, donde otra vez están codo con codo los señoritos, ahora junto a un movimiento social que —aunque desarticulado por Ubico— estaba en condiciones de desarrollarse con una gran dinámica, como lo habrían de demostrar los hechos ocurridos entre junio y octubre de 1944. Una evidencia elocuente de ese momento de unidad nacional la constituyen los 13 ciudadanos que ingresaron al cuartel Guardia de Honor en la madrugada del 20 de octubre: ellos representan a todos los sectores del país, desde la aristocracia hasta los primeros habitantes de La Limonada, con una notable ausencia: los indígenas. Además, por primera y única vez en la historia, esa representación de la sociedad está enlazada, y en buena medida conducida, por oficiales del Ejército.

Lo que pasó en esos meses cruciales, Manuel Galich lo sintetizó en un concepto insuperable: del pánico al ataque. Lo mismo pudo decirse de los acontecimientos de marzo y abril de 1920: del pánico al ataque. ¿Cuáles fueron las razones de tan inesperada conducta? Es cierto que la revolución siempre toma por sorpresa a los poderosos, «cae como un rayo que se desprende de un cielo sereno», según la expresión de Marx. Charles Dickens comienza su *Historia en dos Ciudades* narrando cómo para los poderosos de aquel tiempo el mundo parecía haber sido hecho para siempre: «corría el año del Señor de 1789...» La Revolución Francesa estaba próxima a triunfar y las más encopetadas cabezas de Francia rodarían bajo la guillotina; luego vendría la exportación de la revolución a Europa en las bayonetas de los soldados de Napoleón. Nicolas II, el Zar que habría de ser ejecutado por los bolcheviques

junto con su familia, no presentía absolutamente nada apenas unos días antes que la Revolución de Febrero de 1917 liquidara para siempre la secular dinastía de los Romanov. Ubico —guardadas sean las distancias— de todo se imaginó, menos que sus mismos amigos de la clase alta le pedirían la renuncia, como lo hicieron en el Memorial de los 311. Tampoco nadie pensó jamás que ese hombre fuerte, hasta ese instante omnipotente, que nunca había vacilado en el uso de la fuerza, iba a renunciar a la Presidencia, pero lo hizo; en un gesto de orgullo herido que habla mucho de cómo se concebían a sí mismos los dictadores y especialmente él, proveniente de «las familias», que —como se dice en ese medio— «sin tener necesidad se había dedicado a servir a la patria».

Sin embargo, tanto en el caso de Estrada Cabrera como de Ubico, la unidad que condujo a su derrocamiento duró muy poco; de inmediato afloraron las contradicciones, no sólo entre los exponentes de distintas clases sino entre el liderazgo mismo de los movimientos políticos y sociales, corroídos por las ambiciones de poder. Esto fue especialmente grave para la revolución del 44 y al respecto contamos con un testigo y protagonista excepcional, que es el presidente Juan José Arévalo, a quien le tocó vivir la apoteosis de la marea ciudadana (*El Candidato Blanco y el Huracán*), y también la amargura de la división, traiciones y ambiciones, que le fueron cortando las alas (y no sólo la intervención de Estados Unidos), a una revolución que pudo haber transformado la historia de Guatemala, mucho más de lo que lo hizo.

«Pocos pueblos en el mundo se han unificado en la ruta de la dignidad, como nuestro pueblo en Junio, Septiembre y Octubre de 1944. No hubo distinciones, no hubo preferencias, no hubo exclusividades... La aristocracia y los capitalistas, los militares y los estudiantes, los maestros y los obreros: todos teníamos en Junio, Septiembre y Octubre una sola esperanza de liberación. La conseguimos porque estuvimos juntos; porque el dolor nos mantenía unidos. Ahora que estamos en el gobierno puede perdernos el retozo, la vanidad o la incontinencia.»

Esto lo decía el presidente Arévalo apenas seis meses después de la apoteosis, cuando todavía resonaba su victoria arrolladora en las urnas. En fecha tan temprana ya se habían perfilado y eran beligerantes dos tendencias

disolutivas profundas de la unidad antidictatorial: una, la reacción ultra conservadora de la clase dominante guatemalteca, que de inmediato calificó a Arévalo de comunista al sólo enterarse que se proyectaba el *Código de Trabajo*. La otra, la disputa por el poder entre toda suerte de aspirantes, desde los típicos golpistas y politiqueros hasta los personajes más prominentes de la revolución: Arana, Árbenz y Toriello.

Antes de concluir el primer año de gobierno anotaba el Presidente:

«He predicado la armonía, he predicado la paz, he predicado la generosidad. Pero mi prédica no ha sido afortunada siempre. Pareciera que después del 20 de Octubre cada grupo revolucionario quisiera arrogarse para sí el exclusivo mérito de haber socavado y derrumbado la brutal dictadura de Ponce. Y ahora cada uno de esos grupos concurrentes a la Revolución aspira a que el Gobierno se oriente en sentido unilateral. De ahí los celos, las malquerencias, la propaganda suicida que los grupos revolucionarios hacen los unos contra los otros.»

En nuestra escasa historia electoral jamás se ha producido un fenómeno como el de Arévalo. Es decir, el de un candidato emergido de fuera del sistema político, que era conocido fundamentalmente por sus escritos para textos escolares, y que de pronto encarna de lleno en el espíritu de la época y es levantado al poder por un huracán. Arévalo representó en su momento el repudio al viejo sistema y todo lo que él significaba y la ilusión de una Guatemala distinta. El huracán que lo levantó al poder fue expresión de la conciencia que se acumuló sigilosamente durante los largos años de la dictadura, y que cobró forma organizativa con una velocidad vertiginosa una vez derrocado Ubico. En su obra *El Candidato Blanco y el Huracán*, el doctor Arévalo documenta con precisión asombrosa el sinnúmero de organizaciones sociales de todo tipo que brotaron como hongos entre julio y agosto de 1944, aún antes del triunfo revolucionario del 20 de octubre.

«El 6 de julio la Sociedad de Auxilios Mutuos Ferrocarrileros pasa a ser sindicato con las mismas siglas: SAMF. Se organizan los músicos ese día; entre el 12 y el 16 quedó fundada la Asociación de Artes Gráficas; el 14, la Asociación de Bellas Artes. Intensifica su acción la Unión de Pilotos Automovilistas. En Escuintla hay compactación entre los trabajadores del

azúcar y sale a luz la poderosa Unión de Trabajadores de Tiquisate, la que abrió su programa con una belicosa huelga que duró quince días. Ese mismo camino toman los Muellers de Puerto Barrios. En la capital, el día 15 saltan a la vida gremial los trabajadores del Calzado y los Barberos; el 16, los Electricistas y los Tipógrafos; entre el 12 y el 15, diversos grupos de Artistas; el 15 los empleados y trabajadores de los ramos Industriales y los empleados Bancarios. El 17, los trabajadores de la Cervecería El Zapote, el 18 los empleados y trabajadores de Hoteles, el 19 los de Hilados y Tejidos, los trabajadores de Transporte y la Unión de Trabajadores en Ropa; el 22 los trabajadores en Madera y Ebanistería, los Panificadores, los trabajadores en Tabaco. El 29 se funda la Asociación General de Empleados del Comercio. El 2 de agosto los Albañiles, el 8 los Sastres, el 10 los Linotipistas. A comienzos de agosto los Muellers del Puerto de San José amenazan con una huelga que estallará en Septiembre. En una palabra: era la nación entera la que salía del sopor o del tormento dictatorial, negador ciego de los más elementales derechos humanos.»

La Revolución de Octubre comenzó con una marea de entusiasmo ciudadano que, incluso, permitió que en menos de tres meses se redactara y aprobara una nueva Constitución. En los hechos de ese octubre estuvieron involucrados todos los sectores de la sociedad guatemalteca; desde los copetones hasta los obreros y campesinos, pasando por el papel tan significativo e importante jugado por oficiales militares. Con relación a esto último se confirmó la desconfianza que los dictadores le tenían a los oficiales de academia y la preferencia que sentían por los oficiales de línea, lo cual se debía —según el general Gramajo— a que «los oficiales de línea basaban su mística en que habían ingresado al Ejército para servir al supremo gobierno, y al hacerlo profesaban lealtad al Señor Presidente... Los politécnicos... por su formación académica servían a la Patria y al hacerlo su lealtad estaba con la institución militar, una institución del Estado, donde mejor se expresaba el servicio a la nación».¹⁹ El capitán Jacobo Árbenz era un oficial de academia y el mayor Francisco Javier Arana era un oficial de línea. Durante los diez años

¹⁹ Gramajo Morales, Héctor Alejandro, *Alrededor de la Bandera*, Tipografía Nacional, Guatemala 2003, p. 95.

de revolución, los oficiales egresados de la Escuela Politécnica sustituyeron casi por completo a los oficiales de línea.

El derrocamiento de la dictadura concitó una amplia unidad y seguramente un anhelo genérico de democracia; la unidad duró muy poco y rápidamente dio paso a un permanente conspirar y disputar, cuya expresión más ruda fueron los treinta y tantos intentos de golpe de Estado que Arévalo tuvo que conjurar. En ese contexto hubo un hecho trágico que marcó la historia posterior: la muerte —nunca totalmente esclarecida— del coronel Francisco Javier Arana, uno de los triunviros, héroe de la revolución, ministro de la Defensa y seguro candidato presidencial.

El presidente Arévalo inició la transición entre el régimen de las dictaduras sempiternas y la democracia electoral que hoy tenemos. Concibió la transición a base de reformas que, en primera instancia, elevaran la dignidad de los guatemaltecos; esto suponía, al menos, dos cuestiones fundamentales: la educación de calidad y la protección y promoción social. Las escuelas tipo Federación, la Facultad de Humanidades, el *Código del Trabajo* y el Seguro Social son, sin duda, los mejores emblemas (no los únicos), de esta concepción que le atribuye a la energía espiritual del ser humano un papel decisivo para alcanzar la meta de un desarrollo con equidad. Hoy, ese concepto precursor que a muchos les pareció utópico o exótico es reivindicado en su esencia por las distintas teorías que le atribuyen al llamado «capital social», un papel determinante para alcanzar el desarrollo.

Arévalo fue el primer Presidente de Guatemala que le demostró al pueblo cariño y simpatía auténticos, no sólo a través de discursos, gestos y actitudes sino también en las obras de su gobierno, y entre ellas —muy significativa— la construcción de la Ciudad Olímpica y del Estadio Mateo Flores. Supo expresar su afecto y el pueblo le correspondió, convirtiéndose esto en su mayor fortaleza. Uno de sus atributos fue ser popular sin ser populachero, sin perder nunca la dignidad y el decoro que debe tener un Presidente, lo cual es indispensable para ejercer sus funciones.

Tuvo, sin embargo, una rara característica: la de haber desarrollado un programa político moderado acompañado de un discurso radical. A esta imagen de radicalismo contribuyó el hecho que Arévalo fuera profundamente

antiimperialista, pero no por influencia de la URSS ni del movimiento comunista, sino porque su pensamiento entronca con el americanismo y el antiimperialismo latinoamericano de la primera mitad del siglo veinte. En todo caso, en mi adolescencia, cuando era fanático del Municipal y acudía regularmente a preferencia del Mateo Flores, no faltaba el grito popular, alentado generalmente por unos cuantos tragos: «¡Viva Arévalo, hijos de la gran puta!»

“A tomar el cielo por asalto”

Pues bien vistas las cosas, la humanidad sólo se propone los objetivos que puede alcanzar.

Carlos Marx.

Como ya quedó dicho, además de las divisiones internas, en las dos revoluciones del pasado siglo, la de 1920 y la de 1944-54, hay otro ingrediente; el radicalismo, es decir, la tendencia reiterada a querer tomar el cielo por asalto, sin lograr consolidar un proceso; sin tener la visión de lo posible. Un ejemplo es la radicalización del incipiente movimiento obrero a partir del derrocamiento de Estrada Cabrera. En esto, además de las pésimas condiciones de trabajo y de la opresión, tuvieron influencia los planteamientos políticos de la III Internacional comunista, que en ese momento atravesaba por su fase «ultraizquierdista». Bajo el influjo de tales ideas se pasó de un movimiento eminentemente artesano, como el que lideraba Silverio Ortiz y que se sumó a los señoritos para derrocar a Estrada Cabrera, a un movimiento que, sin mediar un proceso, hacía suya la línea del sindicalismo revolucionario. De la concepción artesana de la colaboración de clases, plasmada en los documentos del Congreso Centroamericano de 1911, se pasó de golpe y porrazo a la lucha de clases, en el Congreso de 1921.

Lo anterior no se quedó en retórica. Por el contrario, se tradujo en posiciones cada vez más intransigentes de los sindicatos. A raíz del derrocamiento de Estrada Cabrera el sindicalismo se desarrolló aceleradamente y se mantuvieron también los gremios artesanales de mayor arraigo. El movimiento sindical adoptó una posición ambigua frente al efímero Presidente, don Carlos Herrera, cuestionando sus tímidas reformas, aunque reconociendo que se trataba de un gobierno democrático. Sin embargo, un golpe de Estado encabezado por el coronel José María Orellana derrocó a Herrera, y el nuevo gobierno de facto comenzó lanzando una intensa represión sobre el movimiento obrero. No obstante, éste continuó desarrollándose, hasta forzar al propio Orellana a buscar soluciones negociadas. El sindicalismo estaba presente en las dos empresas que por razones económicas y políticas, tenían la hegemonía en el país: la United Fruit Company (UFCO) y la International Railways of Central America (IRCA), de la cual la mayoría de las acciones eran de la UFCO.

En 1926 asumió la Presidencia don Lázaro Chacón, personaje cuyos conceptos vitalistas —según investigación realizada por Marta Casaus— lo acercaban a las demandas sociales y a la conciliación. Por otra parte, la situación económica del país era bonancible; los precios del café estaban altos, de manera que había margen para lograr acuerdos; pero en 1929 la gran depresión estalló y arrastró al mundo entero; el café llegó a valer 3 dólares el quintal. El margen para hacer concesiones se estrechó cualitativamente; sin embargo, las huelgas siguieron y se agravaron, el caos fue creciendo y junto con él la demanda de orden y mano dura; es decir, el contexto que necesitaba don Jorge Ubico Castañeda para ser electo por aclamación, cuando cinco años antes había perdido abrumadoramente frente a Chacón y suscitado comentarios adversos hasta en un medio tan conservador como el periódico *El Imparcial* que, en su momento, editorializó rechazando la mano dura. No fue posible, pues, consolidar la incipiente democracia que se abría paso en el país; antes bien la pretensión de saltar adelante lo que hizo fue traer de nuevo a la dictadura, a la última de las dictaduras. Reflexionando sobre esto, Antonio Obando Sánchez, figura eminente del movimiento obrero guatemalteco, y por entonces militante del partido comunista recién formado, escribió:

«Fue una época en que no había escogencia clara de una línea justa; soñábamos los izquierdistas hasta con implantar acá la dictadura del proletariado y los soviets por añadidura; la “enfermedad infantil” nos acogía con sus sonrientes labios y peligrosos brazos.»

Obando Sánchez hace alusión a la obra de Lenin, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, publicada en mayo de 1920, y dirigida a cuestionar el radicalismo que se manifestaba al interior del propio Partido Bolchevique y también en los partidos comunistas europeos, dos de cuyos rasgos eran rechazar todo compromiso y plantear como objetivo inmediato en sus países la dictadura del proletariado. Al respecto de lo primero Lenin decía: «negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualquiera que sea, constituye una puerilidad que hasta resulta difícil tomar en serio.» Con relación a lo segundo insistía en tomar en cuenta, en cada caso, la situación concreta, y llamaba la atención sobre el hecho de que, precisamente por el triunfo de la revolución en Rusia, había que asumir que la burguesía mundial reforzaría sus prevenciones y su poder.

Sin embargo, ya en 1924 el Partido Bolchevique había caído bajo la conducción de Stalin, quien lo enfiló hacia una línea ultraizquierdista. Parte de ello fue sacar de toda proporción la crítica a la socialdemocracia, con la cual los bolcheviques habían roto desde 1916. Lenin criticó al «renegado Kautsky» (figura cimera de la socialdemocracia alemana), por haberse apartado del marxismo revolucionario, pero siguió considerando a la socialdemocracia como una expresión política de la clase obrera. Stalin, en cambio, comenzó a equiparar al fascismo con la socialdemocracia, sentando las bases de un ultraizquierdismo cuya expresión más trágica fue la negativa de los comunistas alemanes a establecer una alianza con los socialistas (a quienes llamaban social fascistas), para enfrentar a Hitler en las elecciones de 1933. Entre los dos partidos obreros sacaron más votos, pero los nazis los superaron a cada uno de ellos en particular; de esa manera Hitler se convirtió en Canciller y se comenzó a escribir así una de las tragedias más grandes vividas por la humanidad. Trotsky, en cambio, ya exiliado por Stalin (1931), dio la voz de alarma: «Trabajadores, comunistas, si el fascismo llegara al poder, pasaría sobre nuestros cráneos y vuestros espinazos como un tanque gigantesco.

Vuestra salvación consiste en la lucha despiadada. Y sólo una unidad combativa con los obreros socialdemócratas puede conducir a la victoria. ¡Apresuraos, que os queda poco tiempo!»

Ese fenómeno de la radicalización tiene, por supuesto, causas diversas, entre ellas las influencias anotadas pero, primero que todo, hay que recordar, como dice el dicho, «que el tango se baila entre dos». En pocas palabras, en Guatemala la explotación y la opresión han sido tan extremas y descarnadas y el poder tan rígido, que sólo el temor ha logrado «mantener el orden». Cuando el temor se rompe la avalancha se desata, o bien los liderazgos que emergen de las luchas sociales son propensos al radicalismo. Además, la política revolucionaria ha estado impregnada de la mentalidad religiosa dominante en la sociedad; por ello ha sido concebida como una lucha contra el mal, que no admite compromiso alguno, y donde la «consecuencia» es más importante que los resultados. El conservatismo que impregna la idiosincrasia guatemalteca también abarca a la izquierda, cuyos referentes ideológicos siempre se establecen con relación al pasado y no a una visión de futuro. Ramiro Abreu, un compañero y amigo cubano lo expresó con una imagen más que afortunada: «un revolucionario guatemalteco —dijo— es capaz de luchar durante treinta años para atravesar por esa puerta, pero durante todo ese tiempo ni siquiera se le ocurre que quizá hubiera sido más fácil dar la vuelta por el corredor». Ya no queda nada por decir al respecto.

En 1990, en México, el compañero José Alberto Cardoza me dijo un día: «Fíjese compañero que yo fui de quienes planteamos al interior del partido (el Partido Guatemalteco del Trabajo, PGT), que la revolución se había perdido porque no se fue más lejos en la reforma agraria y no se armó al pueblo, y ahora, andando los años y luego de ver todo lo que ha pasado, yo pienso que en Guatemala lo que hubiéramos necesitado era otro Arévalo. Es decir, una vía reformista.» Lo mismo me contaron que planteó don Pepe Figueres luego de la tragedia del 54: «lástima que los guatemaltecos no se quedaron en un marco socialdemócrata, porque ahora Guatemala sería la república social más avanzada de América.»

La magnífica obra de Piero Gleijeses, *La Esperanza Rota*, aporta muchos elementos de juicio en ese sentido, entre ellos los razonamientos de doña María Vilanova, esposa de Árbenz, con respecto al por qué de la cercanía de

éste con los comunistas, que era sin duda el motivo de mayor preocupación para Estados Unidos y los católicos y derechistas guatemaltecos: «no tenía a nadie más», dijo ella, haciendo alusión al hecho que los líderes y militantes de otros partidos «octubristas» carecían de la convicción y la firmeza necesarias. Sin embargo, don Manuel Galich me contó en La Habana que la predilección de Árbenz por los comunistas propició la ruptura del «frente amplio» que apoyaba la revolución. El Presidente tenía la costumbre de almorzar los miércoles con esos aliados y discutir con ellos la situación y las posibles líneas de acción, pero eso fue al principio. A los pocos meses, Árbenz ingresaba a ese almuerzo siempre flanqueado por Fortuny, y lo que ocurría entonces ya no era consulta ni discusión, sino transmisión de la línea que ya habían acordado entre ellos.

El libro *Alrededor de la Bandera* también aporta sobre el tema desde la óptica de los militares, para quienes la preocupación no consistía en las reformas sociales sino en el desafío a Estados Unidos, puesto que según ellos no se comprendía que se actuaba dentro del área de predominancia absoluta de esa potencia, y que ni en sueños se contaba con los medios para tal confrontación. Los militares pensaban que si la asonada interna fracasaba (la rebelión de Castillo Armas), entonces sería peor, porque intervendrían directamente tropas estadounidenses que podrían destruir al ejército nacional. Asimismo, como ya se dijo, los católicos estaban en pie de guerra.

A la alianza virtual con los comunistas se sumaron los radicalismos y desplantes triviales e innecesarios (como que el Congreso de la República hiciera un minuto de silencio por el fallecimiento de José Stalin en marzo de 1953), y todo esto ocurrió en el clima de cacería de brujas que imperaba en Estados Unidos, donde el senador Joseph Macarty, a la cabeza de una verdadera cruzada nacional, veía comunistas hasta entre la sopa; los perseguía, exiliaba, encarcelaba o ejecutaba, fruto todo ello del pánico que estremeció a Estados Unidos luego que la Unión Soviética realizó su primera explosión atómica, y con ello se desmoronó el efímero monopolio del arma nuclear. Para ponerle la guinda al brebaje, hay que anotar el papel personal de los hermanitos Allan y John Foster Dulles, director de la CIA uno y Secretario de Estado el otro, y ambos grandes accionistas y abogados de la UFCO. En función de sus intereses y junto con el embajador John Peurifoy,

sobredimensionaron ante el Pentágono y el Departamento de Estado «el peligro de Guatemala.»

Al analizar este contexto internacional desfavorable como ninguno, uno no puede dejar de pensar que hay un elemento de tragedia en la historia de Guatemala, de «mala fortuna» diría Maquiavelo. Alfredo Guerra Borges concluyó su conferencia ya citada sobre la Revolución de Octubre, leyendo un trozo de un discurso de Fidel Castro con motivo de alguna conmemoración del asalto al cuartel Moncada. Decía Fidel que, aún si el asalto al Moncada hubiera sido un éxito y hubiera permitido tomar el poder, en ese momento (26 de julio de 1953), no existían las condiciones para hacer una revolución, como sí las hubo a partir de 1959. En la larga entrevista concedida a Ignacio Ramonet (*Cien Horas con Fidel*), el Comandante se refiere a este punto:

«Si hubiéramos triunfado aquel 26 de julio de 1953 no estaríamos aquí. La correlación mundial de fuerzas en el año 1953 era tal que no habríamos podido resistir. Stalin acababa de morir – muere en marzo de 1953 – y la “troika” que le sucedió no hubiera dado a Cuba el apoyo que le dio Jruschov, digamos, siete años después, cuando ya la Unión Soviética tenía, no una equiparación con Estados Unidos, pero un poder grande económico y militar.»²⁰

La oposición de los católicos

A los enfrentamientos con Estados Unidos y con los capitalistas nacionales, cuyas razones eran geopolíticas y socioeconómicas, se sumó otra contradicción, cuyos impactos han sido subestimados; fue el enfrentamiento entre los gobiernos revolucionarios y el pueblo católico, y no sólo la Iglesia jerárquica. Estos enfrentamientos tuvieron múltiples causas. Para comenzar caían de su peso en razón del papel conservador de la Iglesia a lo largo de la vida independiente. La elite criolla terrateniente era entonces, y lo fue hasta finales de los años setenta del pasado siglo, el principal soporte social de la

²⁰ *Cien horas con Fidel*. Conversaciones con Ignacio Ramonet, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006.

jerarquía católica, con quien la unían, además de las tradiciones, los parentescos, y desde la revolución liberal la Iglesia había sido hostil al Estado y a la inversa. Barrios —como ya quedó dicho— les quitó tierras y conventos y les cortó las alas, pero no porque fuera ateo sino por razones políticas; porque la Iglesia era el baluarte del poder conservador recién sometido; porque usaba su influencia irrestricta sobre la población, especialmente indígena, para mantener un contrapoder frente a los gobernantes, el único que existía. Ubico, a pesar de ser miembro de «las familias» y en la práctica más conservador que liberal, de todas maneras recelaba del poder eclesial, lo cual dejó plasmado en su famosa y premonitoria frase: «cuídense de los comunistas y de los curas.»

A pesar del carácter conservador y conspirador de la Iglesia, pienso que lo ocurrido fue también reflejo de la inmadurez de esa revolución de jóvenes que fue la de Octubre (en un momento dado, el promedio de edad en el Congreso de la República era de 28 años y el primer Ministro de Trabajo asumió su cargo cuando apenas había salido de la adolescencia). Según opiniones autorizadas, fue Arévalo el principal instigador del enfrentamiento con la Iglesia, no sólo por razones políticas como las evocadas antes, sino también por su condición de filósofo, interesado y propenso a los debates teóricos e ideológicos. Árbenz, en cambio, trató de atemperar los conflictos pero ya era demasiado tarde, monseñor Rosell estaba en pie de guerra, y no se trataba de un mera controversia espiritual sino perfectamente material, sintetizada en el tema agrario. Los revolucionarios más radicales subestimaron por completo las sensibilidades de la población católica con un concepto reduccionista según el cual los cachurecos no eran más que unos reaccionarios.

De la confrontación entre Arévalo y los católicos recuerdo dos momentos particulares por el impacto que tuvieron en mi familia. Uno fue el intento de nacionalizar el hospicio para niños huérfanos, entonces a cargo de las Hermanas de la Caridad y en ese momento dirigido por mi tía Sor Filomena. Dicho intento —que era solamente una medida administrativa— fue interpretado como la confirmación de que los comunistas (en este caso, Arévalo), pretendían lavar el cerebro de los niños, cosa que se decía ocurría en la URSS y que era lo más temido y repudiado por los católicos. El otro momento fue la reacción de este sector frente a un discurso de Arévalo en el cual éste dijo que los católicos eran como los cangrejos, que siempre

caminaban para atrás. Mi abuela, de inmediato, lanzó la consigna de que los católicos portaran orgullosamente un cangrejo como emblema.

Quizá a fines de 1953 o principios del 54, llegó temblando de ira a la casa: los comunistas se habían infiltrado en una de las tantas manifestaciones y se habían dedicado a manosear a las mujeres. Años después, en la Habana, escuché a un viejo militante del PGT evocar en medio de risas «que las manifestaciones de esas viejas las disolvíamos metiéndoles mano.» A mi abuela no le importaba mayor cosa si había o no reforma agraria, pero la horrorizaba pensar que el ateísmo comunista se pudiera entronizar en Guatemala y, por supuesto, todo eso fue exacerbado por una propaganda tenaz y mentirosa. A diferencia de las monstruosidades que esa propaganda les atribuía, los verdaderos comunistas, los militantes y líderes del PGT, eran personas de conducta ejemplar, incorruptibles; sabían a dónde querían ir y estaban dispuestos a ejecutar todas las tareas, incluso las más humildes, para alcanzar sus fines. Este concepto de los comunistas de la época —de Víctor Manuel Gutiérrez y José Manuel Fortuny— no es mío, ni de ninguna persona en particular, sino palabras más o menos, y según los documentos citados por Piero Gleijeses, es el concepto que expresa la CIA (la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos), sobre los comunistas guatemaltecos en general y los dos citados en particular.

Para los años finales de Árbenz mi abuela era presidenta de Acción Católica, organización fundada por monseñor Rosell con el objetivo de convertirse en baluarte contra el comunismo. Monseñor Mariano Rosell y Arellano, entonces Arzobispo de Guatemala, fue un personaje querido por la feligresía católica y su líder más conspicuo y, por decirlo de alguna manera, la principal y decisiva fortaleza interna del movimiento contrarrevolucionario de Castillo Armas. Su abierto rechazo y actitud conspirativa frente al gobierno de Árbenz la hicieron suya miles de feligreses, entre ellos, mi abuela. La fuerza que llegó a adquirir el movimiento de los católicos la ilustra un testimonio ofrecido por Alfredo Guerra Borges durante una conferencia en diciembre de 2006, donde él explicó en qué contexto Árbenz había decidido lanzar de inmediato la reforma agraria. Reunido con su gente más cercana —entre ellos Alfredo— Árbenz dijo: «si el tema sigue siendo la religión nos derrocan en seis meses. Hay que lanzar de inmediato la reforma agraria para que los

verdaderos intereses que están detrás de esto salgan a flote y contar nosotros con una base social de apoyo.»

La tragedia del 54

Eso de que no existían condiciones para hacer una revolución depende de qué tipo de revolución se trate: si meramente democrática o también de transformación social. Lo que a mi juicio muestra la experiencia del 20 – 31 y del 44 – 54, es que existían las condiciones para una revolución democrática, pero no para una revolución social. Dicho de otra manera, en cuanto el proceso de democratización y reformas abrió la puerta de la lucha de clases, amenazando con ello intereses fundamentales de la clase dominante, el proceso se revirtió; primero, con la elección de Ubico en 1931 y luego con el triunfo de Castillo Armas en 1954. En ambos casos, además, se hace presente la influencia de los comunistas, lo que le da a las luchas sociales una connotación cualitativamente distinta, sobre todo al ocurrir esto en la retaguardia estratégica de Estados Unidos. El general Alejandro Gramajo plantea lo anterior a su manera:

«Los sueños, esfuerzos y proyecciones por un país más moderno, fueron truncados por la irresponsabilidad y la visión internacionalista de comunistas locales, que dieron pretexto a la reversión violenta que sufrió el movimiento revolucionario en el poder, con la ayuda de la intervención extranjera materializada en el “Movimiento de Liberación Nacional” en 1954.»²¹

Sin embargo, la tragedia del 54 no derivó solamente de la naturaleza del régimen de Árbenz y de su vínculo con los comunistas; tampoco fue únicamente la reacción ante la expropiación de tierras de la UFCO o de los terratenientes guatemaltecos. A estos hechos objetivos se sumó el factor subjetivo; es decir, la forma como se interpretaron los acontecimientos en el clima ya descrito del macartismo, y bajo el azuzamiento interesado de los hermanos Dulles y la UFCO; todo lo cual llevó a que el gobierno de Estados

²¹ Héctor Alejandro Gramajo Morales, *Alrededor de la Bandera*, Tipografía Nacional, 2002, Guatemala, pág. 359-360.

Unidos optara por la intervención armada, combinada con la conjura de la CIA al interior del ejército nacional, entonces pomposamente llamado «Ejército de la Revolución».

En ese momento histórico crucial, sólo una voz propuso la solución política del conflicto, y fue la de monseñor Genaro Verolino, Nuncio Apostólico de Su Santidad. A sabiendas que para Estados Unidos la esencia de la cuestión radicaba en la relación política entre el presidente Árbenz y los líderes comunistas, monseñor Verolino planteaba que eso se resolvía con las elecciones de 1957 ya que, aún si las ganaba el partido de Árbenz, ningún otro líder de ese partido mantenía relaciones con los comunistas.

Esa, por supuesto, no era sólo la posición del Nuncio sino la del Vaticano. Casi veinte años después de su abrupta salida del país, volví a ver al entonces cardenal Verolino en Roma, quien con su memoria prodigiosa me preguntó por toda la gente que él había conocido en Guatemala; en la conversación me las arreglé para inducir el tema de los acontecimientos del 54 y los conflictos con monseñor Rosell. Con su habitual tacto y reserva diplomática, el cardenal Verolino dejó entrever que la adhesión abierta de monseñor Rosell a la causa de Castillo Armas había sido incómoda para el Vaticano. La razón de ello tenía que ver con que ya por entonces soplaban los primeros vientos del *aggiornamento*, que habría de tomar forma después bajo el pontificado de Juan XXIII. Pero sobre todo, porque la Iglesia se había visto involucrada en la política intervencionista de Inglaterra y Estados Unidos en la Grecia de post guerra, la cual condujo al régimen de los coroneles, y el balance que se hacía de ello era negativo. En suma, el papa Pío XII no quería que la Iglesia se viera comprometida en una situación similar en Guatemala, y aparecer aliada con Estados Unidos para romper la soberanía y la legalidad de un país; además, con motivo de la puesta en práctica de reformas sociales. El Nuncio le trasladaba estos mensajes a monseñor Rosell, quien sin embargo hizo valer su autonomía como Arzobispo y, lejos de moderar su vínculo con el movimiento de Castillo Armas, lo llevó a extremos que lo hacían a él, claramente, parte de la conjura.

El conflicto entre el Nuncio y el Arzobispo no se quedó en una mera desavenencia. En 1956, dos años después del triunfo de Castillo Armas, monseñor Rosell movilizó a su fuerza de choque, constituida por las señoras

locatarias de los mercados, famosas por su ferocidad y arrojo. Estas rodearon la Nunciatura exigiendo la salida del país de su titular, monseñor Verolino. Los padres de quienes éramos acólitos del Nuncio se congregaron de inmediato, y se introdujeron como pudieron en la sede diplomática del Vaticano con el fin de contribuir a la seguridad de Monseñor, si fuera necesario. Los temores ante las señoras locatarias tenían fundamento no sólo en el talante de éstas sino en hechos históricos terribles, como el linchamiento de Cirilo Flores (1826), entonces vicepresidente de la Federación Centroamericana, al interior de la catedral de Quetzaltenango, por parte de vendedoras de los mercados de esa ciudad que antes habían sido azuzadas por los curas, diciendo que Cirilo Flores llegaba a apoderarse de los bienes eclesiásticos. En todo caso, hasta donde yo sé, no se había dado antes en América Latina semejante enfrentamiento entre el representante del Papa y un Arzobispo. Por eso, creo yo, monseñor Rosell nunca fue elevado a Cardenal, a pesar de ser —como ya dije— el verdadero líder de los católicos guatemaltecos de la época. En cambio, para sorpresa de los feligreses, se le confirió esa dignidad a Monseñor Mario Casariego, que no era santo de la devoción de muchos.

En Estados Unidos se daba por hecho que el PGT disponía de una gran fuerza y que su tarea era convertir a Guatemala en cabeza de playa de la Unión Soviética. Sin embargo el PGT, recién fundado en 1949, era un pequeño partido que contaba con tres diputados en el Congreso; de manera que su influencia en los acontecimientos derivaba de la relación personal de sus dirigentes con el Presidente, y no de su fortaleza institucional, aunque la base del PGT crecía rápidamente, estimulada sobre todo por la reforma agraria.

Por encima de cualquier cálculo racional prevaleció la paranoia, el simplismo y el pensamiento de corto plazo, y con ellos se escribió la tragedia. En cambio, es razonable pensar que, si en vez de la invasión armada se hubiera buscado la solución política, como planteó monseñor Verolino, hoy seríamos una democracia madura y muy probablemente nos hubiéramos ahorrado el enfrentamiento armado.

Para Estados Unidos, y por derivación para el ejército nacional, se trataba de un conflicto geopolítico. En cambio, para la derecha guatemalteca era ante todo una cuestión socioeconómica (la reforma agraria), con implicaciones

políticas (un poder popular en ascenso, a la cabeza del cual estaban los Comités Agrarios).

El elemento común, como ya se señaló, fue la paranoia y los teléfonos descompuestos, lo cual llevó a sacar de proporción el famoso tema de los comunistas. Para Washington, el PGT era una pieza clave en la estrategia soviética. Para los soviéticos, el PGT era un partido comunista recién creado a cuyos dirigentes apenas conocían, y el tema Guatemala nunca concentró su atención.

Ni Estados Unidos ni el ejército nacional, ni mucho menos la derecha guatemalteca, analizaron las consecuencias que tendrían sus arrebatos y el uso de la violencia para enfrentar conflictos políticos. Pensaron que todo era cuestión de derrocar a Arbenz y asunto arreglado; sin embargo, ese trauma político, social y cultural estuvo en la raíz de un conflicto sangriento y mutilador como pocos, que concluyó definitivamente el 29 de diciembre de 1996 con la firma de la paz. Se cerró con ello un ciclo histórico completo dominado por el conflicto revolución-contrarrevolución o comunismo-anticomunismo.

Poco después de la renuncia de Árbenz entraron a la capital las tropas de Castillo Armas, que sólo libraron algunas escaramuzas con fuerzas aisladas del ejército nacional, habida cuenta de la traición de los mandos al Presidente. Con mis papás estábamos listos para irnos al Puerto de San José, puesto que ellos nunca fueron fanáticos de la política y preferían irse al mar que ver el desfile. Mi abuela en cambio fue categórica:

—Ah no, si ustedes quieren váyanse al mar, pero a mis muchachitos no se los llevan, ellos tienen que estar conscientes de lo que está pasando.

Se salió con la suya y fuimos a ver el desfile, el 1 de agosto de 1954. Las calles estaban repletas de gente y frente al Palacio Nacional se había congregado una enorme multitud que vitoreaba al Ejército de Liberación y abucheaba a los elementos del recién bautizado Ejército Nacional, incluidos cadetes de la Escuela Politécnica que, para vergüenza de la Institución, desfilaron junto con los liberacionistas. Las huestes de estos últimos estaban integradas por centenares de hombres de todas las edades y de distintas condiciones sociales. Mi abuela no paraba de aplaudir y, al ver entre las filas a mi primo, Mario Castejón, se le llenaron los ojos de lágrimas. A mí lo que más me llamó la atención fue ver a los cientos de indígenas desfilando con sus

vistosos trajes de mashes²² y los fusiles al hombro. También un soldado sin armas, provisto sólo de una pequeña corneta, porque me explicó mi abuela que era el encargado de alertar la presencia del enemigo, y por ello quien más arriesgaba su vida. Tengo grabada en la mente la explicación, y la imagen de un soldado flaco y desgarrado, al que la corneta le daba un aire de arlequín.

El «Desfile de la Victoria» parecía haber sentenciado definitivamente los acontecimientos. Sin embargo, al día siguiente, el 2 de agosto, los cadetes de la Escuela Politécnica atacaron a los liberacionistas acantonados en el Hospital Roosevelt; les hicieron cerca de 20 bajas, los desarmaron, y con las manos en alto y a pié los condujeron hasta el ferrocarril que los transportó al oriente del país. Ese mismo día, por disposición de un joven teniente, los liberacionistas que habían acampado en la Escuela tipo Federación de Jutiapa fueron reducidos y expulsados de la misma manera. El teniente se llamaba Marco Antonio Yon Sosa.

La derrota y sus secuelas

El 27 de junio de 1954 estábamos todos en mi casa pegados al radio, la familia completa y Güicho Menéndez de la Riva también. Se había anunciado que Árbenz pronunciaría un discurso y los entendidos daban por hecho que iba a renunciar. Güicho daba vueltas y vueltas y no podía contener su nerviosismo. Mi papá, calmado como siempre; mi abuela y mi mamá expectantes, deseando con toda el alma que triunfara la Liberación; mi Tetía, afligida. Árbenz, que tenía una voz chillona, habló en un tono lastimero, al menos así lo recuerdo. Mientras Güicho daba saltos de alegría, mi Tetía lloraba. «Pero por qué está llorando Teresita, si este es un momento de felicidad para todos», le dijo Güicho. «Pobre hombre, —contestó ella—, qué humillación la que está pasando.» Y efectivamente, la humillación de Arbenz formó parte de la vindicta liberacionista. Autorizado a salir al exilio, el Presidente derrocado fue obligado

²² Mashes: grupo étnico de lengua quiché que ocupa una posición dominante en el municipio de Chichicastenango.

en el aeropuerto a quitarse la ropa, quedándose en calzoncillo, y todo ello ante las cámaras de prensa.

En los días que precedieron a la derrota se armó el desparpajo; sólo los comunistas reaccionaron con disciplina, aunque ellos también se vieron obligados al exilio. A dos cuadras de mi casa estaba la embajada de Ecuador. Un día caminaba yo en las proximidades cuando miré que un *pick up* reducía la velocidad y se pegaba al seto de cipreses que hacía las veces de pared: dos sujetos saltaron de la palangana y cayeron en el jardín. Los que se asilaron después de la caída de Arbenz se vieron obligados a usar procedimientos de ese tipo, dado que ya entonces la policía y la muchedumbre enardecida tenían controlado el acceso a las sedes diplomáticas. En algunas embajadas, como las de México y Argentina, había una aglomeración tal de asilados que tenían que ocupar las escasas habitaciones por turnos, o estar unos en el jardín y otros dentro de la residencia. Afuera había una multitud vociferante que pedía la cabeza de los comunistas. Estando frente a la embajada de México, de la mano de mi abuela, escuché a una corpulenta locataria que gritaba con fuerte vozarrón: «comunistas hijos de la gran puta, me cago en ustedes, me limpio con ustedes, y todavía me queda el culo sucio.» En 1920 la multitud que linchó a los funcionarios de Estrada Cabrera gritaba *échennos otro toro*, conforme los iba despedazando uno por uno.

Adentro de las embajadas el ambiente era deprimente. Dado el clima de cacería de brujas que se armó, fueron considerados comunistas todos aquellos que de una manera u otra hubieran servido en el gobierno. Pero esto no fue cierto: muchos funcionarios eran burócratas ajenos a la política y, entre los políticos asilados, no pocos eran hostiles al PGT. Por ello, al interior de la embajada de México y la de Argentina, quienes se consideraban al margen o incluso contrarios a los comunistas, conspiraban con el fin de entregar a los comunistas o a los altos funcionarios a cambio de asegurar ellos su integridad y su permanencia en el país. Los líderes del gobierno derrocado y los comunistas implementaban por consiguiente medidas de seguridad, pero la traición, por supuesto, desmoralizaba. Ese era el ambiente en la Embajada de Argentina cuando Roberto de León, asilado allí, vio que en un garage, su primo Ricardo Ramírez (Rolando Morán) y el Che Guevara conversaban animada y festivamente. —¿Y por qué eso muchá, si estamos bien jodidos?— preguntó

Roberto. —Porque el Che me acaba de contar que ayer ganamos en Dien Bien Phu—, contestó Rolando. Esta anécdota tiene para mí un simbolismo enorme. Si algo caracterizó al Che y a Rolando fue su internacionalismo. Desde aquel momento tan temprano en sus trayectorias políticas, identificaron al Frente de Liberación de Vietnam del Sur como parte de una lucha global. Poco tiempo después se separaron, Rolando se fue para la Argentina y de allí a Checoslovaquia, y el Che para México, donde se vinculó con Fidel y Raúl Castro.

El Che y Rolando se hicieron amigos desde que se conocieron. Rolando contaba que el Che se instaló en la casa de la juventud comunista, la Juventud Patriótica del Trabajo. Allí dormía de cualquier modo y participaba en las discusiones. Entonces escuchaba lo de la revolución democrática y preguntaba: —Eso significa que ustedes le van a quitar la tierra a los terratenientes pero les van a dejar los periódicos...— Por supuesto, contestaba la gente del PGT—, porque estamos en el marco de una revolución democrática... —Pero entonces los van a derrocar,— replicaba el Che.

Las revoluciones son precisamente la ruptura de la legalidad, la ruptura de los intereses dominantes, y por ello solo pueden ocurrir bajo la forma de dictadura. Así fue la revolución francesa y las otras grandes revoluciones que han cambiado el mundo. Rolando también contaba que antes de que Ernesto Guevara fuera el Che de la foto de Santa Clara, nunca escuchó decir a ninguna mujer que fuera guapo... decían que se parecía a Cantinflas. Y en el ambiente ortodoxo del PGT, lejos de considerar al Che como un visionario pensaban que era un aventurero medio loco. Sólo Rolando, quizá, que fue heterodoxo con todas las ortodoxias menos con la suya, captó la singularidad y profundidad del personaje.

Lo de la revolución democrática alimentó ilusiones, como que una supuesta burguesía nacional de carácter industrial apoyaría la reforma agraria y enfrentaría a los terratenientes. Cuando escuché por primera vez esa tesis, en una conversación con Rolando Morán en La Habana, no podía dar crédito a lo que oía; no podía imaginar a quién se le había ocurrido semejante cosa. Yo sabía por experiencia que la clase alta guatemalteca estaba monolíticamente unida, no sólo por sus intrincadas relaciones de parentesco sino, sobre todo, por el anticomunismo. Y eso no se reducía a lo político y económico sino

incorporaba también el tema de la religión. Por consiguiente, el presupuesto de que un sector industrial pudiera desgajarse de los «terratenientes feudales» y cerrar filas en la revolución democrática planteada por los comunistas, era una locura. Sin embargo, pocos textos sintetizan mejor esta concepción que el artículo 1º del *Decreto 900, Ley de Reforma Agraria*, que parece extraído de un manual de marxismo de la Academia de Ciencias de la URSS:

Artículo 1º. La Reforma Agraria de la Revolución de Octubre tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala.

Lo anterior comprueba algo que aprendí de los trotskistas, y es que la historia de nuestros países no se puede comprender a cabalidad sin tomar en cuenta lo ocurrido en la URSS, especialmente hasta la muerte de Stalin, cuando la KOMINTERN trazaba la línea de los partidos comunistas sin atender mayor cosa a las particularidades nacionales, sino a las necesidades del régimen soviético.

Esto de la revolución democrático-burguesa no era invención chapina ni mucho menos; una vez más procedía del movimiento comunista estalinista, y por esa vía fue la doctrina oficial del PGT. Tal doctrina no fue producto de un mero e inocente error teórico, sino concebida como una herramienta táctica del líder soviético, que en la coyuntura de la II Guerra Mundial y preludios de la Guerra Fría, viró del izquierdismo a una política que pretendía ser conciliatoria con las burguesías de los países occidentales. Al mismo tiempo, dicha política debía mantener la cohesión ideológica de los comunistas, para lo cual se evocaba el horizonte del socialismo, el cual vendría a continuación de la etapa previa: la revolución democrático burguesa. El presupuesto teórico de esa doctrina, hecha por encargo, se basaba en una interpretación unilateral del pensamiento de Marx, según la cual el socialismo sólo podía ser el fruto de un capitalismo desarrollado que aportara dos ingredientes fundamentales: una base técnica que permitiera desarrollar la producción y repartir riqueza y no pobreza, y una clase obrera mayoritaria capaz de imponerle su interés colectivista a las clases reaccionarias y abrir con ello el comienzo del fin de la explotación del hombre por el hombre. Sin embargo, unas eran las condiciones

materiales para el socialismo como modo de producción, y otras las condiciones para la toma del poder por los comunistas. El sólo hecho de que se anunciara que después de la susodicha revolución democrática vendría la socialista, hacía imposible la alianza con cualquier burguesía. En los casos de alianza efectiva de los comunistas con fuerzas políticas de la burguesía, esto ocurrió porque no había tal segunda etapa, sino solamente una alianza por la democracia.

Todavía en la antesala de la revolución nicaragüense, el Partido Socialista de Nicaragua (comunista), criticaba a los sandinistas por no apegarse al dogma de la revolución por etapas. En una ocasión, estando yo departiendo en Laussane, Suiza, con Gustavo y Oscar Vargas y Lea Guido y Julio López (todos ellos sandinistas), Gustavo le daba lectura a un documento del Partido Socialista de Nicaragua (comunista), que más o menos decía:

—Hay aventureros que pretenden saltarse las etapas. Pero eso es como si a vos te mandan a hacer una tarea a Darío; a fuerza tenés que pasar por San Benito y Las Maderas.

Y el mismo lector, muy a la nica, sentenció para siempre el tema, poniéndole punto final al dilema de décadas entre una revolución por etapas y una revolución permanente:

—Pero una cosa es pasar por allí – dijo – y otra quedarse bebiendo guaro.

Parte del dogma era que a la burguesía le tenía que interesar la reforma agraria como única estrategia posible para desarrollar el capitalismo. Y por eso, quizás hasta la fecha, se mantiene una interpretación según la cual, por su ceguera y subordinación a los gringos, la clase dominante guatemalteca no supo aprovechar la oportunidad de desarrollarse que le brindaba el *Decreto 900*. Pero a las razones ya expuestas de parentesco e identidad de clase en el caso guatemalteco, se agrega la dinámica real de los acontecimientos que se producían en el país, sobre todo en torno a la reforma agraria. Las normas de la ley podían ser moderadas en materia de tierras sujetas a expropiación (tierras ociosas en fincas mayores de 2 caballerías), pero otra cosa era la dinámica de revolución agraria que le imprimía en los hechos la población organizada en los Comités Agrarios. Y esto como expresión del radicalismo recurrente, y en parte también por la instigación de provocadores como Carlos

Manuel Pellecer quien, según se dice, ya era agente de la CIA desde la época de la revolución y antes que escribiera su libro *Renuncia al comunismo*.

Así pues, la reforma agraria no ocurrió en un laboratorio, sino en el contexto de una revolución popular en marcha, aunque esto no fuera reconocido explícitamente como tal o no se sacaran las consecuencias que ello implicaba. Las revoluciones, como dijo Mao, no son como tejer una seda o pintar un cuadro, sino un proceso cruento y difícil por medio del cual una clase le arrebató el poder a otra. Aun cuando la Revolución de Octubre no se propuso un contenido anticapitalista, fue una verdadera revolución, en tanto el protagonismo pasó a los sectores populares, y esto fue la amenaza real percibida por la clase dominante, que en ese sentido no se equivoca.

Un artículo de la ley, aparentemente sin importancia, dio pie a que se expresaran las profundas contradicciones entre los mozos y los finqueros. Tradicionalmente, las rancherías de las fincas eran consideradas parte de ellas y bajo la autoridad del patrón. Sin embargo, el artículo 13 del Decreto 900 establecía que «Con el objeto de que el goce de los derechos establecidos por la Constitución sea efectivo y desaparezca toda sujeción personal de los trabajadores a los propietarios de las fincas o sus representantes, se declaran poblaciones urbanas los caseríos de las fincas rústicas de la República, siempre que se compongan de más de quince familias.» Con base en esta disposición, no fueron pocos los casos de finqueros impedidos de acceder a la casa patronal al encontrar el camino bloqueado por los trabajadores, alegando estos que ese era su derecho por tratarse de un área pública y no privada. Asimismo, en otros casos los trabajadores declaraban como tierra ociosa el campo de fútbol, o los terrenos aledaños a la casa patronal, o incluso chapeaban el cafetal para luego denunciar que era tierra sin uso. Desde el lado revolucionario, todo esto sólo fue visto como una mentira de los finqueros — que sin duda exageraron el fenómeno— pero no se analizó en tanto manifestación de lucha de clases en rápido ascenso, que era el fondo de la cuestión. El clima de los años de Árbenz lo sintetiza magníficamente Paul Dosal en su obra *El ascenso de las élites industriales en Guatemala*.²³

²³ Paul Dosal, *El ascenso de las élites industriales en Guatemala, 1871-1994*, Editorial Piedra Santa, Guatemala 2005, pág. 144-145.

«Tres años de intensos y, en ocasiones, violentos enfrentamientos de clase siguieron a la toma de posesión de Arbenz, en marzo de 1951, a medida que una alianza de obreros, campesinos, comunistas y oficiales militares progresistas tomaba el control del gobierno y comenzaba a reestructurar las bases de la riqueza y el poder. Las huelgas hicieron temblar al sector industrial, sindicatos campesinos desafiaban a los finqueros y el partido comunista hacía campaña abierta a favor de la revolución socialista.»

Treinta años después, en el marco del enfrentamiento armado interno, otra vez la dinámica propia de la población —y no necesariamente la organización revolucionaria— fue lo que constituyó el desafío de poder. Pareciera que en los hechos de 1920, los de 1944 y los de 1980-82, tres elementos se repiten: uno, los resortes comprimidos que subyacen en la población y que evocan la imagen de Marx según la cual nadie se percata que la revolución viene porque ésta avanza como los topos, cavando túneles, de manera que sólo se le ve cuando asoma la cabeza. Lo segundo es que estos resortes comprimidos se han manifestado como insurrección, y no como luchas o guerras prolongadas. En los tres casos, además, la organicidad ha sido débil e insuficiente y la conducción o dirección de naturaleza radical.

La represión y la exclusión política

Una vez en el poder, el régimen de la Liberación se lanzó de lleno a la cacería de comunistas, pero la represión se concentró, sobre todo, en la base popular de la revolución, especialmente los Comités Agrarios. Existen abundantes y fidedignas descripciones y reconstrucciones de lo que fueron esos hechos como para volver sobre ellos aquí. Pero hay que señalar que se trató de una represión de gran magnitud que produjo por primera vez en la historia el fenómeno de los desplazados internos; los agraristas y sus familias huyendo de la persecución, internados en las montañas, moviéndose de noche, enviando a sus hijos como correos para comunicarse con los suyos y recibir algún apoyo; deambulando por zonas donde los perros con frecuencia llevaban en la boca restos humanos, como si se repitieran las escenas de *Los Anales de los Cak'chiqueles* sobre la mortandad que provocó la peste.

Pero lo más profundo, traumático e incidente de la represión liberacionista fue el proceso de reversión de la reforma agraria. Bajo la vigencia del *Decreto 900*, en cerca de quince meses, 108 mil familias campesinas habían recibido tierra, cuando la población rural del país era de unos 2.5 millones de personas. Calculando a siete personas por familia rural, la reforma agraria había involucrado ya a la tercera parte de esa población. Para financiar la producción campesina se había instaurado el Banco Nacional Agrario, y todos los beneficiarios de la reforma habían recibido su crédito respectivo. Cuando Castillo Armas ocupó el poder, la gran mayoría de ellos no había recogido aún la primera cosecha. Apenas veinte días después de asumir el mando, Castillo Armas emitió el decreto que anulaba la reforma agraria y, aún antes que ello ocurriera, muchos propietarios de tierras expropiadas ya habían metido ganado para que se comiera las milpas de los campesinos o de diferentes formas habían destruido las siembras de éstos. Según un estudio del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), de 1961, en 1956 el 99.6% de las tierras repartidas por la reforma agraria ya habían vuelto a sus dueños anteriores, incluidas las fincas del Estado. Sin embargo, los agraristas siguieron obligados a pagar las deudas contraídas para levantar una cosecha que nunca llegó, y esa obligación persistió hasta 1964, cuando el gobierno militar del coronel Enrique Peralta Azurdia la condonó. Con la reversión de la reforma agraria, la tenencia de la tierra en Guatemala retornó a su perfil histórico que aún conserva: el 2% de los propietarios posee más del 72% de la superficie en fincas.

En la ciudad la cacería se organizó dando rienda suelta a la multitud enardecida, pidiendo que se elaboraran listas de comunistas o de sospechosos de serlo, abriendo con esto la puerta a venganzas, odios personales, mezquindades y demás. Estas listas fueron usadas no sólo para matar y encarcelar, sino también para enviar a las empresas, de manera que las personas «choteadas» no consiguieran empleo. Según parece, sirvieron para organizar entonces la represión y también después, cuando la lucha armada revolucionaria comenzó a manifestarse. Algunos piensan que el uso de esas listas disparatadas es lo que explica los lados absurdos de la represión contrainsurgente, que se abatió no sólo sobre los revolucionarios y comunistas

sino sobre personas que nunca tuvieron relación alguna con dichos movimientos.

Muchos tuvieron tiempo de salir al exilio y salvar sus vidas, y en la persecución de los exiliados el régimen liberacionista llegó al extremo de incluir en la Constitución de 1956, hecha a su medida, un artículo transitorio mediante el cual se facultaba al jefe del Ejecutivo para expatriar o impedir el ingreso al país por cinco años a los comunistas que se habían asilado o exiliado de Guatemala por razones políticas. Quizá no haya en la historia del derecho constitucional algo parecido. Y por supuesto, esa misma Constitución inauguró la era de la exclusión política: su artículo 23 estableció que era libre la formación y funcionamiento de partidos que se normaran por los principios democráticos, y era prohibida la organización o funcionamiento de todas aquellas entidades «que propugnen la ideología comunista o cualquier otro sistema totalitario». Esa Constitución, además, sustituyó el concepto de Defensa Nacional por el de Seguridad Nacional, sobre la base del cual se habría de concebir y ejecutar la estrategia de contrainsurgencia.

La gloria de Castillo Armas fue efímera. En 1957 cayó asesinado en el marco de un complot aún no esclarecido, puesto que la historia de que fue ejecutado por el soldado Romeo Vázquez Sánchez, al servicio de Moscú, es completamente inverosímil, aunque el doctor Federico Mora haya certificado que era auténtico el diario de ese soldado, en donde —además de elucubraciones filosóficas no congruentes con su condición de analfabeto funcional— el soldado relataba que escuchaba Radio Moscú y de allí derivaban sus instrucciones. Todo parece indicar, en cambio, que el coronel Carlos Castillo Armas fue asesinado por gente de su propio movimiento, y que uno de los motivos pudo ser que Castillo Armas preparaba un conjunto de reformas de beneficio popular, o al menos de limitación de los privilegios de la clase alta. El proyecto de reformas lo trabajaba con el eminente costarricense Oscar Barahona Streber, a quien el presidente Arévalo le encomendó la organización del seguro social. Lo relativo a las reformas de Castillo Armas lo escuché yo de boca de don Oscar, una de las tantas veces que llegó en la noche a conversar con mi padre, puesto que él, su esposa y sus hijos eran vecinos y amigos.

Lo otro, lo de la limitación de los privilegios a la clase alta, queda patente en lo relatado por Paul Dosal:

«Castillo Armas invitó a cenar a Estuardo y Enrique Novella, poco después de haber “liberado” a Guatemala de Jacobo Árbenz, aparentemente para agradecerles su apoyo en la lucha contra el comunismo. Los Novella, miembros prominentes de la Cámara de Comercio e Industria, habían participado en las manifestaciones del minuto de silencio en julio de 1950; Estuardo hasta había estado en prisión por sus actividades contrarrevolucionarias. Con Arbenz y los comunistas fuera del gobierno, los Novella se preparaban para festejar la victoria con el nuevo mandatario, quien sin duda respetaría a la iniciativa privada. Por eso se sorprendieron cuando Castillo Armas les informó que como ellos monopolizaban la producción de cemento, él promovería la competencia, aun si eso significaba abrir una planta gubernamental. En ese momento, los Novella sólo pudieron reírse de su infortunio y comenzar a prepararse para otro round en contra del gobierno.»²⁴

Cuarenta y cinco días antes de su asesinato, el coronel Castillo Armas declaró en reunión con los directores de *La Hora*, *El Imparcial* y *Prensa Libre*: «Yo no puedo concebir una democracia donde hay hambre, donde hay necesidades materiales que subyugan más que la imposición gubernativa, más que los instrumentos policíacos de los gobiernos arbitrarios». La reunión ocurrió porque dichos diarios se oponían a la denominada *Ley de Plusvalía*, que significaba un nuevo impuesto que Castillo Armas quería implantar, y que retomaba el intento frustrado de Árbenz de establecer un impuesto sobre la renta personal²⁵.

Lo anterior trae de nuevo a colación el tema de la reacción del Ejército frente a los cambios revolucionarios. ¿El motivo de su oposición a los mismos es la defensa de los privilegios de la clase dominante, como reza el estereotipo? Sin excluir este aspecto de la cuestión, todo parece indicar que esto no ha sido lo dominante, sino los aspectos de tipo ideológico, político y militar. Ya evocamos a grandes rasgos su posición complaciente o indiferente frente a las reformas del gobierno de Árbenz, no así frente al peligro de que la radicalización de la revolución y el vínculo con los comunistas llevaran a una

²⁴ Dosal, ob. cit. p. 177.

²⁵ Gramajo, ob. cit. p. 400.

invasión armada de Estados Unidos que destruyera al ejército nacional. Igualmente, en el caso de Castillo Armas, Juan Mendoza me contó que su papá, el coronel Oscar Mendoza Azurdia, cuando los oía hablar del «reaccionario» de Castillo Armas, les decía: «pero si a *Cara de Hacha* le decíamos “el comunista” en la Politécnica.» Obviamente no era comunista sino lo contrario, pero ello no significaba que estuviera «al servicio de la clase dominante», aunque sí bajo su poder. Una situación parecida se puede observar en el caso del coronel Francisco Javier Arana, en su momento el conspirador número uno en contra del primer gobierno de la revolución, pero no por ello reacio a los cambios sociales. Por el contrario, el coronel Arana, de cuna humilde igual que Castillo Armas, simpatizaba con dichos cambios, aunque rechazaba todo elemento político que apuntara hacia el socialismo o el comunismo, según su particular interpretación.

Sin duda, el elemento ideológico del anticomunismo jugó un papel preponderante en los acontecimientos analizados. En una ocasión, estando en México y en el marco de la organización *Octubre Revolucionario* que formamos junto con Mario Payeras y otros compañeros provenientes del EGP, yo le pedí audiencia al coronel Carlos Paz Tejada, residente en ese país, porque quería conversar con él acerca de las distintas tendencias que según algunos existían en el Ejército, unos duros y otros reformistas o unos reaccionarios y otros progresistas. La conversación no duró mucho porque el Coronel fue lacónico y cortante: allí lo único que hay son un montón de traidores, me dijo. Sin embargo, un año y medio después lo escuché haciendo una exposición sobre el 54, y sus opiniones acerca de lo que había pasado en el ejército fueron muy distintas. Concluido el acto le pregunté por qué su cambio de opinión. «Porque en la medida que Piero Gleijeses iba haciendo su investigación, además de entrevistarme me enviaba copia de los documentos desclasificados de la CIA y del Pentágono, y allí me fui dando cuenta que fuimos nosotros, los revolucionarios, los que creamos una situación en la cual le fue fácil a la CIA confundir a muchos oficiales y convencerlos del peligro comunista. Esto se debió a que nunca se tomó en serio el papel de la Institución, sólo se le bautizó como Ejército de la Revolución, pero nunca se le explicó a la oficialidad la función que le correspondía al ejército en ese proyecto de nación que se estaba impulsando.»

En mi opinión, una de las mayores contradicciones de la revolución del 44-54 fue haber acentuado la politización del Ejército. Por primera vez en la historia constitucional de Guatemala se le asignó a la fuerza armada una tarea política: la defensa de la revolución y de la Constitución. Se le llamó «Ejército de la Revolución» y se le dio la consigna «Por la Patria y la Revolución». Y, peor aún, se introdujo la dualidad de mandos a su interior. De acuerdo a la Constitución de 1945, el Ministro de Defensa debía ser nombrado por el Presidente y el Congreso tenía que elegir al Jefe de las Fuerzas Armadas. En consecuencia, la elección de este último era una cuestión eminentemente política, dependiente de la correlación de fuerzas entre los partidos con representación parlamentaria.

Aunque el Ejército ha sido siempre la reserva última del poder, los dictadores liberales, y sobre todo Estrada Cabrera y Ubico, reprimieron por medio de la policía política, la cual tenía más poder que los militares. En 1997, poco tiempo después de firmada la paz y en el curso de una visita a la embajada de Guatemala en Washington, el entonces Agregado Militar con sarcasmo me comentó: «ustedes lo que quieren con la paz es pasar de un Estado militar a uno policial, como en tiempo de Estrada Cabrera, cuando un chonte²⁶ podía entrar al cuartel a detener a un general.» Efectivamente, el poder de Estrada Cabrera descansaba en una enorme red de informantes que lo mantenían al tanto de todo. En cuestión de minutos era enterado hasta de los más insignificantes comentarios. Miguel Ángel Asturias contaba que la idea de su libro *El Señor Presidente* le nació de sus vivencias de entonces, junto a la familia en su casa de la Candelaria. Aún para hablar de cosas triviales como el precio de los tomates, se iban al traspatio cerca de una pila. Ahí, con el chorro abierto, conversaban en susurro. Hasta ese punto era el temor que la gente sentía por esa policía secreta.

Al mismo tiempo, el dictador mantenía al Ejército en pésimas condiciones; los soldados andaban descalzos, y cuando ocurrió la escaramuza contra El Salvador conocida como la guerra del totoposte, además de que ese era el único abastecimiento de las tropas guatemaltecas, éstas iban descalzas y pertrechadas con unos fusiles del año del caldo. Mientras, en el Ejército

²⁶ Expresión despectiva para designar a los policías.

salvadoreño de entonces, entrenado por militares prusianos, los oficiales llevaban hasta champagne. Según nos contó don Manuel Galich, en las lecciones de historia que nos dio en Nicaragua a un grupo de militantes del EGP, la susodicha guerra se desencadenó porque el general Tomás Regalado, presidente de El Salvador y miembro de una de las familias más acaudaladas de ese país, agarraba fuerza chupando y se venía a Guatemala a visitar los burdeles de postín, el de las francesas y el de las gringas.

Enterado Estrada Cabrera de la presencia subrepticia de su rival ordenó una redada en tales lenocinios, con el resultado que don Tomás Regalado la fue a tener a la cárcel y allí tuvo que hacerle frente a una terrible goma. Para mientras, el embajador de El Salvador en Guatemala visitaba al Señor Presidente para informarle que el señor presidente Regalado estaba preso, y Estrada Cabrera se hacía el desentendido: «no tenía yo información que su excelencia anduviera por aquí». Cuando por fin salió don Tomás ya no paró hasta San Salvador para armar un Ejército e invadir Guatemala, pero tampoco paró de chupar, y por ello encontró la muerte cuando íngrimo y solo, deambulando en su mula por la noche y en estado de ebriedad, una posta guatemalteca le demandó el santo y seña y don Tomás Regalado ni siquiera se enteró, y sólo detuvo su marcha cuando un disparo de mosquetón le quitó la vida. Santo remedio: los oficiales salvadoreños, que tenían todas las de ganar, enviaron un telegrama a los guatemaltecos: «señores, ustedes y nosotros sabemos que este es un pleito de bolos y de putas, de manera que les proponemos un inmediato armisticio.» Luego celebraron la paz con el champagne que llevaban los oficiales salvadoreños y la cusha que aportaron los guatemaltecos.

Ubico le dio más vuelos al Ejército pero siguió gobernando con la policía secreta. El Ejército se volvió un factor decisivo de la política a partir de la revolución de octubre, y dejó de serlo con la firma de la paz.

CAPÍTULO IV

EL CAMINO A LA REVOLUCIÓN

Mi otro mundo

En la Guatemala de mi infancia, la mitad de la población capitalina andaba descalza y vestida de andrajos. En el área rural, tal como lo describió Asturias, las vestimentas de los campesinos tenían tantos remiendos que no se podía saber cual había sido su color original. De niño, quizá entre los cinco y los seis años, acompañaba a mi mamá al mercado y nunca se me han borrado las impresiones de entonces; especialmente de las mujeres cargadoras, que para ganarse unos centavos se echaban encima enormes canastos en los cuales las señoras iban poniendo la compra. Las hijas, muchachitas apenas mayores que yo, cargaban también, y ya tenían las deformaciones corporales de tan ingrato oficio. Tampoco perdía ocasión para acompañar a mi papá en sus visitas a las fincas de Grace. Mientras él trabajaba, yo me iba al río a pescar y desde ahí veía pasar a patojos de mi edad, incluso más pequeños, también vestidos de andrajos, cargando leña, bultos de café o ayudando a sus papás en otros menesteres. Pero lo que más me impresionaba era verlos entrar a dormir en los oscuros barracones que había en las fincas. Creo que desde niño me di cuenta de la contradicción que existía entre la miserable condición de esa gente y el ideal cristiano. Al preguntar cómo era posible eso, obtenía siempre la misma respuesta:

—Pobre gente, pero ya está acostumbrada y no quiere otra cosa. En algunas fincas se les han hecho casas bonitas y no les gustan, meten en ellas a las gallinas y a los coches y ellos se quedan de todos modos en los ranchos.

Desde siempre me conmovió la miseria y muy especialmente la situación de los niños. En mi casa también se nos enseñó a respetar a todas las personas, independientemente de su condición social. Jamás se nos permitió el mínimo abuso para con nadie y muy especialmente con las empleadas domésticas. Cuidadito con mis papás y mi abuela si alguno de nosotros le

faltaba el respeto a una empleada o empleado. Pedirles que fueran a la tienda a comprarnos algo era motivo suficiente para que mi mamá nos gritara furiosa:

—¡vayan ustedes a comprar lo que necesiten, las muchachas tienen su oficio, no están a su disposición!

Sin entender por qué, desde muy chico tuve una enorme simpatía por lo popular. Espontáneamente, cuando iba al cine era a galería y si iba al fútbol, a Preferencia, que era el centro de la gradería general. Ya mayorcito me gustaba chupar en las cantinas más rascuaches y también en las añejas, y no por esnobismo, sino porque allí nos la gozábamos con mis cuates, y además nos cultivamos, tanto en las interminables charlas con la bohemia chapina que se daba cita en *Las Democracias*, como escuchando al inefable Negro, a quien le debo la dicha de haber descubierto la música de Guty Cárdenas y de la Trova Yucateca, que es la primera vez (los veintes), que se canta en verso moderno:

«Hay en el fondo azul de tus pupilas
Una radiosa floración de perlas
Cuando mi amor se inclina a recogerlas
Se hunden como en un mar de aguas tranquilas.

Tus ojos y los mares en el fondo
Guardan luz transparente y espejismos
Brillan llenos de perlas los abismos
Las quiere uno coger y están muy hondo.»

A los doce años empecé a jugar golf con mi papá y a los pocos días ya era cuatazo de los cadis. En las vacaciones, aprovechaba que el lunes cerraban el Club para jugar con ellos, quienes por supuesto eran diestros en el oficio. Como corresponde, todos teníamos apodos. Don Irene, el cadie de mi papá, se había autonombrado *el Shai* desde hacía tiempo. Cuando embocaba la bola con un largo put decía: «se fue hasta con piligües.» A mí me pusieron Morra, desde luego por el tamañón de mi cabeza. Mi amistad con ellos no se limitó a una relación de condescendencia. Fuimos amigos de verdad. Cuarenta años después de esto, ya firmados los Acuerdos de Paz, el cuerpo diplomático me invitó a un torneo de golf; yo era entonces Secretario Privado de la

Presidencia. Llegué al Hacienda Country Club, un lugar que no conocía, estacioné el carro, empecé a caminar, y de repente me fijé que a la entrada del edificio estaban parados un grupo de personas en mangas de camisa que para nada tenían pinta de diplomáticos. Que rara recepción, dije para mis adentros, y un poco desconcertado continué caminando. De pronto, escuché un grito en coro:

-¡¡Morra, Morra!!...

Eran el Shai, Maco, Toño, Miguel y Ramiro, el hijo de Gerardo, quien fue el «master cadie» del viejo Mayan, y el cual me decía de apodo *zarco Guirola*, por el color de mis ojos y en recuerdo de un futbolista de la «época de oro». Los muchachos, ya entonces tan viejos como yo, habían oído que llegaría y me estaban esperando. Vinieron los saludos, los abrazos, y la satisfacción de comprobar que el cariño y la amistad se mantenían vivos.

Pero en realidad el golf lo tomé como recurso de consolación, pues ya por entonces se había despertado en mí la atracción por la bicicleta, pero no contaba con una. Desde que estaba en cuarto de primaria, esperaba con ilusión terminar el sexto grado para que mis papás me regalaran cicle, tal como había sido el caso con mis hermanos mayores. Pero resultó que cuando ya me tocaba el turno, uno de los primeros camiones de *Mixto-Listo* que circuló por la capital, atropelló al hijo de nuestro dentista y amigo de la familia, el Dr. Salvador Santolino, y el muchacho murió al instante. Era mayor que yo y estábamos en el mismo colegio. La desgracia ocurrió cuando iba en su bicicleta de carrera, una *Gloria garibaldina*, marca que ya desapareció pero que era una verdadera joya. Por más que pataleé, mis papás, sobre todo mi abuela, decidieron que no habría bicicleta para mí: era demasiado peligroso, decían. Así pues, no me quedó más que pasarme los años rogando a mis amigos:

—Dame un colazo... préstame tu cicle un momentito.

Y en esas súplicas me mantuve hasta que iba a cumplir los quince años. Entonces, mi abuela me hizo un trato bastante peculiar:

—Si aceptás que te hagamos una misa de quince años yo te regalo la bicicleta.

Acepté sin titubear, aunque sabía que iba a ser la comidilla de mis cuates, para quienes aquello era un verdadero regalo en materia de jodedera.

Me hicieron la misa en la capilla de la Medalla Milagrosa de las Hermanas de la Caridad, estando viva aún mi tía Sor Elena. No se me olvida lo largo que se me hizo el pasillo central de la iglesia al atravesarlo con mi papás a mi lado, y llevando en las manos un misal y un rosario, con el Ave María de Schubert como fondo musical, entonada por el coro del colegio Casa Central. Mis cuates se habían apostado a ambos lados para no perderse detalle y comenzarme a joder desde el principio. Pero me valió gorro. Al día siguiente me compró mi abuela la bicicleta, una *Elswick escort* que costó sesenta quetzalotes en los Almacenes Concordia. Por entonces, la mamá de las bicicletas de carrera era la *Quetzal*, que costaba 125 quetzales al contado y 160 a plazos. La más cara era la *Benotto*, con todo *Campagnolo*, que costaba 190 quetzales (entonces equivalentes a dólares). Hoy en día una bicicleta de marco de carbono armada con piezas *Campagnolo* cuesta alrededor de 7,000 dólares.

Lo primero que hice con la bicicleta fue subir todos los días al mirador de la carretera a El Salvador, donde me medía la sangre con mi amigo de toda la vida, el Chucho Goubaud, y con obreros y jardineros provenientes de Puerta Parada, don Justo, Santa Catarina, San José Pinula y otras poblaciones vecinas, los cuales iban y venían en bicicleta. Allí conocí, sobre las ruedas, a Pijeito, a Lázaro Concuá, al Jicaque, a Pineda y a Pinedita, todos los cuales (menos el Jicaque), llegaron a ser grandes corredores. En el comienzo de la carretera estaba la lechería La Pradera, donde hoy se encuentra el centro comercial del mismo nombre. En los prados de verde refulgente salpicados de flores pastaban tranquilamente unas vacas pintas de ubres enormes como odres de vino. Al coronar la cumbre comenzaba una serie de falsos planos y por todas partes los bosques de cipreses. Al salir el sol, las sombras se hacían largas y la luz transparente, el paisaje era indescriptible; uno sentía que la vida le explotaba por dentro y daban ganas de gritar. Eso es lo que yo hacía. Soltaba el timón y gritaba a todo lo que me daban los pulmones. Todavía hoy lo hago, aunque ahora muchos de esos prados son áreas residenciales. De los alrededores de la ciudad de Guatemala me parece que la salida a El Salvador es la más linda, quizás porque es una estribación de la Cordillera de Los Andes, y una y otra vez recuerdo el maravilloso verso de José Joaquín Palma contenido en nuestro Himno Nacional: «recostada en el Ande soberbio, de dos mares al ruido sonoro...»

Ya empatinado, comencé a transformar mi bicicleta sport en una de carrera (o casi), y para ello le fui cambiando las piezas. Estas las obtenía a base de mil tratos con don Augusto Sequeira, a quien iba a visitar en su Tienda-taller de la Avenida de los Árboles, zona 6. Como no tenía pinto (me daban 5 centavos al día para gastar, los cuales fenecían en el primer recreo), todas las piezas las obtuve por trueque. Por un cambio *Simplex* para piñón de tres velocidades, le di a don Augusto un litro de loción *Old Spice*, y el clímax fue cuando le cambié un reloj *Nivada* extra plano, que me había regalado mi padrino, por dos ruedas de carrera. Los negocios y la diversión iban juntos, porque don Augusto era un gran conversador y dicharachero, y relataba una y otra vez sus hazañas de boxeador con tal realismo que, retrocediendo una vez ante los jabs de su rival imaginario, se tropezó con el pequeño banco que usaba el mecánico y cayó de espaldas sobre el mostrador de vidrio, rompiéndolo en mil pedazos. Fungió después como mi entrenador. Antes de la Vuelta me decía: «No entrene tanto Porrás porque se va a desvaciar. Sólo vaya a subir lomas aquí por el rumbo de Agua Caliente.» Un año antes, en una etapa decisiva frente al mexicano Sabás Cervantes, llevaba como director técnico al Grillo Pineda; era una doble a Escuintla, y las instrucciones del Grillo fueron: «me le das una remojadita en la cuesta para Palín, me lo enjuagás subiendo Amatitlán y me lo restregás en Villalobos: los tres movimientos de FAB.»

En las semanas previas a la XIX Vuelta a Guatemala, nuestro equipo estaba conformado por Saturnino Rustrián, Tito del Cid, Enrique Chinchilla y yo. Chinchilla era un escalador nato, que a duras penas pesaría 100 libras, pero que en una cena con el equipo recién constituido se comió siete menús Super Campero, y al final protestó, porque con los últimos tres no le habían llevado pan. Quique era un ángel para subir pero una tortuga para bajar, y por ello le insistíamos en que practicara los descensos. En una carrera de preparación, dos semanas antes de la Vuelta, yendo de la capital hacia Villa Canales, se puso al frente del pelotón en la bajada de «La Tamalera», y se iba cerrando en las curvas como corresponde, cuando de pronto se encontró con un carro estacionado en la salida de la curva y ya no pudo ni tocar los frenos, pegó de lleno contra él y entró como cohete por el vidrio delantero y en segundos se formó un charco de sangre. Se cortó nada menos que la vena

yugular, además de muchas heridas más. La carrera se detuvo y de inmediato condujeron a Quique a la emergencia del IGSS. Al día siguiente lo fuimos a ver con el Grillo Pineda, su primo, y lo encontramos como fakir, metido en una urna de vidrio, tremendamente pálido y apenas con la capacidad de susurrar. Estaba acostado boca arriba y de las comisuras de los labios le descendían, bordeándole la quijada, dos profundas cortadas. Mientras los demás estábamos tiesos y con cara de circunstancia, el Grillo tomó el micrófono para comunicarse con él: «puta primo —le dijo— ahora sí quedó como muñeco de ventrílocuo.»

Y eso que puede parecer un mero chiste —reírse de la desgracia—, es uno de los rasgos más sobresalientes de la gente del pueblo, la cual se ha visto obligada a abrirse paso a rompe y rasga y está acostumbrada a sobreponerse y seguir adelante. Pocos meses antes de lo ocurrido a Chinchilla, el Grillo Pineda sufrió un grave accidente circulando en su motocicleta por la calzada Roosevelt. Iba pegado al seto que divide esa calzada, cuando de pronto asomó la cara alguien que quería atravesar la calle y el Grillo chocó con él, cara contra cara, y en estado de coma fue transportado al hospital. Cuando salió, como a los tres meses, lo fuimos a visitar a su taller de la Colonia el Milagro con el chucho Goubaud. Desde que descendimos del carro escuchamos su voz inconfundible y sus carcajadas, y al mismo tiempo vimos que estaba convertido en un esqueleto viviente, con la cara completamente deforme. Pensamos que iba a ser una situación difícil encontrarlo en ese estado, pero él se encargó de que no lo fuera. «Miren muchá —nos dijo de entrada— si así es la muerte es de a huevo, no se siente ni mierda. Yo cuando llevé el gran cuerazo no sentí nada y hasta las semanas desperté sin ningún dolor. Solamente cuando llegó el doctor y me quitaron las vendas y me ví en el espejo, le dije: no sea pura mierda doctor, déjeme siquiera algo chilerito.» Y el torrente de carcajadas continuaba, sin que el Grillo mostrara la menor aflicción por el estado en que había quedado, a pesar de ser él uno de los ciclistas más «caritas» del momento.

Desde que aprendí a andar en bicicleta supe que ese maravilloso artefacto había sido hecho para mí. «¿Qué se siente de andar en cicle?,» me preguntó un día Federico, un patojo que trabajaba y vivía en la casa; «es como volar en la tierra,» le contesté, y hasta la fecha no he encontrado mejor

definición. Escabullirme en las madrugadas para andar en bicicleta me hace vivir una y otra vez la sensación que tuve al ver la película de *Alicia en el País de las Maravillas*, cuando Alicia se hace tan chiquita como Sifo y penetra en un mundo de fantasía donde las hojas de los árboles eran las cartas de la baraja y todo iba de sorpresa en sorpresa. Así es la vuelta al lago de Amatitlán, aunque uno la haya recorrido mil veces, porque en cada ocasión algo o todo está distinto: las nubes, el bosque, los volcanes, la luz, el lago mismo o las flores; siempre bello, siempre plácido. El ciclismo ocurre en silencio, por lo que se pueden escuchar los sonidos del ambiente, y no emite humo, de manera que se pueden apreciar los aromas. Siempre me ha parecido una maravilla que con ese aparato tan sencillo y limpio que es la bicicleta, se puedan hacer distancias considerables sin fatiga excesiva, y siempre he pensado que si todos los seres humanos anduviéramos en bicicleta ello significaría que la violencia se terminó. Me gusta también la certeza de que la bicicleta llegó para quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos. Sea cual fuere el progreso de la tecnología, en esencia seguirá siendo como nació: dos ruedas, manubrio, pedales y asiento, y siempre habrá quienes —y cada vez más— se enamoren de la «pequeña reina.»

A fines del año 98 me encontré con Regis Debray en la casa de Elizabeth Burgos en París, y Regis me regaló un libro de la colección *Les Cahiers de la Médiologie*, que se llama *La Bicyclette* (Regis se volvió ciclista también, aunque no de competencia). Allí se explica que en 1890, cuando la bicicleta tuvo ya frenos, un rudimentario cambio de velocidades y neumáticos (antes se usaron ruedas de madera), se partió a la conquista de las rutas y el ascenso y descenso de las montañas, y entonces fue usada por nuevos caballeros: los burgueses de las ciudades pequeñas, los obreros, los campesinos, reunidos por su gusto de la modernidad. Se crearon asociaciones que los reagruparon, donde pedaleaban al unísono personas que normalmente nunca se hubieran encontrado. El cicloturismo comenzó en Francia desde 1879: «Primero, es el descubrimiento del cuerpo y sus sensaciones. El placer de beber en la fuente cuando se tiene sed, de descansar en la cumbre de las montañas, de sentir el viento sobre la piel cuando se desciende.»

El libro explica también que la bicicleta hizo libres a los franceses, y en especial a los campesinos, que por primera vez tuvieron la posibilidad de

desplazarse más allá de las inmediaciones de sus lugares de residencia. Antes sólo lo podían hacer quienes disponían de caballos, y en distancias más cortas. Con la bicicleta los franceses, masivamente, conocieron por primera vez su país, de manera que la bici jugó un papel en la formación de la Nación. Regis me contó que al finalizar la II Guerra Mundial, su papá estaba preso en un campo de concentración de los nazis en Bélgica. No había gasolina y las carreteras y las vías férreas estaban destruidas. Entonces la familia montó en bicicleta y recorrieron 800 kilómetros para ir en busca de su padre, llevando con ellos una bicicleta extra para él. Luego recorrieron de regreso la misma distancia. La primera etapa de la Vuelta a Francia corrida el 1 de julio de 1903 sobre 467 kilómetros entre París y Lyon, fue ganada por Maurice Garin con un tiempo de 17h. 45' y 13", a un increíble promedio de 26.450 kph, en carreteras de tierra y con una bicicleta que pesaba 45 libras, de un solo piñón y además fijo. Hoy las bicicletas más sofisticadas llegan a pesar menos de 14 libras y tienen 20 relaciones distintas (llamadas velocidades).

Los héroes y las hazañas del ciclismo han incidido asimismo en la política. En julio de 1948, en Italia, sufrió un atentado el Secretario General del Partido Comunista, Palmiro Togliatti, el cual lo dejó entre la vida y la muerte. Inmediatamente se insurreccionaron los guerrilleros comunistas, que eran por entonces la fuerza militar más importante en el país, y también los obreros y amplios sectores sociales. Ese mismo día, el *campionissimo* Gino Bartali ganó la etapa de la Vuelta a Francia con meta final en Lourdes. Bartali era el exponente por excelencia del italiano del sur, profundamente católico y campesino, y siempre llevaba colgando del cuello una medalla de *La Madona*, a quien le rezaba devotamente al finalizar cada etapa. Gino tenía por entonces 38 años y estaba muy atrás en la clasificación general de la carrera: «¡Milagro!», gritó Italia entera. Esa noche, cuando Bartali dormía fue despertado por una llamada de su esposa. En realidad era el Primer Ministro quien deseaba hablar con él. El alto funcionario le informó lo ocurrido a Togliatti y la inminencia de la insurrección y le dijo,

—sólo tú puedes salvar a Italia.

—¿Pero cómo, si yo estoy corriendo la Vuelta a Francia?

—Tienes que ganar otra etapa. Tu triunfo de hoy paralizó el país.

Bartali respondió: —voy a hacer algo mejor, voy a ganar el Tour.

Y a partir de allí, y contra todos los pronósticos, ganó cinco etapas para un total de siete y se puso la camiseta amarilla, la cual llevó hasta París. Italia se aplacó, y cuando Bartali descendió del tren en la Stazzione Termini de Roma, una enorme multitud de todos los colores políticos lo recibió como un héroe. Y eso —entre tantas cosas— tiene de particular el ciclismo; en especial, las carreras por etapas: son una epopeya y sus vencedores unos héroes.

Para hacer bicicleta me las he arreglado de cualquier manera. Incluso en la clandestinidad hacía bicicleta estacionaria. Poco antes de retornar al EGP en 1980, había corrido la XIX Vuelta a Guatemala, de manera que estaba en plena forma. Por eso le di tan duro a la estacionaria que terminé por descalabrarla. Durante la negociación de paz no dejé de montar en bici. Aún cuando las jornadas se prolongaran hasta la madrugada, a las pocas horas ya estaba yo pedaleando en los gimnasios de los hoteles.

Un día de noviembre de 1961, en que rodábamos por la Reforma el Chucho, Cotuzín, el Judío y yo, pasaron del otro lado del boulevard nuestros ídolos máximos, los corredores del equipo Gallo. En ese equipo, y en el Teresa de Ávila, estaban los mejores corredores guatemaltecos que disputaban la Vuelta con españoles, colombianos y uruguayos. De pronto vimos que uno de ellos nos llamaba con la mano. Para nosotros eso era algo insólito e inesperado, y quien lo hizo era nada menos que Carlos Raúl Celis, un campeón en toda la línea, que en el corto tiempo que tuvimos la dicha de conocerlo llenó de contenidos nuestra pasión por el ciclismo. Raúl nos enseñó que no se trataba solamente de condición física, sino de un conjunto de cosas que se tenían que desarrollar armoniosamente y que tomaba años lograrlo: la posición correcta sobre la bicicleta, la redondez del pedaleo y la flexibilidad para ejecutarlo, la destreza para conducir, el aerodinamismo y, por encima de todo, una salud de hierro. Aprendimos que en el ciclismo con lo que más se hace fuerza es con la cabeza. Además, algo que pocos imaginan: el cuidado de la estética, desde el arreglo personal hasta el vestuario, siempre impecable, siempre elegante, siempre en armonía con la bicicleta que debe estar pulcra y reluciente. Al que no cumplía con lo anterior le llamábamos «coche».

Raúl tenía un carácter de una jovialidad extraordinaria. Sus cualidades no se limitaban a las de un deportista; su calidad humana las trascendía. Aunque no provenía de una familia encumbrada, tenía una posición económica

holgada, lo que no es el caso de la mayoría de ciclistas. Sin embargo, sus relaciones de amistad y de respeto eran exactamente iguales con el más humilde y modesto de los mecánicos que con el más famoso de los ciclistas, con nosotros, con cualquiera. Y de todo esto, también nos impregnó. Su padre, un guatemalteco emprendedor, había logrado salir adelante trabajando muy duro junto a su esposa, doña Carmen Hecht, una señora de ascendencia alemana. Se dedicaban al negocio de los marranos y sus derivados. Don Meme, muy de madrugada, salía en su *pick up* a comprar los animales en distintas poblaciones. Una vez los coches en la marranería, que estaba enfrente de la casa, los mataban y destazaban para hacer jamones, salchichas, salchichones, copetines y, por supuesto, chicharrones: todas las mañanas se formaba una cola de gente que llegaba a comprarlos.

Para 1962, Raúl ya había organizado su equipo de ciclismo que se llamaba *Empacadora Celis Hecht* del cual, a mucha honra, formé parte. Por ahí tengo un retrato en el que estamos todos en el Obelisco estrenando uniforme: Chelemico, Espinazo, la Mamita, Mandushaca, Pinocho, Tacazonte, Tribilín, el Profesor, el Canche, el Gato, Clodomiro Santos, Tamagás, Poshporopo, Pelos de Ardilla, Cotuzín, el Judío, el Chucho, el Sholón y de aguatero, el Zope. En las vacaciones de ese año le pedí trabajo a Raúl en la marranería y me lo dio. Entraba a las 4.30 am, lo que suponía salir en bicicleta de la casa a las 4, que no era ningún problema porque siempre me ha gustado madrugar.

Quienes no han visto suficientes amaneceres no pueden siquiera imaginar lo que se han perdido, y pedalear en la madrugada es entrar en total sintonía con el reloj de la naturaleza. En esos momentos, la vida está surgiendo con toda su potencia y esa energía se percibe, se siente con mucha fuerza.

Ya en la marranería, usaba para trabajar una bata blanca que siempre terminaba manchada de sangre. A mí me tocaba hacer una especie de control sanitario. Una vez que los coches muertos y despellejados, mi tarea consistía en verificar si tenían o no, sarna. Con un gran cuchillo hacía un corte en los muslos, y si la carne se veía porosa definitivamente estaba infectada y no se utilizaba. Trabajaba junto con otros marraneros, cada uno de los cuales era todo un personaje. Recuerdo a dos en particular: *el Zope* (distinto del aguatero), un hombre de unos cuarenta años que por su alcoholismo parecía mucho más viejo. Un día se me acercó y me mostró su pantalón roto por el

lado de la bragueta, diciendo: «mire Sholoncito en la desgracia que ando, enseñando mis partes pudientes.» El otro era *la Juli*, un hombre joven con un sentido del humor muy peculiar. Trabajaba con un cuchillo al que había bautizado como *El Gorrión*, porque de la cacha (que asemejaba el cuerpo del ave), salía una hoja que, de tanto afilarla, parecía un pico largo. Con ese cuchillo decía él que había reducido a un judicial apodado *Milpas Altas*, el cual hizo el intento de capturarlo. «Cuando se me abalanzó con los brazos por delante con el primer filazo le corté los tendones y las manos le quedaron encorvadas como cabecitas de pato, y el segundo trabón se lo metí debajo del cincho y se lo saqué con vuelta en la mitad del pecho. Sólo un pujidito metió y allí se quedó tirado.» No sé si haya sido cierto, pero así lo contaba la Juli, aunque con él no se sabía nunca cuándo hablaba en serio, o si alguna vez lo hacía.

Que me fuera todos los días a las cuatro de la mañana a trabajar en una marranería era para mi familia algo insólito. Sin embargo, aunque mi mamá rezongara, nunca me reprimieron ninguno de los dos. Creo que se fueron dando cuenta que era inmensamente feliz, que hacía el trabajo con gozo y que, además, sólo sería por las vacaciones. Y creo también que de nuevo confirmaron que los marcos convencionales no me cuadraban. Cuando años después me incorporé al movimiento revolucionario, los dos supieron respetar mi decisión. A pesar del dolor que yo les había provocado, jamás recibí un reproche; al contrario, fueron siempre solidarios.

A las siete de la mañana deteníamos labores y nos juntábamos todos para desayunar. Ahí se vivía la pura democracia. Los patronos, doña Carmen y don Meme, se sentaban con sus trabajadores en la misma mesa, donde servían los más exquisitos desayunos: jamones recién salidos del horno, avena con leche, jaleas de fruta hechas en casa. En fin, nos alimentaban como lo requiere un ciclista. Cerca de las 8 salíamos a entrenar, y entonces rodábamos tranquilamente, de a cuatro en fondo, por la Avenida de la Reforma, que entonces no tenía ningún semáforo: uno podía ir desde el puente del ferrocarril, atrás del Estadio, hasta Pamplona, sin que lo detuviera un solo semáforo ni lo molestaran los escasos carros que circulaban por aquella época.

En ese mundo popular yo me sentía a mis anchas. Me fascinó el ambiente de humor, de liviandad, de ausencia de formalismos. Siempre he creído que la

simpatía del pueblo guatemalteco es única. Y ese sentido del humor tan peculiar, es totalmente popular. Aunque por supuesto siempre hay gente con humor en todos los sectores sociales, esa chispa chapina tan especial no está presente en los estratos altos. Entre otras cosas, la gente del pueblo inventaba palabras, recreaba el idioma. La palabra *Shai*, por ejemplo, no aparece en el diccionario pero tenía un significado muy claro: el jefe, el rey.

En el taller de bicicletas de Fernando Pineda (el primer equipo en que corrí se llamaba *Talleres Pineda*), yo me gozaba la plática de *Pijeito*, apodado así porque siempre que llegaba al taller decía: «¿jefe, va a haber pijeyo el domingo?», preguntando si iba a haber carrera. *Pijeito* decía que el timón se le *espumeaba* y que la rueda de atrás se le *zarceaba*. La primera era una palabra inventada por él que denotaba claramente que el timón se sacudía sin control, y la segunda una palabra castellana, de poco uso, que entre sus acepciones tiene la «de andar de una parte a otra, cruzando con diligencia un sitio», y que *Pijeito* usaba para expresar que la rueda estaba desnivelada y se hacía de un lado para el otro. De un señorón que lo vio por encimita del hombro, preguntó: «¿quién es ese señor que se me quedó viendo con algo de asquito?» Los asientos de las bicicletas de carrera son sumamente angostos dado que sirven únicamente de punto de apoyo para pedalear y no deben estorbar ese movimiento. Una vez Lázaro Concuá entró al taller y vio una bicicleta de reparto con un asiento enorme, que para colmo estaba envuelto con la piel de un conejo: mirándolo con sorpresa exclamó, «ordinario el culo de los muchachos.»

El Jicaque era jardinero, y tenía una bicicleta *Automoto* de cinco velocidades, a la que le puso una parrilla sobre la rueda trasera para poder amarrar allí su tijera de podar. «Dígame cuánto cuestan esos tubulares, jefe, porque ahora sí ando con la cartera llena» —exclamaba en voz alta— y de manera casi inaudible agregaba: «...de recibos que pagar.» Contaba que le estaba «bloqueando las tenazas» a una mujer negra que era cocinera de la embajada americana y que ganaba «cincuenta dólar». —«Así cada tenaza, mire Porras (mostrando con el canto de la mano el largo de las piernas), y los pelitos redondos como que son anillos. Pero si cierra las tenazas se la deja planita como que es machete.»

Por ese entonces el analfabetismo abarcaba al 72 por ciento de la población. La gente de extracción popular, o bien no sabía leer, o en todo caso no lo podía hacer con la suficiente velocidad para captar los textos en español de las películas en inglés. Generalmente veían solamente películas mexicanas, pero no se perdían las películas gringas que evocaban la pasión de Cristo. En éstas no podían entender los diálogos, pero los derivaban de las escenas y de su imaginación. Una vez *Cocha blanca* —un gordinflón de pelo amarillo y piel color de yuca— estaba en el taller relatando alguna de esas películas, en la cual Nerón manda que crucifiquen a los cristianos y les prendan fuego en los pies, pero cuando recorre la hilera de crucificados se da cuenta que se están riendo. «Entonces —dijo Cocha blanca— Nerón llama a un centurión y le dice: mire usted, ¿qué fuman esos pisados que los está uno quemando y ellos se están riendo?»

En las fiestas de nuestro círculo, amigos y amigas nos hacían rueda al Chucho Goubaud y a mí para que les habláramos en la jerga popular. Lo popular les era entonces totalmente desconocido, aunque para algunos eso iba a cambiar en poco tiempo. Ahí empecé a darme cuenta de algo que he ido constatando a lo largo de mi vida: existe un enorme contraste entre lo que la gente del pueblo realmente es y lo que la clase alta cree y afirma que es, y también ocurre a la inversa. Los seres humanos tenemos muchísimas facetas, por lo que no es tan simple descalificar al otro. Pero a lo largo de nuestra historia, realmente, nunca hemos tomado en cuenta las razones de los demás. Por el contrario, hemos hecho de ellas una caricatura o las hemos visto como algo que no merece la suficiente atención. Mientras leía *La Esperanza Rota* iba constatando cómo en una sociedad sin vasos comunicantes todo el mundo reacciona sobre la suposición, y siempre supone lo peor.

Hacía pocos meses que Raúl Celis había muerto cuando me gradué de bachiller. Un día de tantos mi papá llegó a mi cuarto y me dijo que debía tomar una decisión: «o continuás con la bicicleta o entrás a la universidad. En cualquiera de los dos casos yo te apoyo, pero tenés que elegir, porque sabés que las dos cosas no las podés hacer al mismo tiempo.» Y tenía razón, la bicicleta me absorbía casi por completo. Personalmente yo sabía que tenía buenas perspectivas como ciclista. En más de una carrera me había destacado corriendo con los ases. En ese momento de mi vida tenía la edad y las

condiciones para dar un salto, así que dedicarme al ciclismo fue una gran tentación. No obstante, opté por la universidad. Ya tenía el título de bachiller, pero creo que lo más influyente fue el impacto tremendo que me ocasionó la súbita muerte de Raúl. Además, había también otra cosa. Yo no tenía todas las condiciones para ser un ciclista de competición. Y es que soy poco competitivo.

El ciclismo es una guerra, y eso lo saben los verdaderos corredores. Es una ruda batalla, aunque sin violencia. El campeón ciclista lleva su esfuerzo hasta la agonía buscando la victoria. Odilón Rojas, un gran ciclista mexicano y un gran director técnico, me contaba que él se les adelantaba a los rivales para arrebatarse el abastecimiento que les correspondía, de manera que no pudieran reponer energía, o atacaba en el momento del abastecimiento, violando la norma no escrita que condena esa práctica. Yo nunca lo pude entender así. En la segunda etapa de la XIX Vuelta, Salamá-Guatemala, prácticamente todo es subida desde El Rancho hasta la capital. Allí me coloqué en la punta de un pelotón de tamaño medio donde venían ciclistas gringos y argentinos, además de los nacionales, y en esa larga cuesta, como dijo Saturnino, «Porras venía dejando una regazón». Sin embargo, en el pequeño grupo que fue quedando al final iba un corredor gringo con el cual estábamos muy cerca en la clasificación general. Cuando yo veía que el gringo ya no podía más, en vez de decirle que faltaban muchos kilómetros, como habría hecho Saturnino, lo animaba, le hacía señas que el fin de la subida estaba próximo y que aguantara.

El ciclismo es un mar de cosas. Para mí, ha sido siempre más competir conmigo mismo. Ponerme a prueba yo mismo. Poner a prueba mi capacidad de esfuerzo. Hasta los treinta y tres años, en esa referida Vuelta, logré superar la frustración por haber abandonado ese camino. Sin embargo, a estas alturas de mi vida he andado en bicicleta centenares de miles de kilómetros. Ahora de viejo es mucho más gratificante. La bicicleta me mantiene sano física y mentalmente y la sigo disfrutando cada madrugada con la misma intensidad de cuando era joven.

No recuerdo época más linda de mi vida que esos años de ciclismo con Raúl Celis. Para entonces yo veía el mundo color de rosa. Vivía en ese éxtasis de la adolescencia acomodada en el cual nada lo aflige a uno. Mi mayor preocupación periódica era cómo evadir las reprimendas por mis malas

calificaciones, sobre todo en conducta. En mi propia concepción yo era, ante todo, un jodedor, que no le ponía coco a mayor cosa; por eso me sorprendió tanto que a finales del sesenta y tres, después del acto de graduación de bachillerato, don Miguel Urbano, director del Liceo Guatemala durante muchos años, felicitó a mis papás y después les dijo:

—Si este muchacho ingresa a la Universidad de San Carlos, se va a volver comunista.

Viendo las cosas retrospectivamente, el triunfo de la revolución cubana — que impactó a todo el mundo— intuitivamente provocó en mí una gran simpatía y quizá por eso la advertencia de don Miguel. Los maristas tenían un colegio en Cuba y cuando empezaron a llegar a Guatemala familias adineradas que abandonaron la isla, algunos de sus hijos continuaron sus estudios en el Liceo. En los elementales debates que se armaban en la clase de sociología — impartida precisamente por el hermano Miguel— yo defendía la revolución cubana, pero entre otros argumentos negaba que fuera comunista. Me acuerdo que en apoyo de mis alegatos mostraba una revista *Life en español*, en la que se publicó la foto de una familia cubana y atrás de ellos la imagen del Corazón de Jesús. Yo también rechazaba el comunismo ateo que prohibía la religión. Pero ese comentario de don Miguel acentuó la decisión de mis papás de mandarme a estudiar a la Landívar, la universidad de los jesuitas. Ahí comenzó otra etapa de mi vida.

Viendo para atrás pienso que desde niño la Guatemala profunda se me fue metiendo muy adentro, aunque no tuviera conciencia de ello. Dos años después, cuando trabajamos en los Cuchumatanes con CRÁTER, se hizo conciente mi conciencia; la felicidad se comenzó a combinar con el dolor y la indignación por la injusticia y la miseria. De ahí que piense, sin más fundamento que mi propia experiencia, que la felicidad de alguna manera está asociada a la inconsciencia; con la conciencia la felicidad se va transformando cada vez más en satisfacción, que es otra cosa. Ya incorporado al movimiento revolucionario conocí súbitamente la angustia, que me atacó de golpe cuando menos lo imaginaba y me produjo una sensación para mí totalmente desconocida: los días transcurrían y mi estado de ánimo pasaba de la congoja a la calma, y cuando la calma llegaba era entonces dulce como nunca, así como era amargo el estado previo. Como el bolo que se quita la goma, que

pasa del infierno al limbo, y ese limbo le parece el cielo. Quizá por eso me gustó la música de Malher, desde que escuché fragmentos de su quinta sinfonía en una maravillosa película de Luccino Visconti, *Muerte en Venecia*. Porque a mi juicio (que no es el de ningún experto), Malher en sus sinfonías transita de la angustia a la calma y a la inversa, y con una música sublime refleja el alma atormentada que es signo de los tiempos.

Las luchas estudiantiles

A pesar que las antenas estaban puestas en la bicicleta, ello no impidió que nos impactaran las luchas estudiantiles ocurridas en marzo y abril de 1962, las cuales fueron de gran importancia en la evolución de los acontecimientos en Guatemala. Lo álgido de la situación hizo que se suspendieran las clases, y ello facilitó que con algunos amigos nos corriéramos la aventura de presenciar de cerca los acontecimientos, y fue la primera vez que sentí el efecto de los gases lacrimógenos. Los movimientos estudiantiles y populares de marzo y abril de 1962 ocurrieron en un contexto de desgaste acelerado del gobierno del general Miguel Idígoras Fuentes, cada vez más envuelto en la corrupción, y que hacía poco más de un año había enfrentado el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960.

El motivo inmediato que desató las luchas fue el fraude en las elecciones para diputados que recién se habían celebrado, pero la razón profunda fue el fracaso de un régimen que, a pesar de todo, representó una apertura frente a la dictadura liberacionista. Entre sus mensajes de campaña, Idígoras manejó con mucha habilidad el tema de la «reconciliación», y prometió una apertura política que, sin ser plena, en efecto ocurrió. El planteamiento de la reconciliación y la apertura dio lugar incluso a una polémica interna del PGT, en donde algunos abonaban por el apoyo a la candidatura del General. Una de las paradojas de la historia es que el factor que decidió el derrocamiento de Idígoras por el Ejército —con la anuencia de «la» Embajada— fue la tolerancia y la complacencia de éste ante la candidatura del doctor Juan José Arévalo, que

incluso había incursionado en el país. Creo que fue Clemente Marroquín Rojas quien lanzó la voz de alarma sobre la presencia de Arévalo, hablando de soslayo, comentando que el doctor se encontraba saboreando los exquisitos cocos de su tierra, Taxisco, y bañándose en los ríos de ese municipio. Esto para que se vea como privaba todavía en ese tiempo el anticomunismo brutal y primitivo que llevó al derrocamiento de Árbenz, y que nueve años después impedía una candidatura de Arévalo que se anunciaba victoriosa. Si la historia permitiera hacer suposiciones, uno podría pensar que un gobierno de Arévalo quizá hubiera evitado la guerra interna, y no por eso habría conducido al socialismo ni a la alianza con la Unión Soviética, cosa que el ex Presidente nunca se propuso, y menos por entonces.

La represión de los movimientos estudiantiles y populares de marzo y abril no tiene comparación con lo que habría de venir después; sin embargo tuvo un impacto muy fuerte por varias razones. Una, que desde los tiempos de junio a octubre de 1944 no se habían registrado luchas tan amplias, de manera que para muchos era un fenómeno desconocido: las luchas masivas comenzaron en 1960 con las huelgas de los empleados del seguro social (IGSS), los maestros y los estudiantes. Segunda razón, ya existía la televisión, y en el noticiero *Cuestión de Minutos* que todavía subsiste, miles y miles de guatemaltecos vimos escenas de violencia que jamás habíamos presenciado. La represión a los agraristas ocurrió bajo de agua, sobre todo para los capitalinos, y por supuesto con la complicidad de la prensa que nada dijo. La represión selectiva que se impuso desde que triunfó Castillo Armas ocurrió en general de manera casi anónima. Por eso a todos nos conmocionaron las escenas de los garrotazos, de los balazos, de los gases lacrimógenos y —con un alto impacto— el linchamiento de un judicial descubierto por la multitud en el cementerio, durante el sepelio de varias de las víctimas estudiantiles.

Estas luchas, y la represión de que fueron objeto, constituyeron un punto de inflexión en la trayectoria del movimiento revolucionario guatemalteco, pues se caldearon aún más los ánimos y cobró mayor fuerza el concepto de que no existía en el país otro camino que no fuera la lucha armada. Además, al mismo tiempo que se daban los enfrentamientos callejeros, en la región de Concuá, departamento de Baja Verapaz, se improvisó una intentona guerrillera impulsada por el PGT, que a decir de algunos se precipitó bajo la convicción de

ese partido de que Idígoras iba a ser derrocado, y si ello ocurría, los comunistas no habían tenido participación alguna y por tanto quedarían fuera del nuevo esquema de poder. Y como siempre, los teléfonos descompuestos, puesto que para el otro bando no cabía la menor duda que los comunistas estaban detrás de todo aquello.

El Coronel Carlos Paz Tejada, una figura histórica de la revolución 44-54 estuvo al mando de esa operación en la que participó Rodrigo Asturias Amado, quien con el tiempo llegaría a ser el Comandante en Jefe de ORPA, usando como pseudónimo el nombre que su padre hizo célebre, el de Gaspar Ilom. Aquello fue un fracaso absoluto, por donde quiera que la guerrilla pasaba dejaba sus huellas o la misma población los denunciaba, o todo a la vez, en un terreno que impedía un ocultamiento eficaz. El Ejército los localizó y sin mayor problema selló esa acción con una matanza de la que quedaron pocos sobrevivientes, entre ellos el coronel Paz Tejada, Rodrigo Asturias y Rigoberto Molina (pseudónimo), a quien conocí años después en el EGP. Rigo escribió e interpretó las canciones guerrilleras de la Sierra de las Minas, y en los primeros meses de 1972 fue desaparecido presumiblemente por fuerzas de seguridad mexicanas, luego que se había distanciado de la organización y casado con una señora, vecina de Comitán, Chiapas. Partió con ella de luna de miel a Oaxaca y nunca regresó.

Junto a las luchas sociales y los movimientos de fondo que ocurrían en el Ejército, también se producían situaciones chuscas. Un domingo de noviembre de 1962, el Chucho Goubaud y yo rodábamos alegremente por la Avenida de la Reforma, cuando nos dimos cuenta que había un intenso vuelo de aviones. Esto no fue causa de alarma, porque con cierta frecuencia las naves de la fuerza aérea hacían vuelos de entrenamiento. Sin embargo, los aviones comenzaron a disparar. Aún así pensamos que se trataba de un simulacro y seguimos pedaleando. Al llegar a la Casa Crema, entonces residencia del Presidente, vimos escenas insólitas. Los aviones B-26 hacían picadas sobre la residencia presidencial disparando sus ametralladoras, mientras un policía, metido bajo la panza de una de las estatuas taurinas próximas al lugar, le disparaba a los aviones con su revolver reglamentario de calibre 38. Pero lo más insólito era la aglomeración de personas que crecía rápidamente con el único fin de presenciar los hechos y sin medir el riesgo. Tropas de infantería

salieron del cuartel Guardia de Honor para tomar el aeropuerto, y avanzaban lentamente por la avenida. Para mientras, el público ya se había adelantado a la maniobra militar y estaba posicionado sobre el acueducto colonial que está al final (o al principio) de la pista aérea, y desde allí presenciaba lo que hacían los dos bandos. Como siempre ocurre en Guatemala cuando hay una aglomeración de cualquier naturaleza, al poco rato aparecieron vendedores de aguas, helados y algodones de azúcar. La rebelión de la Fuerza Aérea concluyó sin pena ni gloria. Hasta la fecha, que yo sepa, no existe explicación acerca de sus motivos.

Estas escenas del más puro surrealismo me parecieron exclusivas de Guatemala. Pero doce años después, con ocasión de la «Revolución de los Claveles» en Portugal, presencié en un noticiero cinematográfico algo parecido. Las tropas de elite sublevadas avanzaban por las calles de una ciudad, y los soldados corrían atléticamente de una puerta a otra para guarecerse del fuego enemigo, además de disparar con sus armas automáticas. Detrás de ellos corrían, también de puerta en puerta, decenas de niños y jóvenes. Ese día que se levantó la aviación en Guatemala, tropa de la Guardia de Honor avanzaba a rastras y con camuflaje por el jardín central de la Avenida de la Reforma, mientras junto a ellos marchaban de pie los curiosos.

El general Idígoras Fuentes fingía demencia pero era un hombre muy astuto. Entre otras cosas sabía utilizar la estridencia de ciertas acciones para desviar la atención de la situación interna, como el ametrallamiento de los pesqueros mexicanos en 1960, o su presencia en Zacapa para el 13 de noviembre de ese mismo año, o su «invasión» a Belice, que consistió en introducirse subrepticamente a ese territorio, y desde la población de Benque Viejo proclamar que Belice era de Guatemala. El *Muñequito* de *El Imparcial* (caricatura cotidiana consistente en un personaje masculino con la cabeza metida en el periódico), comentó en esa ocasión: «¡Ya ven que viejo!». Cuando era candidato frente a Miguel Ortiz Pasarelli, el partido de éste publicó una felicitación al general Idígoras por su cumpleaños, exagerando su ancianidad, para sugerir que ya no tenía la energía que el cargo demandaba. Entonces Idígoras apareció en televisión denunciando la maniobra, y acto seguido saltando cuerda para demostrar su buena condición física. El 13 de noviembre estuvo también en los estudios de televisión junto a doña María Teresa, su

esposa, con cascos ambos, declarando que venía del frente de combate y depositando en una mesa una sub ametralladora Thompson, antes de pasar al centro del escenario. En esa ocasión su desbordante imaginación para la superchería llegó al máximo cuando en su discurso afirmó que había enviado a la goleta *José Batres Montúfar* «a bloquear la Bahía de Amatique, para impedir una invasión ruso mongólica.» En ocasión de una huelga de hambre de trabajadores del Estado demandando el pago de sus salarios retrasados, Idígoras salió a pie del Palacio Nacional y se encaminó por la sexta avenida a la joyería *La Marquesa*. Por supuesto, la cámara de *Cuestión de Minutos* y la Televisión Nacional lo siguieron. Al entrar a la joyería pidió que le enseñaran relojes de precios económicos. Eligió uno. Cuando la dependiente le dijo que valía algo así como treinta o cuarenta quetzales, muy serio preguntó:

—¿Lo podré pagar a plazos?

—¡¿Pero, General...!?

—Es que mire usted, como soy empleado público no me han pagado mi sueldo.

Mientras sus poses, escándalos y payasadas capturaban la atención de la opinión pública, el general Idígoras, especialmente con la ayuda de su yerno, Ian Munn, implantó el moderno sistema de corrupción. Hasta antes de él los corruptos eran «roba vueltos» o mordelones, pero con el gobierno idigorista surge la modalidad todavía en boga de hacer grandes negocios con el Estado o bajo su amparo; surge el tráfico de influencias como una forma disfrazada de saquear el tesoro público o aprovecharse de él. Por supuesto, al igual que en el caso de la represión, lo ocurrido entonces no tiene comparación alguna, en términos de magnitud, con lo que luego pasó y actualmente pasa.

A Idígoras se le reconoce el mérito de haber impulsado la integración económica centroamericana, y es cierto, pero también lo fue que hizo de la normativa y de los privilegios que permitía la integración, una fuente de exacciones ilegales a las empresas. Hasta en cuestiones de política internacional de graves repercusiones para Guatemala, Idígoras actuó con mentalidad de mercachifle y no de estadista, como fue el caso de autorizar el entrenamiento de contrarrevolucionarios cubanos en suelo guatemalteco con el fin de invadir Cuba, a cambio de que Estados Unidos incrementara la cuota azucarera del país.

El surgimiento de la guerrilla

En este país donde hay una madera que se hunde y una piedra que flota, un mar de analfabetos y un premio Nobel de Literatura, y una guerra de tres décadas y una Premio Nobel de la Paz, el surgimiento de la guerrilla también fue paradójico. Sus primeros integrantes fueron oficiales del Ejército guatemalteco, quienes estaban entre los primeros especializados en contrainsurgencia, graduados de «rangers» en Estados Unidos.

Efectivamente, el teniente Marco Antonio Yon Sosa y los subtenientes Luís Augusto Turcios Lima y Luís Trejo Esquivel —entre otros— habían recibido ese entrenamiento, en un contexto donde numerosos oficiales o cadetes salieron al exterior a formarse, no sólo a Estados Unidos sino también a Europa y Sudamérica. Estas experiencias en contextos de mayor desarrollo, tanto político como militar, hicieron especialmente sensibles a esos oficiales frente a la situación de desmoralización que se vivía en el Ejército nacional, afectado todavía por las secuelas del 54 y la humillación que esto había significado, y también por los abusos cometidos por Castillo Armas y los liberacionistas y por Idígoras, al nombrar oficiales a civiles adeptos suyos o colocar a fuerzas militares bajo el mando de dirigentes partidarios. A esto se sumaban las malas condiciones de vida y de trabajo que imperaban para el grueso de los militares; el punto culminante de este descontento lo constituyó la decisión de Idígoras de autorizar el entrenamiento de contrarrevolucionarios cubanos en Guatemala.

La fracasada invasión por Bahía de Cochinos o Playa Girón fue la operación de mayor escala emprendida por Estados Unidos en contra del régimen revolucionario cubano, cuando éste tenía apenas dos años de instalado. En un momento dado, la oficialidad del Ejército se enteró que en la finca Helvetia se entrenaba una fuerza armada integrada por cubanos bajo la conducción de oficiales estadounidenses, la cual disponía de su propio arsenal, incluyendo aviones. Dicha finca era propiedad de Roberto Alejos Arzú, hombre muy influyente en el gobierno idigorista, amigo personal del Presidente y quien mantenía estrechos vínculos con los cubanos de Miami. Al margen de ideas

políticas, lo anterior motivó que un amplio sector de la oficialidad reaccionara en contra de esta violación de la soberanía nacional, que rompía con el principio de que sólo el Ejército nacional debe tener el monopolio de las armas.

Además de estos y otros motivos de descontento, algunos de esos oficiales mantenían su fidelidad a la Revolución de Octubre, como el coronel Arturo Chur del Cid o el teniente Yon Sosa que, como quedó anotado, expulsó a los liberacionistas de Jutiapa en julio de 1954. Rolando Morán, en una semblanza de Luis Turcios que escribió, anota que para éste fue un motivo de rebelión, desde el principio, el mal trato que recibían los reclutas en el Ejército, especialmente los indígenas.

La conversión de los oficiales rebeldes del 13 de noviembre en revolucionarios es una historia que ya ha sido contada. En ello influyó el vínculo con los cuadros del PGT (Rolando Morán entre ellos), y con los estudiantes del Movimiento 12 de abril, emergido de las luchas estudiantiles y populares ya comentadas. Pero lo que más me interesa destacar es algo recurrente, al menos en nuestra historia reciente, y es el influjo que ejerció en esos jóvenes militares entrar en contacto con los campesinos, cobrar conciencia de las precarias condiciones de vida de éstos y, al mismo tiempo, recibir su apoyo; todo lo cual comenzó a ocurrir desde que se internaron en el monte, ante el fracaso de la intentona golpista.

En relación con esto rememoro también una experiencia vivida cuando cursaba el tercer año de Derecho en la URL, antes de pasarme a la Universidad de San Carlos. Resultó que el padre Federico Sanz Lanz, quien nos daba clases de Economía, tenía que dar una conferencia en la Escuela Politécnica, y pocos días antes enfermó de paperas, por lo cual me pidió que lo sustituyera.

Entré al lugar cerca de las siete de la noche y yo, que era un mocoso de veinte años con cara de niño de catorce, fui recibido por las autoridades de la Escuela Politécnica con todas las formalidades del caso. Me llevaron a enseñar las instalaciones y con la excesiva ingenuidad de la que padecía entonces, al visitar la biblioteca le pregunté al coronel: «¿No tienen las obras de Marx?» Me respondió que no, y muy tranquilamente le sugerí que las consiguiera, pues era importante que los oficiales se formaran conociendo distintos pensamientos.

Pero esto se quedó chiquito a la par de la conferencia que fui a dar y el impacto que causó en los cadetes.

Con el bagaje de la visita a Alta Verapaz que había efectuado poco antes, y que relaté en el capítulo I, el eje de mi argumentación fue que la injusticia social era lo que provocaba la rebelión y la violencia. Les expuse entonces con pelos y señales los datos que había recabado sobre la situación de los campesinos queqchís en Alta Verapaz, los salarios de hambre, los abusos de la Guardia de Hacienda y todas las miserias que había presenciado y les dije: «si ustedes hubieran nacido y vivido en esas condiciones, seguramente no serían Caballeros Cadetes sino guerrilleros.» A lo largo del discurso, el estado de ánimo de los cadetes se había transformado, y llegados a este punto uno de ellos levantó la mano y me preguntó: «si las cosas son así, ¿por qué el Ejército no desarrolla más la acción cívica, en vez de enviarnos a combatir a la guerrilla?» En ese momento el Director de la Escuela, que junto a las otras autoridades estuvo todo el tiempo presente, suspendió la actividad. «Los caballeros alumnos tienen un horario muy estricto que deben respetar», me dijo, aún cuando antes, al preguntarle yo sobre el tiempo de exposición, me había dicho: «el que usted quiera, todos los días los alumnos estudian hasta la media noche.»

Al día siguiente, cuando llegué a la Facultad, me encontré un gran revuelo. El padre Sanz me llamó alarmado para preguntarme qué había pasado. El subdirector de la Politécnica, que también era alumno en la Landívar, le había contado lo sucedido y que, al irme yo, los jefes de la Escuela se habían quedado reunidos analizando qué hacer. Veían la posibilidad de invitarme otra vez, pero estando presentes personajes como Pedro Julio García, entonces director de *Prensa Libre*, y Manuel Ayau, padre del llamado neoliberalismo en Guatemala. El motivo de que estuvieran era para que refutaran todo lo que yo había dicho, lo cual estaba grabado. Por fin concluyeron que mejor dejaban las cosas como estaban. Sanz me advirtió que ya me habían fichado y clasificado como «comunista no violento». Tiempo después vine a caer en cuenta que la plática que fui a dar en sustitución del padre Sanz, era parte del curso de contrainsurgencia. Pero el asunto viene a colación por lo ya comentado sobre el impacto que puede producir en los jóvenes entrar en contacto con la realidad profunda del país.

Idígoras Fuentes no logró terminar su mandato. El Coronel Enrique Peralta Azurdia, que para entonces fungía como Ministro de Defensa, lo derrocó el 31 de marzo de 1963, y constituyó un gobierno puramente militar, no sólo porque estaba integrado casi totalmente por oficiales, sino porque se conducía de acuerdo a las jerarquías y métodos castrenses. El derrocamiento de Idígoras no provocó conmoción alguna, era algo esperado, los escándalos de corrupción se sucedían el uno al otro y de hecho Idígoras había ya militarizado el poder, nombrando como ministros a coroneles. Se puede decir que, como tantas veces en la historia de Guatemala, el derrocamiento del gobierno fue recibido con alivio por una buena parte de la población, pero al mismo tiempo el Ejército como tal se colocó en el centro de la conflictividad social y política.

Con el golpe de Estado de Peralta Azurdia se comienza a hacer manifiesta la dialéctica fatal entre insurgencia y contrainsurgencia. Los conflictos armados tienen una dinámica inherente en la que es absolutamente determinante la interacción de los factores. Una vez se desatan, esa dinámica empieza a gobernar todo lo que ocurre y muchas veces pasa lo que nadie hubiera deseado que ocurriese. Por eso, cuando a finales de 1981 presencié lo que estaba pasando en el área del sur de El Quiché donde me encontraba, recordé el sentido de las tragedias griegas, en donde la fuerza de la necesidad se impone a la razón y la voluntad humanas.

Justamente durante el gobierno de Peralta se produjo la transición entre una represión que pretendía cierta legalidad y otra, la que llegó hasta el final, que no se iba a detener ante nada. En el inicio de ese gobierno ocurrió la captura de Mario Efraín Botzoc Hércules, dirigente de la Facultad de Humanidades y militante de las FAR; cuando Botzoc compareció ante el tribunal, un comando urbano de las FAR lo rescató. En otros casos de militantes detenidos no se les pudo probar nada, ya que no resultaba posible cumplir con la formalidad de las pruebas. En suma, se vino a manifestar algo que está en la esencia de la guerra, y sobre todo de la guerra irregular, y es que ésta significa el agotamiento de la política, y también de la legalidad. Además, en el caso de Guatemala, se agregaron elementos que incentivaron el grado de ferocidad y barbarie de la reacción militar; para sólo citar los dos fundamentales, la garantía de impunidad y, más adelante, cuando el conflicto

se trasladó al área indígena, el racismo y la discriminación. A la impunidad se le dio rango constitucional por medio de la Constitución elaborada como paso previo para retornar a la legalidad mediante elecciones. En este documento emitido en abril de 1966 se exceptúan de la categoría de delitos aquellos hechos derivados de la represión contrainsurgente, a la vez que se asegura una especie de «candado jurídico» acerca de todas las acciones gubernamentales emprendidas con ese fin.

Al final del gobierno del coronel Enrique Peralta Azurdia ocurrieron tres hechos que reflejaban claramente un cambio drástico en el curso del enfrentamiento armado: la captura y desaparición de 28 dirigentes revolucionarios y la aparición de unas manos blancas pintadas sobre el fondo rojo de las señales de ALTO, por una parte; y por la otra, la emboscada de Zunzapote realizada por las FAR, que para el Ejército significó un punto de inflexión.

En marzo de 1966, las fuerzas represivas del Estado capturaron en diferentes acciones a 28 dirigentes del Partido Guatemalteco del Trabajo, entre ellos dos de sus figuras históricas: Víctor Manuel Gutiérrez y Leonardo Castillo Flores (este último militante del PGT hasta después de la caída de Árbenz). La captura de estos últimos me consta porque el día que fueron apresados pasó a mi casa Héctor Menéndez de la Riva, entonces Vicepresidente del Congreso y casado con mi tía Luz Castejón, para prevenir a mis papás que todo mundo se quedara en casa porque podía haber bulla, ya que se había capturado a altos dirigentes comunistas, y mencionó específicamente a ellos dos. Lejos estaba Héctor de imaginarse que la guerrilla lo iba a secuestrar a él, a las pocas semanas, junto con Romeo Augusto de León, entonces Presidente de la Corte Suprema de Justicia, y Baltasar Morales de la Cruz, vocero del Jefe de Estado; el motivo del secuestro sería la exigencia de que aparecieran con vida esos 28 detenidos. Se dice que todos ellos, luego de ser torturados fueron ejecutados, y sus cadáveres lanzados al mar desde un avión.

Las manos blancas sobre el fondo rojo de los altos constituyeron la primera señal para la aparición de las organizaciones represivas clandestinas o «escuadrones de la muerte» como se les llamó después. Surgieron entonces con inusitada rapidez un conjunto de entes, reales o ficticios, que adoptaron nombres como *Mano Blanca*, *Nueva Organización Anticomunista*, *Consejo*

Anticomunista de Guatemala. Por primera vez, al menos en América Latina, se experimentó esta modalidad represiva, que después se iba a replicar en otros países. Hasta la fecha no se conoce con precisión cómo estaban constituidos estos entes; si eran una mera cobertura para las acciones del Ejército o de la inteligencia militar o había algo más. Según parece, este tipo de organizaciones (aunque no fueran tantas como sus membretes), fue una forma de involucrar en la represión contrainsurgente a la gente más dura de la derecha, sobre todo en el Oriente del país, que era entonces el escenario de la guerra de guerrillas.

El general Julio Balconi me contó que en los primeros años de la guerrilla, a pesar de las acciones armadas que ya se habían realizado, en el Ejército se pensaba que esa guerra no era con ellos sino contra el régimen político. No podían concebir que sus compañeros militares pudieran atacar al Ejército. En ese marco ocurrían cosas como que un oficial les contara a otros:

—Fijense muchá que el otro día fui al Pecos Bill y ahí estaba cuando de repente se paró un carro a mi lado. Volteo a ver y era la Seca Turcios...

—¿Que tal mano?, me dijo; ay me saludás a los muchachos.

—Que tal vos, gusto de verte, le dije yo.

La emboscada de Zunzapote, sin embargo, le dio un vuelco a esa situación. Todos los oficiales supieron que Turcios la había dirigido con el resultado de que aniquilaron a una patrulla militar integrada por dos jeeps y un vehículo comando artillado, y esa patrulla iba al mando del capitán Dolores Amézquita, que había sido uno de los más cercanos a los militares del 13 de noviembre. Que un oficial del Ejército hubiera participado en la muerte de un compañero era inconcebible para ellos.

Sin embargo, menos de un año después de la emboscada de Zunzapote, el 2 de octubre de 1966, el comandante Luís Turcios Lima murió en un extraño accidente automovilístico ocurrido a la altura del kilómetro 11 de la carretera Roosevelt. Este hecho trágico habría de tener profundas consecuencias para el movimiento guerrillero, que de pronto se vio privado de su más destacado jefe, el único con la autoridad suficiente para mantener la precaria unidad de las FAR con el PGT y la unidad de las propias FAR. Consternados por el hecho, muchos de los guerrilleros de la Sierra de las Minas bajaron para asistir al sepelio, entre ellos César Montes, que habría de ser, por poco tiempo, el sucesor de Turcios. Y César Montes relata en su libro *La Guerrilla fue mi*

Camino, un episodio singular que tendría que haber motivado una profunda reflexión.

«Al pasar frente a la Escuela Politécnica (Academia Militar de Guatemala) hubo mucho nerviosismo, porque el subteniente Turcios Lima había egresado hacía pocos años de allí. Las puertas principales estaban reforzadas por policías militares fuertemente armados. Alguien propuso que el ataúd fuera vuelto en dirección a la entrada de la escuela militar. Parecía una provocación. Varios de los guerrilleros, de civil, se tocaban nerviosamente las armas escondidas en la cintura. Se detuvo la marcha. Hubo un gran silencio. Casi podía tocarse la tensión en el ambiente, cuando las pesadas y altas puertas empezaron a abrirse... Todos quedaron helados al ver salir marchando marcialmente – a paso de ganso y toques de honores para un militar muerto – a una compañía de cadetes que sin alejarse mucho de sus puertas, inclinaron respetuosamente la bandera nacional y la de la Politécnica frente al catafalco del comandante guerrillero. Hubo lágrimas, aplausos y estupefacción, hasta que los cadetes, en solemne silencio, dieron media vuelta y entraron a su cuartel, tensos por su generoso y peligroso gesto.»²⁷

Que yo sepa, nunca nadie profundizó en las posibles implicaciones de ese homenaje póstumo para el comandante guerrillero. Treinta años después de ocurrido esto recordé los hechos, estando yo inmerso en la negociación de paz, y siendo testigo de una de las experiencias más insólitas y aleccionadoras de dicho proceso, como lo fue la relación de confianza que se fue forjando entre el Ejército y la guerrilla. Más allá de los elementos del contexto, fue esa relación la que abrió la puerta de par en par a la paz. Los militares y los guerrilleros, que en general provenían de sectores medios o pobres, se fueron dando cuenta que los animaban sentimientos patrióticos parecidos, e incluso coincidencia en objetivos sociales, sólo que las mismas condiciones de Guatemala los habían colocado en posiciones antagónicas.

La esperanza fallida

²⁷ Julio César Macías, *La guerrilla fue mi camino*, Editorial Piedra Santa, Guatemala 1997, pp. 144-145.

El gobierno de Peralta Azurdia llegó a su final de una manera que sorprendió a la opinión pública en general y muy particularmente a la izquierda. Todo mundo daba por hecho que las elecciones convocadas para 1965 iban a ser amañadas. Se suponía que las ganaría el coronel Juan de Dios Aguilar, candidato por el Partido Institucional Democrático (PID), de raigambre militar. Mario Méndez Montenegro, candidato histórico del Partido Revolucionario (PR) y con muchas posibilidades de triunfo, había muerto de manera misteriosa en circunstancias todavía no esclarecidas, cuando apenas se iniciaba el proceso electoral. Sobre la marcha, el PR le dio la candidatura a su hermano Julio César, que en ese momento era apoyado por la izquierda para ocupar el puesto de rector en la Universidad de San Carlos.

A diferencia de su hermano, que más bien había sido un político de centro, Julio César era un hombre de izquierda públicamente reconocido. Se había distanciado de Mario cuando éste conspiró contra Arévalo y se dice que por ello renunció a una beca gubernamental de la que gozaba en Chile. Fue un jurista connotado. Su tesis *444 Años de Legislación Agraria* sigue siendo un clásico del tema no sólo en Guatemala. Era un hombre progresista y además bohemio, dos rasgos que con frecuencia van aparejados. Con los cuates conocimos a Julio César en *Las Democracias*, cantina que frecuentaba —al igual que nosotros— por una doble razón: los consabidos tragos, y escuchar al Negro. A Julio César le gustaban en particular los tangos, de manera que si uno estaba cerca de su mesa podía disfrutar el vozarrón del Negro evocando «el viejo almacén del Paseo Colón, donde van los que tienen perdida la fe.»

Por supuesto, la candidatura de Julio César Méndez Montenegro planteó una incógnita. Nosotros, en el CRÁTER, seguíamos con expectativa los acontecimientos, y algunos —entre ellos yo— simpatizábamos con el candidato, aunque nos parecía remota la posibilidad de que pudiera enfrentar la problemática de fondo del país, especialmente la agraria, y escapar del control del Ejército. Lo considerábamos un hombre con una actitud política digna, de carácter democrático y civilista, que además se había consagrado al ámbito académico. Y a pesar de las reservas, flotaba la ilusión de que el Estado de Guatemala pudiera modificarse sustancialmente a partir de la voluntad del Presidente.

En la propia guerrilla, la candidatura de Méndez Montenegro hizo tambalear el axioma de que no existía más camino que la lucha armada y, en una decisión polémica, las FAR decidió «apoyar críticamente» su candidatura. A raíz de ello se desató una aguda polémica en la cual la gente de la guerrilla le atribuía tal decisión al PGT, y en La Habana, entre 1967 y 1968, yo me enteré del asunto y escuché lo que a juicio de Rolando y otros compañeros habían sido las consecuencias políticas de ese error. Sin embargo mi punto de vista fue distinto, señalando que no pensaba que fueran tantas las consecuencias, porque casi nadie se había enterado de tal decisión. Nosotros en el CRÁTER nunca lo supimos, y eso que estábamos pegados a los acontecimientos. Luego alguien me contó de una escena del libro *Recuerdos de Maita*, de Mario Vargas Llosa, en la cual un grupo de militantes trotskistas discuten ardorosamente sobre las consecuencias en las masas de los errores políticos cometidos en los textos de su periódico, y todos ellos están sentados sobre los bultos de los periódicos que nunca repartieron.

Sin embargo, más allá de quiénes fueron los que impulsaron ese punto de vista, es un hecho que la situación política creada por la candidatura de Julio César tuvo un conjunto de impactos que fueron determinantes en la evolución de los acontecimientos y en la virtual derrota de la guerrilla de la Sierra de las Minas, la cual se consumó bajo la presidencia del general Carlos Arana Osorio.

Ya siendo Presidente electo, Méndez se reunió con Luis Turcios en la casa de quien iba a ser su Canciller, Emilio Arenales Catalán. El centro de la entrevista fue la posibilidad de una salida política, cosa que Turcios y la dirección de las FAR rechazaron. Viendo las cosas en retrospectiva, uno podría pensar que quizá con mayor cintura política, algo se hubiera podido lograr en ese momento; sin embargo, entonces se tenía la certeza, en el movimiento revolucionario, que el único camino posible era una revolución socialista, y que para realizar ésta había que destruir previamente el Estado reaccionario, lo que equivalía a derrotar a su Ejército. Del otro lado, la convicción inamovible era que los comunistas debían ser aniquilados.

Yo trabajé como edecán en la toma de posesión de Méndez Montenegro. Recuerdo muy bien cuando salió Julio César del Congreso, ya con la banda presidencial y bajo los acordes de La Granadera. Y no olvido mi emoción y la

de tanta gente al escuchar el final de su primer discurso como Presidente de la República:

—Que Dios ilumine las conciencias de los hombres que formarán el tercer gobierno de la revolución.

Tengo grabada su figura saludando en medio de los aplausos, y también la de un joven voceador de *El Estudiante*, un periódico radical que venía desde la Revolución de Octubre y había revivido durante esos meses: «La primera traición al pueblo» era su titular, y más adelante explicaba que Méndez Montenegro había firmado un pacto con los militares a cambio que lo dejaran gobernar. Y efectivamente así fue. Poco tiempo después dicho pacto, que en esencia planteaba que el Presidente se comprometía a no interferir en la conducción de las operaciones contrainsurgentes del Ejército, y a no intentar ninguna solución negociada al conflicto armado, fue denunciado con pelos y señales por el mismo Vicepresidente de la República, Clemente Marroquín Rojas, un periodista controversial que ni de Vicepresidente perdió su tradición, puesto que se irguió como uno de los más agudos críticos del gobierno del cual formaba parte. Ahora ese documento es ampliamente conocido. Francisco Villagrán Kramer lo publicó íntegramente en su libro *Los Pactos Políticos en Guatemala*. Los artículos conducentes de ese pacto fueron:

«**Tercero:** el futuro Gobierno Constitucional continuará la lucha contra los grupos y facciones subversivos que perturban la paz y la seguridad nacionales y en ningún caso, ni bajo pretexto alguno, entrará en entendimientos o pactos con tales grupos y facciones, salvo que se tratare de proposiciones de rendición o capitulación de los mismos. En caso contrario, el Gobierno dará al Ejército toda la colaboración necesaria para eliminarlos.

Cuarto: el Presidente y el Vicepresidente de la República constituirá un gobierno de unidad nacional, dando participación en el mismo a elementos capaces, aunque no pertenezcan al partido que los postuló, pero haciendo exclusión absoluta de elementos comunistas.»

Para los que subestiman lo que implicó la paz, siempre pongo de referencia los grandes eslabones del proceso: en 1966, Méndez Montenegro asumió la Presidencia bajo la condición expresa de que no intentara la solución negociada al conflicto armado. En 1987, en El Escorial, en una reunión (la primera), entre la guerrilla y oficiales del Ejército, se cortó la electricidad por

unos treinta segundos, y cuando la luz volvió los miembros de la guerrilla y del Ejército estaban parapetados listos para un combate. En 1992, cuando el presidente Jorge Serrano le ordenó a su ministro de Defensa que le proporcionara una lista de oficiales que pudieran integrarse a las negociaciones, éste le respondió que los oficiales no se sentaban con delincuentes. El Presidente, sin embargo, reiteró su mandato, pero cuando el general García se retiró de su despacho les dijo a sus funcionarios allí presentes: «muchá, preparémonos para un golpe de Estado», lo cual no ocurrió. Sin embargo, cinco años después, a finales de 1996, habiendo sido ya acordada la fecha para la firma de la paz, la Comandancia de URNG pidió que fuera el Ejército de Guatemala quien se encargara de su seguridad.

A los pocos meses del mandato de Méndez Montenegro, lejos de mejorar, la situación había empeorado notablemente. En todo el país empezaron a aparecer un sinfín de siglas para identificar a las supuestas organizaciones clandestinas que mataban «comunistas». Repartían a diestra y siniestra hojas volantes con amenazas a medio mundo. Se publicaron listas con los nombres y apellidos y las fotografías de centenares de personas acusadas de pertenecer a la guerrilla. Por la misma vía, planteaban a la población que denunciara a los comunistas, que marcara con una cruz la puerta de sus casas, a fin de poderlos identificar y ejecutarlos. En poco tiempo se generalizó el clima de terror.

«Vamos Patria a caminar, yo te acompaño»

Como ocurre tantas veces, lo que genera expectativa y luego la frustra, propicia decisiones radicales; para algunos de nosotros, en el CRÁTER, lo que estaba ocurriendo con el Gobierno de Julio César Méndez Montenegro significó que las posibilidades pacíficas para la transformación profunda del país se habían agotado. A esta conclusión llegamos en un contexto donde la represión iba en ascenso y el padre Camilo Torres moría como combatiente del *Ejército de Liberación Nacional* de Colombia, entonces bajo el mando del comandante Fabio Vásquez Castaño. La perspectiva del sacrificio y de la muerte, lejos de arredrarnos, estimulaba en nosotros un sentimiento profundamente cristiano.

En las misas que se celebraban en el CRÁTER, y que no se ajustaban estrictamente a la liturgia formal, tomamos la costumbre de leer poemas de Otto René Castillo, entre ellos uno que reflejaba exactamente nuestra disposición y estado de ánimo:

«Vamos patria a caminar, yo te acompaño.
Yo bajaré los abismos que me digas.
Yo beberé tus cálices amargos.
Yo quedaré sin voz para que tú cantes.
Yo he de morir para que tú no mueras.
Para que emerja tu rostro flameando al horizonte
de cada flor que nazca de mis huesos»

No cabe duda que el aspecto emocional es fundamental y así tiene que ser. A la lucha revolucionaria no se llega en frío ni por oportunismo. En materia de pensamiento político y social hay que tomar partido; hay que identificarse con los intereses de determinados sectores y desde allí ver el mundo. Se pueden encontrar soluciones de beneficio general, pero el tipo de propuesta dependerá de los intereses que se representen, o que uno considere prioritarios. A pesar de tomar partido, se puede y se debe ser objetivo; de lo contrario se engaña uno a sí mismo.

Junto con la emoción estaba también la razón, aunque —como es obvio— no teníamos entonces todos los elementos de juicio con que contamos hoy. Pero las encíclicas papales, y especialmente la *Mater et Magistra*, la *Pacem in Terris* y la *Populorum Progressio*, sentaban bases de principio con las cuales concebir una sociedad y un orden internacional justos, en donde se cumpliera con dos principios fundamentales indisolublemente unidos: el del bien común y el del respeto a la dignidad de la persona humana. Además, en el CRÁTER, en los cursillos que impartíamos, en la universidad (sobre todo en la San Carlos, pero también en la Landívar), incluso entre la familia y con los amigos, se discutía intensamente de política, pero no necesariamente de política partidaria, sino del rumbo que debía tomarse para el desarrollo del país; si éste debía ser meramente evolutivo y conservador o transformador y revolucionario, y uno de los temas de permanente debate era la reforma agraria. Los acontecimientos del 53 y 54 estaban muy frescos y en Cuba se había producido una revolución agraria. La necesidad de cambio se hacía sentir de

manera intensa. Estados Unidos, que ocho años antes había derribado al gobierno de Árbenz, entre otras cosas por impulsar una reforma agraria, a comienzos de los sesentas propuso reformas agrarias como parte de la estrategia de *Alianza para el Progreso*, surgida bajo el mandato del presidente John F. Kennedy y destinada a contrarrestar la ola revolucionaria que se desarrollaba o se veía venir en América Latina. En el sudeste de Asia, Estados Unidos se hundía cada vez más en el pantano de Vietnam. En Europa, muy pronto, movimientos estudiantiles de gran envergadura como el Mayo francés (68) y el Verano italiano (69), habrían de estremecer capitales imperiales. En Estados Unidos, los movimientos contra la guerra de Vietnam le fueron amarrando las manos al gobierno más poderoso de la tierra, desafiado a 90 millas de sus costas por una revolución en pleno ascenso (la cubana), que desde sus primeros años mostró que era un fenómeno de dimensión e implicaciones mundiales (un año después de haber tomado el poder, los revolucionarios cubanos ayudaban ya a los argelinos en su lucha por la independencia).

Era un momento muy especial, de esos que Charles Dickens dijo que «no se podía hablar ni para bien ni para mal sino en superlativo.» Lejos que el mundo pareciera haber sido hecho para siempre, se estremecía por todas partes y en múltiples dimensiones; no sólo en la política sino también en el arte, en las costumbres, y en este último plano dos fenómenos fundamentales, constitutivos del momento de los sesentas: la rebelión juvenil aparejada a la revolución sexual. Sin embargo, estos fenómenos nos fueron en gran medida ajenos en el CRÁTER, y en Guatemala tuvieron por entonces una incidencia marginal, dada la capacidad de resistencia y persistencia de la cáscara conservadora.

Con el incremento y la brutalidad de la represión, para nosotros en el CRÁTER —tal como había ocurrido en el movimiento revolucionario— el tema prioritario dejó de ser el programa de la revolución para pasar a ser la forma de lucha: si pacífica o violenta. Nosotros, como social cristianos, habíamos planteado la revolución pacífica pero, a nuestro juicio, no sólo los hechos políticos ya comentados sino también el conservatismo de la clase alta del país, cada vez más nos llevaban a la convicción de que la única forma de transformar Guatemala era a partir de tomar el poder para el pueblo, y que el

único medio de lograrlo era la lucha armada. La idea original de los Cursos de Capacitación Social había sido hacer conciencia entre los sectores poderosos para que se impulsaran reformas antes que se produjera una revolución como la cubana. Pero la clase dominante guatemalteca nunca ha estado dispuesta a ceder, aunque en ocasiones se haya asustado con la posibilidad de una revolución.

Sin mucha convicción, exploramos también el camino de la política convencional. A propuesta de Juan José Rodil discutimos si nos vinculábamos, o no, con el Partido Democracia Cristiana, que era lo que él proponía. En el curso de la discusión le planteamos que si la DC estaba dispuesta a publicar un manifiesto que pensábamos redactar, entonces podíamos considerar el asunto. No sé si Juan José hizo o no la diligencia, creo que no, pero lo cierto es que escribimos dicho manifiesto y le pusimos por título LOS SOCIAL CRISTIANOS ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA, y luego lo firmamos como Centro de Capacitación Social (CEDECAS), que era una denominación que muy pocos conocían, pues siempre fuimos «el CRÁTER».

Por primera providencia, nuestro manifiesto causó extrañeza. Muchos se preguntaron quiénes eran esos del CEDECAS que se atrevían a formular una crítica tan fuerte ante la situación que se estaba viviendo. Denunciábamos, por ejemplo, la hipocresía que significaba hablar de combatir la violencia sin tomar en cuenta «la que ejercen los terratenientes feudales sobre miles de niños campesinos que se mueren de hambre». Pero en el mismo manifiesto también nos apartábamos de la revolución violenta, y tomábamos cierta distancia con la revolución cubana. Explícitamente, señalábamos nuestro rechazo a que no se respetaran los derechos inherentes de la persona humana y, sobre todo, que la patria potestad se considerara una patraña, cosa que habíamos escuchado en Radio Habana, cuya señal entraba perfectamente y solíamos sintonizarla en el radio del carro, de camino a la Landívar o la USAC. En uno de los programas un locutor se refirió a los que se oponían a los círculos infantiles, (guarderías cubanas), «argumentando la patraña de la patria potestad.» Me acuerdo que después, ya en Cuba se los planteé a los cubanos y ellos me aclararon que no era ese el sentido de la frase. Lo que querían decir era que usar la patria potestad como argumento contra las guarderías, era una patraña. De cualquier

manera, nosotros marcábamos entonces una relativa distancia con la revolución cubana.

El Manifiesto lo imprimimos y nosotros mismos lo hicimos circular. Una de las primeras reacciones fue de la Jerarquía de la Iglesia Católica, en particular de Monseñor Mario Casariego, que trasladó su malestar y problemática a través del entonces padre Quezada (hoy Rodolfo Cardenal Quezada Toruño), en aquella época animador principal de la Acción Católica Universitaria (ACU), con la cual nosotros teníamos algún vínculo. Pero mientras la ACU era un movimiento básicamente espiritualista que con mensajes sociales muy tenues procuraba ganar a la práctica de la religión a los muchachos universitarios, nosotros no le poníamos mayor atención a los aspectos puramente religiosos. Nuestra preocupación fundamental era llevar el concepto de amor al prójimo hasta las últimas consecuencias.

El conflicto explotó en una Asamblea de Cursillistas en Nicaragua a la que asistimos en representación de CRÁTER. La discusión se centró alrededor de nuestras posiciones demasiado radicales que habían llegado a un punto intolerable con la publicación del Manifiesto. Estaban allí los padres Jalón y Antolinez y otro sacerdote jesuita experto en dinámica de grupos, y salió el tema del rechazo del Arzobispado guatemalteco. El padre Antolinez dijo que estábamos en una línea de confrontación con la jerarquía y casi gritando exclamó: «A tal punto están las cosas que el Arzobispo está pensando en publicar una proclama para decir que la jerarquía de la iglesia nada tiene que ver con ustedes.» Sin pensarlo mucho le respondí: «Pues que maravilla que publiquen esa proclama. Nosotros nos vamos a encargar de difundirla por todas partes para que todo mundo sepa que el CRÁTER no tiene nada que ver con esa jerarquía cómplice del poder...» Ya no continué, el padre Antolinez y también el padre Jalón estaban fuera de sí.

Como ya dije, este radicalismo no era compartido por todos los miembros del grupo. Viendo las cosas a la distancia he pensado algunas veces que si hubiéramos seguido un desarrollo más progresivo, mucha gente más hubiera acompañado la experiencia, y posiblemente habríamos logrado ampliar nuestra influencia. Pero al mismo tiempo me doy cuenta que **no era aquel un período donde fuera posible una tercera posición, cosa que ha sido un problema recurrente en Guatemala.** Además, los campesinos fueron los que en definitiva

nos hicieron claridad de que aquello que proponíamos (Ligas Campesinas, por ejemplo, para presionar por mejores condiciones laborales), lo que iba a provocar otra vez —porque ya había ocurrido en el pasado— era la represión: ¿y cómo íbamos a responder nosotros? ¿Qué teníamos preparado si eso ocurría?

La decisión

Una tarde de junio de 1967, Dina Jiménez y Michelle Firk me fueron a buscar a la casa como habíamos convenido. ¿El motivo? Salía para Cuba, según César Montes —que me había invitado— para visitar la Isla sin restricción alguna, formarme mi propio juicio y luego regresar para compartirlo con mis compañeros del CRÁTER. Yo sabía, sin embargo, que salía para enrolarme en la guerrilla, porque eso era lo que yo quería y estaba convencido.

Había conocido a César Montes unas semanas atrás, como resultado de una insistente e imprudente búsqueda de contacto con la guerrilla. Willy Cruz, Gustavo Meoño, María Cristina Arathoon, Quico Hernández, Juan Mendoza y yo, habíamos llegado a la conclusión de que no quedaba otro camino. Sister Marian Peter tenía contacto con las FAR y con el comandante Luis Turcios Lima en particular, pero nunca nos lo dijo, hasta que César Montes, entonces sucesor de Turcios, enterado de nuestros afanes por contactarnos con la guerrilla, le dijo a la Sister, según ella me contó: «si ese al que le dicen Sholón sigue haciendo tamañas imprudencias lo van a matar, mejor reunámonos con él.» Y así fue como, para mi satisfacción, se convino el primer contacto con quien entonces era el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Recibí las instrucciones respectivas: «te va a estar esperando en la lateral del Antialcohólico, sentado en un contador del agua de Mariscal que hay allí.»

Efectivamente, a la hora en punto me encontré en el lugar con el susodicho personaje, entonces con el pelo pintado de anaranjado para disfrazar su apariencia, pero a mi juicio salía peor el remedio que la enfermedad, porque a la legua se daba uno cuenta que era pelo pintado. De todas formas, nos trasladamos en un carro de las FAR a una casa cercana, y

en el vehículo iban también el comandante Néstor Valle y Michelle Firk. Por poco es mi primero y último contacto, porque al voltear en una avenida de la zona 11 fuimos a caer pie con geta en un tapón de Policía y Ejército con Judicial y todo, pero increíblemente no nos pararon, y eso que se nos quedaron viendo, y para mí el anaranjado del pelo era como una señal «estos son». Michelle iba manejando y, con toda la parsimonia, César y Néstor desenfundaron sendas pistolas y un par de granadas; al final nada pasó y llegamos a la casa.

Lo que César me planteó de entrada tenía que ver con el Manifiesto que el CRÁTER había publicado y que yo redacté, y como parte de ese documento el tema famoso de la patria potestad. Lo que me proponía era que, dado el interés sobre lo que ocurría en Cuba, querían invitarme para que visitara la Isla como ya dije. Yo, en cambio, desde el primer momento insistí en que ese tema para mí no era importante, que yo confiaba en la Revolución Cubana, y que lo que deseaba era integrarme a la guerrilla. Contrario a lo que se podría pensar, César trataba de persuadirme para que no actuara tan precipitadamente, pero fue inútil. En cuanto llegué a Cuba lo solicité de nuevo. Aunque no me dijeron que no tampoco que sí, y para mientras me enviaron a un viaje inolvidable por toda la Isla acompañado de Fernandito López de la Juventud Comunista, y un chofer más flaco que yo que se tocaba la punta de la nariz con la lengua para mostrar sus atributos sexuales. Íbamos en un Cadillac color negro, modelo 1959, con sendas banderas de Cuba y Guatemala sobre los faros delanteros; yo recién había cumplido 21 años y, como me dijo años después Sara Galich, que me fue a recoger al aeropuerto José Martí, «más parecías un angelito que un militante revolucionario.»

Así pues, cuando Dina y Michelle llegaron por mí a la casa yo sabía a ciencia cierta que no iba a regresar. Salí de mi cuarto, ubicado en el jardín de atrás, cargando una valija de mediana dimensión, y vi que Michelle y Dina observaban el jardín y lo observé yo también. La grama reluciente, una pequeña piscina en el fondo, las azaleas de mi Tetía, el nisperal, dos duraznales de distinta variedad y de frutos exquisitos, el naranjal, el palo de toronja, las flores de pascua sembradas contra la pared, los arriates llenos de flores, en suma, el plácido escenario de una niñez y adolescencia dichosas. Yo sabía que todo eso desaparecía por siempre para mí. En ese momento Dina le

comentó a Michelle: «si yo hubiera nacido en una casa así jamás habría salido de ella», y Michelle le contestó: «si tú hubieras nacido en una casa así jamás habrías sido revolucionaria».

Salimos para Cuba con César Montes y su pelo pintado de anaranjado, por tierra, acompañados de la hermana Marian Peter, de Tita y de Dina, y según recuerdo del padre Blaise Bonpane, todo ello como pantalla para pasar la frontera sin contratiempos, por la Mesilla, donde los religiosos y religiosas Maryknoll solían ir y venir. Michele se había adelantado a preparar la infraestructura para recibirnos. Llegamos a la Mesilla como a las 2 de la madrugada, calculando estar a las 5 AM en Comitán de Domínguez, para de allí abordar el ómnibus Cristóbal Colón que nos llevaría a México. Convenimos en que Marian Peter y yo entregaríamos los pasaportes de los otros (el cura y César), con el único objetivo de que éste último no se apareciera, lo cual de todos modos hizo. Y en la oficina de Migración pendían sendos carteles con la foto de él y la de Marco Antonio Yon Sosa, ofreciéndose por cada uno recompensa de 25 mil quetzales (dólares). Pero entre bromas con los empleados y la presencia de monja y cura, lo cierto es que pasamos y luego fue la carrera para alcanzar el autobús, que ya se había ido. Entonces el problema de las migraciones no existía, y en los retenes de Migración mostrábamos nuestros pasaportes guatemaltecos, legales pero falsos, con todas las firmas y sellos de rigor, pero con los datos de cédulas chuecas hechas con nombres inventados.

En México la infraestructura que Michele preparó consistía en una elegante residencia en el exclusivo barrio de Lomas de Chapultepec. El objetivo de elegir tales lugares no era por acomodamiento o lujo sino por «pantalla», aunque a mi juicio la tal pantalla no cuajaba, pero era una época en la cual, sobre todo en México, no había suspicacia entre la gente. En esa casa conocí a diversos personajes, a Guillermo Paz Cárcamo, con el cual intercambiábamos decenas de chistes, muchos de los cuales él anotaba; conocí también al teniente Francisco Franco, oficial graduado de la Academia de Saint Cir, en Francia, que era un tipo musculoso y disciplinado, de pocas palabras pero amable e inteligente. Hasta México yo todavía no tenía certeza de cómo le íbamos a hacer para viajar a Cuba; nadie me lo había dicho por compartimentación, y yo tampoco lo pregunté. Se sabía que de México era

imposible volar a La Habana porque en el aeropuerto lo retrataban a uno con número y todo, como si fuera delincuente, y luego ponían en el pasaporte un sello del tamaño de toda la página que decía «viajó a Cuba». Por ello, entre mis especulaciones, yo pensaba que quizá un submarino nos iría a recoger a las playas de Yucatán, pero entonces por qué tanta vuelta de ir hasta el D.F. Sin embargo, al poco rato me di cuenta que no, que era vía aérea, porque me entregaron los boletos: México-Montreal-París. Al llegar a París tenía que comprar mi boleto a Praga y en Praga alguien me esperaría, y el último tramo sería Praga-Habana, haciendo escala en el aeropuerto de Shanon, en Irlanda. Sin embargo, Michele me había dado los contactos con amigos suyos para que éstos me fueran a recoger al aeropuerto y quedarme una semana o más en París, idea que por supuesto me acariciaba. Pero cuando desembarqué en Orly ví en los tableros luminosos que en pocas horas salía un vuelo para Praga, y juzgué que mi deber militante era llegar cuanto antes y ahorrar tiempo y dinero.

Cuando me despedí de Michele en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México fue la última vez que la vi. Cerca de un año después se suicidó, luego que la policía tocó a su puerta en un hotel de la Avenida de la Reforma. Michele había alquilado uno de los autos que participaron en el asesinato del embajador de Estados Unidos, John Gordon Mein, a quien se intentó secuestrar para ser canjeado por detenidos-desaparecidos. Su devoción militante y su trágica muerte a los 31 años de edad han hecho de ella un símbolo de la época y su vida está rodeada de un aura de misterio y misticismo como personaje de novela. Un libro titulado *Retrato de una cineasta en Armas* la describe de esta manera:

«Michele Firk (1937 – 1968) fue una de las figuras más atrayentes de esta época de sueños y de luchas que inflamó a Francia hace unos cuarenta años. Militante del Partido Comunista Francés, se integró a las redes de ayuda al Frente de Liberación Nacional Argelino, las cuales contribuyó a reconstituir. Luego, se integró con los revolucionarios de América Latina: después de una temporada en Cuba se incorpora con los guerrilleros de Guatemala donde participa, particularmente, en la tentativa de secuestro de Gordon Mein... Periodista, hizo que se conocieran varios cines del tercer mundo, entre ellos el cubano, pero no se convirtió en cineasta, puesto que se consagró enteramente a la actividad militante.»

Un documento de dudosa procedencia, que bien podría ser de la CIA, la presenta como una especie de Mata Hari:

«Michele Firk, una despampanante cineasta que servía con fervor místico a Curiel, había demostrado fina pericia en la introducción de armas en Francia para los argelinos; ello no pasó inadvertido para el partido comunista francés que de inmediato la reclutó. Según la versión que de ella ofrecieron los cubanos, Michele se unió al comunismo en 1958 y, en su trajinar a nombre del movimiento de liberación argelino, trabó contacto con los cubanos.

Michele se transformó en una eufórica benbellista, y Curiel, necesitado de un contacto de alto nivel con Cuba, decidió enviarla a La Habana en 1963 recomendándola a los servicios secretos de Castro. Los cambios de fidelidad de Michele eran notorios, desde el PC francés, el régimen de Ben Bella, Curiel, y ahora los servicios de Castro. De inmediato los cubanos utilizarían a Michele en sus tejemanejes terroristas en América Latina. El último para la seductora francesita, fue el escandaloso atentado contra el embajador norteamericano en Guatemala, en 1968, que se llevaría a cabo con la cooperación de terroristas guatemaltecos».

Yo la recuerdo como una mujer jovial y muy segura de sí misma, dueña de una fina ironía que años más tarde descubrí que era muy parisina. A Michele la inmortalizó, nada menos, que Julio Cortázar:

Llueve en París, llueve en Camiri,
Cómo te va, Regis Débray,
Llueve en La Habana, llueve en Praga,
Elizabeth, el día llega
Cantando por los cañadones,
Llega con Tania y Michèle Firk,
Iremos juntos a los bailes
De las esquinas liberadas,
Juntos de nuevo, juntos todos
Los que esta noche están tan lejos,
Fumando el mismo cigarrillo,

Del hombre solo en casa sola,
Y si tenemos suerte puede
Que también venga ése que mira
Siempre a lo lejos mientras nace
El alba en la profunda selva.

Julio Cortázar, Ultimo Round.

Detrás de la “cortina de hierro”

Ir a Praga significaba para mí romper el tabú acerca de la «Cortina de Hierro» y el comunismo. El pasaporte guatemalteco de entonces tenía impresos en una de sus páginas los nombres de todos aquellos países a donde no se podía viajar con él, que eran los países socialistas, incluido Checoslovaquia: sin embargo, yo llevaba adjunta una visa de ese país. En el aeropuerto me estaba esperando un personaje de nacionalidad checa que hablaba perfectamente castellano, aunque con acento, y que cada dos minutos me repetía «querido compañero». Inmediatamente me trasladaron al Hotel Internacional, el cual era usado para alojar a visitantes extranjeros en circunstancias parecidas a las mías. Cuando el auto en que viajábamos entró a la ciudad me sorprendió la belleza de Praga, rodeada de un aura de misterio que entonces era más intensa, puesto que no había turistas en las calles y las casas y edificios eran oscuros, sus muros no habían sido limpiados por muchos años, y la gente caminaba en silencio, cabizbaja y taciturna. Pude apreciar también, desde que llegué hasta que me fui y todas las veces que he vuelto, la extraordinaria belleza de las mujeres, que es parte fundamental de la atmósfera de ensueño de esa ciudad encantada, y que según uno de los documentos más antiguos que se conservan, del siglo XI, fue el motivo principal para que los monarcas europeos y los zares construyeran sus palacios en las riberas del Moldavia.

Una vez en el Hotel llené la tina del baño, le puse espuma y me metí dentro, con el resultado de quedarme profundamente dormido y a las varias

horas despertar, cuando el agua ya se había enfriado y yo tenía la piel completamente arrugada. Serían quizá las nueve de la noche, y entonces se me ocurrió subir al cabaret que estaba en el último piso y que tenía nombre cubano: se llamaba *El Pico Turquino*, que es el más elevado de la Sierra Maestra, a la cual Fidel y los barbudos hicieron famosa para siempre. Cuando entré al cabaret la orquesta estaba tocando *Cielito Lindo*, y vi que en una mesa estaba la tripulación de *Cubana de Aviación*, de manera que allí me fui a sentar, otra vez deslumbrado por la belleza de las muchachas. Los cubanos me explicaron que si deseaba bailar sólo se trataba de sacar a alguna de las chicas, aún cuando estuvieran con su novio o su marido, pues esa era la costumbre. Al calor de varias *Pilsen Urquel* me animé a bailar, cambiando de pareja en cada pieza, y pensando para mis adentros que ni la más encumbrada burguesía de Guatemala había estado nunca tan cerca de semejantes preciosidades. Llegó el momento de pagar la cuenta, y según mis cálculos era cercana a los 40 dólares, pues el cambio oficial estaba a 14 coronas por dólar. Pero cuando extraje el primer billete de US\$ 20 de mi cartera, el mesero se apresuró a tomarlo y guardarlo y me dio más de 100 coronas de vuelto, lo cual no me cuadraba. Un minuto después tenía alrededor a dos de las muchachas que habían bailado conmigo, las cuales a través de señas muy elocuentes me hicieron saber que estaban a la disposición. Fue ese mi primer contacto con la problemática que se comió al socialismo en esos países: los dólares, o lo que es igual, el consumismo, pues el apetito por las divisas no era para comer o pagar la educación y la salud, sino para comprar perfumes franceses, medias de seda, Coca Cola y demás. Años después supe que León Trotsky había vaticinado, desde los años treinta, que al socialismo de Stalin no lo iban a derribar las armadas ni los Ejércitos capitalistas, sino las mercancías baratas del capitalismo, tal como en efecto ocurrió.

Al día siguiente muy temprano, los compañeros cubanos me visitaron. Me dijeron que estar en un país socialista no significaba descuidar las medidas de clandestinidad, pues Praga entera y el hotel en particular estaban infestados de agentes de la CIA. Por ello me dieron a elegir entre permanecer encerrado en mi cuarto todo el día o salir en la madrugada y sólo regresar hasta la media noche. Tomé esta segunda opción, y me despertaba al escuchar el tañido de

una pequeña campana a través de la cual se anunciaban los tranvías. Tomé el primero que pasó enfrente del hotel y salí sin rumbo fijo. Pensaba que iba a permanecer sólo unos días, pero resulta que estuve cerca de quince. Deambulaba por esa extraña ciudad (para mí la más bella del mundo), sin siquiera saber los nombres de los lugares que visitaba. Los checos hablaban inglés, alemán, francés, italiano, pero no español, ni encontré nunca quien lo hablara. Caminaba sin cesar y tomé la costumbre de descansar en las riberas del Moldavia, viendo a la gente pescar con unas cañas de hasta cinco o seis metros de extensión, con las cuales sacaban peces apenas más grandes que la palma de la mano. Otros navegaban tranquilamente en botes de remo — generalmente parejas— y todo tenía un aire extraño, entre bucólico y tenebroso. Caminando, de pronto, me encontré en el patio de un castillo, que nunca supe cómo se llamaba. Bebí cerveza en una taberna ubicada en los sótanos de otro. Presenció extasiado el maravilloso reloj del siglo XII y su desfile de personajes y durante todo el tiempo que estuve no dejé de admirar un instante la arquitectura de la ciudad, los puentes, el enorme castillo con sus torres alcanzando el cielo, que se alza sobre el río y a donde se llega atravesando el puente del Rey Carlos. Un domingo pasé enfrente de la antigua Catedral y vi que rebosaba de gente. Pensé entonces que el catolicismo seguía siendo fuerte entre la población y me acerqué; el motivo de la aglomeración no era necesariamente religioso, sino escuchar la Misa Mayor de Juan Sebastián Bach, interpretada en un órgano donde el gran Maestro había tocado. A partir de allí me fui dando cuenta que la música jugaba y había jugado un papel fundamental en la vida de la ciudad y esto lo confirmé al leer la leyenda grabada en una moneda: *Praha regina musica*.

Sin embargo, a pesar de todas esas maravillas el tiempo se me hacía demasiado largo; por una parte, porque ansiaba llegar a Cuba y comenzar esa nueva etapa; y por la otra, porque nunca he servido para estar solo y menos aún callado, y por esas latitudes no tenía nadie con quien conversar; con quien compartir el cúmulo de emociones y reflexiones que me provocaba la ciudad y su gente. Porque observaba con todo detenimiento a las personas para ver si había bienestar y satisfacción, y puedo decir que lo primero sí pero lo segundo no. El aspecto de los transeúntes era como el de un país desarrollado, y para

mis adentros pensaba que no era extraño que gente canche estuviera bien. Pero era impresionante el silencio y el aspecto taciturno de las personas. Años después, a finales de 1975, visitando Praga con mi familia, mi hermana Carmen decía en la calle: «cállense, y van a ver que sólo se escuchan los pasos de la gente.» Y en efecto. Asimismo, íbamos a comer a restaurantes de una rara etiqueta, que más bien parecía cursi y *démodé*, y únicamente se escuchaba el sonido de los cubiertos. Mientras tanto nosotros intercambiábamos chistes en medio de grandes risotadas y los clientes y meseros nos miraban con un aire de profunda extrañeza.

Ya para entonces sabía mucho más de Checoslovaquia y sus contradicciones por dos fuentes: la de Roque Dalton, que vivió en Praga y que asistía regularmente a la taberna *Ufleku*, punto de reunión de los jóvenes, donde Roque escuchaba sus conversaciones cargadas de cinismo hacia el partido comunista, el socialismo, la lucha de los vietnamitas y demás temas oficiales. Roque hizo de esas «escuchas» minuciosas anotaciones, y luego se debatió entre la idea de escribir un ensayo o un poema largo e hizo esto último, publicando un libro titulado *Taberna y otros lugares*, que para varios literatos de renombre – entre ellos Julio Cortázar – es su mejor obra, y esa obra me la dedicó a mí, que entonces usaba el pseudónimo *Jorge*. El primer poema del libro dice:

Querido Jorge:

Yo llegué a la revolución por la vía de la poesía. Tú podrás llegar (si lo deseas, si sientes que lo necesitas) a la poesía por la vía de la revolución. Tienes por lo tanto una ventaja. Pero recuerda, si es que alguna vez hubiese un motivo especial para que te alegre mi compañía en la lucha, que en algo hay que agradecerse también a la poesía.

Y yo lo que más hubiera deseado es que Roque nos acompañara en la lucha, y nos acompañara todavía hoy, y que la gente hubiera seguido disfrutando y aprendiendo de su talento, de su sabiduría y sensibilidad, y que su herencia fuera mayor de lo que es. Pero lo asesinaron los que se suponía que eran sus compañeros.

La otra fuente de conocimiento sobre la realidad checa fue Rolando Morán, y a través de él la familia de Arthur London. Rolando vivió varios años en Praga como delegado ante la Unión Internacional de Estudiantes (UIE) y estableció relaciones de amistad con la familia London, cuya historia refleja la tragedia que el estalinismo significó. Arthur London fue una de las víctimas de las purgas ordenadas por Stalin en el Partido Comunista Checo, que entre otras cosas llevó al «proceso de Praga», en el cual de los 14 acusados, 11 fueron condenados a muerte y tres —entre ellos London— a cadena perpetua. Se le acusó de espía en el torbellino incomprensible de las purgas. Arthur London fue un luchador y comunista ejemplar desde muy joven en su país natal, y un combatiente internacionalista en la guerra de España y en la resistencia francesa contra los nazis en la II Guerra Mundial. A partir de 1942 estuvo preso en el campo de concentración de Mauthausen, y sus hábitos de clandestinidad habían sido tales, que los nazis nunca se enteraron de quién era ni tampoco que era judío, aspectos ambos que le hubieran costado la vida. Después de la guerra y cuando se fundó la República Popular, London fue nombrado Viceministro de Relaciones Exteriores en 1949. A partir de allí comenzó a ser vigilado y luego acusado y detenido en 1951. Lo obligaron a «confesar» y de todas maneras lo condenaron, pero salió de la prisión en 1956, después de la muerte de Stalin. Viviendo en el exilio escribió un libro, *La Confesión*, sobre el cual el cineasta griego Costa Gavras hizo una película del mismo nombre. Aunque el libro ya estaba escrito, London había planteado que sólo lo publicaría cuando esto se pudiera hacer en la propia Checoslovaquia, ya que esos trapos sucios se debían comenzar a lavar en casa, y efectivamente eso se produjo, en el contexto de *La Primavera de Praga*, de manera que la primera edición de la obra fue patrocinada por la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Checoslovaquia, quien invitó a London a la presentación. Pocos días después de ocurrido esto, los tanques soviéticos invadieron el país, destituyeron y encarcelaron a Dubcek y su gente y la *Primavera* terminó bajo orugas de acero.

Cuando me fui a residir a París en 1972, Aura Marina Arriola me recomendó con Francoise London, hija de Arthur, casada con Pierre Daix, quien había sido compañero de Arthur en el campo de concentración de

Mauthausen, y hasta poco antes que lo conocí, Redactor en jefe de *Lettres Francaises*, la célebre revista literaria dirigida por Louis Aragon. Pierre fue también uno de los críticos más reconocidos de Pablo Picasso, con quien lo unió una estrecha amistad. Él y Françoise, por supuesto, eran ardientes partidarios de Dubcek y la *Primavera de Praga*, y del tamaño de su ardor fue su frustración cuando los tanques soviéticos echaron abajo todo aquello. Pierre Daix, al igual que otros antiguos comunistas defraudados primero por el estalinismo, y luego por la continuación de las imposiciones de la Unión Soviética, la burocratización, la ausencia de democracia interna en sus partidos y otras lacras, terminaron en posiciones extremas, al punto que cuando visité París en 1985 me encontré un campo pagado en *Le Monde*, en el cual un conjunto de personajes, palabras más o menos, le pedían al gobierno de Estados Unidos y al presidente Regan que intervinieran en Nicaragua para derrocar a los sandinistas. Además de Pierre firmaban dicho pronunciamiento figuras tales como Yves Montand, el cantante de la resistencia francesa frente a los nazis, y su esposa Simone Signoret, ambos figuras eximias del arte y el espectáculo y antiguos militantes del PC francés. En todo caso, tanto por medio de Roque, como de Rolando, Pierre y Françoise, me fui enterando que había mucha resistencia entre checos y eslovacos frente a un régimen económico, social y político que, más allá de sus méritos o defectos intrínsecos, lo percibían como una imposición del gendarme ruso, pesadilla de todos los pueblos vecinos sobre los cuales se proyectaron los intereses geopolíticos del imperio de los zares.

Pero todo eso yo no lo sabía cuando en el aeropuerto de Praga abordé el avión que me iba a conducir a La Habana. Entonces sólo tenía la cabeza llena de expectativas e interrogantes. Mi primer contacto con el mundo detrás de la «Cortina de Hierro» me dejó dudas y cavilaciones, pero al mismo tiempo eliminó para siempre la imagen tenebrosa que se pintaba y se sigue pintando del socialismo. Andando los años habría de desarrollar una visión crítica sobre las distintas experiencias de construcción del socialismo; al mismo tiempo se reafirmaría en mí la valoración sobre la importancia histórica de dichas experiencias y la necesidad creciente de una sociedad no capitalista, regida conscientemente por los seres humanos en función del interés general, lo que

en la presente etapa histórica incluye nada menos que la preservación de la vida sobre el planeta, amenazada por el consumismo depredador. El mundo cada vez más necesita una organización social y política capaz de enfrentar adecuadamente la creciente complejidad de lo humano y de su entorno, y una sociedad así no puede ser el mero reflejo del mundo de las mercancías, como ocurre actualmente. **Federico Engels**, quien era hijo de un industrial, se percató y cobró conciencia del fenómeno de la contaminación, y aunque no hizo ningún estudio o análisis exhaustivo sobre el tema, dijo algo fundamental: que **el cuidado del ambiente no era compatible con un sistema económico regido únicamente por un interés de corto plazo, la ganancia.**

CAPÍTULO V

CUBA, EL OTRO SOCIALISMO

La revolución cubana

En cuanto bajé del avión en el aeropuerto *José Martí* de La Habana, me di cuenta que aquello iba a ser muy distinto de lo visto en Praga. Para comenzar, la algarabía de los cubanos y el trato franco y directo. A diferencia de los checos, que parecían ajenos a cuanto ocurría a su alrededor, los cubanos se metían en todo, alegaban de todo, el ambiente se sentía cargado de energía.

Con un poco de retraso llegó a traerme al aeropuerto Sara, la segunda hija de don Manuel Galich, quien era entonces Vicepresidente de Casa de las Américas, la más importante entidad cultural de la Isla. Me llevó a una casa en el barrio de Marianao, donde estaba previsto que me hospedara, y me indicó que en el refrigerador había lo necesario para comer y beber. Dejé mi maleta sobre la cama en la que pensaba dormir y sin perder tiempo salí a la calle, ansioso por absorber la nueva experiencia y por conversar, después de tanto tiempo de obligado silencio. Con esa obsesión, desde que entré a una cervecería cercana empecé a platicar con quien se me puso enfrente y como los cubanos son tan comunicativos no tuve que hacer mucho esfuerzo. A la

hora de pagar la cuenta saqué un billete de cinco dólares y el mesero lo rechazó categóricamente: «No chico, aquí en Cuba no aceptamos los dólares». Después de lo vivido en Praga, me sorprendió, y además mis interlocutores se hicieron cargo de la cuenta sin el menor resquemor, por el contrario, con un espíritu fraternal que allí percibí por vez primera y que es una característica de ese pueblo, que a lo largo del tiempo se mantiene.

A los pocos días llegó a visitarme a esa casa Noel, que entonces era el encargado de Guatemala, y me puso al tanto de mi programa: «Mira chico — me dijo— a partir de mañana vas a hacer un recorrido por toda la isla con un compañero de la Juventud Comunista. Te vamos a mostrar los planes educativos, los planes productivos, las escuelas de los pioneros... lo que tú quieras chico.» Y así fue. A la mañana siguiente muy temprano estaba recogíendome Fernando López en un carro oficial que manejaba el chofer flaco que se tocaba la punta de la nariz con la lengua. Cuba era entonces una singular mezcla de formalidad e informalidad, y en este caso la formalidad la representaba el Cadillac negro con las banderitas. Pero lejos de cualquier estiramiento, desde que entramos en contacto y emprendimos la marcha comenzaron las bromas.

Aunque creo que no soy el mejor ejemplo, los guatemaltecos en general somos tímidos, introvertidos, montañeses, pero curiosamente nos llevamos de maravilla con los cubanos, que son todo lo contrario. Hay además una historia detrás, que el pueblo cubano conoce muy bien. Cuando el prócer Carlos Manuel de Céspedes proclamó la independencia de Cuba en 1868 y logró conservarla hasta 1873, sólo un gobierno en el continente lo reconoció formalmente y ese fue el de Guatemala, presidido por Justo Rufino Barrios. Cuando esa precaria victoria se revirtió, Guatemala fue tierra de asilo para los independistas y llegó a nuestro país la flor y nata del exilio cubano, que nos aportó muchas cosas. Llegaron nada menos que José Martí y José Joaquín Palma, quienes se enamoraron del país y Guatemala se enamoró de ellos. Palma, un revolucionario bayamés, escribió la bellísima letra de nuestro himno nacional que, en su versión original, estaba impregnada del ímpetu guerrero que él había vivido en su tierra: «si mañana tu suelo sagrado lo amenaza invasión extranjera, tinta en sangre tu hermosa bandera, de mortaja al audaz serviré.» En tiempos de Ubico la letra fue modificada por considerar que no

correspondía con la idiosincrasia de Guatemala ni con su historia y quedó tal como es hoy: «libre al viento tu hermosa bandera, a vencer o a morir llamará.» Entre otros aportes, dos maestros cubanos, José María Izaguirre e Hildebrando Martí, fundaron la Escuela Normal y el Instituto Nacional para Varones, respectivamente.

Las crónicas de la época cuentan que Martí cautivó a la elite con su brillante inteligencia y sus dotes de poeta; causó revuelo entre las señoritas y, en particular, en una de ellas, inmortalizada por el bardo cubano como *La Niña de Guatemala*, doña María García Granados y Saborío, miembro de una familia de abolengo, tradición política «y vida pródiga y hasta extravagante», como anota en su *Diario* uno de sus más distinguidos vástagos. La historia de ambos no deja mucho que desear a la de Romeo y Julieta. Llenos de amor el uno por el otro, se dice que Martí hubo de honrar su palabra y contraer nupcias con una dama mexicana, y entonces María enfermó y murió a los 18 años. De ello canta el poeta, diciendo que «todos dicen que murió de frío, pero yo sé que murió de amor.» No hay cubano que no conozca y declame ese poema. Silvyn García Granados me contó que en una ocasión, estando en una discoteca cubana, alguien le preguntó su nombre, y al escucharlo, lo comunicó a los administradores, que de inmediato suspendieron la música para anunciar que allí se encontraba fulana de tal, descendiente de la Niña de Guatemala, y a partir de allí todo mundo quería conocerla, saludarla, pedirle un autógrafo. En la Plaza de la Revolución se alza una inmensa torre en honor de Martí y en su interior hay un pequeño museo. En ese museo se encuentra el quetzal disecado que Justo Rufino Barrios le regaló a Carlos Manuel de Céspedes.

Estos guatemaltecos son jodedores, decía siempre Fernandito, por las bromas y los chistes a lo largo de todo el recorrido. Pero a la par, desde que salimos empecé a maravillarme con la revolución cubana. Ver a un pueblo latinoamericano como el nuestro sin niños desnutridos, sin mendigos, sin menesterosos, no solo me impresionó, me emocionó, y entonces corrían apenas ocho años de revolución, pero ésta se desarrollaba con un ímpetu tremendo. Me llamó poderosamente la atención ver a la población absolutamente involucrada en el proceso. La gente se metía en todo. Al final del recorrido llegamos a Camagüey, justo en el momento que el pueblo entero estaba reunido en la plaza pública. Los aspirantes para entrar al partido

comunista, hombres y mujeres, estaban todos juntos parados en una tarima y, con altavoz, alguien preguntaba al público si eran dignos de esa militancia o si había alguna objeción. La discutidera que se armó fue tremenda. Recuerdo a una señora mayor que gritaba a voz en cuello: «¡¡Yo me opongo a que entre fulano porque ese hombre le pega a su mujer, chico, y eso no puede ser!!». Y así como ella, la gente fue externando sus puntos de vista. El proceso duró horas, y ni los que hacían las críticas ni quienes las recibían parecían ofendidos, el espíritu que prevalecía era decir las cosas y encararlas para superarlas, sin vergüenzas ni culpas.

En el campamento de Minas del Frío me tocó hablar frente a unos cuatro o cinco mil estudiantes que estaban allí preparándose para continuar con el proceso de alfabetización, con el cual Cuba logró en un año terminar con el analfabetismo. Al terminar el curso, este contingente de maestros se iría a vivir a las comunidades en las mismas condiciones que los campesinos y con la mística de los guerrilleros de la Sierra Maestra. Como en esas comunidades remotas entonces no había electricidad, llevaban una lamparita *Coleman* y un pizarrón como principales herramientas de trabajo. Ya no recuerdo lo que dije, pero sí el final, que es muy revelador del momento que vivía. Dije algo así: la revolución cubana está construyendo el socialismo, y primero Dios llegará al comunismo. Luego de los consabidos aplausos, aquellos jóvenes, apenas menores que yo, me hicieron decenas de preguntas sobre Guatemala.

En la provincia de Holguín, fuimos a la clausura de un curso que habían impartido a gente de la población para capacitarlos como jueces populares. Cuando íbamos rumbo a ese pueblo, y en ese ambiente de confianza y humor que reinaba entre Fernandito, el Flaco y yo, les dije: «comunistas pisados, lo que pasa es que a todos lados donde vamos ya saben que voy a llegar y me montan las escenas, pero a mí no me van a babosear.» Al terminar el solemne acto llegó la hora de mi presentación y Fernandito, con la mayor tranquilidad le dijo al público: «Aquí está con nosotros un compañero guatemalteco interesado en conocer nuestra revolución...pero él nos ha venido diciendo en el camino que ya les advertimos a ustedes de su llegada y lo que ustedes le tienen que decir». La reacción fue tremenda. La gente se puso furiosa. Cuando por fin logré que se aclararan las cosas, un viejito pidió la palabra: «Yo le quiero

preguntar a usted, si también en su país a los ancianos como yo los forman para ser jueces populares.» Al final todo quedó claro, y a Fernandito y al Flaco les quedó la satisfacción de haberme puesto en semejante aprieto.

Ya no pudimos llegar a Santiago de Cuba, ciudad ubicada al oriente del país. Ante la amenaza de un ciclón, nos dieron la orden de volver inmediatamente a La Habana. Regresé de esa gira profundamente impresionado. Sin cortapisas tuve la oportunidad de hablar con quien quise, de cuestionar, de criticar, de opinar... Cuba me tenía maravillado. Ya no me cabía ninguna duda. Ya no me interesaba seguir analizando si se podían encontrar formas pacíficas de lucha. En cuanto retorné de la gira reafirmé mi solicitud ante Rolando para recibir entrenamiento militar. Pasaron unos meses mientras el curso se concretaba, y en ese lapso conocí a Roque Dalton.

Cuando regresé de la gira volví a la casa de Mariano, pero en la práctica me trasladé a vivir al Hotel Habana Libre (antiguo Habana Hilton), en donde estaban hospedados el compañero José Alberto Cardoza y Néstor Valle, quien había asistido a la Conferencia de la OLAS recién celebrada como representante de las FAR de Guatemala. De nuevo la informalidad, porque mi virtual traslado no implicó trámite alguno, sencillamente allí me instalé, en una de las tantas camas de una *suite* que ocupaban ellos dos. Ubicado junto a *La Rambla*, a pocas cuadras del *Malecón*, por un lado, y de la heladería *Copelia*, por el otro, el hotel estaba en el centro de una intensa vida social y cultural.

Un día de tantos bajamos con Néstor al restaurante Polinesio, en la planta baja, y al entrar al lugar él saludó a un muchacho joven, vestido con overoles, que estaba sentado frente a una cerveza en una mesa contigua y me lo presentó: «te presento a Roque Dalton, un poeta salvadoreño...» —Mucho gusto —le dije— yo conozco El Salvador... —Sos culto, sos viajado, me contestó. De inmediato me morí de la risa, nos quedamos conversando hasta muy avanzada la noche y desde entonces nos volvimos inseparables.

A través de Roque me fui asomando a un mundo intelectual para mí desconocido. Nos juntábamos con don Manuel Galich, quien por sus dotes oratorias pasó a la historia de Guatemala como El Verbo de la Revolución. Su trayectoria política venía desde los primeros movimientos estudiantiles que fueron el germen para el derrocamiento de Ubico, cuando formó parte del grupo de estudiantes de la facultad de Derecho conocido como *los escuilaches*,

el cual, como relata Oscar de León Aragón, fue una especie de confraternidad de pocos integrantes que organizó primero a la facultad de derecho y luego a las otras facultades de la Universidad Nacional, hasta constituir la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU). Todo ello aprovechando con valor y destreza las grietas de la dictadura. De León Aragón señala que los personajes que más se destacaron en esa labor fueron los bachilleres Mario y Julio César Méndez Montenegro, Manuel Galich y Manuel María Ávila Ayala. A don Meme lo califica como un intelectual y orador de grandes quilates. Por mi parte, aunque nunca he publicado el libro que escribí sobre la evolución social de los pueblos mesoamericanos, lo que sí hice antes de comenzar a redactar fue ponerle una dedicatoria a don Manuel Galich, hombre brillante y sencillo, protagonista y conciencia de la historia. Don Meme fue Presidente del Congreso, ministro de Educación y luego de Relaciones Exteriores, candidato presidencial en 1950, cronista y analista de su tiempo, estudioso de la antigüedad americana, dramaturgo de talla mundial, literato; en una palabra, hombre universal y, al mismo tiempo, la sencillez caminando, campechano, simpático a morir, chapín hasta la médula, símbolo de una generación brillante.

Como a Roque, a Galich y a mí nos gustaba beber con cierta generosidad, cada vez que nos juntábamos formábamos una trilogía tremenda. A veces también se sumaba Antonio Fernández Izaguirre, casado con Sarita Galich, quien era un intelectual revolucionario, fundador de *Lanzas y Letras*, una de las revistas más célebres durante el período democrático. Fundador también en la misma época de *El Estudiante*, ese periódico que revivió años más tarde y donde se denunció el pacto de Méndez Montenegro con los militares. Don Meme decía que para su dicha el médico le había recetado tomar unos cuantos tragos todos los días, de manera que su casa estaba siempre bien abastecida, aún durante la *Ofensiva Revolucionaria*, política implantada hacia finales de 1967 que, entre otras cosas, prohibió la venta de más de un trago o cerveza y ello si se pedía comida. En reacción a esas disposiciones se hizo frecuente que una misma persona invitara a seis niños a comer pizzas y pidiera las respectivas seis cervezas, que por supuesto sólo él consumía. Roque descubrió un mejor recurso: en las funerarias el bar permanecía abierto todo el tiempo para consolar a los deudos; Roque y yo

paramos dos que tres veces en una funeraria bebiendo brandy y continuando en susurros nuestras conversaciones interminables.

En la casa de don Meme, en cambio, nos sentíamos a nuestras anchas, respaldados por un par de cajas del mejor Bacardí que le había regalado Haydé Santamaría, presidenta de Casa de las Américas. Cuando las tertulias no eran en su casa y antes de la citada *Ofensiva*, nos íbamos a *El Conejito*, un bar y restaurante en el que todo estaba hecho con base de conejo. Galich decía que este era el único lugar en toda la isla donde le servían el trago tal como a él le gustaba. Lo llamaba el *Ovidio Special*, en honor al barman que lo preparaba. Y el secreto estaba en que Ovidio mojaba el corcho de una botella de vermouth y dejaba caer una gota sobre un vaso de Bacardí carta oro: ahí está el punto, ahí está el secreto, decía siempre don Meme, quien era el bebedor más absolutamente correcto que he conocido. Jamás vi a don Manuel Galich perder la lucidez o hablar con la voz descompuesta. Al contrario, era una delicia escuchar a ese extraordinario conversador que sabía combinar tan bien cualquier tema de gran cultura con ese sentido del humor, con esa forma tan chapina, tan popular de ser.

Algunas veces nos íbamos al *Monseñor*, que era entonces el único bar en Cuba en el cual obligatoriamente se debía ir con saco. Lo chistoso era que al entrar había un perchero con un montón de sacos viejos para que, sin importar el tamaño, los usáramos los que llegábamos en jeans o en pantalones verde olivo. Pero, ahí tocaba y cantaba nada menos que *Bola de Nieve*, y como era muy amigo de Galich y de Roque, después de cada tanda llegaba a la mesa a conversar y a reírse con nosotros. Me acuerdo que cuando lo escuché la primera vez me causó tanta emoción que me desconcerté; desde entonces, cada vez que lo escucho me vuelve a sorprender su sensibilidad y originalidad. Antes de conocerlo nunca había imaginado siquiera que se podía hacer música de esa manera. Edith Piaff, nada menos, dijo que la mejor interpretación de *La Vida en Rosa* era la de Bola de Nieve, y si uno escucha las interpretaciones de la propia Piaff y de Louis Armstrong, por ejemplo, puede medir lo que significa eso. En todas esas tertulias intercambiábamos chistes, y quince años después don Meme todavía se acordaba de ellos. Nos encontramos nuevamente y por última vez en Nicaragua, en las postrimerías de 1982. Don Meme continuaba viviendo en Cuba y cada jueves volaba a Managua para darnos una clase de

historia de Guatemala, en una escuela de formación del EGP en la que —salvo él— yo era el único expositor, cuatro horas por día, seis días por semana durante doce meses.

Por medio de Roque empecé a relacionarme con la intelectualidad cubana. Yo, que era un mocoso, de pronto me encontré conversando con Roberto Fernández Retamar, de quien nada sabía; lo que me hizo caer en la cuenta de que en aquellas tertulias había muchos quilates, fue la presencia de Nicolás Guillen, de quien algo había estudiado en las clases de literatura del colegio. Entre sus hermosos poemas, hay uno que a mi juicio retrata de manera inigualable lo que yo palpé del sentir de muchísimos cubanos con su revolución. Se titula *Tengo*:

«Cuando me veo y toco
Yo, Juan sin Nada no más ayer,
Y hoy Juan con Todo,
Y hoy con todo,
Me veo y toco
Y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,
Tengo el gusto de andar por mi país,
Dueño de cuanto hay en él,
Mirando bien de cerca lo que antes
No tuve ni podía tener.

Zafra puedo decir,
Monte puedo decir,
Ciudad puedo decir,
Ejército decir,
Ya míos para siempre y tuyos, nuestros,
Y un ancho resplandor
De rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,

Tengo el gusto de ir
Yo, campesino, obrero, gente simple,
Tengo el gusto de ir
¡es un ejemplo!
A un banco y hablar con el administrador,
No en inglés,
No en señor,
Sino decirle compañero como se dice en español.

Tengo, vamos a ver,
Que siendo un negro
Nadie me puede detener
A la puerta de un dancing o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
Gritarme que no hay pieza,
Una mínima pieza y no una pieza colosal,
Una pequeña pieza donde yo pueda descansar.

Tengo, vamos a ver,
Que no hay guardia rural
Que me agarre y me encierre en un cuartel,
Ni me arranque y me arroje de mi tierra
Al medio del camino real.

Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,
No country
No jailáif,
No tennis y no yatch,
Sino de playa en playa y ola en ola,
Gigante azul abierto democrático:
En fin, el mar.

Tengo, vamos a ver,

Que ya aprendí a leer,
A contar,
Tengo que ya aprendí a escribir
Y a pensar
Y a reír.

Tengo que ya tengo
donde trabajar
y ganar
lo que me tengo que comer.

Tengo, vamos a ver,
Tengo lo que tenía que tener.»

Aunque ya con síntomas de burocratismo, la revolución cubana era entonces una explosión de creatividad y de alegría. Guardo la imagen del Maestro Cardoza caminando a mi lado por *La Rambla* con las manos agarradas hacia atrás, un poco al estilo de los viejos dirigentes comunistas, y ambos éramos empujados por una multitud danzante al compás de la Orquesta Cubana de Música Moderna, y entonces el Maestro me comentó: «Mire compañero, esta es la primera vez que yo veo socialismo con música.» En cada cuadra había una orquesta y en toda esa larga avenida, miles y miles de hombres y mujeres de todas las edades bailaban sin parar.

Otras veces, ahí mismo, uno veía a centenares de personas de todas las edades, pero ahora jugando ajedrez en las mesas que ponían a lo largo de la Rambla. Por esos días se jugó en el Habana Libre el torneo «*Capablanca in memoriam*», en honor al gran maestro cubano, y allí se dieron cita los más grandes ajedrecistas del mundo. Yo que nunca he sido un experto en ese juego, me sorprendía que en Cuba fuera una afición nacional. Recuerdo muy bien la habilidad de mis compañeros de cuarto en el Hospital Naval, donde me internaron para hacerme unos exámenes. Los cuatro días que estuve ahí, a raíz de que prácticamente vivía con catarro, compartí la habitación con siete soldados rasos del Ejército cubano con los que jugaba ajedrez (dizque). Para darme ventaja, ellos comenzaban a jugar sin las torres y sin la reina, y ni así

lograba durar más de quince movimientos. Todos sabían jugar ajedrez, era una cosa impresionante.

La Rambla también era el escenario para un desfile de hermosuras indescritibles, producto de ese crisol étnico que es Cuba. Como me dijo un día Estuardo Molina Loza, «desde mujeres negras de piel lustrosa hasta pelirrojas con pecas, y toda la gama de matices entre esos dos extremos.» Pero lo que me divertía y me impresionaba era el desenfado de los cubanos. En uno de tantos días pasó un hombre del brazo de una mujer voluptuosa, muy del gusto de los cubanos de entonces, y el público masculino no ocultó para nada que se la tragaba con la mirada. Entonces el hombre que iba con ella se volteaba de cuando en cuando y le decía a los espectadores: «¿te gusta?, ¿te gusta? Es mía, chico.»

Casi enfrente del Habana Libre, estaba el *Salón de Mayo*, un edificio que el gobierno cubano había habilitado para que artistas de todo el mundo pintaran lo que les diera la gana. Las pinturas y los murales que cubrían las paredes eran realmente una genuina expresión de heterodoxia. En una de las vitrinas había una pintura que retrataba de la manera más llana el momento de tensión que se vivía entre Cuba y la Unión Soviética. En ella aparecía una enorme ola a punto de caer sobre una lancha en la que navegaban el Tío Sam y un oso soviético con el emblema de la hoz y el martillo. De ambos salía un cintillo que decía «no hagan olas», en clara alusión a la asamblea de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), que acababa de realizarse en La Habana. En enero de 1968 se celebró el Congreso Cultural de la Habana, al que asistieron cientos de intelectuales de todo el mundo que representaban una amplia gama ideológica. En ese Congreso, Fidel lanzó un duro ataque a la ideología ortodoxa soviética que tomaba distancia de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. Un nivel de crítica hacia la URSS de ese calibre no era para nada habitual en el mundo del socialismo, hecha la salvedad del conflicto chino-soviético al que el Che llamó *guerra de desnudos y zancadillas*.

A mí me tocó vivir en Cuba (junio 67 a mayo 68), un momento de inflexión en el más amplio sentido. Cuando la celebración de la OLAS se planificó, en la Tricontinental de la Habana de 1965, el movimiento revolucionario armado en América Latina vivía un momento de alza, y la OLAS debía ser un punto cumbre en ese proceso. Pero cuando la OLAS se produjo, a mediados de

1967, ya era clara la tendencia al reflujo de dicho movimiento, y poco después de celebrada tal Conferencia ocurrió la muerte del Che, lo que profundizó el reflujo.

Asimismo, el Congreso Cultural de la Habana marcó el momento de mayor apertura pero, a partir de allí, la ortodoxia fue ganando terreno. En términos del debate teórico y político, cuando yo estuve se publicaba una excelente revista, *Pensamiento Crítico*, la cual incluía textos de autores de diferentes tendencias, nacionales y foráneos, entre ellos Ernest Mandel, eminente teórico y economista, líder en su momento de la IV Internacional Trotskista. Esto último constituía una herejía sin precedente alguno en el mundo socialista, donde la rigidez de pensamiento no murió con Stalin. Sin embargo, ya por entonces el diario *Granma* había publicado declaraciones del comandante Raúl Castro, Jefe de las Fuerzas Armadas, que hacía alusión a «esos de crítico pensamiento». No mucho después la revista dejó de aparecer y, en cambio, ganó espacio la revista *Verde Olivo*, cuyos contenidos eran francamente acartonados.

Antes de la muerte del Che, los cubanos estaban obsesionados con el tema de la lucha armada, a tal punto que si no se estaba de acuerdo con ella no se era consecuente con la revolución y el socialismo; cualquiera que proclamaba la lucha armada era recibido con bombos y platillos. El *Granma* publicaba todos los días noticias tipo «llegó fulanito a La Habana y declaró que la única vía de la revolución es la lucha armada.» Para mientras, no le daban mayor párrafo a dirigentes como Salvador Allende, que participaba en el juego electoral, o a Schafick Handal, delegado a OLAS, que un día Roque me lo presentó, y cuando lo hizo dijo: este compañero, aunque ahora lo tengan marginado los cubanos, va a jugar un papel fundamental en la revolución salvadoreña. Schafick era entonces y lo fue hasta su muerte, militante del Partido Comunista Salvadoreño, pero en esa época su partido no se adhería a la lucha armada como única vía. Asimismo, a nivel de cuadros medios y de base, los cubanos tenían la idea, y lo repetían a cada instante, «que lo que hace falta en América Latina es tirar tiros, chico». Por eso, entre otras cosas, la muerte del Che junto a guerrilleros cubanos legendarios, causó un impacto tan hondo.

El Che: una muerte anunciada

Aunque la razón la entendí hasta meses después, un día de tantos César Montes me llevó a la casa de Rolando Morán. Aquello era una herejía, porque aún estando en Cuba se trataba de un lugar clandestino al que sólo accedían muy pocos. Sin embargo, en el momento ni cuenta me di, y aunque para Rolando Morán yo era en primera instancia un enigma (cachureco y burguesito, ¿qué carajo andaba haciendo allí?), a las primeras de cambio simpatizamos. La casa estaba en las afueras y custodiada por efectivos militares cubanos, entre otras razones porque a ella asistía, de cuando en vez, el propio comandante Fidel Castro, amigo personal de Rolando.

Conocer a Rolando me impactó grandemente. Jamás había conocido a alguien con tanta profundidad de pensamiento. A pesar que yo era un jovencito proveniente del movimiento social cristiano y sin ninguna militancia revolucionaria, cada vez que tenía oportunidad conversaba largamente con él. En el transcurso de esas visitas me fui haciendo también amigo de los soldados cubanos que cuidaban la casa, los cuales literalmente se desternillaban de risa con los chistes que yo contaba, especialmente los más simplones, como uno de «dos zopilotes que están comiendo mierda en un basurero, y de pronto uno de ellos se agarra el estómago y comienza a vomitar. «¿Qué te pasó vos?,» le pregunta su compañero. «¡Chish, tenía un pelo!,» contesta el otro. Cada vez que yo aparecía por la larga alameda de palmeras que conducía a la casa de Rolando, un soldado chaparrito que siempre fumaba puro y portaba un AK 47 se comenzaba a reír y me pedía: ¡jómeme chico, hazme otra vez el cuento de la tiñosa!, porque en Cuba a los zopilotes les dicen auras tiñosas; y en una ocasión de la risa se le cayó el puro, y en otra se le cayó el fusil.

Pues una noche que estaba arrellanado en un sillón de esa casa, de pronto se abrió la puerta de cedazo que daba al vestíbulo. Inmediatamente vi entrar a un hombre vestido de verde olivo con una gran barba roja y justo detrás de él, al propio Fidel Castro. Me levanté sorprendido. Como Rolando no estaba, los dos se sentaron y Fidel, al saber que era guatemalteco, me hizo algunas preguntas sobre el país, nada del otro mundo, y además fue por poco

tiempo, porque a los minutos llegó Rolando y los tres se marcharon a reunirse en el comedor de la casa. Luego supe que el de la barba roja era Manuel Piñeiro, por entonces jefe de la inteligencia cubana. Tras unas horas de deambular por el jardín, Noel me hizo señas para que me acercara y pudiera escuchar algo de lo que se hablaba. Fidel Castro señalaba con el dedo sobre unos mapas tácticos de la región de Bolivia por donde se encontraba el Che, y le decía a Rolando que de un momento a otro esperaba la noticia de la muerte de éste; explicaba que la continuidad de los combates entre la guerrilla y el Ejército significaba que el Che no podía romper el contacto, y que antes bien era empujado hacia un lugar fatal, la quebrada del Yuro, donde probablemente lo iban a emboscar, como en efecto ocurrió. Allí fue capturado vivo por el Ejército boliviano y luego asesinado. La conversación duró hasta como las cuatro de la mañana. Fidel salió entonces para supervisar personalmente la situación de unos toros que Cuba le había comprado recientemente a Canadá con el fin de hacer un banco de semen. No sé cuantos días tendría de no dormir, pero sus ojeras eran ya unos grandes bolsones que le colgaban de los ojos.

Durante los días anteriores a esta entrevista, el diario *Granma* informaba sobre combates entre la guerrilla del Che y el Ejército boliviano y las bajas que se producían, y quienes no entendíamos de lo militar identificábamos aquello como señal de éxito, cuando era lo contrario. Luego de un período de incertidumbre y silencio, el 15 de octubre de 1967 el gobierno cubano informó lo que ya era secreto a voces, que el Che había muerto en Bolivia, y entonces se convocó a una concentración que resultó gigantesca en la Plaza de la Revolución. Nosotros fuimos a ella, el maestro Cardoza, Roque Dalton y yo. Nos sumamos a los ríos de gente que convergían a la Plaza y, por primera y única vez mientras estuve en la Isla, los cubanos marchaban cabizbajos, en un silencio estremecedor.

La plaza estaba colmada por más de un millón de personas. En la oscuridad de la noche, un conjunto de reflectores iluminaba una fotografía monumental del Che desplegada sobre la fachada de un edificio de muchos pisos; la fotografía que le tomó un fotógrafo famoso el día del ataque al tren blindado en las inmediaciones de la ciudad de Santa Clara, batalla exitosa que decidió el triunfo de la revolución. Al pie de esa inmensa foto había una

pequeña tribuna desde la que hablaría Fidel. Al fondo, detrás del monumento a José Martí, una unidad de artillería estaba presta a disparar las salvas de rigor. Nosotros tres estábamos a mitad de la colina sobre la cual se yergue el monumento; yo no podía dejar de ver los cañones a efecto que no me tomaran por sorpresa los disparos, lo cual de todas formas ocurrió, a pesar de mi constante voltear. Cuando aún no se había disipado el humo, se oyó la voz grave y apesadumbrada de Fidel: «Fue un día como hoy cuando conocimos al Che en casa de María Antonia...» Y la lectura de la carta de despedida que el Che le dejara:

«Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Ahora a unas piernas flácidas y a unos pulmones cansados los sostendrá una voluntad que he pulido con delectación de artista...»

Y el poema de Nicolás Guillén:

*Firme la voz que ordena sin mandar,
Que manda compañera, ordena amiga,
Tierna y dura de jefe camarada.*

Y la canción de Carlos Puebla:

*Aquí se queda la clara,
La entrañable transparencia,
De tu querida presencia,
Comandante Che Guevara*

Veintitantos años después, en 1991, llegó a almorzar a mi casa —como era frecuente por entonces— el maestro Cardoza, que residía en México acompañado por una hija suya, y ya sin su mujer y su otra hija que fueron secuestradas en Guatemala y nunca aparecieron. Con el estoicismo y la perseverancia de los comunistas de la época de *Así se templó el acero*, el maestro Cardoza seguía haciendo lo que estaba a su alcance para mantener con vida a un pequeño núcleo de militantes del PGT; entre otras cosas editaba

a mimeógrafo, con toda regularidad, un periódico; tal actividad la siguió desarrollando hasta su muerte en julio de 2003. Retornado a Guatemala luego de la firma de la paz, el compañero José Alberto Cardoza redactaba su periódico y él mismo lo repartía por los rumbos del parque central y otros. En esas andaba cuando se cayó al bajar de una camioneta, a los 82 años de edad, y todo parece indicar que ese golpe le precipitó la muerte.

El Maestro había sobrevivido a un padecimiento crónico del corazón, lo que le valió que le pusieran como apodo el nombre de tan noble músculo. Y uno de los infartos que había sufrido fue cuando apenas tenía 35 años y asistía, nada menos, que a las sesiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en 1956 luego de la muerte de Stalin. Ese Congreso pasó a la historia con letras mayúsculas, porque en él Nikita Kruschev, entonces Primer Ministro y Secretario General del Partido, denunció los crímenes de Stalin, hasta entonces ignorados o considerados una calumnia por los comunistas de todo el mundo. Varios de los presentes en esa sesión sufrieron infartos; el primero fue el mariscal Zhúkov, héroe de la Gran Guerra Patria (la II Guerra Mundial), y a continuación cayó Cardoza, conmocionado por la revelación de que el «padrecito Stalin», reverenciado e idolatrado como el dirigente supremo a la altura de Marx, Engels y Lenin, entre otros actos había enviado al suplicio y a la muerte a sus compañeros dirigentes del Partido Bolchevique, acusándolos falsamente, obligándolos a «confesiones» bochornosas, y de todas formas ejecutándolos sin piedad. Al mismo tiempo, la Unión Soviética, bajo la conducción de Stalin, había derrotado a los nazis en la guerra y había emergido de ella como una potencia militar y tecnológica de primer orden, algo que muchos nunca consideraron posible.

El maestro Cardoza había conocido a Stalin en uno de sus tantos viajes a la URSS. Luego de pasar varios días en Moscú en el ambiente de culto a la personalidad que se respiraba por todos los rincones, que lo inundaba todo a través de los miles de fotografías y centenares de estatuas, más los halagos rituales y cotidianos de *Pravda* y demás periódicos, todos ellos oficiales, el momento de conocer al líder mítico, al padre de todos los pueblos, se produjo con una calculada sencillez. La pequeña delegación ingresó al Kremlin por una serie de vericuetos que la condujeron a un jardín donde estaba Stalin ataviado como campesino, cultivando la tierra. A cada uno de ellos los saludó

preguntándole por sus países y todo el tiempo se condujo con deferencia y humildad.

Después de esta experiencia, al Maestro le tocó conocer a Mao Tse Tung, «sol rojo» que alumbraba los corazones de los chinos, gran timonel de la revolución, genio del marxismo junto a Marx, Engels, Lenin y Stalin, y centenares de los más extravagantes halagos que se le hayan dirigido a persona alguna sobre la faz de la tierra. Desde que la delegación en la cual iba llegó a Beijing, los anfitriones se preocuparon por hacerles conciencia constantemente acerca del privilegio y el honor inconmensurables que significaba saludar al Presidente Mao. Al día siguiente de su arribo al hotel los visitó un equipo de sastres para tomarles medidas y hacerles trajes nuevos para la ocasión, y de nada valieron los argumentos de que ellos tenían los propios: había que estrenar. También fueron atendidos por peluqueros y manicuristas, siendo esto último completamente nuevo para ellos. El día que iban a conocer a Mao estaban todos trémulos de emoción y temblereques. Harían un recorrido a pie desde su hotel hasta el Palacio del Pueblo, y cuando salieron por la puerta para iniciarlo, se dieron cuenta que a ambos lados de la calle estaban apostadas miles de personas, de obreros vanguardia, de niños y jóvenes comunistas, una multitud delirante que quería ver de cerca a aquellos que iban a saludar al Gran Presidente, y todo eso bajo la lluvia de colores de los fuegos de artificio, elaborados con la pólvora que los chinos inventaron hace más de mil años.

El momento y las circunstancias fueron similares a las de Stalin, sólo que Mao, ataviado también como campesino, los saludó en un salón de Palacio, estrechando la mano de cada uno y nada más. La ceremonia duró pocos minutos, y si en el camino de ida la euforia de la gente había sido mayúscula, cuando salieron del Palacio aquello adquirió connotaciones superlativas. La misma gente los estaba aguardando, sólo que ahora bañados en lágrimas, queriendo estrechar y mejor aún besar la mano con la que ellos habían saludado al Sol Rojo.

Una década después, en 1972, el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, realizó su histórico viaje a China. Dice Nixon que en cierta ocasión le dijo a Mao que sus escritos habían «despertado a una nación y cambiado el mundo», y éste contestó, en tono casi de excusa: «No he podido cambiar el

mundo, sólo he podido cambiar unos cuantos lugares en los alrededores de Pekín.» Era todavía la época en que los guardias rojos blandían el Libro Rojo, y nadie en China podía ignorar sus sentencias. El maestro también tuvo ocasión de conocer a Ho Chi Minh y por supuesto a Fidel Castro, de manera que conoció a los cuatro personajes de mayor significación en las revoluciones sociales y las luchas de liberación del siglo XX.

Pero ese día de 1991 que llegó a almorzar a mi casa, ubicada en las faldas del volcán Ajusco, el tema de la plática fue hacia las *Memorias* que él estaba escribiendo en ese momento, y tarea a la que dedicó muchos años más. Entonces me dijo:

—¿se recuerda compañero cuando fuimos juntos a la Plaza de la Revolución para el homenaje al Che?

—Por supuesto,— respondí.

—Pues fíjese que en mis memorias yo cito algo que usted dijo en esa ocasión.

No puedo negar que al escuchar tal cosa me sentí gratificado, pero poco me duró el gusto, porque a continuación agregó:

—¿se recuerda que cuando íbamos entre las columnas de gente convergiendo hacia la plaza, vimos a cuatro tipos que jugaban tranquilamente dominó, haciendo ostentación de su indiferencia?

—Si me recuerdo, —le dije,— pero ya en ese momento sabía hacia dónde iba la cosa:

—usted al verlos dijo, ¿y estos hijos de la gran puta no sentirán la muerte del Che?

No fue ciertamente un análisis de mucha profundidad, pero a juicio del Maestro constituía una pequeña evidencia de las disensiones que ya para entonces se daban entre la población cubana.

De José Alberto Cardoza recibí yo valiosas enseñanzas, y quizá la de mayor profundidad fue por esos días del Habana Libre. Resulta que mis padres, nunca supe cómo, se las arreglaron para hacerme llegar una carta que los cubanos me entregaron; estaba escrita por mi papá y lo pintaba de cuerpo y alma. Sin dramatismo y sin reproche alguno me relataba la angustia que les había provocado no saber dónde estaba; me daba noticias de la familia y concluía diciendo que yo podía contar con su respaldo cualesquiera fueran las

circunstancias. Firmaba, *tu amigo, Juan*. Pocas veces en la vida he tenido yo una emoción tan intensa como la que esa carta me produjo; la respondí con el corazón en la mano y entre otras cosas le reiteraba a mi papá que había decidido dedicar mi vida a luchar por los pobres. Como era de rigor en circunstancias de clandestinidad, las cartas que entraban y que salían tenían que ser leídas por militantes de jerarquía superior, a efecto de constatar que no se filtraba información, voluntaria o involuntariamente. En mi caso, el Maestro fue quien leyó la carta a mi papá, y sólo me hizo un comentario: «los pobres, como usted dice, no necesitamos mecenas, no necesitamos que nadie luche por nosotros. Usted tiene que pensar si el socialismo le gusta a usted y no si le conviene a los pobres. Usted debe esforzarse en pensar como los de abajo, porque las elites intelectuales, sea cual fuere el tipo de sociedad, siempre están en condiciones superiores a las de los trabajadores.»

El campamento

Un día de diciembre, recibí la feliz noticia que ya todo estaba listo para el entrenamiento que había solicitado, y en el cual estaríamos dos guatemaltecos, Tita (María del Carmen Flores) y yo, y dos salvadoreños, Roque Dalton y Neptalí Murcia, ambos previstos para incorporarse a la lucha guatemalteca; el grupo se completaría con militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua. Antes de marchar hacia el campamento debíamos concentrarnos en una casa a la cual fui conducido, ubicada en el barrio *El Vedado*, que antes de la revolución fue muy exclusivo, pero en ese momento estaba ocupado por miles de estudiantes becados provenientes del área rural que habitaban en mansiones repletas de literas. Toco la puerta de la casa con mi equipaje en la mano, y cuando veo a quien la abrió por poco caigo de espaldas, porque era el Chicón Rosales. La sorpresa se debía a que yo conocí al Chicón en el marco de un Congreso Centroamericano de Integración Política del Istmo que organizamos en la Landívar en 1966, al cual asistieron dos delegaciones de Nicaragua: una, de la Universidad Católica, integrada toda por militantes sandinistas y encabezada por Casimiro Sotelo – figura prócer – y por Gustavo Vargas, el mismo que diecisiete años después, en 1994, habría de

sentenciar en Laussane, Suiza, el asunto de la revolución por etapas: «una cosa es pasar por allí y otra quedarse bebiendo guaro.» La otra delegación de Nicaragua provenía de la Universidad Nacional y representaba la tendencia opuesta a los sandinistas; estaba encabezada por Francisco Rosales Argüello, conocido popularmente en su país como Chicón.

—Y vos ¿qué estás haciendo aquí?

Y a través de la historia personal del Chicón Rosales me comencé a adentrar en características del movimiento sandinista, tan diferentes de los conceptos clasistas, marxistas, que imperaban entre los revolucionarios guatemaltecos. Entonces aquello me pareció una herejía, pero ahora lo entiendo como algo fundamental de las luchas antidictatoriales, que integran a un abanico muy diverso de gente y por ello han podido ser el sustento de las guerras revolucionarias exitosas: la china, la cubana, la sandinista. En suma, el Chicón se había integrado al sandinismo para vengar la muerte de su hermano. «La guardia mató a mi hermano, jodido, y eso en León no se puede quedar así.» Años más tarde, fue Ministro de Trabajo en el gobierno de doña Violeta Chamorro.

Además del Chicón, en la casa estaban dos hermanos campesinos, uno que andaría por los cincuenta años y el otro que tendría quizás cuarenta. Ambos estaban involucrados en la guerra por agravios sufridos de la Guardia, es decir, de Tacho, puesto que la Guardia era vista —y así era en la realidad— como un Ejército personal de la familia Somoza. El mayor, Luís, era un campesino medio, o más bien acomodado, pues decía que poseía más de ochenta vacas, y efectivamente su conducta mostraba los hábitos de quien está acostumbrado a mandar y también a obedecer, y para nada denotaba pobreza. Su hermano, de pseudónimo Orestes, tenía más bien un historial que rozaba lo lumpen. Contaba que había sido beisbolista profesional, y que al percatarse que allí todos tenían apodo, él mismo se había puesto el suyo: *Ratón de Piano*. Nunca pudo explicarnos la razón de tal apodo, pero desde el momento que lo dijo, para todos los que en ese campamento convivimos con ese nica robusto, jovial y enigmático, él será para siempre *Ratón de Piano*.

¿Por qué estaban ahí ellos? Por lo ya dicho, aunque nunca quedó claro cuál fue el motivo de la Guardia para perseguirlos y que los llevó a alzarse en el monte. *Ratón de Piano* estuvo enmontado desde antes de integrarse a los

sandinistas. Según contaba, en una de tantas que la Guardia lo fue a buscar, él los atalayó sobre un paredón en un paso estrecho, y cuando la pareja de guardias pasó les dejó caer encima un pequeño alud que había preparado, a raíz de lo cual se fue juido pal monte. Se internó en la famosa selva de las Segovias, en donde había luchado contra la invasión yanqui el General de Hombres Libres, Augusto César Sandino. En el campamento en Cuba, *Ratón de Piano* trepaba a los árboles con una pasmosa agilidad y nos mostraba cómo dormía cuando deambulaba por esa selva poblada de jaguares. Él buscaba un lugar adecuado entre los árboles de grandes ramas y allí se extendía cómodamente, teniendo la precaución de atarse un lazo en el tobillo y el otro extremo amarrado a la rama; de manera que si se caía quedaba colgando, pero no se rompía la crisma. Trató de convencer a los entrenadores cubanos que lo dejaran dormir así y no en hamaca, como era obligatorio, pero todo fue inútil.

Luís, el mayor de los dos, era el escepticismo viviente. Casi no conversaba con nadie pero sí lo hacía conmigo. Una vez me dijo que los dos personajes que más admiraba en la historia eran Hitler y Fidel Castro. «Pero Luís —le dije yo—, ¿qué tienen de común Hitler y Fidel?» ¡Que son déspotas!, me contestó, y eso es lo que necesita la humanidad, porque la humanidad es ingrata. Esto y mucho más me decía, y entonces yo aprovechaba las visitas de Oscar «*el Ronco*» Turcios al campamento, para expresarle mi preocupación sobre la formación ideológica de Luís. El Ronco era un cuadro superior de dirección y una de las figuras emblemáticas del FSLN. Ni siquiera me peló. «No jodás, —me dijo—, si Luisito es nuestro guía más pijudo y el que nos ha hecho todos los buzones.» En efecto, para ser revolucionario en la Nicaragua de entonces bastaba con ser antisomocista y estar dispuesto a echar reata.

Luís y Ratón de Piano eran individualistas en extremo, y sobre todo el primero. Andando el tiempo me di cuenta que, con mayor o menor intensidad, ese es un rasgo campesino, tanto en América como en Europa o donde quiera que sea. En una ocasión, como se aproximaba la Navidad y el Año Nuevo, los encargados de la logística incluyeron en las provisiones dos docenas de cervezas y quizá un par de botellas de ron, además de frutas y dulces. Cuando se iba a hacer el reparto de esto último, Luís demandó que a él y a su hermano se les diera una mayor cantidad, ya que ellos no bebían guaro. El criterio

mayoritario fue que tal cosa no correspondía, entonces Luís exigió que en cada tanda de trago se les sirviera a él y a su hermano, y luego que se les llenaba la copa tiraban el licor al suelo.

De las cervezas, ya sólo la mitad llegaron al día del festejo. Cuando las llevaron fue tanta la emoción, que planificamos la forma como nos las íbamos a tomar. Tenía que ser después de salir a correr, cuando la sed y el calor estuvieran en su punto más alto y las cervezas bien frías. Tenía que ser con bocas. Roque con sus contactos podía conseguir camaroncillo, y en la casa los árboles estaban cargados de limones; en vez de culantro, hierbabuena, y también teníamos cebolla y tomate; además, chiltepes recién cortados. Pero cuando nos despertamos a la mañana siguiente nos topamos con el espectáculo del Chicón Rosales tumbado en una mecedora y rodeado de los envases vacíos de una docena de cervezas que se había bebido durante la noche. «Es que me sentí deprimido, jodido, porque me puse a pensar en mi hermano,» fue toda la explicación que dio.

Por fin llegamos al campamento. Según recuerdo, al principio éramos nueve, luego se incorporaron otros seis, nicas todos ellos. Entre esos seis llegó Henry Ruiz, conocido en la Revolución Sandinista como Modesto, uno de los nueve comandantes del FSLN. La rectitud y la firmeza de principios de Henry Ruiz le han valido un amplio reconocimiento en todos los sectores de la sociedad nicaragüense. Él llegaba de la Konsomol, la escuela de cuadros del Partido Comunista de la Unión Soviética, por lo cual su talante era muy distinto al de sus compañeros. El día que llegaron «los nuevos» nos formaron a los nueve que ya estábamos. El Chicón era el número uno, Roque el dos y yo el tres. Cuando Roque vio a Henry, con su habitual irreverencia, me dijo en voz baja: «¿quién será esa chelita?»

En el campamento recibimos la formación básica de un soldado de infantería, nada del otro mundo. Para mí la experiencia fue ante todo una nueva aventura del pensamiento. Recién habíamos llegado, en enero de 1968, cuando se destapó el asunto de la microfracción encabezada por Aníbal Escalante. El diario *Granma* hizo un tiraje extraordinario de un millón de ejemplares, publicando completo un largo informe presentado por el comandante Raúl Castro a un Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Escalante provenía del Partido Socialista Popular, que era el Partido

Comunista anterior a la revolución, cortado en el molde del estalinismo y luego de la «coexistencia pacífica» de Jruschov. Escalante y compañeros eran acusados de actividades contrarrevolucionarias, de estar vinculados a la CIA, de difamar y calumniar a los dirigentes de la revolución, de oponerse a todas las decisiones y demás. Yo, en medio de la euforia que vivía entonces y sin mayores elementos críticos, aplaudí que se expulsara del partido a esos conspiradores, pero de inmediato Roque me corrigió la plana y me explicó. A través suyo, en las interminables conversaciones que continuaron durante el entrenamiento, me enteré de la trágica historia de las disidencias o de las supuestas disidencias durante la época de Stalin, no sólo en la URSS sino en las llamadas «democracias populares.» Por allí comencé a adentrarme en lo que a la vuelta de los años iba a estar en la raíz de mis diferencias con la organización revolucionaria: la cuestión de la democracia interna versus el verticalismo rígido. A partir del caso Aníbal Escalante, un nuevo tema se introdujo en las conversaciones entre Roque y yo, a las que frecuentemente se integraba Modesto: el de la realidad del socialismo, distinta en muchos aspectos a lo previsto por Marx e incluso por Lenin.

Estábamos cerca de concluir el entrenamiento, cuando un día llega un carro con instrucciones de trasladarme a La Habana. En el camino me explican que Rolando y Noel querían hablar conmigo. En la casa de Rolando me entero que la prensa internacional había publicado la noticia que un grupo de «jóvenes de sociedad» y dos padres y una monja maryknoll de nacionalidad estadounidense, se vieron obligados a salir de Guatemala amenazados de muerte; el propio *Granma* reprodujo esos cables. Rápidamente se decidió que debía finalizar el entrenamiento y marchar a México para reunirme con mis compañeros y trasladar alguna orientación. Regresé al campamento con la noticia y a juntar mis pocos bártulos. Roque me contó, entonces, que en México ya se había publicado la biografía de León Trotsky, escrita por Isaac Deutscher, y que me encargaba lo antes posible que le enviara un ejemplar. Lo primero que hice luego de dejar mis cosas en un hotel cercano a La Alameda, en el D.F., fue ir a la Librería del Sótano que estaba sobre la Avenida Juárez y preguntar por el libro en cuestión. Efectivamente, allí lo tenían, *El Profeta Armado*, al que le iban a suceder otros dos tomos: *El Profeta Desarmado* y *El Profeta Desterrado*. Junto con el ejemplar para Roque compré otro para mí. La

lectura de esos libros iba a ser fundamental en la formación de mi pensamiento.

Esa vez en el campamento fue la última que vi a Roque. Estando en México recibí cartas tuyas que me llegaban vía la organización. En una de ellas me contaba que había decidido dejar el trago, porque estaba convencido que de lo contrario no podría hacer nada serio como quería, frase que siempre me dio vueltas en la cabeza, y yo puedo decir ahora que dejé el trago por la misma razón. Luego me envió a regalar un ejemplar de *Taberna y otros lugares* con una caricatura mía hecha por él al lado de la dedicatoria. Como en ella me invitaba a llegar a la poesía le escribí una carta impregnada de ortodoxia militante en la cual le decía que mi única ambición era expresarme de manera que fuera comprendido por el pueblo, los trabajadores y demás, y Roque me contestó diciendo que se había cagado de la risa con mi «tratado de ética-estética», y que era a ese tipo de poesía a la que me convocaba, la de la comunicación con el pueblo, «y no que le estés haciendo sonetitos a las nalgas de ninguna.» Luego me enteré que ya no se había incorporado a la lucha guatemalteca sino a la de su patria, El Salvador, y un día de 1975 acudí a la casa de Eligio García Márquez y de su esposa Miriam Eugenia, en París, siendo portador de un canasto de ostras de Bretaña que íbamos a abrir y devorar con unas dos o tres botellitas de blanco de Alsacia, y Eligio me recibe con la noticia de que asesinaron a Roque Dalton, que fueron sus propios compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo, comandados por Joaquín Villalobos.

El adiós

Cuando ya todo estaba listo para mi partida, mis cinco sentidos estaban puestos en el reencuentro con mis compañeros del CRÁTER y en los acontecimientos que, según yo, se avecinaban, y que nos iban a conducir por fin a cumplir nuestro deber, que era la lucha revolucionaria. Pero también me sentía muy emocionado y reconocido por la experiencia vivida; recuerdo que un día de tantos, en las vísperas del viaje, tuve una larga conversación con Noel, sentados ambos en el asiento delantero de su carro, un Chevrolet 57 que él

tenía en la más alta estima. Noel me preguntó que cuál era mi impresión después de haber estado en Cuba; entre otras cosas le dije algo que creo haber mantenido. Le expresé que había contraído un compromiso para siempre con la revolución cubana, porque las dimensiones de la realidad que Cuba me mostró iban a tener para mí un valor imperecedero. A estas alturas puedo pensar, por ejemplo, que el sistema de economía planificada no funciona como productor de bienes y servicios y crea una serie de distorsiones, y también comprobar que el fenómeno de la burocratización en un Estado de ese tipo es vasto y complejo e introduce elementos de ineficiencia, desigualdad, corrupción e injusticia. Y puedo ser muy crítico con respecto a todo eso, pero nunca olvido el otro lado de la medalla, que es la experiencia de construir una sociedad que no se base en la búsqueda de la ganancia sino en el desarrollo humano, y que ha obtenido en este terreno logros impensables para cualquier país; en especial para uno diminuto, bloqueado y asediado, que formaba parte de la periferia del capitalismo mundial. En una plática improvisada a los estudiantes guatemaltecos en la Escuela Latinoamericana de Medicina, en Cuba (1999), yo les decía que más allá de los conocimientos técnicos y científicos que estaban adquiriendo, tenían la oportunidad de vivir esa experiencia humana insólita consistente en organizar a la sociedad sobre la base del interés mutuo y de la solidaridad y no de la competencia, y que más allá de si eso funcionaba, o no, como productor de mercancías, hacía emerger calidades del ser humano que uno tenía que observar profundamente y valorar.

La revolución cubana no se puede evaluar únicamente sobre la base del crecimiento del PIB o si la gente tiene hoy todo lo que necesita: es mucho más que eso. Cuando se vive el ambiente de Cuba y se percibe el sentimiento de fraternidad generalizado —que por supuesto no excluye choques y conflictos— uno se da cuenta que eso no lo ha vivido ni lo vivirá en otra parte. Sin embargo, es cierto que los vacíos en la producción y distribución no son poca cosa y hacen la vida engorrosa y complicada. Se puede decir que el pueblo cubano, a pesar de sus altos índices de desarrollo humano, no obtiene todavía los compensadores económicos que corresponderían a su enorme esfuerzo y vida austera. Sin embargo, Cuba tiene asegurado el futuro como pocos países en América Latina, derivado ello del enorme desarrollo de su recurso humano, de los altos niveles de escolaridad, de formación científica y técnica hasta niveles

de excelencia; disciplina, armonía social, en fin, los factores que toma siglos para que los pueblos desarrollen, y que allí se han producido con toda la intensidad y el alto ritmo de una revolución.

La revolución cubana ha puesto bajo la lupa elementos de la calidad de vida de los seres humanos que son fundamentales, sobre todo en esta época en la cual se viven ya algunas de las consecuencias desastrosas del consumismo exacerbado que el capitalismo propicia y necesita. El consumismo —y la consecuente destrucción del medio natural— son lo mismo que esa imagen según la cual los indígenas americanos entregaban su oro a cambio de espejitos: nosotros estamos cambiando el aire puro y el agua limpia por baratijas. Al mismo tiempo, hay que tomar en cuenta con realismo que todo parece indicar que los seres humanos somos consumidores compulsivos de baratijas, y a donde quiera éstas llegan, capturan a la gente. La mercancía es la única ideología del capitalismo, todo lo demás son doctrinas superfluas que, como decía el Che, constituyen «la demostración interesada de que una mentira es verdad.»

Y le duela a quien le duela, la característica más singular e incidente de la revolución cubana se llama Fidel Castro. A mi juicio, Fidel es el personaje cuya impronta personal influenció más el siglo XX. Un personaje extraordinario en el que convergen cualidades que rara vez están juntas: inteligencia, voluntad, audacia, liderazgo, capacidad de organización y una energía descomunal que lo hace un trabajador infatigable. Pero, por encima de todo, el amor más intenso que se pueda concebir a su pueblo y a la humanidad en general. Fidel ha entregado su vida incondicionalmente, y yo no puedo imaginar una vida más dura que la suya. Tiene 50 años o más de dormir tres horas diarias, si bien le va, y de estar todo el tiempo metido en su función de dirigir, de vigilar, de involucrarse en centenares de acciones de diversa naturaleza. Como se comentó a propósito de la estupidez que publicaron, según la cual tenía una fortuna de 900 millones de dólares; ¿para qué los iba a tener, si la vida de ese hombre nunca ha tenido ni sábados ni domingos ni momento alguno de reposo, entregado siempre a un trabajo exhaustivo que desarrolla con una devoción impresionante? En el curso de una entrevista, Gabriel García Márquez le preguntó a Fidel algo así: dime sin meditar ¿qué es lo que más quisieras en este momento? Y Fidel respondió: estar parado en una esquina.

En la clausura de la Cumbre Iberoamericana de Porto, en octubre de 1998, Fidel pronunció el discurso final, dado que La Habana sería la próxima sede del evento. Dijo entonces, más o menos: voy a hacer un discurso muy breve. Es más, voy a decir un discurso telegráfico, y habló una hora, sin que el auditorio perdiera la atención, a pesar de las poses y desplantes de José María Aznar, entonces Presidente de España, y de Carlos Menem, Presidente de Argentina, los cuales hacían muecas de fastidio y reprobación, seguramente consumidos por la envidia. Fidel hizo un análisis de la economía mundial y sus crisis sin hacer una sola referencia a Marx o Lenin y ni siquiera a él mismo, sino únicamente exponiendo y comentando las opiniones de personajes como el Presidente del Banco Mundial, el Director del Fondo Monetario Internacional, el Presidente Clinton y otros, y sacando las consecuencias de lo que ellos decían. Fue una conferencia magistral que entre otras cosas implicó un enorme acopio de información. Yo me preguntaba, qué hace este tipo, cómo es posible que pueda estar al tanto de lo que está pasando en Cuba, y en Yugoslavia, y en Estados Unidos y mil cosas más, y al mismo tiempo leer montañas de documentos y hacer estos análisis. El día que comenzaba la Cumbre nos levantamos de madrugada con el presidente Arzú y salimos a hacer ejercicio, él a trotar y yo a pedalear al gimnasio, y entonces nos topamos con Fidel que a las 6 de la mañana ingresaba después de haber celebrado reuniones durante toda la noche. A las ocho en punto, cuando llegamos al salón donde se iba a celebrar el evento, ya estaba allí lápiz en mano, haciendo sus anotaciones. Y esa noche fue la ceremonia de clausura y Fidel siguió de largo, trabajando sin parar y así ha sido toda su vida.

La revolución cubana es un prodigio de la política. En una cena, Maco Sosa, ministro de Salud en el gobierno Arzú, comentando sobre esto me decía del trabajo político de los cubanos: «en este momento que vos y yo estamos platicando hay ciento cincuenta de ellos en toda América Latina, atendiendo a miles de contactos, hablando con tirios y troyanos, no descuidando un detalle, hablando incluso con los cubanos más recalcitrantes.» A lo largo de los años impulsaron la formación de centenares de comités de solidaridad en todo el mundo y han enviado sus médicos a donde ha hecho falta y se les ha solicitado. Han analizado con todo rigor y detalle a su gran adversario, nada menos que Estados Unidos, cuya lista de agresiones sería ocioso repetir, y han

hecho fracasar cada uno de sus ardides. En fin, es una historia muy amplia como para pretender siquiera un intento de síntesis, pero toda ella se resume en el hecho insólito que, desde esa pequeña isla del Caribe, se haya generado una verdadera conmoción mundial. Es decir, que no sólo se hizo una revolución a 90 millas de las costas de Estados Unidos, sino que la defensa de esa revolución ha consistido básicamente en estar a la ofensiva siempre.

Antes se decía que Cuba únicamente sobrevivía por el apoyo que recibía de la URSS. Cuando ésta se desplomó, medio mundo comenzó a entonar el *réquiem* por la revolución cubana. Sin embargo ésta sobrevivió al naufragio del campo socialista, atravesando por un período de penuria extrema, «el período especial», y viéndose luego obligada a reformas económicas que permitieron superar los momentos más difíciles y producir cierta prosperidad. Eso trajo aparejada una mayor desigualdad, y muy especialmente un fortalecimiento de los sectores o grupos más ajenos a la revolución, que son los que tienen parientes fuera que les envían dólares o que en la Isla impulsan negocios por su cuenta, los permitidos y los que no. Pero lo cierto es que al margen del juicio que a cada uno le merezca el tipo de sociedad y de régimen político que se vive en Cuba, la Revolución Cubana es un tesoro de experiencias.

Sin embargo, como ya dije, en ese mes de mayo de 1968, que pasaría a la historia de la mano de los estudiantes y trabajadores franceses, yo estaba absorbido por la perspectiva del retorno no sólo a México sino, de allí, a Guatemala. Como pasa tan a menudo, las cosas ocurrieron de muy diferente manera.

CAPÍTULO VI

BUSCANDO NUESTRO DESTINO

Abordé en Praga un vuelo de *Air France* cuyo destino supuesto era París, pero sobrevolando ya la Ciudad Luz el piloto anunció que no se podía aterrizar allí, de manera que lo haríamos en Bruselas. Era mayo de 1968, justo en el

momento que una huelga general tenía paralizada a Francia como nunca en su historia. El personal completo de todos los aeropuertos franceses secundaba esa huelga que involucró a 8 millones de trabajadores en todo el país. Indignada, una pasajera reclamaba a grandes voces la irresponsabilidad de *Air France*, que luego de venderle los boletos se ponía en huelga; obviamente, no captaba la magnitud de los acontecimientos.

Durante ese vuelo, me metí en la conversación de unos pasajeros mexicanos que platicaban sobre la historietita de *Los Supermachos*, producida entonces por Eduardo del Río, «Rius», y la cual me parecía genial. Metido en la conversación comencé a repetir de memoria parlamentos enteros de una de esas historietas, en la cual regresa al pueblo de San Garabato el vate Froylán Osorio, poeta popular que se fue al Distrito Federal y se convirtió en pintor de la Zona Rosa. El vate le contaba a Chón Prieto y a Calzonzin que se abrió paso a base de denostar a los grandes maestros de la pintura y desarrollar un nuevo estilo que bautizó como «arte de retaguardia» —¿Y por qué maestro?— Porque me echaba pintura en las nalgas y así pintaba.

Al encontrarse con Chón en la calle, el vate lo saludó diciendo: «mi buen amigo Chón, misántropo aunque epicúreo, sigues tan célibe como otrora, o acaso el tálamo erótico ha dado fin a tus libertinos escarceos.» Chón dice: «híjole, éste como que tomó LSD con teporocho.» Luego se van a un bar y el vate Froylán Osorio exclama: «Tecos y periecos, güelfos y gibelinos, marines del Pentágono canijo, ¡salud a todos! Añooro Guanajuato, en esa anciana urbe han puesto seis cantinas por cuadra, cada calle es porciúncula, síntesis y análisis del órdago convite en que Baco oficia su rapsodia.» Era una crítica demoledora al esnobismo intelectual y un prodigio de gracia. Y a medida que yo recitaba los parlamentos, los mexicanos reían, pero en particular un hombre pequeñito, de tez blanca y profundas entradas. «Él es Rius», me dijo entonces uno de sus acompañantes.

Para qué quise. Pero de lo que platiqué con él he recordado siempre algo que me llevó a entender muchas cosas. Yo le dije que se debía sentir muy satisfecho por haber creado una historietita que realmente le llegaba al pueblo y por ese medio desarrollar su conciencia. Pero para mi sorpresa Rius me comentó: «mi historietita no le gusta al pueblo, le gusta a la clase media. Al

pueblo no le gusta verse retratado como gente vestida en harapos o metida dentro de un barril de pulque.»

Años después, preparando la celebración del 1o de mayo de 1981, en el seno de la Comisión de Trabajo Amplio de Masas del EGP, revisamos un volante que, en forma de historieta, había dibujado alguien con quien nos vinculamos por medio de Luís Eduardo Pellecer Faena. En ese volante el personaje principal era un obrero y aparecía retratado tal cual, con una vestimenta modesta, gorra, quizá con aire cansado. A los miembros de la COTRAM nos pareció genial aquel volante y la caracterización de los personajes, pero a mí se me ocurrió que lo sometiéramos a consideración de los compañeros obreros. Así se hizo y la opinión de ellos se puede sintetizar en la expresión de uno de los consultados que al ver al personaje obrero exclamó: «puta, ese pisado no parece obrero sino ladrón.»

A ellos les gustaba el dibujo tradicional en el cual aparece un trabajador hercúleo que blandiendo una enorme cimitarra está a punto de degollar al Tío Sam y capitalistas que le acompañan, dibujados éstos con leva y bombín: o sea, el realismo socialista. Recordé la crítica sin concesiones de Trotsky a la proletkult de Stalin y sus argumentos brillantes y altaneros acerca de que eso no era cultura, y que para llegar a la cultura, «la cabaña de leños rusa tenía que asimilar primero el encaje gótico de la cultura europea.» Dicho sea de paso, una vez más Trotsky mostraba que tenía razón en la esencia de las cosas, pero sus planteamientos y actitudes eran políticamente incorrectas. Trotsky nunca entendió algo que un ilustre mexicano, don Jesús Reyes Heróles, dejó sintetizado en una frase genial: «en la política la forma es el fondo.»

Llegué a México a mediados de mayo del 68, cuando ya se había iniciado el movimiento estudiantil que desembocaría en la tragedia de Tlatelolco. Antes de terminar el entrenamiento salí apresuradamente de Cuba con el objetivo de atender políticamente a los compañeros de CRÁTER y evitar que el grupo se disgregara, puesto que también habían llegado noticias con relación al matrimonio de Marian Peter (Marjorie Bradford) con el padre Tomás Melville y su partida hacia Estados Unidos; mientras, el padre Arturo Melville había sido capturado por fuerzas de seguridad mexicanas y expulsado del país.

Durante mi estancia en Cuba, los compañeros habían continuado en contacto con las FAR a través de Juan Lojo, designado por César Montes para ese fin. Llegué a México con una serie de contactos ya establecidos para encontrarme con ellos, pero todos me fallaron. Entonces me comenzó a invadir cierta desesperación, porque no tenía idea de cómo ubicarlos. Pasaron algunos días (no muchos), y en uno de tantos me estaba echando un lustre sentado en una banca de La Alameda, cuando de pronto escuché: «¡Sholón!» Era Gustavo Meoño, quien con tres horas de anticipación llegaba a conseguir lugar para disfrutar en primera fila los conciertos que allí se ofrecían todos los domingos y en los cuales —y como expresión de aquel México social que conocimos— podía uno escuchar gratuitamente a las figuras cimeras de la música y la canción. Ese día ya no se le hizo a Meoño lo del concierto, porque luego del gusto y de la tremenda sorpresa emprendimos la marcha, y una hora después ya nos habíamos reunido todos: María Cristina Arathoon, Juan Mendoza, Ricardo Goubaud, Jorge Arturo Taracena, Meoño y yo. Más adelante se habrían de agregar María del Carmen Flores y Willy Cruz.

Al encontrarnos en el Distrito Federal, la mayor preocupación del grupo era averiguar qué pasaba con la gente de los comités campesinos que se habían organizado en Huehuetenango, especialmente en los Cuchumatanes. Los compañeros, antes de salir a México, habían acordado con la gente retomar los contactos en Comitán, población cercana a la frontera con Guatemala. No se logró. Cuando lo intentaron pasó otra de esas historias extrañas de las que hay tantas en este relato. Marian Peter, Tomás Melville, su hermano Arturo —que era párroco de San Antonio Huista— y varios de los miembros de CRÁTER (más los ya mencionados), salieron de Guatemala en una precariedad económica muy grande y entre las cosas que se les ocurrió al llegar a México, fue comprar un número de la lotería. En esas estaban cuando decidieron que Arturo Melville y el Chucho Goubaud fueran a Comitán para intentar restablecer el contacto. Por precaución, Arturo y el Chucho decidieron sentarse en el bus en asientos separados y distantes. Ya en la carretera, la Policía Federal detuvo el vehículo. Los agentes entraron y directamente se dirigieron al asiento de Arturo. Lo capturaron, lo golpearon en los interrogatorios y luego de tres días de estar desaparecido, lo fueron a dejar tirado a la frontera de México con Estados Unidos. El billete de lotería que

Arturo llevaba en la bolsa del pantalón se lo robaron, sin que él supiera hasta ese momento que se habían ganado un premio cuantioso. Después de todo esto, Arturo se estableció definitivamente en Estados Unidos. Y la misma decisión tomaron Marjorie y Tomás, que dejaron sus hábitos y contrajeron matrimonio. No tardaron mucho en involucrarse en el movimiento pacifista en contra de la guerra de Vietnam y los dos estuvieron en la cárcel junto con Blaise Bonpane.

Con Meoño nos dirigimos a la casa de José Luis González Sierra, alias «Pepe del Salto», donde estaban hospedados los compañeros en medio de un desorden descomunal. Una tras otra habían ido ocupando las múltiples vajillas de esa extraña mansión, situada junto al Sanborn's de Insurgentes. Pepe era hijo de un empresario taurino de Tamaulipas, al parecer muy rico, y estaba metido hasta el fondo en el movimiento estudiantil que ya se estaba gestando; era directivo del Comité de Ciencias Políticas, según recuerdo. Además, los compañeros del CRÁTER tenían contacto con un grupo de mexicanos solidarios con Guatemala que también estaban muy vinculados al movimiento estudiantil. Editaban una revista que se llamaba Hora Cero. Daniel Molina era el director y con él trabajaban Julián Meza, alias el Lechuzo, y Diana Rivera, entonces compañera de Daniel. El apodo de Lechuzo, se lo puso a Julián uno de los personajes más insólitos de la revolución guatemalteca, conocido como El Coche, y llamado José María Ortiz Vides, a quien vi un par de veces en Cuba, quedándome francamente desconcertado ante sus características. Los compañeros de Hora Cero mantenían relación con el Coche, y en una ocasión me dieron a leer una carta suya, y los tres observaban atentamente mis reacciones; la carta comenzaba diciendo, «Querido Lechuzo», y cuando levanté los ojos y le vi la cara a Julián estallé de risa porque era idéntico al referido Lechuzo, personaje de Los Supermachos, la historieta de Rius. ¡Cuando no, el don de los guatemaltecos para poner apodos, y en este caso el autor, el Coche, era nada menos que antigüeño!

El Coche le puso de apodo *Petunia* a su compañera, y a su hijo lo inscribió como Cicerón. Era el más temerario de los jefes de la Resistencia de las FAR, célebre por sus acciones suicidas, y al mismo tiempo acarreaba por el mundo lo que él llamaba sus Obras Completas, y que era la colección de Cuentos de Navidad de Walt Disney, que había enviado a empastar. Como

parte de la polémica dentro de las FAR, escribió entre tantos un documento que tituló: «*Putas, qué putas, ¿cómo que qué putas?*» La razón de ser de semejante encabezado, que habría hecho las delicias de los surrealistas franceses, radicaba en que el Coche le había enviado con un propio un mensaje a César Montes, quien se encontraba en la Sierra de las Minas. Cuando el correo retornó, el Coche lo interrogó: «¿y qué dijo César?» le preguntó. «Leyó la carta —contestó el otro— y al final comentó: putas, y ¿qué putas pretenderá el Coche con esto?» Por eso el Coche comenzaba diciendo: «*putas, qué putas, ¿cómo que qué putas?*», para explicar a continuación su propuesta para reestructurar la dirección de las FAR: «Comandante en Jefe, *Canducho* (Turcios). Por los demás huesos, échense verga pisados.» Daniel Molina y compañeros vivían en un pequeño departamento junto a la Calzada Plutarco Elías Calles, enfrente de una pulquería cuyo nombre no se me olvidó jamás: La Fuente Embriagadora.

A los compañeros de *Hora Cero* se les llegó por vía de Mario Solórzano Foppa, primo hermano del Chucho Goubaud. De la casa de Pepe del Salto hubo que salir por múltiples razones, entre ellas la seguridad, dada la actividad de Pepe. Entonces Daniel Molina consiguió que unos parientes suyos nos prestaran una pequeña casa en San Pablo Ostotepetl, pueblo situado entre Xochimilco y Milpa Alta, en lo más elevado de la montaña. Para entonces ya éramos un grupo de ocho, seis hombres y dos mujeres. En San Pablo decidimos aprovechar el tiempo en entrenamientos de tipo militar, para lo cual adquirimos en Sears un rifle 22 de dos cartuchos, marca *Coyote*, y con él realizábamos prácticas de tiro luego de largas caminatas por esas montañas pobladas de conejos y serpientes de cascabel. Ya cerca del pueblo el bosque daba paso a laderas áridas sembradas de magueyes y de nopales. En nuestras caminatas siempre nos encontrábamos con campesinos «raspando los magueyes» (extrayendo el aguamiel que se convierte en pulque), y podando los nopales, exquisitez mexicana que descubrimos desde entonces y para siempre.

Conforme el movimiento estudiantil se desarrollaba, lo hacía también la vigilancia de las fuerzas de seguridad mexicanas; lo que unas semanas antes no hubiera llamado la atención, en la nueva situación sí lo hacía. El hecho que un grupo de jóvenes evidentemente extranjeros (aunque intentábamos

hacernos pasar por mexicanos), viviera en una casa con las características señaladas y se dedicara a emprender largas caminatas, fue despertando las lógicas suspicacias, de manera que hubo que pensar en un traslado. De San Pablo la fuimos a tener a una pequeña aldea del estado de México llamada Los Reyes. La casa que conseguimos era aledaña a una crianza de cerdos, y jamás en la vida he visto yo tantas moscas juntas como las que había allí, hasta que compramos en la tlapalería un «insecticida japonés» que anunciaban por la radio, y que a la primera aplicación provocó una mortandad tan enorme de moscas que hubo que barrer el piso en sucesivas ocasiones. A las pocas semanas de estar allí, ya nos habíamos vuelto sospechosos otra vez, de manera que se hizo necesario un nuevo traslado, ahora a la ciudad de México, donde un grupo como el nuestro podía pasar desapercibido.

Fue así como la fuimos a tener a un departamento en el sexto y último piso de un edificio ubicado en una colonia popular, la Cuatro Árboles, situada en el lado este de la calzada Ignacio Zaragoza, cerca de Ciudad Netzahualcóyotl, conocida entonces como la mayor concentración de pobres en el DF (más de un millón). Conforme el movimiento estudiantil crecía y la inauguración de los Juegos Olímpicos se aproximaba, la tensión en el ambiente se podía cortar con tijera.

Aunque entonces no teníamos mayor experiencia política ni tampoco solidez en nuestra formación teórica, ya contábamos con una serie de elementos para observar con atención la situación de México y, por supuesto, ese era el principal tema de conversación con nuestros amigos, algunos de los cuales estaban en el Comité Nacional de Huelga. Lo que indudablemente le daba gravedad al movimiento estudiantil era que estaban por celebrarse las olimpiadas que el gobierno y muchos otros sectores habían preparado con celo y empeño para hacer de ellas la gran ventana de México al mundo.

En la misma colonia, nosotros nos dábamos cuenta que el movimiento estudiantil no tenía arraigo en la población, en las bases del pueblo. Las demandas de los estudiantes eran ajenas a ellos. Entre esas demandas recuerdo la disolución del cuerpo de granaderos y la eliminación del delito de «disolución social» contenido en el *Código Penal*, las cuales eran reivindicaciones puramente políticas y sobre temas estudiantiles, de manera que si bien el movimiento podía ganar en amplitud —obviamente, cuando se

producen movimientos de esa naturaleza se genera una cierta expectación—no era un movimiento que pudiera realmente involucrar al pueblo mexicano. Aunque nuestros amigos estaban conscientes, nosotros les insistíamos en la urgencia de encontrarle una salida. Según tengo entendido el mitin de Tlatelolco tenía ese objetivo. Uno de los grandes misterios de lo que ahí sucedió es por qué la inteligencia mexicana, que seguramente sabía eso, no dejó que el movimiento languidciera o que lo cerraran sin derrota. Pero no. Los juegos olímpicos iniciaban el 12 de octubre y la matanza de Tlatelolco fue el 2 de octubre, acción brutal y temeraria por parte del gobierno. No obstante, las olimpiadas se desarrollaron sin contratiempo.

Lo ocurrido parecía que iba a tener un costo muy alto para el Gobierno mexicano, sobre todo en la esfera internacional, pero nosotros observábamos que eso sólo pasaba en pequeña medida, tomando en cuenta la gravedad de los acontecimientos. Así nos fuimos percatando de la fortaleza internacional del Estado mexicano, producto de una política exterior de altos vuelos. Efectivamente, «tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos», pero los mexicanos han sabido convertir esa cercanía en fortaleza. Nada que pase en México puede ser ajeno para Estados Unidos, de manera que a pesar de situaciones tirantes con el régimen del PRI, a la gran potencia jamás le interesó que se desestabilizara el sistema político de su vecino. Aún bajo la presión que significa ser fronterizo con Estados Unidos, los mexicanos conservaron sus propios espacios en la política internacional, y quizá la más clara evidencia de ello está en su relación con la Revolución Cubana. Fue el único país que no rompió relaciones con Cuba luego de aquella vergonzosa reunión en Punta del Este donde Estados Unidos prácticamente dio la orden para que todos los siervos latinoamericanos lo hicieran.

La política de México hacia Cuba encaja con las grandes líneas de política exterior mexicana que se mantuvieron incólumes al menos desde Porfirio Díaz hasta Carlos Salinas de Gortari, quien las abandonó explícitamente. De una política exterior que se había basado en construir contrapesos frente a la presión de su poderoso vecino, Salinas pasó a la asociación con éste por la vía del Tratado de Libre Comercio. En su libro, *México*, el ex Presidente argumenta que los contrapesos ya no son posibles, puesto que Estados Unidos era de lejos la única superpotencia, de manera que lo que correspondía era asociarse

con él. En fin, traigo esto a colación, porque una de las cosas que pudimos observar fue la «discreta» reacción cubana frente a la matanza de Tlatelolco. Recuerdo que el diario *Granma* empleaba un lenguaje tipo «las fuerzas del orden reprimieron...», mientras que si en cualquier otro país de América Latina se le pegaba un garrotazo a alguien, eran «los gorilas». No quedaba de otra, México era entonces la única puerta de Cuba para América Latina. Así es la real politik y no puede ser de otra manera.

Eso que ocurrió en Tlatelolco fue tremendo. Cada día hay más análisis y testimonios sobre lo que pasó. Los historiadores tendrán que analizar bien a fondo cómo, a partir de esto, cambió la historia mexicana. A mi juicio, Tlatelolco fue el primer síntoma de que el sistema del PRI se había agotado, a pesar que existió todavía muchos años más. Personalmente, de todos esos hechos se me grabó un elemento que me parece clave: cuando se producen movilizaciones masivas de cualquier tipo, la dificultad mayor es cómo llevar el movimiento a un desenlace positivo o cómo detenerlo, cómo replegarlo sin que eso signifique derrota. Ahí me di cuenta lo difícil que era la conducción de un movimiento como el de los estudiantes mexicanos, que no constituían una organización estructurada y disciplinada. Tampoco lo fueron en Francia en mayo del 68 donde, según datos del entonces director de la Policía, hubo un día en que salieron al mismo tiempo a la calle once millones de franceses en protestas de diferente tipo en todo el país. Y aun así, ese movimiento estudiantil francés con toda su innovación, con toda su combatividad, su gran amplitud, terminó disolviéndose. Si bien ambos movimientos se dieron en circunstancias distintas, lo sucedido muestra que las revoluciones no son posibles si las fuerzas motrices de las mismas no emergen de la base de la sociedad y si no son dirigidas por una organización revolucionaria. Ello no obstante, tanto el mayo francés como el octubre mexicano, fueron factores muy importantes de cambio en sus países respectivos y constituyeron hechos de implicaciones internacionales. En una entrevista que Jean Paul Sartre realizó con Daniel Cohn Bendit, Sartre le preguntó si le parecía que había correspondencia entre las dimensiones y la radicalidad de las luchas de mayo, por una parte, y por la otra las tímidas reformas implementadas por el gobierno. El estudiante de Nanterre, figura cumbre de la lucha estudiantil, entre otros aspectos señaló que «hay ocasiones en la historia, en las que es necesario hacer acciones

revolucionarias para obtener objetivos reformistas.» Para mí, esto fue una idea clave para la comprensión de la historia.

Entre otras de las características de las Olimpiadas de México estuvo que había boletos al alcance del bolsillo popular. El Chucho Goubaud, el Mico Taracena y yo compramos boletos para presenciar las pruebas de ciclismo en el nuevo velódromo *Agustín Melgar*, dotado de una maravillosa pista hecha con maderas africanas. Cada boleto nos costó cinco pesos, cuarenta centavos de dólar. Una semana antes que los juegos arrancaran, en una de las carreras pre-olímpicas, estábamos nosotros en la meta esperando el final. La carrera de 160 kilómetros concluía con una vuelta al autódromo de la Magdalena Mixuca, cercano a la Cuatro Árboles. Escuchamos el ruido de las sirenas y a la distancia vimos que venía un ciclista escapado, y sorprendidos nos dimos cuenta que traía el suéter de Guatemala. A doscientos metros de él ingresó el pelotón donde estaban los ases europeos y sudamericanos, entre ellos un corredor belga entonces campeón mundial amateur, y el legendario Cochise Rodríguez de Colombia. En terreno plano un pelotón es una locomotora y en cambio un ciclista en solitario tiene que enfrentar solo al peor enemigo en esas circunstancias, que es el viento. Faltaban cinco kilómetros para el final. Parecía imposible que el escapado mantuviera la ventaja, pero lo hizo. Para nuestro delirio, Saturnino Rustrián Cáceres, *El Chapín de Acero*, levantó los brazos al cruzar la meta, festejando de esa manera una victoria de gran nivel.

A última hora ya no pude asistir a las competencias de ciclismo, salvo las pruebas finales. Me involucré en algo que muy pocas veces he comentado. Estando en casa de Daniel Molina conocí a un personaje que formaba parte de la guerrilla de Genaro Vásquez, la cual operaba en la Sierra de Guerrero. Este personaje nos platicó que en la organización (al menos en la estructura donde él estaba), no había ninguno con una verdadera preparación militar e incluso no sabían cómo desarmar las pocas armas que tenían para poder limpiarlas. Entonces yo, como a lo largo de mi vida he reaccionado tantas veces, dije de sopetón: «pues yo voy y les enseño.» Y justamente el día que comenzaban los juegos olímpicos, salí para la Sierra de Guerrero. Valoramos que por los juegos difícilmente le estarían poniendo atención a esa zona. Nos fuimos en un carro rumbo a Acapulco y de allí a la población de Atoyac de Álvarez, donde llegamos a una casa de colaboradores de la guerrilla. Ya entrada la noche

fueron a recogerme los dos encargados de trasladarme al lugar donde daría el entrenamiento. Por todo armamento llevaba una pistola, pero me tocó cargar un inmenso costal de bolsas de INCAPARINA, que llevaba como colaboración. Iniciamos el camino hacia la montaña y para mi sorpresa nos fuimos por la carretera y no por el monte; los perros salían a ladrarnos cuando pasábamos en medio de los poblados. Yo nunca había estado en una guerrilla pero sabía lo elemental, como es caminar por veredas y no dejarse ver por la gente, pero de nada valieron mis sugerencias: «aquí todos son amigos y por el monte es muy trabajoso caminar,» me decían los guías. Ya de madrugada llegamos a la casa de un campesino, donde yo debía esperar a otros compañeros que me llevarían al campamento.

La primera noche pasó sin sobresaltos, me escondieron en la troje y allí dormí, con instrucciones de no asomar ni la punta de la nariz. Aún de día la troje era oscura y sólo entraba luz por una rendija. El único libro que llevé conmigo fue *La Guerra de Guerrillas* del Che, el cual había leído varias veces, pero lo llevaba para regalar; sin embargo lo tuve que leer otra vez con la poca luz que se filtraba, porque me desesperaba la soledad y la oscuridad y no tener a nadie con quien conversar. En la mañana y en la noche llegaba un niño que me llevaba comida y varios cocos partidos por mitad para que los usara como bacinilla. Yo trataba de hablar con el niño de cualquier cosa, pero para colmo de males el infante padecía de labio leporino y lo que decía era incomprendible. Así pasaron dos o tres días hasta que en uno de tantos comencé a escuchar gritos y voces de mando y rápidamente me di cuenta que era el Ejército. En efecto, habían llegado a catear la casa del campesino, y mientras unos soldados procedían al cateo y quizás hacían algunas detenciones (nunca lo supe), otros se fueron a sentar apoyando la espalda contra las paredes de caña de la troje. A través de las rendijas podía yo ver sus siluetas. Pensé que mi hora había llegado, y lo que hice fue parapetarme detrás de los costales de maíz, con la pistola en la mano y con la decisión de resistir, para así obligar a que me mataran, ya que tenía muy claro que lo peor que le puede pasar a un revolucionario es que lo capturen vivo. Sin embargo los soldados seguían recostados contra la troje y de pronto encendieron la radio y comenzaron a escuchar uno de los partidos de fútbol de la Olimpiada: ¿cuál de ellos? Nada menos que el partido que la selección de Guatemala le ganó a la de

Checoslovaquia, por uno a cero; Checoslovaquia había ganado la medalla de plata en los juegos de 1964; en México 68, Guatemala pasó a los cuartos de final donde fue derrotada por la selección de Hungría, que defendía el título olímpico.

El Ejército mantuvo su presencia en la zona y yo me tuve que quedar encerrado en esa troje no sé cuánto tiempo. Pasados los días llegaron unos compañeros a buscarme para organizar mi salida ya que, según me dijeron, las operaciones militares hacían imposible entrar en contacto con la guerrilla. Al principio vi el cielo abierto, pero luego, cuando me explicaron cómo iba a salir, de nuevo me asaltó la angustia. Me dijeron que iban a vestirme como campesino para que tomara un transporte público. Yo les decía: pero cómo me voy a disfrazar, si yo no tengo pinta de campesino. No te preocupes —me contestaban— aquí también hay gente güera como tú. Y sin mucho trámite me vistieron con un pantalón todo andrajoso, guaraches —como le dicen los mexicanos a los caites— morral y sombrero. Todo el camino hacia Atoyac, subido en la carrocería de un camión y en medio del montón de campesinos, me fui pensando, al primer registro me agarran, pero tuve la suerte que cuando ocurrió, los soldados sólo le pidieron los papeles al chofer. Veía los pies de mis acompañantes curtidos por el sol y endurecidos por la tierra, con la forma que adquieren cuando se ha caminado mucho tiempo descalzo, y luego me veía los míos, entre blancos y transparentes, surcados por venas azules, sin un solo callo y con las uñas arregladas como si hubiera ido al manicurista (todo esto por efecto del contraste). Pero por fin llegamos a Atoyac, me cambié de ropa en la casa donde había sido recibido, y tomé el primer autobús para el DF.

Después de los hechos de Tlatetololco, por supuesto, se endureció el control de las autoridades; sobre todo hacia los jóvenes involucrados en el movimiento estudiantil y hacia pequeñas organizaciones de izquierda que antes no les causaban mayor escozor. En ese contexto, a nosotros nos tocó andar del tingo al tango, de casa en casa, y siempre con la obsesión de entrar a Guatemala para contactar a la gente de Huehuetenango. Por otra parte, fuera de recomendaciones generales, no recibíamos orientaciones de Rolando Morán ni de César Montes, a pesar de las reiteradas consultas. Sin embargo, cuando les comunicamos nuestros planes para ingresar al país por el área en que el río Xalbal entra a territorio mexicano y se convierte en el río Lacantún,

entonces sí recibimos respuesta, la cual nos sorprendió. Nos disuadían de usar esa ruta y nos aconsejaban entrar por la región de los lagos de Montebello, ubicados alrededor del llamado vértice de Santiago, y parte de los cuales están en Chiapas y otros en Huehuetenango.

La respuesta nos sorprendió porque nosotros ya habíamos visitado el área y nos habíamos dado cuenta que estaba cubierta únicamente por bosques ralos de pino que hacían muy difícil el ocultamiento, y además con una población relativamente numerosa que fácilmente podía detectar la presencia de cualquier extraño. De todas maneras, lo primero era dotarnos de equipo, y en especial de armas. Sabíamos que en Estados Unidos, en el área fronteriza con México, podían comprarse armas de guerra que se vendían como deportivas y cuyo precio era accesible, y le teníamos el ojo puesto a las carabinas 30 M-1, que según recuerdo costaban cerca de 120 dólares. Además, debíamos contar con mapas, puesto que ninguno de nosotros conocía el terreno (creíamos ingenuamente que con brújula y mapas era suficiente para orientarnos).

Las armas las pretendimos adquirir a través de Pepe del Salto y del Cuñado, un norteño amigo nuestro cuya familia vivía en Matamoros, o sea, justo en la frontera; en esa época, en las poblaciones fronterizas, todo mundo iba y venía para hacer sus compras en Estados Unidos o a la inversa sin que hubiera registro de aduanas; ese registro estaba después, fuera de esta área de «libre comercio». Pepe y el Cuñado salieron con dos mil dólares, que era todo nuestro capital, y con el encargo de comprar ocho carabinas. Desde que partieron nos pusimos en estado de alerta y hacíamos posta todas las noches, como prevención a que pudieran ser detenidos, y lo que pensábamos que iba a ser cuestión de días se convirtió en semanas sin noticias. Por fin apareció el Cuñado con la historia de que, efectivamente, habían comprado las carabinas y las habían introducido a México, guardándolas en casa de su familia. Pero que esa misma tarde un amigo de su padre, Vásquez, había llegado para alertarlo que la Federal iba a catear la casa, ya que su hijo tenía guardadas allí unas armas. «¿Quiobo Riverón? ¿Quiobo Vásquez?» se saludaron, y luego del chisme el padre del Cuñado, Riverón, fue con ellos y les dijo que sabía lo de las armas y que urgía sacarlas. Según esto, ellos se tragaron el anzuelo y

entregaron las armas, para que acto seguido Riverón los agarrara a madrazos por cabrones.

En cuanto a los mapas, ocurrió que por intermedio de Daniel Molina, conseguí trabajo en una entidad denominada *Investigación de Mercados CPV*. CPV quería decir Celestino Pérez Vargas, nombre de su director. Se trataba de un Mayor retirado del Ejército mexicano que se había especializado en logística en la Escuela Superior de Guerra del Ejército argentino. Según él me contó, a nivel de Estado Mayor, la logística conlleva el uso de la cartografía muy profundamente, no solo en términos militares sino también para ubicar riquezas naturales, definir dónde construir los caminos y la infraestructura para explotarlos, calcular los costos, analizar la viabilidad económica de dicha explotación; es decir, un conjunto de metodologías y principios que bien podían aplicarse a la investigación de mercados; al mismo tiempo seguía trabajando en la dirección de cartografía militar.

Entonces empecé a urdir una trama para conseguir los mapas que necesitábamos. Le conté que estaba haciendo una tesis de antropología en el área fronteriza de Montebello, y que para documentarla requería mapas de la zona en escala 1:50,000, y le pregunté si él los podía conseguir. «Si los consigo nos meten presos a usted y a mi —me dijo—; ese es un secreto militar.» Pero me consiguió unos mapas en la escala de 1:250,000, con los que, según nosotros, podíamos diseñar la ruta para acceder a los Cuchumatanes.

Pero de todas maneras, con lo ocurrido a propósito de las carabinas, nos quedamos sin carabinas y sin pisto, y viéndolo a la distancia eso resultó providencial, porque esa loca expedición nos hubiera llevado a la muerte.

Un buen día, quizá a mediados de 1971, Ángel me dijo: «Mirá, si ustedes aplican ese plan se hubieran ido a morir.» Un poco molesto, le alegué que simplemente nos hubieran dicho que no nos moviéramos, en vez de aconsejarnos esa ruta. «Si les hubiéramos dicho que no, habrían podido sospechar que nosotros estábamos pensando también en la ruta del Lacantún y el Xalbal, y nos la quemaban; y si la usaban también la quemaban», me respondió. Con el andar del tiempo, la experiencia y la lectura (Maquiavelo), he ido confirmando lo descarnada que es la política. La crudeza es un elemento inherente a ella. Cuando se juegan cosas de mucho fondo o que los

protagonistas piensan que lo son, es cuando se pueden dar las mayores barbaridades, que alguien que está fuera del contexto no puede entender.

Origen y fundamentos del EGP.

Justamente cuando se nos frustraron los planes, empezaron a llegar a México los miembros del grupo de combatientes que se habían entrenado en Cuba, y al poco tiempo apareció César Montes y luego Rolando Morán.

Rolando fue quien realmente sentó las bases del EGP: la estrategia, el concepto más elaborado de una organización político-militar y el diseño de un proceso de guerra revolucionaria donde la fuerza principal serían los indígenas, concepto innovador para el cual fue fundamental el papel de Aura Marina Arriola. Las bases conceptuales de la estrategia del EGP están contenidas en un documento escrito por Rolando que lleva como título *Situación y Perspectivas del Movimiento Revolucionario Guatemalteco*, más conocido como *Documento de Marzo* (marzo 1966). En él, para sintetizarlo de alguna manera, Rolando argumenta que el escenario del oriente del país (asiento del Frente Guerrillero Edgar Ibarra de la Sierra de las Minas), no era propicio para iniciar la guerra de guerrillas por presentar un conjunto de circunstancias desfavorables, sobre todo para el momento inicial. Estas circunstancias desfavorables eran, hasta donde recuerdo, de posición geoestratégica de la Sierra de las Minas y también de tipo ideológico y político, por considerar que en el Oriente del país es donde el Estado guatemalteco, y en particular el Ejército, han gozado de mayor apoyo. Es un área donde la derecha siempre ha sido fuerte y lo fue, aún más, luego de la derrota de Árbenz. Ha sido también cantera de cuadros de todo nivel para la burocracia estatal, oficiales militares y miembros de las fuerzas de seguridad; de manera que el enemigo contaba desde el principio con aliados locales.

En lo geográfico militar, Rolando decía que Luís Turcios, Yon Sosa, Luís Trejo y otros oficiales que iniciaron la lucha armada, razonaron sobre esto en términos militares convencionales, y pensaron que si lograban controlar desde la Sierra de las Minas la ruta del Atlántico, principal corredor comercial del país, afectarían los intereses estratégicos más profundos del Estado de Guatemala.

Rolando argumentaba que eso era cierto si uno ya disponía de un ejército con la fuerza suficiente para ocupar una posición de tanta importancia, pero lo que la guerrilla tenía que hacer era iniciar la construcción de ese ejército, y eso no se podía lograr desafiando frontalmente al rival, organizado y poderoso.

Por el contrario, en la «fase de implantación», la guerrilla debía ubicarse en aquellas áreas donde el enemigo fuera más débil en todos los planos y, en cambio, la guerrilla contara desde el principio con importantes fortalezas. En áreas donde el enemigo era débil porque tenía poco interés en ellas, ya que allí no se asentaban intereses importantes de las clases y castas dominantes. Señalaba también que la frontera cultural era un valladar frente a la capacidad del enemigo para ganarse a la población. A juicio suyo, todas esas condiciones se daban en el área de población mayoritariamente indígena, tanto en el altiplano densamente poblado como el área selvática. Pero —como ya quedó señalado— el área indígena no era concebida sólo como un lugar de inicio, sino como el escenario futuro para la disputa del poder, ya que los indígenas debían constituir la fuerza principal de la revolución por su doble condición de explotados y discriminados.

Como toda teoría, programa o estrategia, el rasero para medirla no puede ser si se cumplió o no al pie de la letra, porque todo lo mencionado no es sino aproximaciones a una realidad siempre cambiante, siempre sorprendente. Pero analizados esos conceptos a la luz de los hechos, efectivamente captaron elementos esenciales de la realidad y de la perspectiva. Como lo describe muy bien Mario Payeras en *Los Días de la Selva*, durante el período de asentamiento en el Ixcán y en el área ixil, la naciente guerrilla llegó a acumular una importante base de población antes que el Ejército se diera cuenta de su presencia. Fue hasta que la guerrilla ejecutó al señor Luis Arenas Barrera, finquero de la zona, que el Ejército inició sus acciones ofensivas; para entonces, el EGP ya tenía más de dos años de implantación y fueron ellos quienes decidieron —con razón o sin ella— darse a conocer abiertamente. Durante todo ese tiempo el secreto se mantuvo a pesar que, como cuenta Payeras, los campamentos de la guerrilla llegaron a semejar verdaderas ferias, dado lo numeroso y diverso de la población que los visitaba.

Sin embargo —como ya se dijo—, lo que ésta y otras estrategias nunca previeron ni analizaron fue la reacción del adversario, la capacidad de éste

para revertir sus debilidades, aunque fuera al costo de una matanza de proporciones genocidas. Por otra parte, se tenía una concepción idealizada de la comunidad indígena, según la cual los vínculos de identidad étnica la hacían prácticamente inmune a las diferencias originadas por la economía y la política, a lo cual se agregó la religión.

En términos militares, se subestimó lo que significa construir un Ejército, sobre todo el papel que juegan los oficiales y los medios de conducción y de mando que permitan reaccionar con rapidez y coherencia.

La vida orgánica

Con la llegada de más y más compañeros procedentes de Cuba, y bajo la conducción de una Dirección Nacional integrada por Rolando, César, Rigo y Ángel, empezó propiamente la vida de la organización, cuyo plan inmediato era insertarse en Guatemala. A la organización que nacía, Rolando la bautizó de la manera más simple: Nueva Organización Revolucionaria de Combate, y sería el embrión del Ejército Guerrillero de los Pobres. Esta organización —además de sus fortalezas— nació al menos con dos contradicciones: una, las desavenencias entre Rolando y Cesar que venían de atrás, puesto que uno de los motivos del viaje de César a Cuba era forzar a que el grupo de combatientes que Rolando retenía regresara a Guatemala para integrarse a las FAR; pero como «el que se va a la Villa pierde su silla», estando César en Cuba se enteró que lo desconocían como Comandante en Jefe y que asumía su puesto Camilo Sánchez, quien hasta entonces era el segundo al mando. Continuaba así la crisis de dirección que la muerte de Luís Turcios aceleró en el seno de las FAR, y Rolando y César Montes hacían un matrimonio de conveniencia, que no habría de durar mucho.

La otra contradicción era una discusión que se acrecentaba conforme la inserción se aproximaba, y que se veía también reflejada en la Dirección, concretamente a través de Rigo. Esta discusión tenía que ver con una polémica del momento, que un libro de Regis Debray agudizó (*¿Revolución en la Revolución?*), y que se refería a las condiciones para lanzar una acción armada. ¿Requería ésta de una organización previa o en su propio accionar la

iría construyendo? ¿La guerrilla era el germen de un futuro partido revolucionario o siempre sería una organización político militar?

Esto no era en ese momento una cuestión abstracta, pues desde hacía varios meses un grupo de compañeros, encabezado por César Montes, se encontraba instalado en una granjita hecha por ellos en el corazón de la selva, a orillas del río Lacantún, y a 500 metros de la frontera con Guatemala. La posesión de la tierra se obtuvo haciendo gala de audacia: César Montes, con documentación chueca, la solicitó a las autoridades respectivas y se la concedieron en posesión. Los compañeros —todos ellos del grupo— que eran campesinos y muy trabajadores, desmontaron y cultivaron: sembraron arroz de la variedad «milagro filipino» (eso lo sé, porque yo compré la semilla en los viveros de Coyoacán); criaron cerdos y gallinas y se convirtieron en un ejemplo de laboriosidad y creatividad para sus vecinos, que lo único que no se explicaban era que fueran solteros, y que deseaban casar a sus hijas con ellos. Para mientras, la discusión acerca de si las condiciones ya estaban maduras, o no, para ingresar al país, continuaba en el seno de la Dirección.

Rigo, refiriéndose a lo que él consideraba improvisación, decía que no quería participar en otro Concuá. Al poco tiempo, y para sorpresa de todos, decidió abandonar la organización, de la cual era una figura emblemática. Además de su condición de clase (obrero), Rigo era el típico militante comunista de la época heroica, austero y disciplinado. Había estado en la intentona de Concuá, demostrando con ello su decisión y su valor, y fue de los primeros en incorporarse a la Guerrilla Edgar Ibarra, poco tiempo después de esa traumática experiencia. Cuando la GEI tomó el puerto pluvial de Panzós en octubre de 1963, Rigo, que era oriundo de Alta Verapaz, se dirigió a la población hablando perfectamente queqchí. Además tenía el don de la música y la poesía, de manera que cantaba y tocaba la guitarra, componía canciones o bien les cambiaba la letra a canciones guatemaltecas populares. A un son muy conocido, Rigo le puso una letra que es todo un programa:

«Oye dulce madre del campo y la ciudad,
Que tu hijo no vaya a servir al cuartel,
Que no vaya a entregar, con esa ingenuidad,
Su vida por ningún coronel.

Tu hijo debe luchar, para restaurar,
Su derecho, su Patria, su hogar y además,
Que pueda trabajar, y la tierra sembrar,
Sin que nadie lo venga a explotar.

Oye soldado, no defiendas a los que te oprimen,
Toma tu arma y ven a nuestro lado,
Liquidemos para siempre el crimen.»

En una canción compuesta por él se proclama:

«Luchemos todos unidos
Los indios y los ladinos
Formemos el nuevo Estado
De obreros y campesinos.

Se hará la reforma agraria
Habrá industria y comercio
Relación igualitaria
Con todo el universo.»

Y sin embargo se mueve

No era poca la conflictividad que existía al interior de la NORC, pero esto no implicaba que se detuvieran los preparativos para entrar a Guatemala pues, a pesar de las contradicciones, lo que entonces predominaba y a lo largo del tiempo prevaleció fue la determinación, la decisión y la abnegación de los compañeros que construyeron el EGP.

Mientras llegaba el momento de partir estábamos organizados en células. Durante los meses finales de 1971 yo formaba parte de una que era conducida

por Mario Payeras y la integrábamos en total ocho militantes, seis hombres y dos mujeres. Llevábamos una vida austera, que no estaba exenta de deleites. Los únicos ingresos con que contábamos eran el sueldo de Judith y el mío, ambos muy modestos. Con papeles que me acreditaban como mexicano, había logrado un empleo en una empresa que realizaba promociones para la Colgate Palmolive. Según yo, en esa empresa siempre la pasé de mexicano, pero cuando comenzaron las «despedidas» correspondientes a mi renuncia (porque partiría a Guatemala), y al calor de unos buenos alipuces, uno por uno mis amigos me fueron confesando que nunca se habían tragado el cuento de que yo fuera su paisano.

Además de los sueldos que servían para las necesidades colectivas, cada uno de los integrantes de la célula recibía una pequeña suma para sus «gastos personales», la cual con frecuencia invertíamos en un succulento cocido dominguero y un litro de tequila, entonces sumamente barato. Durante la semana el menú variaba únicamente entre frijoles y lentejas, siempre acompañados por arroz y tortillas, y como extrema sofisticación rociábamos los platos con aceite de oliva, cuando había. También teníamos ubicada, en uno de los andenes del enorme y maravilloso mercado de La Merced, a una indígena oaxaqueña que vendía chiltepes verdes, verdadera rareza en el DF, donde el chiltepe (chile piquín), sólo se emplea seco y molido. Y en el mercado de Tacuba encontramos otro tesoro que nos hacía suspirar, nada menos que conchas para hacer ceviche, a las que en México, donde las hay, se les llama «pata de mula».

Vivíamos en un edificio de departamentos situado junto a la calzada Tacuba, el cual se encontraba en un estado bastante ruinoso. A unas pocas cuadras estaban los restos fosilizados de un ahuehuete que se decía era el árbol de la noche triste, bajo el cual lloró Cortés por la derrota que le infligieron los ejércitos de Moctezuma, debido a la torpeza e incontenible violencia del más ambicioso e intrépido de sus capitanes, Pedro de Alvarado. Cortés, que era un político nato, había logrado un estado de virtual alianza con Moctezuma que le permitía a los españoles radicar en la misma Tenochtitlan, y aunque el capitán español sabía que esa amistad no sería para siempre, consideraba prematuro romperla. Además, estando en la capital mexicana, se enteró que tres

naves españolas habían atracado en San Juan de Ulúa, y que se trataba de un ejército enviado por el gobernador de Cuba, Diego de Velásquez, con el objeto de someterlo a él, quien se le había insubordinado. Cortés partió con unos pocos soldados a hacerle encuentro a esa fuerza, dejando al mando en Tenochtitlan a Alvarado. Otra vez, como gran político y negociador que era, convenció a las tropas enviadas en su contra para que se unieran a él y compartieran el inmenso tesoro de Moctezuma, de lo cual llevó algunas muestras. En efecto, la expedición desconoció a Velásquez y se sumó a Cortés, pero cuando llegaron a la capital azteca, encontraron a los mexicas en pie de guerra. El motivo de ello era una masacre realizada por Alvarado en las escaleras del templo de Tlatelolco, argumentando la realización por los indígenas de sodomías y sacrificios humanos, pero en realidad con el objetivo de caerle cuanto antes al botín. La derrota de «la noche triste», por poco le cuesta a Cortés la conquista de México.

En los primeros días de enero de 1972, Mario Payeras —tal como previsto— salió de la célula y todos sabíamos que era para integrarse al grupo que ingresaría a Guatemala. En el siguiente viaje iría yo, y ya tenía todo preparado, que no era mucho, pues ropa, botas, mochila, hamaca y demás nos serían entregados en el lugar, de manera que mis preparativos se reducían a una navaja suiza que siempre había guardado con mucho celo, y una pequeña caja en la que acomodé una paleta con hilo de pescar, anzuelos y plomos. Desde niño me cautivó la pesca. Comencé pescando siricas en el lago de Amatitlán, usando cáñamo y con carnada de lombriz. Luego, en el muelle del puerto de San José me pasaba las horas de las horas pescando (o intentándolo, que viene a ser casi lo mismo). Solamente dejaba de hacerlo ante las amenazas de mi mamá de no llevarme más al mar si me pasaba todo el día como loco en el muelle. Pero pasársela en el muelle no era solamente la pesca sino las conversaciones fantasiosas de los pescadores y las historias chuscas cuyo recuerdo hasta la fecha me provoca una risa incontenible, como cuando Chalo, un pescador capitalino muy vanidoso que se instalaba en el «mirador» (la parte delantera del muelle), llegó presumiendo una chumpa de gamuza recién comprada que, aunque la llevó puesta, al rato se la tuvo que quitar por el intenso calor, y la acomodó sobre unas cadenas de enormes y gruesos eslabones; cuando la fue a buscar para enseñársela a un recién llegado, las

ratas le habían comido casi toda la espalda. Chalo «le tiraba al grande», y para ello llevaba unas enormes paletas de madera con doscientos y trescientos metros de nylon de grueso calibre, pues entre otras cosas pretendía atrapar a un inmenso mero, de más de cuatro quintales de peso, que se decía vivía bajo el muelle. Nunca lo hizo y, que yo sepa, jamás nadie vio a ese mítico animal. Sin embargo, circuló la historia de que había sido pescado, y que al descamarlo, quienes lo hacían cayeron hincados, pues bajo cada una de sus escamas tenía grabada la imagen de la Virgen de Guadalupe.

En los peores momentos de la pasión llegué a pescar en los charcos que se hacían en la calle de mi casa y a practicar el arte de lanzar con caña hasta lograr introducir el señuelo (una cucharilla), entre un güacal colocado a unos 40 metros de distancia. Inventé el «Club de Pesca Róbalos», del cual el único miembro era yo, pero tenía su escudo y lo llevaba pintado en un sombrero de petate que, como siempre, me hacía parecer clavo de lámina. Así que, en la perspectiva de la vida guerrillera, no me era en absoluto indiferente que la experiencia se desarrollara en esos caudalosos ríos de la selva (el Xalbal y el Ixcán), entonces repletos de róbalos, sábalos, blancos, pejelagartos, machacas, mojarras y otras muchas especies, y que eran muy fáciles de pescar por su absoluta ingenuidad; yo había tenido ya la experiencia, en la cooperativa Juan XXIII, formada por Tomás Melville en las orillas de la laguna de San Juan Acul, en El Petén. Salíamos a troleear en el cayuco de la cooperativa y, al nomás caer la cucharilla al agua, antes que se pudiera remolcar para que hiciera su efecto de señuelo, los róbalos y los sábalos la mordían a unos metros del motor

Ya estaba con un pie en la selva cuando, una vez más, la fortuna cambió el curso de mi vida. En uno de esos días de espera, estábamos en la célula viendo el noticiero de mediodía de Jacobo Zabłudowsky y, de pronto, anunciaron como noticia de última hora que se habían producido disturbios en la frontera con Guatemala. La información era confusa. Señalaba que un grupo de guatemaltecos había incendiado unas avionetas con las cuales bloquearon las pistas de aterrizaje en el área, y que habían hundieron las lanchas de la Comisión de Límites y Aguas ancladas en el río Lacantún. Mientras se escuchaba la voz de Zabłudowsky, apareció en pantalla el mapa de Guatemala y, entonces, en medio del estupor provocado en nosotros por la noticia, Judith

comentó: «muchá, no es porque uno sea chovinista, pero verdad que hasta el mapa es bonito.»

Por su parte, los compañeros de dirección, que conocían los planes, se dieron cuenta que se trataba del plan de emergencia que tenían preparado. Según la explicación que dio César posteriormente, llegaron a la granja unos cazadores y, al igual que en anteriores ocasiones, él y otros compañeros los acompañaron en la cacería, pero en el transcurso César argumentaba haber observado cosas que lo hicieron tener la certeza de que esos cazadores se habían percatado de la verdadera función de la granja y de que había gente internada en la selva; además —según él—se hizo evidente el vínculo de alguno de ellos con la Secretaría de Gobernación mexicana. Por tales razones, una vez partieron los susodichos, César decidió aplicar el plan de emergencia que consistía en lo ya dicho, y cuyo objetivo era retardar el posible envío de tropas al área, que entonces sólo podía ser por aire o navegando por el río. Al mismo tiempo, una pequeña guerrilla integrada por 15 efectivos penetraba a territorio guatemalteco y comenzaban los días de la selva, el 19 de enero de 1972. Nueve años después, en 1981, y según datos del Ejército de Guatemala, el EGP había organizado a 250 mil personas en el altiplano occidental, y según el EGP, esa cifra se aproximaba al millón.

Lo sucedido ese 19 de enero ocurrió en el marco de la controversia antes citada, con respecto a si estaban o no maduras las condiciones para entrar a Guatemala, y esto a su vez estaba entremezclado con las contradicciones entre Rolando y César. Como este último era partidario de ingresar al más corto plazo, flotó de inmediato la suspicacia de que la medida adoptada por él no tenía fundamento en la realidad, y que el verdadero objetivo era zanjar la polémica colocando a la naciente organización ante un hecho consumado. Además, César pasaba a la cabeza de esa pequeña fuerza que entonces era la mayor, y en cambio Rolando se quedaba en México con una estructura de poco peso y en función de apoyo a la vanguardia de la organización, que era su minúsculo destacamento militar.

Sea cual haya sido el motivo de los hechos —y contrario a lo que yo argumentaba entonces—, lo cierto es que la práctica demostró que, efectivamente, un pequeño núcleo de guerrilla, asentado en un territorio favorable (terreno y población), podía por sí mismo construir las condiciones

político-militares para erigirse en una fuerza capaz de desafiar al poder militar del Estado. Esto, al final, no se logró por un conjunto de razones, pero la implantación del EGP en la selva de Ixcán, primero, y luego su progresivo avance hacia lo que se definía como «el altiplano densamente poblado», mostraron que en las condiciones concretas de la Guatemala de entonces existía la posibilidad de constituir un Ejército popular campesino, a partir de una pequeña guerrilla originalmente librada a sus propios medios.

La primera carta de renuncia

Lo ocurrido con la penetración de la guerrilla a Guatemala no sólo me dejó con los colochos hechos, sino en una situación de descontento creciente con la organización, derivada principalmente de su verticalismo. Éste significaba que los militantes de base no teníamos arte ni parte en decisiones de ningún nivel ni un espacio donde nuestros planteamientos críticos fueran debidamente atendidos. En la NORC, y luego en el EGP, la práctica de la crítica y autocrítica heredada de los partidos comunistas se circunscribía a asuntos meramente personales, no como fue el concepto original, donde el objetivo era el análisis descarnado de los aciertos y desaciertos políticos, estratégicos, operativos y demás. En mi opinión, esa práctica de la crítica que existió en el EGP desde su nacimiento, y que incluía el derecho (si no la obligación), de incursionar hasta en la intimidad de las personas, es uno de los motivos de las interminables pugnas que caracterizan a la izquierda revolucionaria, donde lo anterior fue una práctica generalizada.

A mí me fueron exasperando cada vez más los rituales de la organización. Consideraba excesivo el celo de Rolando por enmarcarlo todo dentro de una jerarquía rígida que obligaba a utilizar «los canales adecuados» hasta para las cuestiones más triviales. Cuando tenía oportunidad conversaba con él y le exponía mis argumentos sobre la necesidad de la democracia interna, por ejemplo, y recuerdo que con frecuencia me decía: «a lo mejor tenés razón, pero entonces construí vos tu propia organización, porque ésta no ha sido concebida para eso». Andando los años comprendí que era lógico lo que me planteaba, ya que la democracia interna es incompatible con la clandestinidad,

y con mayor razón con el accionar militar, lo cual queda claro con la experiencia de América Latina, en donde organizaciones como el PRT-ERP argentino o el MIR chileno, que se propusieron combinar la lucha armada con el funcionamiento partidista, al poco tiempo se convirtieron en organizaciones político-militares como el EGP u otras. La conclusión es que el tipo de organización no es independiente de la forma de lucha; de manera que lo que yo pretendía era utópico.

Además, esta observación de Rolando me ha hecho ver que en mi vida política se ha repetido una constante, y es la de tratar de convertir a la gente que me rodea en algo diferente de lo que realmente es. En el CRÁTER, movimiento social cristiano basado en las encíclicas de los papas, yo fui quizás el actor principal para introducir una tendencia revolucionaria. Después pasé años en el movimiento revolucionario armado queriendo que se convirtiera en un movimiento democrático que no podía ser. Luego, en mi experiencia con Octubre Revolucionario entre 1984 y 1990, quise convertir en militantes políticos a personas que en realidad se habían adherido a la revolución atraídas por la lucha armada y no por la política. Por último, cuando me involucré en la construcción del Partido Unionista como Secretario General provisional, traté de hacer un partido popular, independiente y democrático, usando como cimiento los ladrillos viejos de la casa de Álvaro Arzú; aunque esa experiencia me demostró que se puede hacer un partido de ese tipo en Guatemala, en la situación concreta prevalecieron las viejas lealtades y los factores de poder real que estaban en manos de Arzú.

Desde que leí la biografía de Trotsky y la cita que Isaac Deutscher hace de Maquiavelo, tuve el presentimiento que iba a ser, en mi modesta dimensión, un profeta desarmado. Maquiavelo previene al Príncipe que los cambios y las reformas encienden el odio de los afectados, y que sólo encuentran “amigos tibios” entre los posibles beneficiados, de manera que el reformador sólo debe contar con sus propias fuerzas:

«Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precisión de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, tienen necesidad de rogar, o si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa

ninguna a lo bueno; pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por eso, todos los profetas armados tuvieron acierto, y se desgraciaron cuantos estaban desarmados.»

En la NORC, el centralismo generaba la ausencia de discusiones políticas, pero no en materia teórica. Una de las características singulares de NORC-EGP fue que jamás importó si alguien simpatizaba con las posiciones de los chinos, de los cubanos o de los soviéticos. Me acuerdo que cuando empecé a leer a Trosky y me entusiasmé tanto con él, nadie me dijo «cuidado que te vas a volver trotskista». Pero esas calenturas de sectarismo ideológico no se vivían por una sencilla razón: en esa estructura vertical, las ideas de los militantes no jugaban ningún papel político. Uno podía pensar lo que quisiera siempre que se acataran las instrucciones y se llevaran a la práctica correctamente; además, que se cumpliera con los rituales de la organización y la ideología militante que ésta generó. Lejos de estimularse el estudio del marxismo, por ejemplo, se veía con recelo.

Además del tipo de organización, flotaba en el ambiente la añeja contradicción entre los teoriquitos y los tira tiros. A los teoriquitos se les vinculaba con la tradición del PGT. Durante algunas semanas me encargaron que atendiera a don Pedro Chacaj, indígena oriundo de Mazatenango que había sido militante del PGT y una de las figuras del grupo. Además de sus calidades militantes, que eran muchas, don Pedro era un inventor nato y también un artesano de manos prodigiosas. Entre otras cosas inventó una rueda de paletas portátil que permitía generar energía eléctrica colocándola en pequeñas caídas de agua. Una vez, estando en Cuba, don Pedro quería ir a pescar, pero los compañeros que lo atendían no le llevaron anzuelos. Sin mayor trámite juntó fuego, hizo brasas, calentó alambre y se fabricó sus propios anzuelos en un santiamén. Pero traigo a colación a este personaje por el tema de los teoriquitos. Como era mi deber lo fui a visitar y a proponerle que estudiáramos juntos el *Documento de Marzo*, pero él fue tajante: «por tanto leer se jodió el partido», me dijo.

Sin embargo, quizá lo más incidente para algunos de nosotros, provenientes del CRÁTER, era que el concepto y la práctica de la organización político militar no le daba la debida importancia y espacio al trabajo político de

base, distinto al concepto de base de apoyo, que es meramente operativo y militar. Desde el principio hubo discrepancias sobre este punto. Nosotros veníamos de trabajar con la gente para darle información, hacerle conciencia sobre las raíces de su situación, plantear que era posible y necesario un cambio, pero en nuestro pensamiento y práctica no estaba presente que debíamos conducir a esa gente, sino que ella caminaría por sus pies. Claro que esto último era concomitante con el hecho de que tampoco pensábamos en la lucha armada.

De entrada, la concepción con la cual las FAR establecieron relación con nosotros estaba muy marcada por los temas de ese tiempo. Lo fundamental para la guerrilla era reclutarnos individualmente y que desecháramos toda idea de que podía haber soluciones por vías pacíficas. César lo expresó muy claramente en una carta dirigida a Juan Lojo, que leí tiempo después, y en la cual lo instruía sobre cómo trabajar con nosotros. Le advertía que había que incorporarnos uno por uno y no como grupo, «porque nos podemos meter una pulga entre la camisa», y disuadirnos de seguir con el trabajo del CRÁTER, ya que eso «sólo puede alentarles ilusiones sobre una vía pacífica.» Así, más allá de la amistad o la simpatía que se produjo entre nosotros, y en particular con Rolando y César, los del CRÁTER (quizá con la única excepción de Willy Cruz), fuimos vistos como algo aparte, distinto, del grupo, y en eso tuvo que ver nuestro origen ideológico (social cristiano), pero sobre todo nuestro origen social.

Estábamos algunos en ese proceso de tomar distancia de la organización y de argumentar la necesidad de un partido revolucionario basado en el centralismo democrático, cuando Aura Marina Arriola, que entonces hacía trabajo de solidaridad en Italia, visitó México y conversó con nosotros. Para nuestro pequeño grupo (Jorge Arturo Taracena, Juan Mendoza, Luís Molina Loza, María del Carmen Flores y yo), fue muy importante comprobar que en varios de nuestros planteamientos coincidíamos con ella. Asimismo, Aura Marina nos presentó a Xavier Langlade, figura descollante del mayo francés y cuadro de la Ligue Communiste, sección francesa de la IV Internacional (trotskista). Como ya dije, en el EGP no pesaban los prejuicios ideológicos, y la Ligue colaboraba de manera importante con la organización. A través de Xavier Langlade (quien entonces usaba el pseudónimo de Toussaint), conocimos el

planteamiento de la IV Internacional y de la Ligue en particular, sobre el tipo de partido, la vinculación con las masas y las formas de lucha, que eran precisamente los temas que más nos involucraban a nosotros.

Por su parte, una de las críticas de Aura Marina era que no hubiere formación de cuadros en la organización; y con relación a nosotros nos señalaba que antes de especular nuevamente sobre lo que se debía hacer, lo primero era formarnos profundamente; que estábamos criticando a la NORC por su improvisación y que nosotros pretendíamos lo mismo, y todavía peor, puesto que la NORC había improvisado contando con recursos, mientras nosotros no los teníamos, ni materiales ni humanos. Esto, porque una de las ideas que le planteamos fue entrar clandestinamente al país e intentar recuperar los vínculos y las relaciones que habíamos establecido con el trabajo del CRÁTER en Huehuetenango.

Pocos días después de esa visita, los cinco antes mencionados tomamos la decisión de renunciar a la NORC y a mí me tocó escribir la carta respectiva, en septiembre de 1972. Doce años más tarde, en febrero de 1984, escribí una segunda carta de renuncia, esta vez al EGP, para emprender junto con otros compañeros la construcción de una nueva organización, *Octubre Revolucionario*. Según Miguel Ángel Sandoval (el Zurdo), miembro del grupo, que en 2007 fue candidato de URNG para Presidente, las dos cartas de renuncia versan sobre los mismos temas: la naturaleza de la organización, su democracia interna, la organización de la población y otros. Sin embargo, el eje de la segunda carta de renuncia fue algo nuevo y decisivo: las implicaciones de la derrota sufrida en el altiplano densamente poblado, entre 1981 y 1982, que, en opinión nuestra, constituía una derrota de la estrategia, y que la Dirección Nacional, bajo la conducción de Rolando, se negaba a reconocer.

Como ocurre con mucha frecuencia, en esta polémica que he venido describiendo nadie tuvo toda la razón y ninguno dejó de tener algo de ella. Efectivamente, el EGP, entre 1980 y 81, era un pequeño ejército guerrillero que se encontraba inmerso en una marea humana que lo apoyaba, lo cual —como ya dije— confirmaba que el foco podía generar condiciones para la guerra popular en determinadas situaciones. Pero ese pequeño ejército no contaba con oficiales ni con cuadros organizativos y políticos que pudieran conducir el movimiento que su propia presencia había desencadenado, lo cual confirmaba

las críticas nuestras al tipo de organización. Es cierto que nadie previó que se desencadenaría una insurrección, y menos en el área rural, lo cual es contrario a una guerra prolongada, como era la concepción y la previsión. De todas formas, aún antes que eso ocurriera, eran notables los vacíos en cuadros. Un caso dramático al respecto fue el de Camilo, comandante del Frente Augusto César Sandino. Camilo era un hombre carismático y dueño de un notable talento natural, pero carente de formación, salvo la que él, por sus medios, se había procurado. En una ocasión, platicando en el FGACS, yo mencioné el amor a la patria, y para mi sorpresa Camilo me interrumpió: «yo no quiero a este país, donde siempre he estado jodido. Primero huyendo por la montaña con mis padres, agraristas, caminando sólo de noche a los diez años; luego a la guerrilla, otra vez jodido entre el monte. Me voy a Cuba y cuando regreso a Guatemala vuelvo a la misma situación por tercera vez. Yo al país que quiero es a Cuba. Allí bailé por primera vez con una muchacha calzada, también por primera vez escuché conferencias, iba a Casa de Las Américas y al cine, lo que nunca he tenido aquí.»

En la polémica de 1984 sobre la derrota y sus implicaciones y lo que esto demandaba, nosotros tuvimos razón en algunos aspectos y Rolando y compañeros tuvieron razón en otros. Efectivamente, en 1982 se produjo la derrota de la estrategia revolucionaria que pretendía tomar el poder a través de la lucha armada, construyendo un ejército popular en el altiplano densamente poblado y complementando este frente principal con los sabotajes masivos en la costa sur y la preparación de una insurrección en la capital, que en su debido momento sellaría la derrota del enemigo. En la visión de esa derrota nosotros tuvimos razón, y Rolando y compañeros la tuvieron al aferrarse a la sobrevivencia de la organización y de las acciones armadas lo cual, junto con el contexto internacional, permitió que el desenlace de la confrontación se encontrara en el proceso de paz.

El marxismo

Comencé a leer sobre marxismo para exponer ese tema en un cursillo en el cual no iba a estar el padre Jalón, y al igual que él acudí a los manuales de

materialismo dialéctico e histórico de la Academia de Ciencias de la URSS. Yo también me proponía exponerlo primero y al otro día refutarlo —como lo hacía el padre Jalón—, pero a medida que leía pasaba lo contrario: me percataba que, aún expuesto en esos manuales acartonados, el marxismo ofrecía una explicación coherente y profunda de la totalidad social. Tiempo después, cuando comenzaron los conflictos por nuestro trabajo en Huehuetenango y se desbordaba la represión en el país, yo leía *El Estado y la Revolución* de Lenin; en vez de sorprenderme con las afirmaciones de que todo Estado de clase es una dictadura, me parecía que eso era algo que nosotros en el CRÁTER ya habíamos pensado y, sobre todo, experimentado.

La recomendación de Roque Dalton con relación a la biografía de Trotsky hizo que mi estudio del marxismo combinara las obras teóricas con otras que me ilustraban sobre el acontecer histórico. La comparación entre los ideales y las posibilidades concretas de su realización la ilustra la historia; asimismo, ésta enseña que los pueblos y naciones arrastran consigo tradiciones y costumbres; que hay ciertas realidades que deben transformarse pero que es muy difícil hacerlo: la clave es tener conciencia del punto de partida y del proceso; no sólo del punto de llegada.

En cuanto compré el primer tomo de la biografía de Trotsky comencé su lectura, subrayando con todo detenimiento lo que me parecía relevante, y dispuesto a encontrar en el pensamiento de ese personaje el contenido contrarrevolucionario que se decía. Para entonces ya me había enterado, por conversaciones con Rolando, que los trotskistas habían infiltrado al Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, encabezado por el comandante Marco Antonio Yon Sosa, y con ello habían dividido al movimiento revolucionario guatemalteco. Por eso yo estaba en guardia, dispuesto a que no me confundieran los artilugios del susodicho. Sin embargo, cada página que leía de esa obra magistral de Deutscher, más y más me atrapaba la gigantesca trama histórica de la revolución rusa y los destellos de ese personaje extraordinario que, como Marx, era profundo e irónico, y se interesaba tanto por la política como por el arte y la cultura; al igual que Marx, cada hecho concreto lo situaba en el contexto mundial. El maestro nunca conoció el poder, en cambio Trotsky lo tuvo en las manos y lo perdió, casi sin darse cuenta. Había

dirigido un ejército y conquistado la victoria en una cruenta guerra civil. Aún más que la de Marx, su vida estuvo signada por la tragedia.

En sus aciertos y en sus yerros, la experiencia y el pensamiento de Trotsky son fundamentales en tantas dimensiones que ni siquiera se pueden enumerar. La forma como Trotsky pasó de profeta armado a desarmado y luego a profeta desterrado, es una lección de política que nadie puede ignorar, sea cual fuere su signo ideológico. Fue el único protagonista de la Revolución Rusa que desarrolló una crítica marxista de ese proceso, la cual articuló en torno a la revolución internacional como contrapartida a la revolución en un solo país; y la revolución permanente, en contrapartida a la revolución por etapas. La obra de Deutscher es además un extraordinario trabajo que incorporó todas las fuentes existentes y logró reconstruir los dilemas reales que enfrentaron los personajes y no, como ocurre con tanta frecuencia, que quienes ven la política desde afuera creen que de verdad el poder es omnipotente y que aquellos que gobiernan cuentan con muchas opciones, cuando en la realidad son muy pocas, pues como dijo Maquiavelo, «en la naturaleza de las cosas está que no se puede escapar de un inconveniente sin caer en otro... de manera que hay que tomar por bueno el menos malo.»

Pocos personajes en la historia, o quizá ninguno, ha sido objeto de una campaña de distorsiones, calumnias y persecución orquestada por todos los medios como lo fue Trotsky; sobre todo porque millones de comunistas en todo el mundo creyeron a pie juntillas que denostar a Trotsky —porque nunca fue leído ni refutado— era la más sagrada de las cruzadas. Hay que decir, sin embargo, que no pocos de quienes se reclamaban sus seguidores incurrieron en tales absurdos y desafueros, que contribuyeron a la visión del trotskismo como una herejía inaceptable. Leyendo una obra de Mao encontré mencionado a Trotsky con su respectiva nota de pie de página y en esta decía: «agente de la GESTAPO y del Mikado japonés, muerto en México en 1940.» Trotsky fue asesinado por orden de Stalin en su residencia de Coyoacán en la ciudad de México. Enterado yo que la casa estaba situada en la Avenida Viena, la fui a buscar en abril de 1972; estaba a punto de retirarme porque no la encontraba, cuando vi a dos muchachas con la misma expresión de Trotsky en los ojos. Les pregunté si no sabían donde era la casa de él y con toda sencillez me dijeron, es ésta, él era nuestro abuelo. Entré por una pequeña puerta, concebida así

por razones de seguridad, y leí una placa empotrada en la pared: *In Memoriam, Allan Sheldon Tate, murdered by Stalin*. Se trataba de un militante trotskista estadounidense que formaba parte de la seguridad de la casa; fue asesinado unas semanas antes que un grupo armado, organizado por el muralista David Alfaro Siqueiros, penetrara a la residencia y rociara de balas la cama de Trotsky, quien salvó la vida, junto con su nieto, de la manera más simple: metido debajo de esa cama.

La casa no había sido convertida en museo, como lo es ahora, pero la habitación de León Trotsky permanecía intacta. Sobre una mesa, junto a una ventana, los anteojos rotos y las manchas de sangre. Allí fue donde Ramón Mercader lo golpeó con un piolet y le partió el cráneo, mientras Trotsky leía un texto de su asesino, quien sedujo a una de sus secretarias y se hacía pasar por discípulo suyo. Según lo que sé, hasta su muerte Ramón Mercader no confesó jamás por orden de quién asesinó a Trotsky y sostuvo en cambio que fue por motivos propios, al comprobar que el maestro admirado era en realidad un contrarrevolucionario encubierto. Sin embargo, a nadie le cabe duda que el asesinato fue obra de la tenebrosa KGB y ordenado por el «padrecito Stalin». Al salir al jardín vi una lápida de piedra con una hoz y el martillo tallada en su parte superior, el nombre del ilustre difunto y las fechas de su nacimiento y defunción. Ni estatuas ni aspavientos de ningún tipo, al mejor estilo de la vieja guardia bolchevique.

Pero en todo caso yo leí el primer tomo de la biografía, *El profeta armado*, y lejos de encontrar el veneno que buscaba, de allí en adelante estuve pendiente y leí los otros dos tomos en cuanto salieron, y también la biografía de Stalin, del mismo autor.

Fue en México cuando comencé a estudiar el marxismo sistemáticamente, y lo hice con el tomo I de *El Capital* del cual elaboré un resumen. Éste ocupó varios cuadernos escritos con pluma fuente y luego lo pasé a máquina, teniendo una extensión de más de 100 cuartillas. No se si alguien lo conservó, porque yo no lo hice. Algún tiempo después leí *La Ideología Alemana*, de Marx y Engels, y en el prólogo, para explicar la tardanza en editar el libro, los autores dicen que como la elaboración del mismo ya había cumplido su cometido, que era el de esclarecer sus propias ideas, «gustosamente entregamos el

manuscrito a la crítica roedora de los ratones.» Leer *El Capital*, seguir a Marx en sus razonamientos, ha sido para mí la más intensa gimnasia intelectual que haya experimentado jamás.

Sin saberlo, me fui adentrando en lo que es imperecedero y fundamental en el pensamiento de Marx, y es su método, la dialéctica materialista. Una dialéctica que debe nutrirse de la indagación objetiva de la realidad y no de supuestos subjetivos, y una concepción de los seres humanos y de la sociedad que tiene como eje el trabajo —que transformó al mono en hombre— y la producción social de la vida, que depende del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y que ha dado lugar a los diferentes modos de producción y organización social que han existido históricamente. Asimismo, las instituciones jurídicas y políticas e incluso las formas de pensamiento, están determinadas en última instancia por el modo de producción. Esto —expuesto por él de manera integral y profunda— es lo que Marx concibe como un «hilo conductor», es decir, como una guía para el análisis concreto.

Andando el tiempo, la validez de este concepto la encontré reflejada en la metodología empleada en un conjunto de etnografías, muchas de ellas de autores estadounidenses, editadas por el Instituto Nacional Indigenista de México. Para explicar la organización social de un determinado pueblo, sus costumbres, instituciones y otros aspectos, dichos etnógrafos —que no eran marxistas ni nada por el estilo— partían de la relación entre la comunidad y su hábitat, es decir, la relación primaria mediante la cual los seres humanos producen su vida, que no puede ser sino producción social.

La política moderna nace con la Revolución Francesa, la cual fue una revolución política de base popular que se trazó objetivos incuestionables: libertad, igualdad, fraternidad. Desde el punto de vista del pensamiento de Hegel se podría decir que por fin la razón se había convertido en política, lo cual auguraba un Estado y una sociedad acordes con ella.

Sin embargo, los acontecimientos fueron mostrando crecientemente que, a pesar de la igualdad ante la ley, se acentuaban las desigualdades entre las clases, entre ricos y pobres, y se producían nuevos tipos de explotación y de miseria derivados de la llamada «revolución industrial.» La miseria y el abuso generados por ese proceso fueron magistralmente reflejados, entre otros, por novelistas de la talla de Charles Dickens y Emile Zola. Hacia mediados de siglo

(1848), estallaron insurrecciones obreras de gran envergadura, principalmente en Francia y en Alemania, las cuales fueron reprimidas con terrible ferocidad. Ya para entonces se habían formado partidos obreros de masas en esos países y en Inglaterra, los cuales eran de inspiración socialista, pero no marxista, sino derivada de las distintas corrientes del socialismo utópico.

Es en ese contexto que se desarrolla la reflexión y la obra de Carlos Marx (1818-1883), quien fue discípulo de Hegel y continuador de su método dialéctico, pero como dialéctica materialista. Del análisis de los acontecimientos y de la historia, y de su estudio sobre la naturaleza del modo de producción capitalista, Marx concluye que no se trata de proclamar la igualdad sino de construirla, y que la misma no puede existir en una sociedad dividida en clases, pues ésta se basa en la explotación. La explotación es posible porque hay unos pocos que son dueños de los medios de producción y muchos que no tienen nada más que su fuerza de trabajo, la cual venden por debajo de su valor: de ahí proviene la plusvalía del capitalista.

Una de las características del modo de producción capitalista es que se trata de un proceso irreversible y progresivo de concentración del capital que hace del Estado su instrumento, un instrumento de clase y, de ninguna manera, un ente representativo del «interés general.» Marx piensa que el Estado burgués o Estado capitalista va a ser el último Estado de clase en la historia de la humanidad, el cual va a ser sustituido por el Estado obrero, el Estado socialista, que será el primer paso para la abolición del Estado cuando la sociedad llegue al comunismo, sistema en el cual habrá una plena armonía entre los seres humanos, por lo cual no se necesitará ninguna estructura de coerción. Como se puede apreciar, Marx participa del concepto de la ilustración francesa, según el cual los seres humanos poseen una bondad natural que la sociedad pervierte o que puede reforzar. Para él, una vez abolidos los conflictos de clase, el Estado pasará de ser un administrador de las personas a sólo ser un administrador de las cosas.

Algo poco conocido y valorado en el pensamiento de Marx es su concepción de que el capitalismo significa no sólo un progreso más en la historia humana, sino uno de tipo cualitativo, puesto que con las incesantes revoluciones tecnológicas que le son inherentes, el capitalismo ha creado por primera vez en la historia la posibilidad de que se distribuya la riqueza y no la

pobreza. La fábrica (medio de producción colectivo que no se puede fragmentar), determina que la nueva sociedad socialista sólo puede organizarse sobre la base de la propiedad colectiva de los medios de producción. En razón que se necesita una alta productividad para repartir riqueza y no pobreza, y que el sujeto de la revolución sólo puede ser la clase obrera, el socialismo tendría que ser el fruto del capitalismo desarrollado.

Marx comprendió la naturaleza esencial del modo de producción capitalista y por ende su dinámica en términos del fenómeno productivo. Efectivamente, la experiencia ha demostrado sobradamente que la competencia capitalista empuja a una incesante revolución tecnológica la cual, al menos, tiene tres consecuencias: sustituye a la mano de obra, requiere una inversión creciente de capital y, por ello, necesita una demanda de mercancías que se amplíe en la medida que lo reclama la acumulación de capital.

«Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones.»

Este texto del *Manifiesto Comunista*, publicado en 1848, es una evidencia contundente de lo dicho anteriormente; es decir, que Marx comprendió cabalmente la dinámica esencial e inevitable del capitalismo como fenómeno productivo. El capitalismo global ha confirmado con creces su análisis: la internacionalización de la economía le ha quitado toda base nacional al capitalismo; la concentración del capital ha tomado proporciones que Marx ni

siquiera pudo imaginar (las megafusiones), y la revolución tecnológica ininterrumpida reduce cada vez más el componente del trabajo vivo en el valor del producto.

Sin embargo, Marx no pudo prever las consecuencias sociales, y por ende políticas, que habría de tener el modo de producción capitalista, precisamente en los países más desarrollados. Pensó que el capitalismo produciría fatalmente una masa creciente de desempleados, un «ejército industrial de reserva» que presionaría a la baja de los salarios. En consonancia con lo anterior, dedujo que las luchas obreras de mediados de siglo seguirían en ascenso y se extenderían a otros países capitalistas, sobre todo a Inglaterra, que entonces estaba a la cabeza de la economía mundial. Efectivamente, las luchas obreras generadas por los costos sociales de la revolución industrial se desarrollaron a todo lo largo del siglo XIX, pero en la Europa capitalista dieron lugar a la formación de partidos obreros de masas, crecientemente integrados al sistema y ajenos a la revolución.

Desde la perspectiva de nuestro tiempo se puede apreciar con claridad que los cambios mundiales han producido efectos sociales y políticos distintos a previsiones esenciales de Marx y Lenin que atañen a la teoría de la revolución y del socialismo. Efectivamente, el componente de trabajo vivo se reduce en el producto y se genera desempleo en el área productiva, pero esto se ha visto compensado por las grandes dimensiones que han tomado el sector de servicios, los trabajadores por cuenta propia, y la llamada informalidad, por ejemplo. De todo esto resultó un fenómeno, tampoco previsto en toda su dimensión: la expansión de una clase media que normalmente actúa como colchón del sistema, pero que es también la que encabeza revoluciones. En los países centrales —Europa y Estados Unidos—, el modelo político que acompañó este proceso fue la democracia representativa, basada en el sufragio universal. En Europa la socialdemocracia tuvo éxito en construir «Estados de bienestar», que durante muchos años han garantizado las principales demandas obreras y ciudadanas (mejores salarios, reducción de las jornadas de trabajo, seguro de desempleo, vacaciones, seguridad social, estado de derecho).

Además, a raíz de la crisis mundial de 1929, el Estado capitalista, siguiendo la doctrina de John Maynard Keynes, comenzó a cumplir una función

que el marxismo clásico descartó que pudiera emprender: la de regular la economía, a fin de evitar que la anarquía del capital produjera crisis sucesivas. Junto con ello, preservar el sistema, librándolo de las consecuencias políticas y sociales de sus crisis. Aunque el Estado en los países capitalistas reproduzca el modo de producción capitalista y por ende beneficie a la clase que lo encabeza, la democracia electoral ha permitido que, de una u otra manera, estén presentes en la esfera política intereses de diversos sectores sociales, siempre que sean congruentes con el sistema.

Desde fines del siglo XIX se hizo cada vez más evidente que si bien el capital se concentraba y la obtención de plusvalía se incrementaba, en los países ricos e industrializados (Inglaterra, Alemania, Francia), la fuerza expansiva del capitalismo industrial demandaba más y más obreros y el nivel de vida de éstos mejoraba, al punto que la mayoría ya no pensaba en revolución alguna, sino solamente en mejoras inmediatas como la elevación del salario y la reducción de la jornada de trabajo.

Este fenómeno antes señalado es la razón verdadera de la división que se produjo entre comunistas y socialdemócratas en las vísperas de la I Guerra Mundial. Los socialdemócratas de países avanzados como Alemania y Francia, por ejemplo, pensaban que su única opción como expresión política de la clase obrera era plegarse a esta evolución de las demandas de la clase, las cuales no correspondían a lo que Marx había previsto. En cambio los rusos, encabezados por Lenin y Trotsky —además de su pensamiento marxista— eran la expresión de una efervescencia revolucionaria que se había iniciado en 1905, cuando una manifestación pacífica encabezada por el pope Gapón, que marchaba para «suplicar al padrecito Zar», fue disuelta mediante una mortífera represión. Esta manifestación, además, había ocurrido en el contexto de la derrota rusa frente a Japón en Port Arthur (1904 – 1905), que por primera vez mostró las fisuras del zarismo. Los bolcheviques sabían —y la historia les dio la razón— que la guerra mundial que se avecinaba iba a crear de nuevo una situación revolucionaria, pero que a diferencia de 1905 cuando no había organización ni dirección ahora si la habría, porque ellos la iban a construir en un largo trabajo clandestino. Capturado en Francia en octubre de 1916 y antes de ser expulsado a España, León Trotsky le dirigió una «Carta Abierta» a Jules Guesde, el precursor del marxismo francés que se había convertido en Ministro

de la Guerra: «Descienda usted, Jules Guesde, de su automóvil militar, salga de la jaula en que lo ha encerrado el Estado capitalista, y mire un poco en torno suyo. Tal vez el destino se apiade, por última vez, de su triste vejez y logre usted escuchar el sordo rumor de los acontecimientos que se avecinan. Nosotros los esperamos; nosotros los convocamos; nosotros los preparamos.»

En febrero de 1917, en el contexto de la profunda crisis provocada en Rusia por la guerra mundial, y bajo el empuje de soldados, obreros y campesinos, cae el imperio secular de los zares y asume el gobierno Kerensky, un dirigente social demócrata moderado. En octubre del mismo año, bajo la conducción de Lenin, el Partido Bolchevique asume el poder enarbolando el programa de la revolución proletaria, cuyo destino histórico era llegar al comunismo por la vía del socialismo. Se inaugura con estos acontecimientos «el tránsito del capitalismo al socialismo», que va a concluir setenta años después con el desplome del «socialismo real». La III Internacional dirigida por los bolcheviques, durante un primer período, llamará a todos sus partidos miembros a luchar por la revolución socialista mundial, siguiendo la concepción de Marx, retomada por Lenin, de que el socialismo sólo podía existir como sistema universal.

Pero la revolución en otros países, por una razón o por otra, no se produjo; y la Rusia bochevique se quedó aislada, y mirando en el horizonte la emergencia de un enemigo formidable: Hitler y su partido nazi. Entonces se hizo evidente que unas eran las condiciones para tomar el poder, y otras las que se requerían para construir esa sociedad socialista, cuyos fundamentos y presupuestos fueron establecidos por Marx; entre ellos, que el socialismo se debería erigir sobre el capitalismo desarrollado, el cual ya habría creado las condiciones para repartir riqueza. Como sabemos, la Revolución Rusa no ocurrió en un país industrialmente desarrollado, con un proletariado numeroso y organizado, que hubiese pasado por una fase democrática capaz de permitir la organización amplia de los trabajadores. Rusia era un país de dimensiones continentales, extremadamente poderoso como conjunto, pero económica, política y culturalmente atrasado, con predominancia del campesinado, regido por un despotismo inmemorial y con un altísimo grado de analfabetismo entre su población, aunque también con importantes núcleos de industria y de proletariado en las principales ciudades, y una clase media culta y cosmopolita.

Con el paso de los años, efectivamente, las revoluciones socialistas proletarias *stricto sensu* no se produjeron. Tuvo que concluir la II Guerra Mundial para que el «socialismo real» se expandiera en Europa del Este, por obra de los éxitos militares del Ejército Rojo frente al nazismo. Luego, en 1949, triunfa la Revolución China, como producto de una guerra de liberación nacional en contra de la ocupación japonesa, entrelazada con una guerra campesina en contra de la servidumbre feudal. Algo similar ocurrió después en el sudeste Asiático (Vietnam), y en América Latina el *leit motif* de las dos revoluciones triunfantes (la cubana y la sandinista), fueron las luchas anti dictatoriales, y no las luchas proletarias por el socialismo. A lo largo de todo este período el capitalismo continuó su expansión; no sólo en los países tradicionalmente desarrollados, sino también en otros que parecían condenados al atraso (Corea, los Tigres de Asia, por ejemplo).

Todo lo anterior conformó una situación política mundial cualitativamente distinta de la que originalmente se previó. Lenin murió sin haberse planteado nunca la posibilidad de que el socialismo pudiera construirse aisladamente en la vieja Rusia. Confió hasta el final en que el proletariado de los países desarrollados saldría de la jaula capitalista más temprano que tarde y que, entonces, sí sería posible el verdadero socialismo que repartiría la abundancia entre todos, hasta el punto que en un futuro no lejano podría instaurarse la igualdad plena del comunismo.

No obstante, lo que en Rusia se fue construyendo distó mucho de cualquier modelo previo. El Estado, cuyo camino hacia la extinción debía iniciarse el primer día de la revolución, se hizo cada vez más grande, despótico, omnipresente e ineficaz. La economía centralmente planificada fracasó, y en su empeño de imponer un orden de cosas para el cual la población no estaba preparada, el Estado adoptó un papel represivo que llegó hasta la hecatombe y la paranoia en la época de Stalin. El camino hacia la igualdad se vio fuertemente cuestionado por el crecimiento desmedido de una burocracia estatal-partidaria, que convirtió su control del aparato en fuente de corrupción y enriquecimiento.

A pesar de tantas limitaciones y contradicciones, las revoluciones del siglo XX han obtenido logros imposibles de alcanzar siguiendo una vía evolutiva. A través de la acción concentrada del Estado y aboliendo la propiedad privada

sobre medios de producción, estas revoluciones lograron romper los núcleos fundamentales del atraso y jalaron a sus sociedades a la modernidad a un ritmo vertiginoso, aunque también traumático.

Y en cuanto al régimen político, el desarrollo histórico permitió apreciar una faceta aparentemente paradójica ya que, a pesar de sus rasgos despóticos y represivos, el «socialismo real» es el primer sistema socio económico y político en ser desplazado por la vía pacífica; es la primera vez que la violencia no es la partera de la historia. Los inmensos ejércitos del socialismo real se negaron a disparar en contra de sus pueblos, aún en los excepcionales casos en que se intentó esta orden. La burocracia todopoderosa no concibió nunca masacrar a sus ciudadanos, y fue desplazada por estos mediante movilizaciones que mostraron el grado de altruismo y civilidad de los pueblos de esos países. Asimismo, la expansión de China y la recuperación de Rusia, después de un retroceso sin precedente histórico, muestran las enormes energías sociales y políticas contenidas en esos países.

Las revoluciones sociales del siglo XX se produjeron en países atrasados o ubicados en la periferia del capitalismo (Rusia, China, Cuba), y en todos los casos ocurrieron en contra de regímenes dictatoriales. Hasta el presente, ninguna revolución ha triunfado en los países capitalistas desarrollados que se rigen por un sistema de democracia electoral. El papel que estas revoluciones han jugado en la historia se desdibuja si se las analiza de acuerdo a la ortodoxia según la cual, del socialismo se tenía que pasar al comunismo (de la dictadura del proletariado a la disolución del Estado, del principio según el cual «a cada uno según su trabajo» al principio de «a cada uno según su necesidad»). Si se asume ese determinismo histórico, entonces dichas revoluciones habrían fracasado al momento de insertarse en la economía de mercado, en vez de producir el comunismo. Pero si dichas revoluciones se analizan como procesos acelerados de modernización y desarrollo humano, es otra la perspectiva. En los tres casos (Rusia, China, Cuba), la revolución ha creado una base material, intelectual y moral para el desarrollo, que no habría sido posible por vía evolutiva.

¿El curso de los acontecimientos invalida la teoría de Marx? No lo hace, si asumimos que dicha teoría radica en una concepción y un método cuya validez epistemológica es independiente de los resultados de análisis concretos

basados en dicho método. Así, hemos visto que en Marx la comprensión de la dinámica interna del capitalismo y de su evolución económica ineluctable es de una precisión asombrosa, mientras su pronóstico de la historia resultó errado, entre otras cosas porque éste se refiere a factores subjetivos que por su naturaleza son mudables y relativamente impredecibles. La crisis del marxismo deriva de haber sido convertido en un dogma, en vez de lo que es, una concepción y un método materialista y dialéctico hecho para ser usado «en el análisis concreto de la situación concreta.»

Las luces de París

Cuando llegué a París en noviembre de 1972, lo primero que me sorprendió fue la cara de pocos amigos de los transeúntes, enfundados en sus abrigos y mirando siempre al piso. Era mi primer contacto con los estragos que el invierno provoca en quienes lo sufren año con año. Sin embargo, al llegar la primavera, y a pesar que todavía hacía un frío de mil demonios, el semblante y el talante de la gente cambió como por encanto; también se mudaron las ramas de los árboles, que cubrieron su desnudez con botones de flores y hojas tiernas. Esas fueron mis primeras vivencias en un mundo de drásticas mutaciones climáticas. Me di cuenta cómo la vida le había exigido a los europeos esfuerzos y disciplinas desconocidas en nuestro medio. Esfuerzos y tecnología para construir viviendas de piedra y hacer leña suficiente para calentarlas. Disciplina para ahorrar, pues a lo largo de milenios los habitantes de ese antiguo continente tuvieron que guardar comida para el invierno, y por siglos lo hicieron a pesar de tener hambre todo el tiempo, ya que los alimentos eran escasos. Sólo los hábitos de ahorro —pensaba yo— le dieron a esta gente una preparación para el capitalismo y el progreso económico que no tenemos nosotros.

Lo otro que me impactó tardé en averiguarlo, porque al principio no sabía por qué estaba invadido de una extraña alegría. Una tarde, sentado como de costumbre en una mesa del café *Le Select* repasando mis lecciones de francés, de pronto descubrí la razón: la felicidad derivaba de que, luego de cinco años de disciplina y de recibir instrucciones, ahora podía disponer de mi

tiempo y mi persona como yo quisiera. Salía a caminar y eso me producía una dicha nueva cuyo motivo no alcanzaba a comprender, hasta que un día caí en la cuenta que caminar por París era como moverse adentro de una obra de arte. Años después recordé esa sensación al presenciar la película *El Ángel Azul*, con Marlene Diëtrich, en la cual los actores se mueven al interior de una escenografía cubista perfectamente pintada. París es, en mi opinión, la ciudad del mundo donde la vida puede ser más agradable e interesante. Cuando yo era niño, el padre Carlos Sánchez era párroco de Ciudad Vieja, y tenía la costumbre de decir sus sermones en inglés. La broma que se le hacía era que cuando muriera no quería ir al cielo sino a Estados Unidos. En mi caso, si hubiera cielo, yo lo cambiaría por París.

Antes de París había estado en Roma, con Aura Marina Arriola, y ella me presentó a Livio Maitan, dirigente de la IV Internacional trotskista. Maitan vivía en un modesto apartamento donde tuvimos largas conversaciones, y para cada anotación que necesitaba hacer se levantaba, colocaba el papel respectivo, y empleaba una máquina de escribir, así fuera para anotar un teléfono. La primera impresión que Roma me dio es que se parecía a La Habana. La razón de ello es que el sol brillaba con igual intensidad que en Cuba. Las ventanas de las casas estaban cubiertas con persianas confeccionadas en madera, que semejaban mucho a las persianas cubanas, concebidas para resistir ciclones. Pero la similitud mayor es que, fuera de La Habana, yo nunca había estado en una ciudad donde hubiera tantos comunistas. Resonaban todavía las viejas glorias del Partido Comunista Italiano, y cada mañana la ciudad amanecía empapelada por el PCI, que a través de enormes afiches anunciaba sus actividades o daba a conocer sus consignas. El dueño del puesto de periódicos, el chofer del autobús, la señora de la floristería, los que vendían boletos en la Stazione Termini, todos eran comunistas.

Estando en Roma me encontré con mis papás, quienes llegaron a visitarme con mis dos hermanos menores en cuanto les avisé telefónicamente que estaba ahí. No había hablado con ellos desde hacía dos años. Los llamé por teléfono y la emoción fue tremenda. Mi mamá no sólo habló mil cosas conmigo, sino hizo desfilas también a mis hermanos. La telefonista de Guatemala, ante aquella conversación desmesurada, le recordaba con insistencia que estaba hablando de larga distancia y ella le respondía «no

importa, no importa.» Fue tanto el tiempo que hablamos que al final alcanzó a decirme día y hora de su arribo a Roma con mi papá y mis dos hermanos menores. Así era ella. En lo que otros hablaban, de una vez reservó espacio en el avión, y 48 horas después estábamos reunidos.

Pero mi estancia en Roma era transitoria, ya que había elegido como destino París, así que para allá me fui, con una carta de Aura Marina a Francoise London y Pierre Daix. Un día de tantos llegué al departamento donde ellos vivían, toqué la puerta y la abrió un hombre robusto y de baja estatura que sin protocolo alguno me preguntó qué quería. Cuando le dije que buscaba a Francoise y que le llevaba una carta, respondió que ella no estaba, tomó la carta y cerró la puerta. Así que salí con cajas destempladas y sin la menor intención de volver. Pero a los pocos días recibí una invitación de ellos para cenar. Hice de tripas corazón y me preparé para la incómoda situación de una visita no deseada. Sin embargo esa vez, el mismo hombre chaparro y fortachón abrió la puerta, sólo que ahora dándome una calurosa bienvenida. El ambiente fue de lo mejor, Francoise era un encanto y él un personaje sumamente interesante cuya conversación me atrapó, desde la política hasta el arte pasando por la vida cotidiana, y todo ello con gran elocuencia y erudición. Con esta experiencia aprendí que en Francia las visitas sólo se hacen previo *rendez vous*. La gente es muy celosa de su intimidad, de manera que no aprecia las sorpresas.

A través de Francoise conocí a Renée Lichtig quien, de primas a primeras, me ofreció un cuarto en el *sixième étage* de un edificio situado en el número 5 de la rue Péguy, a sólo cincuenta metros del Boulevard Montparnasse. Era uno de esos cuartos parisinos de paredes inclinadas y ventana al centro que hacen la cresta de los edificios tradicionales, los cuales son invariablemente de seis pisos. Durante tres años viví allí, en el corazón de París, teniendo como vecinos a unos polacos emigrados que cuando decían a beber (cosa que ocurría casi a diario), se tomaban hasta los perfumes. Contaban chistes ácidos sobre el socialismo: «¿Sabes que los soviéticos hicieron una rifa? El primer premio es un mes de vacaciones en Alemania democrática... El segundo premio es dos meses de vacaciones en Alemania democrática... Un checo le dice a otro: ¿sabías que los soviéticos fueron a la luna?» Y el otro pregunta: «¿todos?» Antes de trasladarme a ese cuarto me dio posada Tacha Quintana y

su esposo Charles Rosoff. La casa de Tacha daba la impresión de uno de esos famosos «salones» donde se desenvolvía la vida política y cultural del París decimonónico. Allí conocí, entre otros personajes, a Gabriel García Márquez y al cantante español Paco Ibáñez, célebre por sus interpretaciones de los versos de Antonio Machado.

La vida en Europa fue una oportunidad extraordinaria para una visión del mundo y de la vida más ancha que lo meramente político. Ya Rolando Morán me había llamado la atención al respecto y, por eso, me regaló las obras de Nikos Kazansakis, pero aún así la obsesión continuaba; a tal punto que para la primera navidad que pasé en París, en casa de Tacha, García Márquez me sorprendió hablando con alguien de... política, y entonces me dijo: «oye, ¿tú ni siquiera en Navidad puedes dejar de hablar de política?» Y seguramente por eso, cuando me dedicó un ejemplar de *Cien Años de Soledad*, puso: «para Gustavo, con el consejo de que tenga paciencia y con toda la amistad.» Tardé en comprender el por qué de esa dedicatoria, pues según yo era paciente y calmado como mi papá, pero andando los años valoré cada vez más ese sabio consejo.

Sin embargo, a pesar que el arte en general fue ocupando un espacio cada vez mayor en mi vida, el tema principal siguió siendo la política en su amplio sentido; es decir, no sólo la acción sino también la teoría. A través de los trotskistas fui a caer entre la crema y nata de lo que se podría llamar «marxistas clásicos»; es decir, los más apegados a los textos de Marx, Engels y Lenin, de quienes reivindicaban ser los únicos herederos legítimos. No era, por supuesto, una actividad libresca, sino el ejercicio permanente de análisis en un país donde la información es abundante y de calidad. Pero la cuestión iba más lejos, pues la IV Internacional tenía presencia en muchos países de diversos continentes, y aunque sus organizaciones afines fueran pequeñas y marginales, de todas maneras producían un tipo de información y de análisis que sólo se logra en la vinculación con la práctica.

Para ganarme unos francos, de cuando en vez cuidaba a David, el hijo de Françoise y Pierre, que entonces tendría dos años. Me quedaba en el departamento hasta que ellos volvían y con cierta indiferencia veía colgadas en las paredes obras de Picasso, asumiendo yo que eran meros afiches de los que venden en todas las librerías parisinas. Pero una de tantas noches David

jugaba con una pelota y ésta iba directo para pegarle a un jarrón, cuando yo alcancé a atraparla. Al hacerlo me di cuenta que dicho jarrón era a todas luces una de las famosas cerámicas de Picasso, y de esas no venden en cualquier esquina. Cuando Françoise y Pierre regresaron les pregunté al respecto, y efectivamente todo lo que estaba expuesto de Picasso eran originales y la cerámica (no sólo una pieza), también. Me explicaron que Picasso producía con tal intensidad que era imposible y ajeno a su persona colocar todo eso en el mercado del arte, y por ello a sus amigos más cercanos les regaló verdaderas colecciones, con la particularidad de que cada obra estaba dedicada, lo que en principio impide su comercialización. Sobre la cuna de David estaba una de las famosas tintas que representan a Don Quijote y Sancho Panza, con una dedicatoria: *Pour mon ami, David. Picasso.*

También me gané unos centavos traduciendo del francés al español la revista *Inprecor* de la IV Internacional, para lo cual viajaba cada mes a Bruselas, donde se editaba. Ahí tuve la oportunidad de traducir muchos trabajos de Ernest Mandel, el gran economista marxista cuyo tratado de economía es de las obras más geniales que he leído. En él, Mandel explica y desarrolla los conceptos esenciales de *El Capital*, de Marx, pero tomando como referencia no el desarrollo de Occidente, sino los ejemplos de pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos, entre ellos los comerciantes de Panajachel, estudiados por Sol Tax en su interesante obra, *El capitalismo del centavo*. Ernest Mandel ha sido reconocido por propios y ajenos por su calidad científica y la profundidad de sus análisis, entre otros, sobre la crisis. En esa época del 72 al 75 se produjo por primera vez en la historia de la economía capitalista el fenómeno de la «estanflación», término acuñado en esos años para identificar lo que nunca había ocurrido, la combinación de estancamiento con inflación; este fenómeno se desencadenó entonces, al igual que ahora, por un súbito incremento en los precios del petróleo y las reacciones en cadena que ello provocó. Pero más allá de sus cualidades científicas, Mandel era un apasionado de la justicia social y del movimiento obrero. Este rasgo suyo lo ilustra, creo yo, la dedicatoria de su *Tratado de Economía Marxista*: «A la memoria de mi padre, Henri Mandel, espíritu intrépido, corazón generoso, que me inició en la doctrina de Marx y me enseñó a combatir la explotación y la

opresión en todas sus formas para que todos los hombres puedan ser hermanos.»

Otro trabajo, de muy distinto tipo pero que disfruté mucho y me enseñó, fue la vendimia. A mediados de septiembre de 1973 me enrolé en la cosecha de uva, lo cual era muy fácil, porque en las proximidades del boulevard Saint Germain se estacionaban autobuses que llevaban hacia las viñas a todos los que quisieran trabajar. Yo la fui a tener a la región de la Bourgogne y trabajé bajo tres patrones distintos que cosechaban y hacían su propio vino. Cortar uvas suena como a una actividad bucólica, pero es una reventada como pocas. Hay que acostumbrarse a estar encorvado todo el tiempo, pues esas vides miden más o menos un metro. El ritmo de corte es muy intenso, y uno sin experiencia a cada rato se corta con la podadora y con el jugo de la uva la herida arde como el carajo. Pero a la semana ya estaba habituado y tenía en especial dos amigos, un camerunés y un colombiano. El colombiano se presentaba como el teniente Enrique Delgado, desertor de la marina de guerra de su país y hecho a la mar en un buque de bandera liberiana. Usaba el pelo hasta la cintura y se tragaba cuanta cosa hiciera perder el buen juicio. Sin embargo, todos los días a las 6 de la mañana, una hora antes que nos despertaran, él saltaba de la cama gritando, ¡Teniente Enrique Delgado, firmes!, y de inmediato iniciaba una hora de ejercicios intensos. Deambulando juntos por la región, una noche nos tocó dormir acomodados de cualquier forma en una estación de gasolina. Conversando, de pronto me dijo algo que ha sido fundamental en mi vida. «Maestro —porque así me llamaba— usted me ha enseñado mucho pero yo a usted sólo le voy a enseñar una cosa: ¡cuídese el muñeco! Si la mujer se le va, se consigue otra; si se queda sin trabajo, siempre hay forma de ir la pasando; todo tiene compostura en la vida, menos que se le joda el muñeco». Muñeco le llamaba él, por supuesto, al cuerpo.

En el París de entonces, escenario principal del Mayo Francés, se vivía un proceso de reflujo en muy distintos órdenes. Las organizaciones de izquierda revolucionaria surgidas del 68 todavía tenían una capacidad de movilización importante, en la cual pesaba mucho el movimiento de solidaridad con Vietnam y luego contra el golpe de Estado de Chile en 1973. El movimiento obrero era fuerte y todavía lo es, pero cada vez más reducía su accionar a las meras reivindicaciones económicas. El Partido Comunista también iba por la

pendiente, entonces todavía poco inclinada; los socialistas, en cambio, gobernaron doce años con Mitterrand y siguen siendo, al menos, la segunda fuerza política del país. En lo cultural, el París de los 70 ya no era el de la post guerra, cuando los grandes escritores y pintores hacían trabajo y vida en los cafés de Montparnasse o de Saint Germain, pero seguía siendo el ombligo del arte. La juventud rebelde, que en Mayo proclamó que había que hacer el amor y no la guerra, retornaba paulatinamente a cierto conservatismo, como fatigada por el desenfreno de los 60. Se hacía patente la idea de Hegel según la cual el curso de la historia semeja a una espiral donde, efectivamente, hay un movimiento de retorno, pero no se regresa al punto de partida, sino a un escalón más alto: el conservatismo posterior a Mayo ya no fue el mismo que el anterior. A pesar del reflujo, las luchas masivas de esos años cambiaron a la sociedad francesa.

Rolando Morán

Desde que conocí a Rolando en Cuba se estableció entre nosotros una relación de cariño y amistad que duró hasta su muerte, pues aunque estuvo interrumpida muchos años, cuando de nuevo nos vimos a propósito de la negociación de paz, la amistad y la mutua estima no sólo se habían conservado, sino que jugaron un papel muy significativo en ese proceso. Entre nosotros había afecto y confianza, y también un común denominador muy importante: el compromiso con el desarrollo humano sin que mediaran intereses creados, y una concepción y un método compartidos, los del marxismo. Contrario a lo que pudieran pensar quienes creen que el marxismo es meramente una ideología radical, lo que Marx y Engels concibieron y elaboraron es una ciencia, que como tal se subordina a la indagación de lo objetivo, de lo real, sin anteponer a ello prejuicios aunque sí, tomando partido: el de las mayorías. La capacidad de reconocer lo objetivo —aquello que no depende meramente de mi voluntad— era fundamental para desentramar la negociación de paz, siempre teniendo la mira en empujar el límite de lo posible lo más cerca del beneficio mayoritario.

En una etapa crucial de la vida (entre los 21 y 26 años de edad), Rolando fue mi maestro, lo cual se desarrolló al margen de la vida orgánica, pues él era un dirigente del más alto nivel y yo un recién llegado, mezcla de hijo pródigo y *enfant terrible*. Sin embargo, tuve ocasión de conversar con él centenares de horas, como repito, por simpatía mutua y no porque yo fuera su correspondiente político, ni cosa por el estilo. De sus enseñanzas las que más valoro fueron las referentes a cuestiones profundas de la vida, y no tanto de la política o la teoría. Con toda su devoción militante, Rolando no era un hombre circunscrito a la política. Sus intereses eran múltiples y diversos, aunque todos confluían en la revolución: para él, sólo la revolución podía ser el espacio idóneo en el cual se desplegaran las calidades humanas. Cuando nos vimos en México, en 1970, yo acababa de concluir el estudio del tomo I de *El Capital* y devoraba cuanta obra teórica me caía en las manos. En una ocasión Rolando me dijo —para mi sorpresa— que de tanta teoría estaba descuidando el aspecto humano de las cosas, y a la vuelta de los días me hizo un obsequio que incidió mucho en mi forma de pensar. Me regaló las Obras Escogidas del escritor griego Nikos Kazansakis, con la recomendación que leyera *Cristo de nuevo crucificado*, lo cual hice; leí, además, los dos tomos completos, y quedé muy impactado, sobre todo con *Vida y Hechos de Alexis Zorba*, novela sobre la base de la cual se filmó una extraordinaria película con Anthony Quinn.

Zorba es un personaje que encarna el optimismo que fluye de una vida pegada a la tierra y sus criaturas, y su patrón encarna el pesimismo de la inteligencia y los enredos que ésta provoca en lo que puede ser simple y natural. Zorba cae y se levanta y la culpa le es ajena. Su patrón se devana descifrando a Buda e indagando sobre el bien y el mal. Una de las tantas escenas del libro me fue fundamental en la decisión de dejar el alcohol. Zorba y el patrón navegan por las islas del mar Egeo; Zorba va señalando sus bellezas, cuando el patrón se percató que le falta el dedo índice y le pregunta por qué.

—Porque siendo yo alfarero —responde Zorba— hacía girar el barro al tiempo que me decía, voy a hacer un jarrón, voy a hacer un plato o una damajuana, y cuando estaba en lo mejor este dedo se interponía y lo echaba todo a perder, así que un buen día tomé una hachuela y lo corté.

—Eso me recuerda —le dice el patrón— la historia de un santo varón que sintiéndose tentado por una mujer tomó un hacha y se cortó...

—¡Maldito sea!, grita Zorba demudado, ese pobrecito no le hace mal a nadie.

Yo me fui dando cuenta que el alcohol era el dedo que se interponía en lo que quería hacer en la vida, y un buen día lo corté.

Rolando nació en Salcajá, Quetzaltenango, el 29 de diciembre de 1929, de manera que cumplió 67 años el día de la firma de la paz, ocurrida el 29 de diciembre de 1996. Cuando triunfó la Revolución de Octubre, su padre, coronel del Ejército Nacional, tenía bajo su mando la plaza de Quetzaltenango, la cual defendió hasta el último cartucho. Aunque fue obligado a salir del país, como una deferencia acudió a despedirlo al aeropuerto uno de los triunviros de la revolución, el ciudadano Jorge Toriello Garrido, y Rolando contaba que su padre lo abofeteó.

Aunque su trayectoria política nace en la «década democrática», Rolando no vivió el primer período de ésta, pues a los 16 años decidió abandonar la casa paterna y hacer su propia vida, decisión que no tomó por contradicciones políticas con su padre sino por razones existenciales. La fue a tener a Honduras, donde encontró empleo como trabajador de campo en las plantaciones de la United Fruit Company, y estudio Agricultura en Malcotal School, escuela de la compañía ubicada en la ciudad de Comayagua. Trabajando en las plantaciones contrajo tuberculosis y fue internado en un hospital de la bananera, cuyas pésimas condiciones él relataba. Siendo la tuberculosis una enfermedad altamente contagiosa, en toda una sala del hospital había tres termómetros para tomarle la temperatura, quizá a 20 enfermos. Como no había camas suficientes, colocaban a dos en la misma, lo cual hacía que el mutuo contagio hiciera imposible cualquier progreso contra la enfermedad, además del trauma que significaba: dos o tres de los compañeros de cama que tuvo Rolando murieron junto a él. La única medicina que les daban contra la tuberculosis era un vaso de leche que Rolando, por lo avanzado de su mal, no podía retener a la primera, de manera que lo vomitaba y lo recogía en un recipiente para volvérselo a tomar hasta que su estómago lo aceptaba. En 1950 regresó a Guatemala, muy enfermo, y fue internado en el Hospital San Vicente para tuberculosos. Entonces Rolando relataba el contraste que esto había significado para él: estar en una sala limpia, en su propia cama, y lo que más le llamaba la atención es que sobre su mesa de

noche estaba un vaso con tres o cuatro termómetros. Sin embargo, el daño que le había provocado la enfermedad llevó a que le extrajeran un pulmón.

De 1951 a 1953 estudió como oyente en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, entonces colocada a la vanguardia de América porque Arévalo —encendido humanista— había traído a los mejores catedráticos disponibles por entonces en el mundo de habla hispana. Fue oyente porque en Guatemala no eran válidos los estudios de High School que hizo en Honduras. Por ese tiempo las aulas de la Facultad de Humanidades albergaban a otro ilustre oyente, que hasta el final de sus días conservó la gratitud hacia Arévalo por haber puesto a su alcance a maestros insignes: se trataba de Severo Martínez Peláez, cuyo libro *La Patria del Criollo* es una obra maestra de las ciencias sociales guatemaltecas y mesoamericanas. Ya para entonces Rolando estaba inmerso de lleno en las luchas políticas, fungiendo como Secretario General del Frente Universitario Democrático (FUD) de 1953 a 1954 y siendo militante de la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT, juventud comunista). Es en ese contexto que vive la derrota del 54 y que conoce a Ernesto Guevara de la Serna, como ya lo relaté en el capítulo III.

Salió exiliado a la Argentina en 1954 junto con otros compatriotas, todos los cuales recibieron asilo en ese país menos él. Por el contrario, la Cancillería Argentina demandó a otras Cancillerías si estaban dispuestas a recibirlo, y la única que dio una respuesta favorable fue la de Checoslovaquia. Entonces el PGT lo nombró para que integrara el Consejo de la Unión Internacional de Estudiantes (UIE), con sede en Praga, cargo que desempeñó entre 1955 y 1959, y que le permitió asistir a los festivales de cine de Karlovy Vary, donde se hicieron famosos sus romances con artistas de gran belleza como la uruguaya Isabel Sarli. Hay que decir que este hombre, del cual ninguna mujer dijo jamás que fuera guapo, tenía una gran aceptación entre ellas.

Su cargo en la UIE y su trabajo en la Revista Internacional (revista de los partidos comunistas), le permitieron conocer y relacionarse estrechamente con un conjunto de militantes de todo el mundo y, en particular, de Europa del Este, algunos de los cuales, con el tiempo, accedieron a la dirección de sus partidos respectivos o a los más altos cargos en sus países, de manera que Rolando tenía excelentes relaciones con líderes políticos de muy diversas partes y en particular con no pocos de los dirigentes de los países socialistas. En 1959

regresó a Guatemala y se desempeñó como militante clandestino de la JPT hasta 1962. Durante ese período tuvo entre sus tareas la de trabajar políticamente con los oficiales recién rebelados, Marco Antonio Yon Sosa y Luis Turcios Lima. En 1962 fue fundador y miembro de la Dirección de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) hasta 1965 en que sale a Cuba.

Rolando era un músico nato, vena que le procedía de su parentesco con la familia Paniagua, que a lo largo de generaciones ha engalanado la música guatemalteca. No sólo era un erudito en materia musical y un gran oyente, sino que podía silbar conciertos enteros sin equivocarse en una sola nota. Apreciaba —creo yo— todas las ramas del arte, y siempre sus comentarios sobre la materia eran enriquecedores y profundos. Medía más de un metro ochenta, moreno, con una nariz protuberante que denunciaba su ascendencia indígena, de ojos profundos y voz inconfundible. Contaba que Miguel Ángel Asturias, durante una travesía por el Mar Muerto y ya con unos que otros tragos entre pecho y espalda les decía a los circunstantes, «mírenlo, así son los indios de Guatemala.»

Por su relación con la familia London y otros personajes del mundo socialista, y por sus propias vivencias en el período de la «desestalinización», Rolando conocía de las purgas y del Goulag, pero jamás le escuché una crítica a Stalin. Para él, más allá de si se construía o no el socialismo con apego a la doctrina de Marx o de las tradiciones del movimiento obrero, lo que importaba eran los resultados, el abatimiento de la miseria, la elevación del nivel educativo y cultural de los trabajadores, la lucha a muerte contra el capitalismo, la cual no permitía debilidad alguna, y esos logros justificaban los medios para obtenerlos, por la sencilla razón que no había otros. Coincidió en esto con Trotsky, para quien el tema de si el fin justifica los medios y las disquisiciones al respecto no eran más que «moral jesuítica», puesto que la cuestión estaba mal planteada: los fines y los medios no están separados entre sí, sino indisolublemente relacionados. «Para determinados fines —decía Trotsky— sólo hay determinados medios y no otros. En la naturaleza del fin están comprendidos los medios para alcanzarlo y a la inversa.» Con esa misma lógica Rolando analizaba la Revolución China, y en particular los desmanes de la Revolución Cultural. Independientemente de cualquier cosa —decía él— la revolución china tenía el mérito gigantesco de haber terminado con las

hambrunas, que antes de la revolución asolaban el país y que, en sucesivas oportunidades, llevaron a los campesinos famélicos hasta el canibalismo, comiéndose a sus hijos, que de todas formas estaban condenados a muerte.

Además del *Documento de Marzo*, cuyo contenido ya he reseñado, uno de sus ensayos más vibrantes e interesantes es la semblanza que hace de Luís Turcios Lima, un hombre excepcional. Aunque Rolando nunca fue dado a idealizar ni hacer fetiches, su visión era que Turcios pudo haber sido el gran dirigente que necesitaba la revolución guatemalteca, el único capaz de imponer la unidad, la cual sólo era posible en torno suyo. Al igual que muchos otros que lo conocieron, Rolando se dio cuenta del enorme potencial que tenía ese subteniente del Ejército convertido en comandante guerrillero. La misma apreciación de Turcios tuvo Fidel Castro, que durante la Conferencia Tricontinental de la Habana (1965), colocó a Turcios en la cúspide del movimiento revolucionario mundial, junto a figuras como Vo Nguyen Giap, el genio vietnamita de la guerra que había vencido en Dien Bien Phu y que, en ese momento, dirigía la guerra contra la intervención de Estados Unidos. Turcios combinaba compromiso, valentía e inteligencia y tenía don de mando; la única cuestión unánime que observé en el mundillo de la revolución guatemalteca, fue la valoración y el aprecio por Luís Turcios entre quienes lo conocieron. Pero como la historia de Guatemala ha estado marcada por lo fortuito y por la tragedia, murió en un confuso accidente automovilístico, el 2 de octubre de 1966.

Estando en la Guerrilla Edgar Ibarra y en la dirección de las FAR, a Rolando le tocó vivir la experiencia de la infiltración trotskista. A lo que pasó en Guatemala los trotskistas le llamaban «entrismo», táctica que fue concebida para penetrar desde dentro a los partidos comunistas y a sus bases sindicales a fin de ganarlos a las posiciones del «marxismo revolucionario». En el caso de Guatemala, esto se tradujo en la incorporación al Movimiento Revolucionario 13 de noviembre de un pequeño grupo de trotskistas mexicanos, guatemaltecos y un argentino, los cuales pertenecían a una de las tantas fracciones de la IV Internacional, que era dirigida por Juan José Posadas, argentino, cuyas posiciones llegaron a ser aberrantes. Rolando contaba que, en un principio, la presencia de estos militantes fue vista con beneplácito, porque eran eficientes y abnegados; también porque algunas de sus ideas,

según criterio de Rolando, habían constituido un «impacto saludable». Rolando se refería concretamente a la proclamación de la Revolución Socialista como objetivo inmediato de la lucha en curso, y no como aún se sostenía por el PGT, la lucha armada, pero para dar paso a una revolución democrática. Rolando contaba que el tema ya había sido abordado por la GEI en la *Primera Carta de la Guerrilla Edgar Ibarra*, en los mismos términos esenciales.

En un principio, aunque se discrepara de planteamientos tan dogmáticos como que en Guatemala había que construir soviets de obreros, marinos y soldados, no se asociaba ese bagaje político con nada en particular, puesto que, del trotskismo, sólo algunos habían escuchado algo sobre sus «herejías». Sin embargo, lo que aquellos posadistas planteaban sonaba más bien a ortodoxia leninista. Los troskos tienen la característica que con ellos están las más brillantes mentes del planeta como Ernest Mandel, y los locos más atrabiliarios que uno se pueda imaginar. Sin embargo, fue el propio Che Guevara, a través de dos cartas enviadas a la dirección del Partido y de las FAR por medio de Aura Marina Arriola, quien advirtió que se trataba del trotskismo que, por ser cuña del mismo palo, se convirtió desde un principio en el anatema número uno del movimiento comunista internacional. A Rolando le tocó entonces escribir un documento para refutar los planteamientos de los trotskistas expuestos en su periódico *Revolución Socialista*, órgano del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, pero no sabía nada del asunto y la única fuente era el manual oficial sobre *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, de manera que sin tener conciencia reprodujo las distorsiones de la realidad allí contenidas.

Uno de los rasgos notables de Rolando era su profundo amor por los niños. En una ocasión, estando yo conversando con Francoise London en su lugar de trabajo, en París, Rolando llamó para avisar que llegaba (sería quizá 1973, de manera que la ruptura nuestra con el EGP ya se había consumado). Francoise me preguntó si deseaba permanecer y saludarlo, pero yo opté por pasarme al cuarto de al lado. Desde allí lo pude observar sentado detrás de Francoise, que trabajaba en la moviola, y que sin voltearlo a ver lo reconvenía con dulzura: «yo te lo he dicho siempre, tú lo que tienes es vocación de patriarca. Deberías llevarte unos ciento cincuenta niños al Petén para irlos a educar ahí. Eso es lo que deberías hacer, en vez de estar metido en lo que

estás». Recordé en ese instante las escenas de *Cien Años de Soledad*, cuando el coronel Gerineldo Márquez llegaba del fragor de la batalla a visitar a Amaranta, y esta le exigía, para entrar a su costurero, que se despojara de armas y charreteras y luego lo sentaba junto a sí, con los brazos en escuadra, sosteniendo la madeja de lana a partir de la cual ella hacía las bolas para tejer.

Esa fue la última vez que yo vi a Rolando luego de la ruptura, y hasta veintitrés años después nos volvimos a encontrar en una reunión en San Salvador que marcó los derroteros del proceso de paz.

CAPÍTULO VII

ÉPOCA DE CAMBIOS Y CAMBIO DE ÉPOCA

Época de cambios

El 18 de julio de 1979, cerca de la medianoche, concluí la redacción del editorial de Inforpress para el número que circularía al día siguiente. A lo largo de esa tensa jornada todos los del equipo estuvimos pendientes de los acontecimientos en Nicaragua. El día anterior celebramos la renuncia de Somoza, pero como éste había resignado el poder que ya no tenía en Francisco Urcuyo, no pudimos dar por consumado el triunfo revolucionario. Sin embargo, cerca de las seis de la tarde entró la noticia que Urcuyo había renunciado, cosa que era sólo cuestión de tiempo. Entonces ya se podía definir el título del editorial y con él la esencia de su contenido: VICTORIA SANDINISTA EN NICARAGUA. Fuimos el único medio que tituló así.

Con mi amigo Rolando Orantes nos fuimos a cenar a El Lugarcito, punto de reunión de los noctámbulos del centro, el cual se encontraba sobre la sexta calle, enfrente del Parque Centenario, y a un costado del Palacio Nacional. Allí se podía comer y beber en un ambiente agradable y tranquilo. En esas estábamos cuando entró un grupo de nicaragüenses y, para nuestra sorpresa, iba encabezado por don Francisco Urcuyo, quien se comportaba de la manera

más despreocupada del mundo: «sabrosas las cervezas de Guatemala», comentó, y el aire que tenía era el de alguien que viene de un paseo o del cine, y sus compañeros por el estilo. «Estos no han sentido que ya sopló el viento de su desgracia», le comenté a Rolando, evocando una bella imagen de García Márquez en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*.

Sin embargo, nuestra satisfacción por el triunfo revolucionario no estaba exenta de preocupaciones. Era obvio que ese hecho iba a acelerar los procesos de guerra revolucionaria en El Salvador y Guatemala y que, junto con ello, se iba a intensificar la represión. En Guatemala, el presidente Romeo Lucas había tomado posesión un año antes, junto con su Vicepresidente, Francisco Villagrán Kramer, connotado jurista e intelectual, hasta entonces figura emblemática de la socialdemocracia. La presencia de Villagrán Kramer parecía indicar que el margen de tolerancia política que hubo durante el gobierno del general Laugerud se mantendría, pero sobre todo a partir del triunfo sandinista se hicieron más sonoros los pasos de animal grande. Previo a eso, el 20 de octubre de 1978, en medio de una concentración masiva, sicarios que no se molestaron en disimular su pertenencia a las llamadas «fuerzas de seguridad», acribillaron a tiros a Oliverio Castañeda De León, muchacho brillante, entonces Presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU). Se trataba no solamente de matar a Oliverio sino de advertir que no se detendrían ante consideración alguna en materia de represión, como en efecto lo hicieron. Aún gente que nada tenía que ver en política y de posición conservadora se conmocionó por aquel crimen: «es muy grave que en un país se mate así a los jóvenes», me comentó un próspero comerciante de origen español, simpatizante de Franco.

Yo estaba preparándome intensamente para correr la XIX Vuelta a Guatemala. Obtuve un permiso sin sueldo en *Inforpress* para dedicarme de tiempo completo a la bicicleta. Sabía que era en ese momento o nunca, porque la idea de retornar a la militancia me daba vueltas y vueltas como el remolino que se tragó a Gaspar Ilom. Una mañana, estando todo el equipo de *Inforpress* reunido en la sala de redacción yo dije: «compañeros, es bien sabido que la que es puta vuelve, y ahora se están creando las condiciones para que volvamos las putas».

Lo que habría de ocurrir en las semanas y meses siguientes no dejaba lugar a dudas: entre muchos otros, los asesinatos de Alberto Fuentes Mohr y Manuel Colom Argueta, cometidos luego que por fin se autorizara la inscripción de sus respectivos partidos. ¿Por qué esos crímenes? En mi opinión, para conjurar una posible salida tipo el «Grupo de los Doce» en Nicaragua, donde un conjunto plural de personalidades del mundo político y social se convirtieron en un interlocutor válido para la Comunidad Internacional y en una alternativa atrayente frente al somocismo. Fuentes Mohr y Colom Argueta eran figuras políticas de relieve nacional e internacional (Colom Argueta fue el más prominente líder de la izquierda desde el presidente Jacobo Árbenz). Eran gente de izquierda democrática, social demócratas, justo el perfil que podía facilitar el desplazamiento de un gobierno como el de Lucas García sin que Guatemala «cayera en manos del comunismo».

Pero nuestras deliberaciones no sólo fueron sobre la guerra y la represión sino sobre el futuro de esa revolución recién triunfante. Aún antes que ese hecho ocurriera, un tema de reflexión era que no existían las condiciones para otra Cuba, en el sentido de pretender una transformación de carácter socialista. Se sabía incluso que los propios soviéticos habían advertido que no estaban en condiciones económicas de apoyar algo semejante. Los dirigentes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), parecían haber comprendido esto al integrar el «Grupo de los Doce», formado por personalidades de distinta filiación política, entre ellos doña Violeta Chamorro y dos de los que habrían de ser destacados jefes de «la contra»: Alfonso Robelo y Alfredo César. Asimismo, proclamaron un programa de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento, propio de una revolución democrática de vocación popular. Sin embargo, y al poco tiempo, todo parece indicar que a los sandinistas se les subió el triunfo a la cabeza, y pensaron que podían hacer una revolución radical bajo su única conducción y se toparon con la pared, aunque la trascendencia de lo que hicieron e intentaron hacer la muestra el retorno del FSLN al poder.

En los acontecimientos de Nicaragua, en su evolución, se fue haciendo manifiesto lo ya dicho con relación a las crecientes dificultades económicas del campo socialista, agudizadas por una carrera armamentista que el presidente Ronald Reagan llevó a un nivel demencial con «la guerra de las galaxias». A

esto se sumó crecientemente el descontento acumulado, sobre todo en los países del este y del centro de Europa, donde el socialismo no llegó por la vía de una revolución, sino como extensión de la victoria del Ejército Rojo sobre los nazis, lo que hizo que fuera percibido —en unos países más y en otros menos— como la continuación de la opresión secular ejercida por Rusia sobre esos pueblos. Pero la esencia de la crisis del «socialismo real» está en la economía, en el hecho que se fue conformando una situación mundial en la que no era viable mantener espacios cerrados, autárquicos, como de alguna forma lo fue el «campo socialista», sino que los imperativos del mercado y sus lógicas implacables se imponían como necesidad objetiva; es decir, como algo ineludible, y los regímenes del socialismo real tuvieron a mi juicio muchos y trascendentes méritos, pero no estuvo entre ellos ni la productividad ni la eficiencia.

La Revolución Sandinista inauguró una época de cambios, pero al mismo tiempo ocurrió en los inicios de un cambio de época. La combinación de ambas circunstancias hizo que fuera posible el proceso político de una revolución (la toma del poder por el pueblo armado), y que al mismo tiempo esa revolución tuviera que ajustar sus objetivos a un contexto internacional no sólo político sino, fundamentalmente, económico, donde era imposible soslayar la economía de mercado. En lo político, la legalidad y la democracia electoral se convirtieron en un elemento indispensable para ser parte de la llamada «comunidad internacional». En lo económico, las crecientes dificultades de la Unión Soviética fueron el factor decisivo para que el primer ministro soviético Mijail Gorbachov lanzara en 1985 su política conocida como *Perestroika* (reconstrucción) y *Glasnost* (transparencia). A partir de allí todo comenzó a cambiar en la URSS con resultados desastrosos en el corto plazo, pero en el largo plazo se abrió el camino para una transformación que dista mucho de estar concluida y que, a estas alturas, parece haber superado ya el enorme retroceso económico y político de los primeros años. En noviembre de 1989 fue derribado el Muro de Berlín, y esto se convirtió en el símbolo del fin del socialismo real.

En Cuba, el desplome del campo socialista llevó a instaurar en 1991 el llamado «Período Especial», época de austeridad extrema que el pueblo cubano sobrellevó con dignidad; a partir de ahí se inició una serie de cambios

en la dirección de abrirse a la inversión extranjera, las asociaciones público-privadas, envíos de remesas desde el exterior, pequeños negocios individuales y otros, todo lo cual está adquiriendo ahora una escala mayor bajo la conducción del presidente Raúl Castro. De nuevo, la razón de evocar aquí esos cambios es mostrar la incidencia de estos condicionantes objetivos derivados de la mundialización de la economía de mercado. En las negociaciones de paz yo utilizaba el ejemplo de lo que estaba pasando en Cuba para ilustrar esos imperativos de racionalidad, eficiencia, productividad y otros que no se podían soslayar; el caso cubano encajaba perfectamente porque todos los que estábamos allí sabíamos que un supuesto «ablandamiento ideológico» era impensable en la dirección cubana. Eso ocurría muy a pesar de los cubanos; como dice el dicho chapín, «la necesidad tiene cara de chucho».

A finales de la década de los años setenta, Mao había muerto; la «revolución cultural» era cosa del pasado, y el poder lo detentaba Deng Xiaoping, quien para marcar el cambio de época destruyó a la «Banda de los Cuatro», encabezada por Lin Biao, y de la cual formaba parte la propia viuda de Mao Tse Tung. Para Deng, el principal desafío era la unidad y estabilidad de China, y esto dependía de lograr prosperidad económica. A diferencia de Gorbachov y la Perestroika, los dirigentes chinos nunca asociaron progreso económico con democracia política. Por el contrario, comprendieron muy bien las inmensas potencialidades económicas de un poder omnímodo, que dispone globalmente de los recursos de la nación, que es capaz de hacer marchar a cientos de millones en una sola dirección e imponer medidas tan radicales como la de sólo un hijo por familia. Un Estado que ha sido capaz de realizar obras colosales, desarrollar su gigantesco mercado y crear un conjunto de condiciones para un salto económico no conocido en la historia de la humanidad. Pero para ello tuvo que ocurrir la reforma de Deng que, aplicando la sabia máxima de «zapatero a tus zapatos», le abrió la puerta al capital privado bajo condiciones favorables al Estado chino y bajo su conducción. La inserción de China en la economía mundial selló lo antes expuesto: los espacios autárquicos son imposibles en el contexto de una economía mundializada donde rigen los imperativos del mercado y la ley del más fuerte, porque no en todos los casos el éxito económico es producto de la

competitividad y la eficiencia, sino también de la capacidad de imponer condiciones desventajosas a los países pobres o subordinados.

Si tomamos en cuenta todos esos hechos y otros más que podríamos agregar, y sobre todo su razón de ser, nos damos cuenta que una época de cambios que en nuestro Continente se inició con la Revolución Sandinista era, al mismo tiempo, un cambio de época. Y esto traía encerrada —entre tantas consecuencias— una contradicción profunda: la revolución podía triunfar, pero el socialismo basado en la abolición de la propiedad privada y del mercado no era posible.

El hecho que no fuera viable una revolución socialista le quitaba fundamento a la lucha armada, cuya razón de ser era que para construir el socialismo —tal como lo explicó Marx y la experiencia lo ha demostrado— es preciso, previamente, destruir el Estado burgués y crear en su lugar el Estado proletario o dictadura del proletariado. Marx explicaba que en los cambios de sistema o modo de producción ocurridos hasta entonces en la historia, el nuevo iba surgiendo en el seno del anterior: por ejemplo, el mercantilismo surgió en el seno del feudalismo y lo fue corroyendo; la Revolución Francesa y la revolución industrial expresaron y consolidaron la hegemonía del capitalismo y la destrucción del *ancien régime*. Esto era posible (el surgimiento de uno en el seno del otro), porque esos diferentes modos de producción tenían un elemento en común fundamental: la propiedad privada. En cambio, la construcción del socialismo se iniciaba con la expropiación y colectivización de los medios de producción y, por ello, el paso previo era tomar el poder del Estado. A diferencia de los burgueses, que se fueron haciendo más y más ricos en el seno de la sociedad feudal hasta llegar a ser clase dominante, el proletariado sólo podía ser clase dominante a partir de la toma del poder.

Esto que parece tan abstracto y teórico fue fundamental para hacer posible la paz de Guatemala. Por ello a mi me gusta repetir que la paz de Guatemala es un fenómeno hijo de su tiempo, como pocos conozco yo.

Un momento para pensar

Luego del atentado en el que resulté herido en febrero de 1982, continué trabajando clandestinamente en la ciudad de Guatemala, hasta que la situación se volvió insostenible. Además, ya no había mucho qué hacer. Mediante el trabajo de inteligencia, el Ejército había logrado desarticular la labor de todas las estructuras del EGP en la capital. Salí entonces para Nicaragua con la tarea de organizar una escuela de formación política. Viví en esa escuela una de las experiencias más enriquecedoras de relación humana y de trabajo intelectual. Fue un momento clave para pensar, para reflexionar con profundidad sobre la dura experiencia que todos acabábamos de pasar y sobre el presente y el futuro.

Planificando esta escuela con Mario Payeras, entonces «comandante Benedicto», éste propuso que el eje fuera una reflexión filosófica porque, cuando se ha vivido algo de tanta intensidad, y es mucha la acumulación de hechos y circunstancias, llega, justamente, el momento de recurrir a la filosofía; sin ella no hay manera de ordenar el pensamiento ni de recuperar el rumbo. El gran provecho que se saca de la reflexión filosófica no es aprenderse lo que dicen los libros, sino aprender a pensar. Así que decidí que el eje de la formación política debía ser la reflexión sobre el método, y preparé los cursos sobre la base de una obra de Karel Kosik, titulada «*Dialéctica de lo Concreto*», y en especial sobre uno de los conceptos allí expuestos, el de la «totalidad concreta». A lo largo de un año di tres cursos de cuatro meses de duración cada uno. A los diferentes grupos de compañeros y compañeras del EGP, yo siempre les hacía la broma: «Lo único que no soy de esta escuela, es la casa». Era prácticamente el único profesor. Todos los días me tocaban de cuatro a seis horas de exposición.

Cada curso fue una experiencia sumamente enriquecedora para todos. Entonces en Nicaragua las casas se alquilaban por unos cuantos dólares, y para el primer curso conseguimos una muy hermosa ubicada en la playa de Casares, contigua a un pueblo de pescadores. Era imposible pensar en un escenario mejor que ese para filosofar. Cuando tocó explicar el pensamiento de Heráclito y de los Milesios, lo hicimos sentados frente a la majestad del Océano Pacífico; contemplando el ir y venir de las olas discurríamos sobre el enorme aserto de que nadie se puede bañar dos veces en el mismo río, porque cada vez éste es distinto, cada vez el agua que nos moja es otra, de manera que el

río es y no es al mismo tiempo. Confirmando también que lo único que existe desde siempre y para siempre es el movimiento. Cuando salíamos a correr a las seis de la mañana, la playa era siempre distinta al día anterior: unas veces cubierta de troncos y ramas, otras sólo la arena, e incluso las rocas cambiaban de posición. Heráclito y compañeros habían desarrollado su filosofía contemplando el mar.

Una madrugada, muy a mi pesar, pesqué un pejesapo, pero antes de devolverlo al agua pensé que podría ser útil didácticamente, de manera que al iniciar la primera exposición del día se los mostré a los pupilos. Les voy a presentar a un ancestro común —dije— al tiempo que lo sacaba de una bolsa de papel. A continuación les expliqué que el pejesapo fue uno de los primeros peces que salió del mar para comer la hierba que ya crecía en las orillas; a fuerza de repetir ese ejercicio, sus aletas para nadar se fueron convirtiendo en pequeñas patas que le servían para arrastrarse. De esa manera se inició la evolución hacia los reptiles, los cuales habrían de reinar sobre la faz de la tierra hasta el final del período Jurásico, cuando un enorme asteroide cayó en nuestro planeta y levantó una nube de polvo que impidió el paso de los rayos solares al menos por dos años, lo que provocó la extinción del mundo vegetal; con ello se terminó el alimento de los más gigantescos herbívoros que han existido: los dinosaurios. Los que pudieron sobrevivir a este afortunado cataclismo fueron los mamíferos, y en especial los ratones, a quienes les debemos nuestra estancia en este mundo; sobre todo la existencia de lo más bello, complejo y sofisticado que existe en el universo: la mujer.

Recordando una obra de Trotsky cuyo título lo dice todo, *No sólo de política vive el hombre*, combinamos la reflexión y el estudio con actividades físicas, artísticas y culturales que fueron generando un ambiente de jovialidad y de compañerismo. Tuvimos el privilegio que don Manuel Galich viajara los jueves de La Habana a Managua, para el viernes dedicarlo por completo a darnos clases de historia de Guatemala. Sus exposiciones, siempre muy profundas, las combinaba con amenas anécdotas y así, con su gran simpatía y erudición, recreaba la Guatemala de la época correspondiente. La primera vez que llegó lo recibimos con un almuerzo de pargos y camarones de río recién salidos del agua, acompañados de rodajas de plátano verde cortadas muy

delgaditas y fritas: de chuparse los dedos, y el costo de semejante agasajo eran unos pocos dólares.

Entre sus múltiples virtudes, don Meme era un gran dramaturgo, y cuando se aproximaba el fin del curso los compañeros y compañeras decidieron cerrarlo con la presentación de una obra de teatro. Bajo la dirección de uno de ellos que había hecho teatro en Guatemala y en Chile, montaron una obra basada en un pequeño texto llamado *Sebastián Guzmán, Principal de Principales*, escrito por Javier Gurriarán, ex párroco de Chajul y colaborador del EGP que había tenido que salir del país. Se trataba de la historia del principal de principales de Nebaj, que era también el principal de principales de los ixiles y quien, dicho sea de paso, formó parte del Consejo de Estado constituido por el general Ríos Montt en 1982, junto con otros nueve indígenas representativos de distintas comunidades lingüísticas. A través de la obra se iba contando la historia de cómo fueron amasando sus fortunas las familias españolas que incursionaron en el área ixil en los albores del siglo XX, y de los centenares de hijos que dejaron regados acostándose con las mujeres como un derecho de pernada establecido de facto. *Sebastián Guzmán, Principal de Principales*, fue instrumento de esa opresión y explotación y durante el enfrentamiento armado se constituyó en un bastión para el Ejército, cuya represión sobre la población ixil fue de una bestialidad inaudita.

Durante semanas los compañeros prepararon la obra, pero yo no quise ver nada hasta el día de la presentación, que se hizo en honor de don Meme. Con latas de leche vacías y papel celofán de distintos colores armaron candilejas para iluminar el escenario; el vestuario había sido confeccionado con retazos de tela; todo lo demás lo hicieron a pura actuación. A medida que la obra transcurría, los espectadores nos fuimos quedando estupefactos ante la chingonería de lo que habían montado. Cuando la obra concluyó, don Manuel se levantó profundamente emocionado y les dijo: «Jamás me imaginé lo que iba a presenciar. Cuando me dijeron que presentarían una obra de teatro pensé, se los digo con franqueza, en algo como para una clausura escolar. Nunca creí que con las pocas cosas que tenían pudieran resolverlo todo tan maravillosamente: el movimiento en un espacio pequeño, la caracterización de los personajes, las luces, en fin...» Don Meme no escatimó elogios. Luego yo le pregunté al compañero que había hecho el papel de Sebastián Guzmán si

tenía experiencia previa, y con una sonrisa burlona me contestó: «yo sólo había actuado en una Velada de la Huelga de Dolores, en la cual salí bien a pija al escenario y grité: buenas noches, hijos de la gran puta». Asimismo, se conformó el trío Los Mazehuales, con dos voces y dos guitarras y unas maracas que tocaba yo. También con los escasos medios de que disponíamos grabamos un cassette con canciones revolucionarias que resultó de una calidad muy aceptable.

Desgraciadamente, el primer curso fue el único que pudimos hacer a la orilla del mar. Al cabo de varias semanas, cometimos la imprudencia de salir todos los días a correr a la playa. Indudablemente a la gente del pueblo le pareció extraño que en una sola casa estuviéramos viviendo cerca de veinticinco personas, en su mayoría hombres. Y un buen día, cuando estábamos en plena explicación de la filosofía marxista, empezamos a ver por las ventanas a un numeroso grupo de soldados armados con fusiles AK 47 que rodeaban la casa. Entraron y se identificaron como miembros de la migración sandinista. Les explicamos quienes éramos y al pedir nuestras identificaciones, les entregué todos los pasaportes. El auxiliar del oficial los vio, e inmediatamente le dijo a su superior: «Mirá, estos pasaportes son como los que hacíamos nosotros...solo les han cambiado la foto». Yo insistí en que se trataba de una actividad de capacitación política, les pedí que revisaran la casa para que vieran que no teníamos armas de ningún tipo. De nada valió. Nos llevaron a un centro de detención de Migración donde estuvimos un par de días. Pero la mística era tal, que aún encerrados en ese lugar mantuvimos la disciplina, retomamos la actividad y yo finalicé la charla interrumpida. Curiosamente, el único lugar donde he estado preso a lo largo de mi vida, fue precisamente en la Nicaragua sandinista.

El nudo de las contradicciones

Volviendo al drama político, esas escuelas se desarrollaron con un concepto de lo que debería ser la organización, que en nada se correspondía ni con la verdadera realidad del EGP ni tampoco con lo que la Dirección pretendía hacer, que era dejar todo como estaba. Volvía a aparecer el mismo factor: se

decidían ciertas cosas a nivel de Dirección, los lineamientos se bajaban de forma tan general que cada quien los entendía a su manera y procedía como creía que correspondía hacerlo. Luego resultaba que esas decisiones eran del diente al labio, y que si uno se atenía a ellas (la «rectificación»), y las intentaba aplicar, rapidito era visto como disidente. Supuestamente existía la decisión de analizar los hechos y también la voluntad de combatir el centralismo excesivo. Pero de nueva cuenta, trabajar en esa línea hacía sospechar que se actuaba con dolo para dividir a la organización, y así empezó a crecer el merengue de los conflictos internos que tanto han abundado en la izquierda.

Desde el Frente Ernesto Guevara, Rolando empezó a tomar una serie de medidas para prevenir lo que suponía o preveía que podía pasar. Como sucede siempre en las dinámicas fraccionales donde se dan tantas lecturas cruzadas, uno veía que la razón de ser de esas acciones respondía a la lógica de «estos me quieren joder, pero antes de que lo hagan, los jodo yo primero». Es la profecía que se cumple a sí misma. En ese contexto, sin qué ni para qué, una de las medidas de Rolando fue darme la orden de trasladarme al Frente Che Guevara. Me llamó la atención que me llamara para cumplir una tarea muy simple y concreta: enseñar ética y moral revolucionaria a los jóvenes recién integrados a la guerrilla. A buen entendedor pocas palabras. Otra vez era objeto de recelo en la organización. Mi desempeño eficaz en la citada escuela y la estima de los compañeros y compañeras que pasaron por allí, era precisamente la evidencia de que había que cortarme las alas. Esta no fue, por cierto, ni la primera ni la última de este tipo de experiencias. Bien dice Maquiavelo que es muy peligroso ayudar a alguien a conquistar el poder, porque una vez que lo detenta, va a recelar de la inteligencia o de la astucia de quienes lo ayudaron a alcanzarlo.

Por entonces ocurrió —a compadre hablado— que Mario Payeras, formalmente el segundo de la Dirección Nacional, me convocó a una reunión en México donde él residía. Payeras, por supuesto, ya se había percatado que la situación no tenía marcha atrás y yo también. Desde que salí de Nicaragua sabía que iba para una segunda ruptura y así fue.

La derrota estratégica

En cuanto llegué a México a fines de 1983, empezamos a compartir con Payeras los análisis sobre las repercusiones de la ofensiva general del Ejército iniciada en 1981, y la cual ya había entrado en su fase de «retorno a la institucionalidad» con el golpe de Estado del 23 de marzo de 1982. Mario tenía una sólida preparación en materia de estrategia militar, y yo había sido testigo presencial de la debacle que representaron la «tierra arrasada» y las masacres. Ambos coincidimos en que esos hechos conformaban la derrota de la estrategia del movimiento revolucionario en su conjunto, aunque las otras organizaciones no hubieran sido golpeadas de la misma manera, como fue el caso de la base social que en un momento tuvo el EGP. Por lo tanto, se requería realizar una serie de maniobras que permitieran replantearlo todo.

Los dos entendíamos el concepto de derrota estratégica en términos de que las fuerzas armadas habían logrado desarticular la estrategia concreta de la organización para tomar el poder: el Ejército impidió que el EGP formara sus fuerzas principales en el altiplano densamente poblado, y que convirtiera la zona sur del país en un factor de dispersión para ellos. Y para rematar, desarticuló la red logística de URNG en la ciudad capital, donde según la estrategia se tenía que preparar la insurrección como acto final para la toma del poder. A lo largo del año 82, el Ejército le quitó a la guerrilla «la capacidad de desafiar al poder militar del Estado». Lo hizo de manera desigual en los distintos Frentes. En el frente de Alta Verapaz, en el Ho Chi Min al norte del Quiché, en el Ernesto Guevara de Huehuetenango, la situación no fue la misma que la del FGACS, pero el FGACS ocupaba el escenario decisivo.

Con la ofensiva iniciada en 1981, el Ejército fue logrando su objetivo esencial de «quitarle el agua al pez». Por medio del terror, expulsó a unos, sometió a otros y también recibió el apoyo de población que lo estaba esperando y se unió a él. Como resultado de esa ofensiva se produjo el fenómeno de la población desplazada y luego de los refugiados que pasaron a territorio mexicano. Esos refugiados, como dijo Rolando Morán en una entrevista publicada en la revista mexicana *Proceso*, no eran una población atrapada entre dos fuegos, sino la crema y nata del movimiento social que apoyaba al EGP. Por ello, uno podía deducir lo que implicaba que el Ejército los hubiera obligado a salir del territorio nacional.

Quedaba muy claro que al perder sus bases, la estrategia del movimiento revolucionario estaba derrotada, pues el apoyo de la población era su fundamento esencial; la situación que había creado el Ejército era irreversible. En Vietnam, por ejemplo, el alto nivel de organización de la población, el trabajo de los cuadros del Frente de Liberación Nacional, el grado de adhesión de la gente a la lucha, permitió que esa población se mantuviera firme a pesar de estar encerrada en las aldeas estratégicas y sometida a grandes castigos por parte de los ejércitos sudvietnamita y estadounidense. Pero ese no era el caso de una población que —al menos en el FGACS— se adhirió masivamente a la lucha y al poco tiempo de hacerlo fue aplastada y sometida, como ya se dijo, porque no contaba con la organización, los cuadros y el armamento que eventualmente hubiera requerido una insurrección exitosa.

Sin embargo, para el movimiento revolucionario guatemalteco, derrota estratégica había significado siempre que ya no quedara nada por hacer, que no hubiera un solo revolucionario vivo, y no hubo manera que se entendiera el concepto expuesto anteriormente y que reflejaba una realidad incuestionable, como la experiencia también lo demostró. La realidad era que el Ejército había derrotado la estrategia para tomar el poder, lo cual no significaba que hubiera aniquilado a las organizaciones guerrilleras. Éstas conservaron e incluso acrecentaron sus efectivos y su poder de fuego, y el EGP siguió contando con el apoyo de una población en resistencia. La situación que se creó fue la de una lucha guerrillera que ya no podía pretender la toma del poder, pero que podía subsistir indefinidamente, golpeando esporádicamente al Ejército y realizando acciones de sabotaje y otras. Si bien se contaba con cuadros y, sobre todo, con decisión de lucha, se volvía necesario elaborar otra estrategia.

Quizá el ejemplo de mayor envergadura en materia de recuperar la iniciativa, luego de sufrir una derrota estratégica, sea la «larga marcha» realizada por el Ejército Rojo encabezado por Mao Tse Tung. En la quinta campaña de cerco y aniquilamiento lanzada por Chiang Kai Shek en contra del Ejército Rojo, prevaleció en el PC chino «la línea monstruosamente absurda de Lili San», según la cual dicho Ejército ya estaba en capacidad de darle batalla frontal al de Chiang, impidiéndole penetrar en la «zona liberada». En las cuatro campañas anteriores, bajo la consigna de Mao, «dejad que rompan nuestras ollas y cacharros», el Ejército Rojo dejaba penetrar al de Chiang, alejándolo de

su retaguardia, complicando su logística, dispersándolo, hostigándolo, no dejando dormir a la tropa, dificultando las comunicaciones y metiéndolo cada vez más en un terreno que no dominaba y donde la población le era hostil. Las fuerzas de Mao atacaban hasta que Chiang comenzaba a retirarse; para mientras, las tropas de éste habían reprimido y abusado de la población, que sin embargo, resistía, porque desde hacía muchos años los comunistas la habían organizado y ganado para la causa.

Pero en la quinta campaña el resultado de la línea de Lili San fue la derrota militar del Ejército Rojo, y consiguientemente, una represión aún más sanguinaria sobre la población, la cual quedó bajo control de Chiang. Mao se dio cuenta que el trabajo de décadas se había perdido, y tomó la difícil decisión de abandonar ese territorio y buscar otro desde el cual replantear la guerra. Con lo que le quedaba de sus fuerzas se desplazó trece mil kilómetros en territorio chino. A lo largo de ese colosal recorrido lo hostigaron, lo combatieron; de hecho, la primera vez que se usó la aviación con fines militares fue contra esa fuerza en movimiento que llegó a su punto de destino virtualmente diezmada. ¿Qué logró con ello? Salió de un nudo de contradicciones donde ya estaba todo perdido y volvió a plantear otra vez la guerra desde una perspectiva y un territorio nuevos y diferentes. Además, la invasión creciente de los japoneses a China y su inaudita bestialidad crearon las condiciones para que Mao convirtiera su guerra revolucionaria en una guerra de liberación nacional. En 1936 le propuso a Chiang deponer las hostilidades y enfrentar juntos a los japoneses y éste se negó: el resultado fue que a partir de la guerra anti japonesa el Ejército Rojo creció como espuma y la estrella de Chiang comenzó a declinar, hasta su derrota total en 1949.

Según Mario Payeras, el EGP pretendía relanzar la guerra revolucionaria sobre la base de lograr de nuevo la inserción a territorio guatemalteco de los refugiados que estaban en México. Sin embargo, el solo planteamiento constituía un error, pues la estrategia no puede basarse en factores sobre los cuales uno no tiene el control total. Y en ese caso, las autoridades mexicanas eran el factor clave de decisión y no el EGP. En el momento que éstas decidieran retirar a los refugiados del área fronteriza —como en efecto lo hicieron— le quitarían la base logística a la organización; de manera que el EGP estaba tratando de construir su estrategia sobre bases de arena.

En fin, de nuevo la inminencia de una ruptura, doce años después de la primera (1972). En febrero de 1984 me tocó escribir otra vez el documento de renuncia. En la elaboración del borrador original trabajé más de cincuenta horas sin parar. No comí, no dormí, no me levanté de donde estaba sentado hasta que puse el punto final. Cuando terminé pesaba cuatro kilos menos. Estaba tan chupado, tan consumido y me era tan sorprendente aquello, que me fui a la carnicería vecina y le pedí al carnicero que me mostrara cuánto era cuatro kilos de carne, y mayor fue mi consternación al ver que era un montón.

Octubre Revolucionario

Los contenidos de la carta de renuncia fueron la base para la formación de un movimiento que denominamos «Octubre Revolucionario». Lo integramos con gente de estructuras políticas del EGP que en su mayoría había trabajado en lo internacional y estaba viviendo en México, así como con algunos excombatientes. Sin embargo, con el andar del tiempo quedó en evidencia que entre los miembros de la organización había intereses diversos y no existía una percepción unánime sobre lo que se buscaba. Mario y yo también teníamos nuestras diferencias, sobre todo, en lo referente a la lucha armada.

En sus argumentos, Payeras nunca puso en cuestión la guerra misma sino la forma como se estaba conduciendo. A pesar de su planteamiento, según el cual a la lucha armada se le había dado categoría de principio —como si se tratara del programa de la revolución— yo pienso que él mismo la concebía así, como una cuestión de principio, irrenunciable. El quid de la cuestión estaba en lo ya expuesto: ¿era posible una revolución socialista? Porque si lo era, efectivamente, para ella, no había más camino que la toma violenta del poder del Estado. Por el contrario, si el socialismo no era objetivamente posible, ¿qué sentido tenía la lucha armada?

Por mi parte, aunque quizás al principio no lo dije de manera tajante, pensaba que la lucha armada no tenía ya perspectiva y había que volver a la lucha social y política en el marco de la legalidad y de las débiles garantías existentes en el país. Ya en 1983, escuchando en Nicaragua un discurso de

Daniel Ortega, me percaté que éste había dejado entrever la posibilidad de una solución negociada para el conflicto centroamericano, y el de Nicaragua en particular. Además, en Guatemala, Nineth Montenegro y otros familiares de detenidos desaparecidos habían constituido el Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) y aplicado formas de lucha legales y audaces al mismo tiempo, como ocupar pacíficamente el Congreso o la Corte Suprema de Justicia, por ejemplo. La diplomacia europea —y especialmente nórdica y española— era cada vez más activa en el istmo, y de un virtual apoyo a las organizaciones revolucionarias que se mantuvo de manera franca hasta quizás 1982, pasaron al enfoque de que era indispensable la solución política. Todo ello me llevó a escribir un editorial para *El Informador Guerrillero*, publicación del EGP, cuyo título fue *¿Hacia un nuevo período de luchas amplias de masas?* Allí, tímidamente, sugería esa posibilidad que entonces se veía no sólo como herejía sino como expresión de irrealidad total. En cambio, con relación a la lucha armada, el factor que le puso la tapa al pomo fue la elección de Vinicio Cerezo como Presidente a partir de 1986. Teniendo como bagaje la experiencia de 1966 con Julio César Méndez Montenegro y lo que ella significó para el movimiento revolucionario, me di cuenta que lo ocurrido tenía implicaciones mucho más profundas que su prólogo, ocurrido hacía veinte años. No sólo fue la victoria de Cerezo, sino la participación masiva en las elecciones (73 por ciento de los empadronados), y el poder que los ciudadanos le otorgaron a la Democracia Cristiana, con mayoría de diputados y de alcaldes.

El pensamiento de Octubre Revolucionario y sus análisis sobre la situación del país se publicaron a través del boletín *Opinión Política*, que salía cada dos meses. El número 7 de dicho boletín lleva por título, *El Gobierno de la Democracia Cristiana*, y su contenido marcó las diferencias con Mario quien, a pesar que estuvo de acuerdo en que se publicara, me dijo de manera muy clara: «en ese texto dejás un cheque en blanco con relación a la forma de lucha». Para comenzar, la introducción de dicho documento tiene una declaración inusual: «queremos señalar autocríticamente que en nuestros análisis previos, a pesar de destacar siempre que el desafío para los revolucionarios era de naturaleza política, tendimos a sobrestimar el grado de ingobernabilidad del país determinado por la crisis y a subestimar las recomposiciones que el enemigo podía lograr aún en medio de ella».

Esto se refiere a que nosotros en OR, al igual que el movimiento revolucionario en su conjunto, subestimamos siempre los alcances de las maniobras políticas entonces impulsadas y dirigidas por el Ejército; las considerábamos de mera fachada, aunque uno en el fondo de su corazón intuyera que no era así, pero pensar de otra manera podía ser «derrotista». La URNG siguió en esas hasta uno o dos años antes de la firma de la paz, considerando que la propia negociación sólo era una táctica y que la estrategia seguía consistiendo en el desarrollo de la lucha armada. Ese tipo de planteamientos no son un mero error de apreciación, sino un recurso obligado para sobrevivir: una organización inmersa en un enfrentamiento armado se ve compelida a los análisis triunfalistas para mantener su cohesión interna. Pero una cosa es mantener en alto la moral de la militancia y otra creerse ese tipo de análisis, como era el caso, ya que con eso se inflige la esencia del arte de la guerra que, para Tsun Tzu, se resume así: «conoce a tu adversario y concóctete a ti mismo y librarás cien batallas sin riesgo de derrota». Lo más fácil de decir y lo más difícil de hacer.

Cuando el gobierno de facto del general Oscar Humberto Mejía Vítores convocó a elegir una Asamblea Constituyente, se pensó que ésta sólo confirmaría el estado de cosas. Sin embargo, la nueva Carta Magna eliminó las restricciones que existían desde 1954 para la participación, y con ello suprimió, formalmente, la exclusión política, lo cual tampoco se valoró en su significado e implicaciones. Se instituyó el Tribunal Supremo Electoral en 1984 y con ello se inauguró la etapa que hasta la fecha vivimos, de elecciones creíbles cuyos resultados se respetan, a diferencia de los fraudes sistemáticos del pasado. La nueva Constitución instauró también la Procuraduría de Derechos Humanos y la Corte de Constitucionalidad. Al convocarse a elecciones generales, otra vez se pensó que el triunfador sería alguien afín a los militares y a los grandes empresarios y que a la DC y a Vinicio Cerezo se les cerrarían las puertas, pero otra vez, al igual que en 1966, el resultado tomó por sorpresa a muchos, no sólo en el movimiento revolucionario. Ocupó así la silla presidencial un gobernante civil, perteneciente a un partido de tendencia progresista que había formado parte del Frente Nacional de Oposición que, en 1974, lanzó de candidato a Efraín Ríos Montt, y que fue derrotado a través del fraude. Para la toma de posesión de Vinicio Cerezo, estando en México, vi cómo se les

salieron las lágrimas a refugiados guatemaltecos mayas escuchando por la radio el discurso del nuevo Presidente.

En el ensayo que escribí para *Opinión Política*, lo primero que se destaca es que el consenso que se produjo entre los factores de poder para democratizar la vida política y retornar a un gobierno civil era fruto de la lucha revolucionaria, «un hijo no deseado de la revolución», decía yo entre amigos. Además, señalamos que el Ejército no optaba por la alternativa del gobierno civil entre muchas otras, sino ésta le era virtualmente impuesta por la correlación de fuerzas internacional, por su desgaste político, por su imposibilidad de gobernar el país y de convertirse, como Ejército, en un instrumento efectivo para la disputa legal del poder político, lo cual pasaba a ser requisito indispensable de la democracia electoral. Quizá la conclusión de mayor actualidad contenida en ese documento, sea la siguiente: «Para la revolución se hace más aguda la tarea de demostrar su viabilidad como posibilidad de solución progresiva y de fondo de los grandes problemas nacionales... Se hace indispensable y de mucha mayor magnitud la tarea de ganar establemente a las masas para el proyecto y el programa de la revolución...»

Una de las dinámicas que desarrollamos fue intentar un proceso de unidad con el «PGT 6 de Enero», que se desmembró del PGT. En colaboración con ellos hicimos una revista que se llamó *Otra Guatemala*, la cual jugó un papel significativo en este período. La idea de recuperar la lucha legal y abierta se manifestaba en esa publicación, que es la primera en mucho tiempo donde militantes revolucionarios suscriben sus artículos con nombres y apellidos, al igual que su directorio, integrado por Miguel Ángel Albizúrez, Mario Alfonso Bravo, Carlos Figueroa Ibarra y mi persona. La opinión colectiva solamente se expresaba en el editorial; los artículos eran responsabilidad de cada quien sin censura alguna. Asimismo, se distribuía de forma más o menos abierta en Guatemala y se vendía, lo cual era otra novedad.

Durante el período aquí considerado se produjo la Perestroika (1985), la suscripción de los Acuerdos de Esquipulas II (1987) entre los presidentes centroamericanos, los cuales sentaron las bases para una solución negociada; ocurrió también el derribamiento del Muro de Berlín (1989), y el inicio de conversaciones de paz en El Salvador y en Nicaragua. Al comenzar la década

de los años noventa, la URNG firmó un primer acuerdo, el *Acuerdo de Oslo para la búsqueda de la paz por medios políticos*, con una delegación de la Comisión de Reconciliación Nacional recién creada. Dicha delegación iba encabezada por Jorge Serrano Elías, que pocos meses después sería electo Presidente, otra vez en comicios limpios, aunque no representativos del conjunto del espectro político, ya que URNG y la izquierda revolucionaria en general se encontraban fuera. Pero la realidad ya había dado su veredicto y todo un período de luchas concluía, aunque en cada caso hacía falta el acto final, la firma de la paz.

En ese contexto, yo diría que *Octubre Revolucionario* prácticamente se diluyó. De una manera u otra cada quien fue tomando su propio camino. En 1995 Mario Payeras murió. Su muerte fue producto del deterioro irreversible que provocó en su salud el haber estado durante más de un año en la montaña, en la selva tropical. En ese clima tórrido, húmedo, lleno de alimañas de toda naturaleza, empezó a sufrir fiebres de cuarenta grados. A pesar de ello hacía su trabajo de dirección pero también iba a cortar leña y desempeñaba otros pesados menesteres. A los primeros campesinos reclutados por la guerrilla en la selva del Ixcán, les parecía que estar sentado escribiendo o conversando no era un trabajo. Para ellos, el trabajo de todos debía ser por igual. Si se decía: «fulano va a ser el encargado de la cocina, perencejo de ir al río a traer el agua y los otros de ir a cortar la leña para hacer el fuego», ellos se negaban: «si voy a cocinar, a mi me toca traer el agua y hacer la leña». No entendían la división del trabajo, porque nunca la habían experimentado más que en su forma primaria, como lo es la división del trabajo entre hombres y mujeres. Por ello, dirigentes como Payeras tenían que hacer su trabajo de dirección y, además, compartir por igual las tareas cotidianas, no se diga la igualdad en la comida; de manera que, a pesar de sus fiebres, no era posible —ni él lo pidió— darle a Mario Payeras una dieta especial.

Las altas fiebres no cedían y en un momento dado decidieron traerlo a la ciudad de Guatemala donde, de manera clandestina y por razones humanitarias, lo operó un médico eminente. Al principio se pensó que se trataba de una lesión en la columna vertebral provocada por la carga excesiva de trabajo en la guerrilla. Muy tarde se dieron cuenta de la infección que tenía, provocada por un estafilococo que se había metido en esa lesión de la columna

vertebral, y entonces durante años le administraron dosis muy grandes de antibióticos. Creo yo que fue, entonces, cuando Mario comenzó a perder la vida.

CAPÍTULO VIII

LA FIRMA DE LA PAZ

El retorno definitivo

La debacle del campo socialista no me fue en absoluto indiferente. Por el contrario, me hizo entrar en profundas cavilaciones sobre el futuro y lo que yo personalmente podía hacer. Me daba cuenta que mi estancia en México carecía cada vez más de sentido, y que era absurdo pensar en cualquier forma de vida clandestina en Guatemala. Lo que se observaba en el país era que las acciones armadas continuaban y la represión también, pero de manera cada vez más focalizada, y en cambio los espacios de participación legal se fortalecían. En todo caso, «como hay que ver para creer», decidimos con Úrsula incursionar en Guatemala, a donde yo pensaba entrar sin dejar huella, como en efecto ocurrió. Pasamos la Migración mexicana, en la cual me sellaron mi pasaporte, y luego en camiseta y pantalones atravesé la frontera de Talismán metido entre el tumulto, sin que nadie reparara en mi persona. Caminé quizás un kilómetro para alejarme de las oficinas, y entonces Úrsula me alcanzó y continuamos el recorrido en el carro. Subimos de Cocales a Godínez y a Panajachel, y al pasar por Patulul le pedí que me tomara una foto contra la pared de una cantina y debajo del vistoso letrero que anunciaba el nombre del establecimiento: *El Triunfo de las Ilusiones*. Otra vez regresaba a Guatemala y esta vez para quedarme.

Pensé insertarme poco a poco, de forma muy discreta, pero a principios de 1992, José Rubén Zamora, entonces Director de *Siglo Veintiuno*, me invitó a escribir en la página editorial de ese diario; comenzó así una especie de

carrera como columnista que lleva ya doce años. La Guatemala que fui descubriendo me sorprendía, y a la vez confirmaba la visión básica que ya tenía de la situación. En primer lugar, la apertura misma de los periódicos en sus espacios editoriales, y en particular de un periódico entonces propiedad de empresas privadas como era el ya dicho. Luego, los puentes que existían entre representantes de la empresa privada y dirigentes y líderes sindicales y populares.

Me fui percatando también que mientras más se observaba el progreso de los negocios privados, más se notaba la debacle de lo público y estatal. Estando parado a la orilla del Lago Petén Itzá, observando los cambios tan grandes ocurridos en la ciudad de Flores, donde había hoteles y edificaciones que diez años antes uno no hubiera imaginado, de pronto comencé a sentir pestilencia de aguas negras. Efectivamente, corriendo a flor de tierra, las aguas negras desembocaban en la laguna, que ya despedía mal olor. El déficit de Estado —en este caso de las municipalidades— estaba en camino de matar a la gallina de los huevos de oro. Si la laguna se echaba a perder, todo se venía abajo. Y no era sólo el desarrollo de Flores lo que me sorprendía, sino también el de Santa Elena y de San Benito, y el movimiento de dinero que se observaba. Pero todo ese mundo de prosperidad privada seguía generando sumas ridículas como impuestos, de manera que había riqueza privada y pobreza pública, una contradicción que hasta la fecha carcome a Guatemala, mutilando sus energías.

Estaba entonces muy de moda lo de la «década perdida», y en una de mis primeras columnas en *Siglo Veintiuno* yo preguntaba: ¿perdida para quiénes? Porque otra cosa que observé muy de cerca fue el incremento de las fortunas ocurrido de una generación a otra. Con las consabidas excepciones se podría decir que los hijos de quienes eran ricos hacía 30 años se convirtieron en millonarios, y otros muchos que no tenían fortuna la hicieron. El hecho que la riqueza se concentre cada vez más no quiere decir necesariamente que crezca la pobreza. A lo largo del siglo XX la riqueza se concentró como nunca jamás; sin embargo, la pobreza disminuyó, tanto a nivel global como en cada una de las regiones del mundo. Para no ir muy lejos, el caso de Guatemala: hoy el coeficiente que mide la concentración de la riqueza es el más alto registrado, y al mismo tiempo el índice de pobreza es el menor, aunque muy

alto (51 por ciento de la población). Lo anterior tampoco quiere decir que sea indiferente la concentración de la riqueza y en especial su destino: ¿se coloca en inversiones productivas generadoras de empleo o en operaciones especulativas que nos encarecen todo y apenas contratan gente? ¿Se pagan correctamente los impuestos?

En este retorno definitivo, luego de nueve años de ausencia, también pude observar cómo, a pesar de la guerra, la matanza y la destrucción, el proceso de cambio que yo había observado desde muy temprano en el área rural continuaba su ascenso irreversible, especialmente en el altiplano de mayoría indígena. Precisamente porque el Estado había tenido poco que ver en el asunto, quedaba claro que ese progreso —expresado principalmente en el desarrollo de una agricultura comercial— era producto sobre todo del esfuerzo de la gente. Una y otra vez he tenido que explicar este punto, porque invariablemente se piensa que si se reconoce progreso es porque se le están haciendo «concesiones» al gobierno o al sistema. Pero no es así. La reducción de la pobreza que se ha registrado (entre 2002 y 2006 pasó de 56 a 51 por ciento), no es el producto principal de políticas públicas ni menos de las bondades del sistema sino de la necesidad, y del coraje y la audacia de la gente para enfrentarla. Qué mejor ejemplo de lo anterior que los emigrantes, cuyas remesas y conocimientos adquiridos han jugado un papel fundamental en este progreso que todavía no alcanza a la mayoría, pero que no se detendrá. ¿Y qué son los emigrantes? La prueba concreta del fracaso del sistema, del llamado «modelo exportador», mediante el cual hoy importamos el doble de lo que vendemos y para pagar la diferencia echamos mano de las remesas que proceden de lo que sí exportamos: cerca de dos millones de guatemaltecos.

Al poco tiempo de llegar me reuní con Álvaro Arzú, con quien somos amigos desde que ingresamos a primero de primaria en el Liceo Guatemala, en 1953. Álvaro había sido por unos meses canciller del Gobierno de Jorge Serrano, y durante ese lapso asistió con el Presidente a la Cumbre Iberoamericana celebrada en Guadalajara, México. Al ingresar a su oficina, en el edificio Real Reforma, me sorprendió que en la sala de espera estuviera colocada en el lugar principal una fotografía suya con el presidente Fidel Castro. Luego, Álvaro me manifestó su admiración por Fidel: «era realmente el

único estadista en esa reunión», me comentó, y entre otras cosas me contó que el presidente Serrano se había reunido con Fidel, a petición de este último: «en una de las tantas sesiones de la Cumbre se me acercó el general Ortega Menaldo, entonces Jefe del Estado Mayor Presidencial, y me dijo: Canciller, ese que lo ha estado rondando como tiburón toda la mañana es Ramiro Abreu, el jefe de la inteligencia cubana». Efectivamente Abreu lo abordó y le solicitó la referida reunión, que tuvo visos surrealistas a cargo del Presidente guatemalteco. Este, entre otras cosas, le solicitó al Presidente cubano su autorización para enviar un millón de libros de *la Biblia* a Cuba, no sin antes haberle explicado que Guatemala era un país autárquico y que él no sólo era ingeniero, sino que poseía muchos títulos más, todo lo cual el líder cubano recibió con discreta ironía y sentido del humor. Álvaro me planteó de primas a primeras si quería entrar al PAN, lo cual me sorprendió más que la foto, ¿cómo se le podía ocurrir? Le respondí que no era mi propósito involucrarme en la política partidaria, pero que si algún día le interesaba tender puentes hacia el movimiento social y popular, yo podía colaborar con él en esa tarea.

Además de escribir en *Siglo Veintiuno*, entré a trabajar a la Municipalidad de Guatemala, entonces a cargo de Oscar Berger, también mi amigo desde el primer año de universidad. A solicitud suya realicé una investigación sobre los vendedores callejeros de la zona central, para lo cual obtuve financiamiento de la cooperación holandesa, de manera que la Municipalidad no gastó nada. Dicha investigación se publicó bajo la forma de un pequeño libro editado por FLACSO que se titula: *¡Déjennos trabajar! Los buhoneros de la zona central*. En esas andaba cuando se produjo el autogolpe del 25 de mayo de 1993 a cargo del presidente Serrano, lo que puso fin a su mandato y lo envió al exilio.

Como resultas de lo anterior, el Congreso eligió Presidente a Ramiro de León Carpio, para que completara el período que Serrano había dejado vacante. Se reformó la Constitución a través del procedimiento de Consulta Popular y se «depuró» al Congreso de la República, en lo que algunos consideran un descabezamiento de la clase política realizado con dolo por la cúpula empresarial. Para mientras, el proceso de paz no parecía tener mayor futuro. Durante el período de Jorge Serrano ocurrió algo fundamental, como lo fue la participación directa de oficiales del Ejército en la mesa de negociaciones, y se suscribieron el *Acuerdo de México* y el *Acuerdo de*

Querétaro, que tuvieron el mérito de formalizar el compromiso de buscar la paz por medios políticos. Sin embargo, el autogolpe del Presidente le quitaba credibilidad al Estado guatemalteco, aunque a la postre la forma como se resolvió la situación fortaleció la institucionalidad. Según le contó Pablo Monsanto a Roberto Bonini en una entrevista, «el autogolpe de Serrano fortaleció en nosotros la idea de que era posible un triunfo militar. Sin embargo, cuando llega Ramiro de León Carpio nos dimos cuenta que la situación en el país había cambiado, dentro y fuera, y que la negociación se había convertido en el elemento fundamental de la estrategia». Antes, la URNG se había reunido con el presidente Serrano en Caracas, en el despacho presidencial de Carlos Andrés Pérez. Lo ocurrido allí —a juicio de Monsanto— «sepultó cualquier expectativa con relación a ese gobierno, pues Jorge Serrano nos ofreció primero una cantidad de dinero; segundo, que nos inscribía el partido sin llenar ningún requisito. Tercero, que nos garantizaba la seguridad para participar en las elecciones. Incluso, nos llegó a decir que si no teníamos gente para hacer un partido, él nos iba a ayudar. Le dijimos que todo lo que había dicho lo íbamos a interpretar como una broma. Allí intervino Carlos Andrés Pérez y dijo: Mire Presidente, con todo respeto, pero los comandantes tienen razón»²⁸.

Bajo la presidencia de Ramiro de León y la conducción de Héctor Rosada la negociación continuó, lográndose la firma de seis acuerdos, entre ellos el *Acuerdo global sobre Derechos Humanos*, el *Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas* y el *Acuerdo sobre el Establecimiento de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico*. Sin embargo, al concluir el gobierno de Ramiro de León, y luego de nueve meses de estarlo negociando, el *Acuerdo sobre aspectos socioeconómicos y situación agraria* no parecía tener perspectiva, dadas las posiciones encontradas de las partes. A pesar de ello, mucho se había avanzado, tomando en cuenta que el gobierno de Ramiro de León era de transición, que no contaba con partido propio ni bancada en el Congreso ni tampoco ascendiente sobre la clase alta y el Ejército: en suma, era impensable que la URNG tuviera la disposición de firmar la paz con un gobierno de esas características. Además, los comandantes ya habían tenido la confirmación expresa de lo anterior puesto que, cuando se reunieron

²⁸ Roberto Bonini, *Dar una mano a la paz. Crónica de la facilitación de la Comunidad de San Egidio en el Proceso de paz de Guatemala (1995-1996)*, 2007, Guatemala, pág. 246 y 247.

secretamente con Ramiro de León en París, en 1995, éste les dijo: «Estoy de acuerdo en muchas de las cosas que ustedes plantean, con otras no. Sin embargo, si firmo un acuerdo con ustedes de esta naturaleza a mí me pueden matar».

Hacia mediados de 1994 recibí una llamada telefónica por medio de la cual amigos comunes me invitaban a conversar. El planteamiento que me hicieron consistía en que, a criterio de un sector de la empresa privada, la mejor solución política para el país era un gobierno de coalición entre el FRG y el PAN, «pero sin el general Ríos Montt y sin Álvaro Arzú». Lo primero — prescindir de Ríos Montt— era obvio, dado el sector del cual provenía la iniciativa, pero en cambio lo segundo parecía no encajar, salvo para quienes hemos conocido la relación distante, cuando no conflictiva, entre Arzú y la súper cúpula empresarial. Se trataba pues de conformar una aplanadora de derecha. El criterio era que no había mayor diferencia entre uno y otro partido y que la aplanadora le daría estabilidad al país. Yo salí de la oficina en la que conversamos y caminé hasta la de Álvaro para contarle lo sucedido y reiterarle mi disposición de cooperar con él para tender puentes hacia lo social y popular y la izquierda. Sobre la propuesta que me plantearon ya estaba enterado, y sobre lo segundo me dijo: «eso es precisamente lo que quiero que hagás, vincularme con esos sectores»; y así comenzó la relación política que un año y pico más tarde me condujo a la Secretaría Privada de la Presidencia y a la función de Coordinador de la Comisión de Paz, COPAZ.

Desde las primeras horas de trabajo con Álvaro tuve presente el tema de la paz y lo comencé a conversar con él, que al principio no le daba importancia y más bien se sorprendía por mi interés. «Mirá las encuestas y vas a ver que la paz sólo le interesa al 2 por ciento de los entrevistados», me decía, pensando siempre en los votos, pero eso fue cambiando rápidamente con el tiempo. Una de las primeras iniciativas que tomé fue elaborar una carta que Álvaro le enviaría a URNG comentando una declaración recién publicada por la comandancia guerrillera. Luego redacté un documento que sirvió como base para la campaña electoral y que se titula *Sólo tenemos una Patria*. Esos documentos —y luego el programa de gobierno— reflejaban una disposición real del candidato, pero también fueron concebidos para mostrarle a URNG que coincidíamos en muchos objetivos, de manera que no era necesario

«torcernos el brazo» para que los aceptáramos, si eventualmente Álvaro conquistaba la Presidencia y entonces nos tocaba continuar con la negociación.

Además, el contenido de los *Acuerdos* no podía ser contradictorio con el programa de gobierno, pues los compromisos asumidos con la ciudadanía por el candidato y futuro Presidente, no se podían contradecir ni tergiversar en una negociación con URNG. Pensando en ello, el programa de gobierno se elaboró incorporando ciertas directrices básicas, por ejemplo, la petición que Álvaro Arzú le hizo a José Alejandro Arévalo para que calculara con realismo cuál debía ser el incremento de la carga tributaria en Guatemala, que permitiera financiar un sensible y sostenido incremento de la inversión social. De allí salió la tasa del 12 por ciento del PIB que la COPAZ llevó a la mesa, y no como se ha dicho, que fue impuesta por los organismos internacionales. El futuro gobierno se preparaba — hasta donde cabía— para firmar la paz y cumplir con los acuerdos.

Un día de diciembre de 1995, cuando aún no era Presidente electo pero ya había ganado la primera vuelta con el 36 por ciento de los votos, Álvaro me llama y de sopetón me plantea: «nos vamos a El Salvador, porque tenemos allá una reunión con la Comandancia de URNG; Rodolfo Mendoza también viene con nosotros». Ni siquiera pregunté cómo se había concertado dicha reunión. No sé si durante el vuelo o hasta la reunión misma me enteré que quien la había facilitado era la Comunidad de San Egidio, organización de laicos católicos que trabajan muy de cerca con el Vaticano, y que habían alcanzado renombre por su papel destacado en la paz de Mozambique. Pregunté, eso sí, si habría también una reunión de URNG con el candidato Alfonso Portillo, y al enterarme que no, que era sólo con Arzú, medí la trascendencia de aquella cita.

Los hechos y las personas

Todas las condiciones para que la paz se firmara en Guatemala existían ya, menos una: faltaba un Gobierno con la solvencia y el poder para darle relieve y

viabilidad al compromiso, y que tuviera también la audacia y el oficio que se requerían para concluir una negociación exitosa. Esas condiciones sólo las reunía el candidato Álvaro Arzú, su partido y su equipo, y exactamente lo contrario ocurría con su rival: para URNG era imposible firmar la paz con un Presidente del FRG, aún en el supuesto de que ese partido se hubiera planteado tal objetivo: la victoria de Arzú era, pues, un requisito indispensable. Sin embargo, la Comandancia de URNG acudió a esa reunión en San Salvador sin mayores expectativas. Rolando Morán me comentó tres meses después, en marzo de 1996, luego de una segunda reunión con Álvaro Arzú en México, ya siendo éste Presidente, que cuando acudió a la cita de San Salvador «yo pensaba que iba a hablar con otro Ubico, nunca me imaginé a la persona que encontré».

Esa reunión se celebró en una casa de la Comunidad de San Egidio ubicada en la capital salvadoreña, y fuimos introducidos a ella —URNG y nosotros— haciendo gala los de San Egidio de una eficacia operativa que impresionó a URNG, a Álvaro Arzú y a Rodolfo Mendoza; a mí no, porque ni cuenta me di, cosa que me pasa con frecuencia, por ir absorto en mis pensamientos o en la plática. Yo conocía a Rolando y a Rodrigo, y en realidad sólo a Rolando, porque con Rodrigo no había pasado de saludarlo. A Pablo y a Ricardo Rosales nunca los había visto, pero sabía de ellos, de sus organizaciones y de su forma de pensar. Álvaro y Rodolfo no conocían a ninguno de los comandantes. Todos, menos Rodolfo y yo, conocían a Roberto Bonini, el cuadro de San Egidio que nos acompañó en esa y cuatro reuniones más y que dejó un testimonio escrito de lectura indispensable para quienes quieran realmente profundizar en el tema.

Como ha ocurrido en diferentes hechos y situaciones de la historia guatemalteca, en donde existen puentes de diverso tipo entre los mismos antagonistas (familiares u otros), en este caso ocurrió algo parecido, y Bonini lo describe muy bien en la obra citada:

«Gustavo Porras tendría un papel fundamental en las relaciones con la URNG. Era uno de los más estrechos colaboradores de Arzú. Proveniente de una familia de clase alta, amigo de infancia de Arzú, después de un compromiso social en un grupo católico juvenil, el Cráter, había formado parte de la guerrilla, en el EGP, el grupo de Rolando Morán, que él conocía, por lo

tanto, muy bien. Posteriormente había dejado la guerrilla por visiones divergentes, y luego de años pasados en el exilio volvió a Guatemala, donde decidió apoyar el proyecto político de Arzú. Sus posiciones parecían abiertas y progresistas, sin ser radicales. Con Arzú tenía una relación informal pero respetuosa. Rodolfo Mendoza no parecía un político de profesión. Joven, publicista, era, de todos modos, uno de los políticos más influyentes dentro del partido de Arzú, el PAN... Como Porras, tampoco parecía sentirse en apuros por la presencia de los comandantes guerrilleros, tal vez porque uno de sus hermanos, que vivía en París, había estado cerca de las posiciones políticas del movimiento armado».

La reunión comenzó siendo fría, como era de esperarse, pero lo sorpresivo fue que rápidamente agarró calor, en el buen sentido; Álvaro jugó en ello un papel fundamental, y quizá lo más importante no fue lo que dijo sino cómo lo dijo. Ya para entonces había participado en distintos foros presentando ponencias sobre la paz y se había compenetrado del tema. Pero sobre todo, a los presentes —y en particular a URNG— no les quedaba duda que decía lo que realmente pensaba y que para alcanzar lo que se proponía le iba a meter candela, como dicen los cubanos. Quedó de manifiesto también la total confianza del futuro Presidente en mi persona, cosa que era indispensable para que mi accionar y mi decir fueran creíbles para la otra parte. A medida que las horas pasaban y Álvaro hablaba con total franqueza, Rolando Morán me volteó a ver y me hizo una leve señal de asentimiento. En ese momento supe que la paz se iba a firmar. Recordé que una de las primeras visitas que realicé recién retornado a Guatemala fue a monseñor Rodolfo Quezada Toruño, actual Cardenal y Arzobispo de Guatemala y figura eminente del proceso de paz. Lo fui a ver a la *Casa de la Reconciliación*, entonces ubicada en la Villa de Guadalupe. A pesar que no nos habíamos visto por años, lo primero que me dijo en cuanto me vio asomar al fondo del salón donde él estaba fue: «vos Sholón, que duro es ese Rolando Morán. Si no fuera por él ya hubiéramos firmado la paz». Sin embargo yo sabía que así como Rolando encontraba mil obstáculos cuando no estaba convencido de algo, lo contrario ocurría cuando tomaba una decisión de fondo.

En la reunión de San Salvador, de los temas más generales fuimos pasando a los más específicos, en un clima de creciente confianza y

comodidad. Uno de los puntos que más recuerdo —y que habría de tener una significativa trascendencia en la negociación de paz y en el futuro gobierno—, fue el relativo al Ejército. En un momento determinado, Arzú dijo más o menos lo siguiente: «Muchá, ustedes que conocen más al Ejército, ¿qué me aconsejan que haga?» Los cuatro dirigentes de URNG abundaron en consideraciones al respecto. El tenor de las mismas era más o menos el siguiente: «el Ejército no es una institución monolítica, sino tiene diferentes tendencias en su seno, pero si se actúa de forma que los oficiales perciban una amenaza a la institución en su conjunto, esto los une y galvaniza por encima de cualquier diferencia. Por eso tú deberías separar del Ejército a dos o tres de los elementos más perniciosos y a otros tenderles puentes de plata como puestos en las embajadas y demás. Deberías sobre todo apoyarte en los oficiales de aviación y navales, que tienden a ser más progresistas por su mayor formación académica y técnica y porque han estado menos vinculados a la contrainsurgencia».

Arzú nada respondió, pero a los pocos días de tomar posesión como Presidente, ordenó que pasaran a retiro 12 militares de alta jerarquía. Fue una decisión valiente y audaz que sin duda tensó sus relaciones con los llamados sectores «duros» de la oficialidad, pero que significó un cambio positivo para el Ejército de Guatemala. A su vez, fue una medida muy importante para que la confianza mutua con URNG se fortaleciera, hasta convertirse en el factor principal para lograr una negociación exitosa. Semanas después, Rolando Morán me comentó a este respecto: «los cambios que ha hecho el presidente Arzú en el Ejército son los más importantes que han ocurrido desde 1944, cuando fueron desplazados de la Institución los oficiales ubiquistas y poncistas».

Las reuniones discretas

El principal resultado de la reunión de San Salvador fue el nacimiento de la confianza y la decisión de continuar celebrando dichas reuniones aún si no se obtenía el triunfo electoral, lo cual fue propuesto por Rolando Morán. Conversando con Bonini al día siguiente de la reunión, los comandantes le

plantearon: «Hemos cambiado de opinión acerca de Arzú y también nuestra visión sobre el PAN. Esto nos abre perspectivas políticas muy importantes, independientemente de las elecciones, porque de todas formas el PAN tendrá la mayoría en el Congreso. Pensábamos estar frente a un nuevo Ubico... En cambio ha estado muy disponible y sus posiciones son muy interesantes. A este punto también la posibilidad de un cambio en la delegación gubernamental, que antes veíamos con recelo, se ha convertido en una hipótesis positiva, si se tratara de gente abierta como la que hemos encontrado». No obstante, URNG —y en especial Rolando— temían el cambio que según ellos se producía fatalmente entre un candidato y un Presidente, sobre todo por las presiones del Ejército.

En San Salvador convenimos que la siguiente reunión sería el 3 de enero en México, a la cual no podía asistir el candidato por la inminencia de la segunda vuelta electoral, de manera que iría yo con alguien más. Ese 3 de enero, mientras Mariano Rayo, Rolando Morán, Ricardo Rosales y yo estábamos reunidos, Álvaro Arzú libraba su último debate con Alfonso Portillo y sabíamos que el mismo podía ser decisivo, dado que el candidato del FRG venía subiendo como espuma blandiendo el tema de la privatización. El objetivo de esa reunión era que tomáramos conocimiento del borrador de Acuerdo socioeconómico cuya discusión estaba paralizada desde hacía nueve meses; de allí que me acompañara Mariano.

Leí el documento por la noche y en la mañana manifesté una primera reacción. Señalé las múltiples coincidencias, pero también que contenía algunas cuestiones irreales y otras inaceptables; por ejemplo, plantear una reforma agraria basada en la expropiación, cuando las normas para expropiar están contenidas en la parte dogmática de la Constitución —que no se puede reformar—, y aplicando esas normas resulta que la expropiación es la forma más cara de adquirir algo en el país. Así también se pretendían fijar ciertas tasas impositivas. Pero Rolando no me dejó llegar muy lejos con mis comentarios. «Mirá —me dijo— todo eso está puesto allí para no firmar, y la razón es que nunca hemos tenido confianza en las delegaciones del gobierno guatemalteco; en el Ejército cada vez más. Pero decíle a Álvaro Arzú, que si la confianza que nació en San Salvador se confirma con hechos en caso sea electo Presidente, nosotros estamos dispuestos a allanar cualquier obstáculo

administrativo o técnico para alcanzar la paz, que podríamos firmar en seis meses». En ese punto Ricardo Rosales, visiblemente sorprendido, reparó: «seis meses es muy poco tiempo, pero quizás un año». Rolando continuó: «otra cosa que no aceptamos es que los negociadores pretendan hacer del proceso un trampolín político personal, como ocurría con Héctor Rosada». Efectivamente, Héctor no ocultaba sus intenciones de presentarse como candidato y yo, que entonces era solamente un observador, me daba cuenta que mucha de la problemática en torno suyo tenía que ver con eso, y no con su actuación en el proceso de paz.

En esa segunda reunión discreta celebrada en el DF, planteé con todo tacto algo que habíamos decidido explorar: la posibilidad de que esas reuniones no se redujeran sólo a los temas de negociación sino incluyeran cuestiones políticas más amplias. Rolando nos sorprendió diciendo que si el gobierno confirmaba la confianza, muchas cosas podían ser acordadas en esa mesa paralela, dejando a la mesa oficial cuestiones más técnicas. Además, para nosotros, eso formaba parte de un objetivo más amplio que el futuro Presidente pretendía: que negociáramos sólo entre guatemaltecos, sin mediación internacional de ningún tipo. Pensaba —y tenía razón— que eso haría que la paz arraigara mejor en la población. Yo compartía ese ideal pero no lo veía posible ni conveniente. El sólo intento podía detenernos la negociación por un tiempo que no podíamos perder y también despertar suspicacias en la otra parte, ya que hasta ese momento la ONU —y en general la Comunidad Internacional— había sido un bastión para ellos. Además, uno de los puntos irrenunciables de URNG a lo largo de la negociación fue no volver sobre lo ya acordado, y el papel de Naciones Unidas ya había sido establecido.

Sin embargo, el grado de confianza entre nosotros permitió abordar el tema, y Bonini anota en su obra citada, el sentimiento de orgullo patriótico que tal planteamiento motivó. La idea de una mesa paralela y otra formal tenía que ver también con nuestra preocupación acerca de quién conduciría la COPAZ. El Presidente sondeaba la posibilidad de que yo dirigiera la negociación real y otro la formal, bajo mis instrucciones. No era posible. Una de las experiencias que yo tenía en cuenta eran las limitaciones de Manuel Conde, coordinador de COPAZ en el gobierno de Serrano, debido a que el Presidente, por teléfono,

pretendía dirigir la negociación. Yo tampoco podía dirigir la negociación desde afuera de la mesa.

Al concluir esa reunión el 4 de enero a mediodía, ya teníamos información sobre el crucial debate de la noche anterior. La opinión generalizada era que —contra todo pronóstico— Arzú había sido superior a Portillo. Don Alfonso, dueño de una oratoria delirante que oculta su falta de profundidad, seguramente pensó que el hurraño de Arzú sería pan comido, pero pasó al revés. A la postre, Arzú logró la victoria sólo por 32 mil votos de diferencia, menos del 2 por ciento, pero fue electo Presidente, con mayoría en el Congreso, y con un equipo, técnica y profesionalmente capacitado, unido por múltiples vínculos y que contaba con un conductor que supo jugar su papel. Llegó el 14 de enero y la toma de posesión. El discurso del nuevo Presidente, en lo referente a la negociación, inauguró una nueva e inédita concepción sobre el proceso de paz donde, según comenta Héctor Rosada, y a diferencia de los gobiernos anteriores, «este gobierno consideraba a URNG como su contraparte en las negociaciones —un elemento clave para que cualquier negociación tenga éxito— e incluso respetaba sus motivos patrióticos».

A los dos días de iniciado el gobierno, el Presidente me instruyó para que le informara de las reuniones de San Salvador y de México al ministro de la Defensa y al Jefe del Estado Mayor del Ejército, generales Julio Balconi y Sergio Camargo. Me acompañó Eduardo Stein, entonces ministro de Relaciones Exteriores, y nos reunimos en el despacho del ministro de Defensa en el Palacio Nacional. Cuando les informé lo que habíamos logrado en las reuniones secretas Balconi me dijo: «en estas dos reuniones ustedes avanzaron más que en los ocho años anteriores. ¿Ahora qué van a hacer?» Le dije que no sabíamos a quién poner al frente de COPAZ.

—Tiene que ser usted.

—El Presidente lo ha pensado, pero teme que lo van a acusar de querer amarrar a un perro con salchichas, —le respondí—, y tenemos también presente la reacción de ustedes y del sector privado.

—Nuestra reacción usted sabe que sería positiva —continuó Balconi— y con el sector privado se puede hablar.

—Y usted, General, ¿por qué piensa que debo ser yo?

—Porque usted es el único que si el Presidente dice diez veces que no, usted dice diez veces que sí.

Me llamó la atención eso de que yo sabía que la reacción del Ejército no sería negativa, porque en efecto lo sabía. Durante la fase final de la campaña electoral, Rodolfo Mendoza tuvo una entrevista con un oficial de alta jerarquía en la Dirección de Inteligencia (D-2), y ese oficial le preguntó —entre otras cosas— si de llegar al gobierno pensarían en mí para dirigir la negociación de paz. Rodolfo le respondió más o menos lo mismo que yo les dije a Balconi y Camargo: —sería la persona indicada pero...

Y ese oficial le respondió: —por el contrario, a nosotros nos parecería adecuado, porque lo valoramos como una persona inteligente y patriota.

La siguiente de estas reuniones discretas se celebró otra vez en San Salvador, el 21 de enero de 1996, a la semana de la toma de posesión. A ella asistimos Rodolfo Mendoza y yo por el Gobierno, y Rolando, Gaspar y Pablo por URNG. Con toda apertura Rodolfo —quien era ya ministro de Gobernación— informó que por disposición del Presidente pasarían a retiro nueve de los dieciséis oficiales generales en servicio y otros oficiales superiores, y que al día siguiente él anunciaría formalmente la depuración de la Policía, comenzando con la destitución de al menos ochenta agentes y oficiales (en realidad fueron 118). Como dice Bonini, «se trataba de informaciones reservadas, pero no había nada escandaloso en ello. El gobierno no estaba negociando o regateando con la URNG los nombres de los oficiales que debían ser depurados en las fuerzas armadas. Estaba comunicando a la guerrilla, antes que la noticia se hiciera pública, las decisiones que de manera totalmente autónoma había tomado, en el marco de las acciones de gobierno»²⁹.

Es fácil imaginar el impacto que provocó en los comandantes no sólo la información sino nuestra actitud. En ese contexto, y como parte de las previsiones que había que tomar ante eventuales reacciones por esos drásticos cambios, yo planteé de nuevo el tema del cese al fuego que ya había sido insinuado desde la primera reunión en San Salvador. Un día antes de esta tercera reunión, Bonini había hablado con los comandantes con relación a la visita que el papa Juan Pablo II haría a Guatemala en febrero, y ellos estaban

²⁹ Bonini, ob. cit. pág. 155

preocupados por la posibilidad de que el Pontífice pidiera un cese al fuego previo a la firma de la paz, algo que ellos nunca habían aceptado. El más duro al respecto era, por supuesto, Rolando Morán. Yo informé que había tratado el tema con los generales Balconi y Camargo, y ellos pensaban que era posible un cese al fuego, incluso sin hacerlo público, como un «pacto de caballeros». Por primera vez la reacción de URNG a esta propuesta no fue negativa. Como era obvio no dieron una respuesta, pero dijeron que lo iban a pensar.

El 28 de enero nos reunimos de nuevo en la ciudad de México. En esa ocasión me acompañó Héctor Cifuentes, entonces Secretario General de la Presidencia e importante dirigente del PAN, del cual habría de ser posteriormente Secretario General. Por URNG, otra vez asistieron Rolando, Gaspar y Pablo, y la presencia de San Egidio se incrementó con su Presidente Sandro Zuccari y con Ricardo Cannelli. Para entonces, apenas dos semanas después de la toma de posesión, el panorama nacional se había enrarecido, tanto por efecto de los cambios en el Ejército y la depuración de la Policía como por la crítica de los medios escritos, especialmente *Prensa Libre* y *Siglo Veintiuno*. El primero daba por hecho que la llegada de un «gobierno conservador», justo en el momento que se discutía el acuerdo socioeconómico y agrario, auguraba que la paz tan necesaria y urgente se iba a demorar, si es que no se perdía la oportunidad definitivamente. *Siglo Veintiuno*, en cambio, como era la tendencia dominante en la cúpula del sector privado, seguía cuestionando que se negociara, haciéndole amplio eco a las posiciones según las cuales se estaba cometiendo un delito y alentando la criminalidad.

En los días previos a esta tercera reunión en San Salvador estaba anunciada la visita al país del señor Marrak Goulding, subsecretario general adjunto de Naciones Unidas; los medios coincidían en señalar que Goulding llegaba a jalarnos las orejas por no haber reiniciado la negociación; nadie sabía hasta entonces lo de estas reuniones discretas, que ha sido uno de los secretos mejor guardados que yo sepa; sobre todo, tomando en cuenta que quienes estábamos involucrados y al tanto éramos ya un grupo numeroso y disímil. Marrak Goulding, Jean Arnault y Leonardo Franco, entonces Director de MINUGUA, fueron informados de las reuniones y de lo alcanzado en ellas y acogieron la noticia con gran entusiasmo, sin que se tradujera de su parte ningún celo institucional. Eso sí, les confirmamos que estábamos a punto de

retomar la mesa formal con la moderación de Naciones Unidas a través de Jean Arnault. A la reunión con Goulding, entonces Subsecretario General de ONU, asistimos el canciller Eduardo Stein y yo y, al margen del tema de la paz, el señor Goulding le planteó al Canciller una propuesta. Esta consistía en que el conjunto de agencias de la ONU fueran coordinadas y representadas por el director de MINUGUA, en ese momento, el señor Leonardo Franco. Para mi sorpresa —puesto que la propuesta parecía lógica desde el punto de vista funcional—, Eduardo se opuso rotundamente. Su argumento fue que tal medida podía convertir a dicho coordinador en una especie de procónsul.

También se había desatado la polémica en torno a COPAZ: ¿quiénes la iban a integrar? ¿Qué pasaría con Héctor Rosada y Antonio Arenales Forno, que aún seguían en sus puestos? Por su parte, una de las peticiones que nos hizo el señor Goulding fue que antes de finalizar febrero se nombrara la COPAZ, pues ello era indispensable para que la Asamblea General renovara el mandato de MINUGUA, que se encontraba operando en el país desde la firma del *Acuerdo global sobre derechos humanos* en 1994.

Ese era, a grandes rasgos, el contexto de la cuarta reunión celebrada en México; a mi juicio, la de mayor intensidad política, pues ya no se podían ni debían postergar decisiones cruciales como la integración de COPAZ y el reinicio de las negociaciones formales. En esa reunión se tenían que atar todos los cabos que aún seguían sueltos. Mi nombramiento al frente de la COPAZ sería una decisión exitosa y políticamente sostenible si el proceso de paz mostraba claros y contundentes avances; de lo contrario lloverían cañonazos por todos lados. Héctor Cifuentes señaló: «nos estamos enfrentando con un enemigo fuerte. Se trata de un sector duro del Ejército, con una presencia en los partidos y en los periódicos, aliado con grupos que tienen recursos y poder económico. Es un sector que financia la prensa. Tenemos informaciones de quién está detrás de todo esto»³⁰.

Otra vez reiteramos el tema del cese al fuego. Esa era la medida que podía crear las condiciones para la continuación de un diálogo como el que sosteníamos. Para URNG también llegaban momentos de decisión y medían las consecuencias. Monsanto planteó, y era cierto, que se debían respetar

³⁰ Bonini, ob. cit. pág. 164

ciertos tiempos, porque cada uno de los pasos que se dieran ellos debían explicarlo a sus militantes. «Hay gente que desde hace 30 años hace la guerra, y tiene necesidad de una explicación política profunda, de lo contrario existe el riesgo de desintegración, o peor aún, de insubordinación»³¹. Esta era, por así decirlo, la otra faceta de la negociación. Yo sabía perfectamente que lo planteado por Pablo era real. Por eso nosotros hacíamos nuestra parte. Los cambios ordenados por el Presidente eran una señal contundente; sus reiteradas referencias a URNG de manera respetuosa, además de expresar sentimientos genuinos, eran también una señal. Pero con todo y ello, había que respetar ciertos tiempos.

El topo saca la cabeza

La presencia de otros dos miembros de San Egidio en la reunión de México tenía un motivo específico: invitar a las partes a celebrar una nueva reunión, esta vez en Roma, en la sede de la Comunidad situada en el antiguo barrio de Trastevere, cerca del Vaticano, el 11 y 12 de febrero. Yo viajé a esa ciudad junto con Roberto Bonini, y al llegar al aeropuerto del Fiumicino le conté que el Presidente había decidido nombrarme Coordinador de COPAZ, y proponía que al concluir la reunión en Roma, las partes emitieran un comunicado conjunto, dando a conocer lo que se había realizado con los buenos oficios de San Egidio. Bonini dice: «para la Comunidad, una vez enterada que Porras habría formalmente representado al gobierno en la negociación y garantizado así una fuerte dialéctica con la guerrilla, no existían motivos para mantener la discreción acerca de las reuniones realizadas».³²

Pero además de lo anterior, la reunión tenía su propia agenda. En esta ocasión estaban Rolando y Pablo por URNG, y por el gobierno asistimos Raquel Zelaya y yo. El Presidente había dispuesto también que para el acto público estuviera Rodolfo Mendoza, quien acentuaba el carácter formal de lo que iba a realizarse. Esta cita de Roma, sin embargo, comenzó tratando de aclarar un hecho confuso para ambas partes y para San Egidio: la noticia de

³¹ Ibid., pág. 169

³² Bonini, ob. cit. pág. 174

que Rodrigo Asturias se había reunido en Noruega con un grupo de oficiales guatemaltecos.

Al saber del asunto hablé de inmediato con el general Balconi, quien estaba enterado pero aún no había informado al Presidente. A la postre se dijo que había sido un encuentro circunstancial, ya que el viaje de Asturias coincidió con la presencia en Noruega de un grupo de oficiales de mediana graduación; por supuesto, esa versión no tuvo entre nosotros la menor credibilidad. Sin embargo, a ninguno nos interesaba alborotar el asunto. Para mí fue el primer indicio de que las gestiones en las reuniones discretas no eran las únicas. Lo de Noruega no lo sabían Rolando ni Pablo, pero también ellos habían participado en otras reuniones directas con altos oficiales del Ejército, de las cuales no me informaron. Era evidente que a pesar del grado de confianza alcanzado, URNG mantenía sus reservas y pensaba que si la gestión con el gobierno y conmigo fracasaba, quedaba la ventana directa con el Ejército. A su vez, creo que los mandos militares habrán pensado algo parecido: que si el gobierno echaba para atrás, ellos ya tenían ganadas posiciones. No obstante, a pesar de no agrandar este asunto, sí fui categórico en un punto al asumir la responsabilidad de conducir la COPAZ: que yo tenía que estar enterado de cualquier gestión que se hiciera dentro o fuera de la mesa. Por otra parte, sea como haya sido, para mí ha estado siempre claro que uno de los factores fundamentales que permitieron la firma de la paz en Guatemala fue este proceso de encuentro directo y «fraternización» entre la guerrilla y el Ejército, no sólo sus mandos sino también sus cuadros medios e incluso combatientes. Estos encuentros, además, tampoco son ajenos al hecho que hasta el presente, en el proceso de paz guatemalteco, no hemos tenido que lamentar ajustes de cuentas ni coacciones.

Dilucidado más o menos el asunto de Noruega, uno de los primeros puntos de la reunión fue informarle a URNG de la conformación de COPAZ. Además de Raquel y mi persona, la integrarían también Richard Aitkenhead y tres oficiales del Ejército que el Presidente estaba pendiente de nombrar. Sin embargo, a la hora de las horas, decidió que no tenía razón de ser eso de una representación paritaria Gobierno-Ejército, pues la COPAZ estaba integrada por representantes del Gobierno, sin importar su oficio o profesión, y dispuso entonces que fuera sólo uno, que sería el general Otto Pérez Molina. Raquel

expresó en esa reunión que para ella era difícil asumir el desafío, pero quería correr el riesgo para apoyar la democratización en el país: «Les puedo asegurar sobre mis convicciones abiertas así como sobre la independencia de mi juicio. No tengo un cargo gubernamental, ni una posición que defender».³³ Richard Aitkenhead era menos conocido por ellos que Raquel, pero de inmediato les pareció acertado que formara parte de COPAZ alguien que tenía un sólido prestigio como técnico y que, indudablemente, iba a significar un elemento de confianza para el empresariado. A URNG le interesaba —como era obvio, aunque muchos no lo entendieran— que los eventuales acuerdos de paz gozaran de apoyo empresarial, pues ese era un componente muy importante para que fueran viables y aplicables.

En cuanto a mí, yo sabía que Raquel, además de sus cualidades personales, significaba un apoyo institucional fluido por parte de ASIES, como ocurrió. Sin embargo, no fue eso lo primero que pensé cuando el Presidente me preguntó a quién sugería para la COPAZ y yo, de inmediato, propuse a Raquel. Lo que más me interesaba tener junto a mí era su orden y su perspicacia, cualidades ambas que fueron valiosísimas. En cuanto a Richard, yo sabía no sólo de sus capacidades técnicas sino también políticas, entre estas últimas una forma de ser que permite fácil acceso. Por tanto, estaba seguro que iba a encajar perfectamente en el ambiente que se había creado para la negociación.

Aunque la integración de COPAZ fue una decisión del Presidente, el asunto había sido tratado abundantemente en el gabinete político, instancia creada por Alvaro Arzú desde el principio de su gestión, y que incluía de manera permanente al Presidente, Vicepresidente, Canciller, Presidente del Congreso de la República, ministro de Gobernación, Secretario General, Secretario Privado, Secretario Ejecutivo, Secretario de Relaciones Públicas de la Presidencia, Secretario de Análisis Estratégico y Secretario General del PAN. Y esta integración de COPAZ, en la que ninguno de sus integrantes era miembro del partido de gobierno ni de otro partido, refleja uno de los rasgos del gobierno de Arzú que no se han reconocido ni valorado debidamente: su

³³ Bonini, ob. citada, p. 177.

pluralidad. De hecho, cerca de la mitad de los miembros del Gabinete de Gobierno no éramos miembros del PAN.

Hablando sobre las características esenciales que debía tener la negociación, Pablo Monsanto reiteró que ésta no debía intentar la derrota del otro, como había sido en el pasado. Yo respondí que, lejos de ello, todos nosotros debíamos ser copartícipes en una perspectiva nueva para Guatemala, tal como ya se los había planteado en la última reunión de México. Rolando Morán pescó al vuelo lo que ello significaba y dijo algo que sintetiza perfectamente el estado de situación y la perspectiva que él también vislumbraba de «unir a lo mejor de dos mundos»: «Quiero reiterar nuestra decisión de empujar hacia el logro de los acuerdos lo más pronto posible. Para nosotros es la única salida viable. Esto puede representar una gran alternativa democrática para el país, una base más amplia de fuerzas progresistas. Me gusta escuchar de Gustavo que el objetivo de Arzú no es sólo el de firmar la paz, sino de consolidar un proyecto de cambio. Todo esto independientemente de la ideología a la que se pertenezca».³⁴

Acto seguido se hizo la propuesta de que nuestra reunión concluyera con la elaboración de un comunicado conjunto que se diera a conocer de manera simultánea en Roma y en Guatemala a través de sendas conferencias de prensa, y hubo acuerdo de inmediato, así que la tarea pasó a ser dicha declaración. La misma hace la síntesis del proceso ya descrito y anota algo todavía no tratado explícitamente, y que se produjo a lo largo de las cinco reuniones: un diálogo político franco, abierto, sin condiciones, compromisos ni agendas preestablecidas, a manera de permitir un amplio intercambio acerca de las respectivas concepciones, propósitos y análisis sobre la situación nacional. Fue esto, en mi opinión, un elemento cualitativo que aportaron las reuniones discretas. Allí pudimos discutir sobre cuestiones de índole general que sin embargo eran fundamentales, como el tipo de cambios y de reformas que podían ser viables en el país. La esencia del tema era reforma o revolución, la misma disyuntiva que había provocado la primer división histórica del socialismo marxista entre comunistas y social demócratas. Teníamos que estar claros de hasta dónde podíamos llegar. En mi opinión, la perspectiva del

³⁴ Bonini, ob. cit., p. 181.

proceso no dependía fundamentalmente del contenido de los acuerdos sino de las fuerzas motrices que habrían de impulsarlos. ¿Eran los acuerdos algo susceptible de movilizar a los trabajadores y a la ciudadanía? Yo pensaba que no, ya que los acuerdos trataban temas demasiado abstractos como para ser asumidos masivamente, y los movimientos masivos sólo se producen, o en el curso de una revolución, o en la lucha por las reivindicaciones más concretas como el aumento de salarios o la mejora de las prestaciones.

Ante las cámaras

Las conferencias de prensa en Roma y ciudad de Guatemala fueron un éxito. Los presidentes de México y Centroamérica reunidos en San José de Costa Rica firmaron una declaración de congratulación y apoyo por la voluntad negociadora mostrada por ambas partes; las Naciones Unidas hicieron otro tanto. La prensa guatemalteca cambió de súbito su tono entre burlón y pesimista y, en general, reconoció la trascendencia de los pasos dados. Parecía que había transcurrido mucho tiempo, dada la intensidad de los acontecimientos, pero todo esto pasaba a menos de un mes de la toma de posesión de Arzú. En Roma, una primavera temprana había llenado los árboles de botones y hecho brillar los ocres de la ciudad eterna. No se puede evocar aquella jornada sin recordar el hotel donde fuimos alojados, el Raffaello, ubicado en un rincón arbolado a un costado de Piazza Navona, en una casa que fue del primer ministro Bettino Craxi. Mi habitación estaba en el segundo piso y, a través de una amplia ventana cubierta parcialmente por las ramas de un castaño a punto de florear, podía ver la famosa plaza romana. La sala y el comedor estaban decorados con pinturas, entre ellas un pequeño cuadro de Joan Miró, y también tenían enmarcadas partituras originales de Antonio Vivaldi. Asimismo, se encontraba allí un clavicordio que habría pertenecido a ese genio de la música barroca veneciana.

Por supuesto, yo sabía que el ambiente de discreción que tanto me complacía había tocado a su fin. Desde que estaba en Roma recibí una llamada telefónica de la revista *Crónica*, solicitándome una entrevista. Esta revista, luego de las conferencias de prensa citadas, reconoció que había que

«replantearse el tema», pues antes había considerado que «los muchachones del PAN» daban muestras reiteradas de su incapacidad, punto de vista que no abandonó del todo, pues reiteró que, «no obstante las virtudes de Porras y compañeros, este equipo carece de la sangre fría y la visión integral en lo que a política se refiere, que caracterizó a la anterior Comisión de la Paz». Sin embargo la entrevista conmigo se produjo y fue anunciada en la portada de la revista de manera muy singular y elocuente: **UN GOBIERNO DE DERECHAS CON UN CEREBRO DE IZQUIERDAS. Biografía no autorizada de Gustavo Cholón Porras, ex miembro del EGP, estratega político del PAN, eminencia gris del Gobierno, negociador de la paz y hombre de confianza de Alvaro Arzú.**

De Roma viajé a Oslo, la capital noruega, para una entrevista con la Cancillería, y desde el avión pude contemplar, por primera y única vez en mi vida, el mar congelado, con las olas detenidas semejando las dunas de un inmenso desierto blanco. En Oslo la temperatura estaba en 17 grados bajo cero, pero ni siquiera pude percatarme del rigor del clima porque apenas atravesé una calle y lo demás fueron reuniones que ocuparon la mañana. Poco después de mediodía salí para Madrid, con el objeto de visitar la cancillería española. Ambos países formaban parte del «Grupo de Países Amigos de la Paz de Guatemala» y habían jugado un intenso papel a lo largo de toda la negociación, junto con Suecia, que sin embargo no pertenecía a dicho Grupo. A diferencia de la versión interesada según la cual la paz de Guatemala se firmó porque la comunidad internacional se cansó de esperar y la impuso, lo que ocurría en ese ámbito era lo contrario: también reinaba el escepticismo. El vicescanciller Ian Egeland fue claro al expresarme su simpatía y apoyo, pero también su frustración por un proceso al que no le veían perspectiva. En Madrid, el Canciller del nuevo Gobierno del Partido Popular, Abel Matutes, me reiteró que con la nueva administración nada cambiaría en la política de España hacia la negociación, la cual era una política de Estado; pero tampoco lo contagié con mi entusiasmo. Sin embargo, nueve meses después estaríamos firmando la paz.

Al regresar a Guatemala la situación había cambiado. La noticia de lo que había ocurrido y las expresiones de simpatía y apoyo a nivel mundial habían dejado a los opositores sin argumentos, pero era obvio que sólo se trataba de

una calma chicha. En efecto, a los pocos días se produjo un encuentro armado entre fuerzas de URNG y del Ejército con saldo de un oficial y dos soldados fallecidos. El presidente Arzú me convocó a su despacho al nada más retornar del sepelio. Para el Presidente fue su primera prueba de fuego y estaba profundamente conmovido. «Decile a URNG —me instruyó— que yo no me puedo comprometer a llevar adelante la negociación si siguen atacando al Ejército. No se trata solo de la situación que se produce en el Ejército, sino que yo no acepto semejante cosa, además de que no es necesario, y antes bien totalmente contraproducente para el buen clima que hemos logrado crear». El mensaje fue transmitido y encontró receptividad y comprensión, y pocas semanas fueron suficientes para que se concretara el cese al fuego, y esos tres militares fueron las últimas víctimas directas de la larga guerra interna de Guatemala.

Y este aspecto de un cese al fuego virtual fue el primer acuerdo de hecho logrado entre URNG y el nuevo Gobierno, el cual se concretó a mediados de marzo de 1996, mediante una declaración de URNG —que ya sabíamos que se iba a producir, pero desconocíamos su contenido preciso— en la cual la Comandancia ordenaba a sus efectivos que cesaran cualquier acción ofensiva en contra del Ejército de Guatemala, reservándose sin embargo la facultad de desarrollar acciones que ellos llamaban de «propaganda armada» y, obviamente, sujetando sus disposiciones a las medidas correspondientes que adoptara el Gobierno. Casi de inmediato éste hizo pública una orden del Presidente al Ejército en la cual le ordenaba cesar sus operaciones contrainsurgentes, también bajo determinadas condiciones. Se trataba pues de medidas «a compadre hablado», y aceptamos que la iniciativa proviniera de URNG, sin que se pusiera ninguna condición en cuanto a conocer el contenido previamente. Al recibir la noticia yo estaba en el despacho del general Balconi, en el Palacio Nacional, y ambos nos trasladamos a Casa Presidencial para reunirnos con el Presidente. Caminando por el Callejón Manchén, Julio me dijo: «no se imagina lo que esto significa para mí, Gustavo, pues toda mi carrera militar transcurrió bajo la pesadilla de la guerra».

Con el cese al fuego «de facto» se produjo un hecho inédito en el ámbito de las negociaciones de paz en todo el mundo, porque lo que ocurre generalmente en ellas es lo contrario, es decir, que las fuerzas contendientes

arrecien su accionar militar buscando con ello obtener ventajas en la mesa de negociación. En el caso de la paz de Guatemala el cese al fuego de hecho precedió a la firma de la paz, y con esto quedó en evidencia algo sobre el proceso que yo repetí en varios de los discursos oficiales que me tocó pronunciar: que el proceso de paz guatemalteco no era una negociación, sino un diálogo entre patriotas. Nunca ocurrió que alguna de las partes hiciera una concesión a cambio de otra. Por eso, cuando leí en *La Diplomacia*, libro de Henry Kissinger, un diálogo de éste con el primer ministro chino Chou En Lai, no me sorprendió su contenido: Kissinger le dijo a Chou que si cedía en un determinado punto, él también cedía en otro, y Chou, visiblemente sorprendido, le contestó: lo que usted debe hacer es demostrarme que tiene razón, y entonces no tendrá que hacerme ninguna concesión.

Oposiciones y recelos

Una de las primeras reuniones que sostuve luego de ser designado coordinador de COPAZ fue con los comandantes de las bases militares y sus estados mayores, unos 150 oficiales y yo, reunidos en un salón de la antigua Escuela Politécnica. Varios de los presentes expresaron abiertamente sus reservas con relación a mi persona, por razones políticas, y en particular por mi militancia anterior en el EGP. En esa asamblea de oficiales uno de los temas más sensibles era el temor de que, a nivel internacional, se reconociera a URNG como parte beligerante, lo que elevaría su *status* y haría más incidente el marco internacional en la negociación. En un momento de la reunión yo usé la expresión «conflicto armado interno», motivando de inmediato la aclaración de que no era conflicto sino enfrentamiento, y no se trataba de un juego de palabras, sino de conceptos que tenían significados distintos desde el punto de vista político-militar y diplomático. La inmediata reacción de los presentes dejaba traslucir también la sospecha de que, a través de tales argucias, yo pudiera inclinar la balanza a favor de URNG.

Por su parte, en la Asociación de Veteranos Militares de Guatemala (AVEMILGUA), prevalecía un abierto rechazo al proceso de paz. Para los líderes de AVEMILGUA, y en particular para los generales José Luis Quilo

Ayuso y Manuel Argueta Villalta, la negociación no era otra cosa que perder en la mesa lo que se había ganado en el campo de batalla. Asistí por lo menos a dos reuniones con ellos, y de nueva cuenta las posiciones fueron expuestas con franqueza y con argumentos. Allí estaban presentes, además de los citados, los generales Kjell Lauguerud García y Oscar Mejía Víctores, y de lo que conversamos en esas reuniones me llamó la atención especialmente que las objeciones a la negociación de paz eran sobre todo objeciones a los mandos en funciones del Ejército, antiguos subordinados suyos, a quienes consideraban inexpertos e incapaces.

Tanto en la reunión con los Comandantes de bases en la Politécnica como en los dos desayunos con AVEMILGUA, además del lenguaje directo, a los asistentes les impresionó que yo llegara sólo, sin secretarios ni asesores ni menos aún guardaespaldas, cosa que me parecía lo más natural del mundo. En esos desayunos no creo que los líderes de AVEMILGUA hayan cambiado de parecer. Puede ser también que algunos o muchos de los oficiales reunidos en la Politécnica hayan mantenido sus reservas con relación al proceso y a mi persona. Pero la experiencia que viví me hizo ver que al interior de un Ejército, aunque haya divergencias e incluso conjuras y conspiraciones, hay también una unidad de acción que deriva de su jerarquía vertical y su disciplina.

La franqueza también fue un ingrediente muy importante en la relación de mi persona con algunos dirigentes del PAN, especialmente Luis Flores, Arabella Castro, Emilio Saca, Rodolfo Mendoza y Maco Sosa, todos ellos integrantes conspicuos del llamado «Club de París», y considerados los más a la derecha del espectro. Luis Flores, desde la primera reunión del «Comando de Campaña» de Álvaro Arzú, me dijo de manera directa y al mismo tiempo amistosa: «Vos y yo, Gustavo, debemos tener conciencia que representamos en esto los dos extremos». El tiempo y la experiencia habrían de demostrar que la lejanía no era tanta y que menos aún impedía un provechoso trabajo de conjunto y una fraternal amistad.

El acuerdo socioeconómico y agrario

Nuestra primera prueba de fuego en la mesa de negociaciones era nada menos que el *Acuerdo sobre Aspectos Socioeconómicos y Situación Agraria*. Ya quedó dicho que, según me lo planteó Rolando Morán, los contenidos más escabrosos o inviables habían sido puestos para no firmar, pero de todas maneras el acuerdo en cuestión les ponía los pelos de punta a varios, en especial al sector empresarial organizado, que conocía un borrador profusamente divulgado. Era lógico pensar que en dicho acuerdo URNG trataría de cobrar las cuentas a los grandes empresarios, sindicatos de ser los principales responsables de la situación del país y, en última instancia, de la guerra misma. Por otra parte, a lo largo del conflicto, no pocos empresarios o sus familiares fueron secuestrados, y en algunos casos, asesinados; diversas instalaciones como las fincas, los ingenios, bancos y sedes gremiales fueron objeto de acciones de destrucción. Además, dos de las organizaciones integrantes de URNG (ORPA y FAR), cobraban «impuestos de guerra» a finqueros y otros empresarios agrícolas.

En este acuerdo, además, estaba la clave de lo que podía ocurrir después, ya que la bandera principal y la razón de ser de un movimiento revolucionario consisten en una transformación radical de la situación socioeconómica en beneficio de las clases populares. Sin embargo, lo que la situación global —nacional e internacional— hacía inviable, era precisamente ese cambio radical, y lo que imponía era un proceso de reformas, procurando que las mismas fueran de naturaleza democrática; es decir, de beneficio para todos.

Las reservas y los temores no eran solamente del sector empresarial. Al interior del propio gobierno no era unánime la visión ni el interés por la negociación de paz. Luis Flores y Emilio Saca, por ejemplo, tomaban distancia claramente, aunque no objetaban ni se oponían; sus familias habían sido perjudicadas por acciones de la guerrilla y ambos tenían un fuerte y definido rechazo al comunismo, al marxismo y al socialismo. Este rechazo era ampliamente mayoritario en el gobierno, cuyos miembros más prominentes —comenzando por el Presidente— venían de la vieja elite criolla, católica y conservadora, de manera que la posición con respecto al tema de la paz no derivaba de ninguna afinidad ideológica sino de un criterio práctico, por una parte, y por la otra de un genuino sentimiento patriótico y creciente

comprensión de que la paz era indispensable para Guatemala. Este aspecto de que fuera precisamente un gobierno encabezado por la elite criolla el que firmara la paz no debe verse a la ligera; antes bien es una nueva llamada de atención para comprender mejor la historia de nuestro país y el papel en ella del conservatismo y de los criollos, desde el gobierno de Rafael Carrera hasta la revolución de 1944, pasando por el unionismo y el derrocamiento de Estrada Cabrera, y como último episodio la firma de la paz.

Sin embargo, la ansiedad que pudiera existir fue encontrando cauce de solución a través de una disposición adoptada por el Presidente, en el sentido que para cada acuerdo que fuera negociado se constituyera un «gabinete de paz» específico, en el cual participaran los ministros y altos funcionarios que estuvieran directamente involucrados en el tema y eventual cumplimiento de los compromisos, además de integrantes permanentes: Presidente y Vicepresidente, Presidente del Congreso, Ministro de Relaciones Exteriores, Defensa, Gobernación y COPAZ. Asimismo, a lo largo de toda la negociación el Gabinete de Gobierno fue debidamente informado y consultado. Por eso, en la medida que la negociación avanzaba, los recelos que existían iban cediendo el paso a lo que yo pensaba que debía ser: no sólo la paz, sino una virtual alianza cuyo eje fuera el cumplimiento de los *acuerdos*, punto de vista compartido con Rolando Morán.

Aparte de un estilo de gobierno del presidente Arzú, caracterizado por un amplio nivel de consulta, teníamos muy presente la situación que se produjo durante el Gobierno de Ramiro de León, y las limitaciones insalvables que esto introdujo en la negociación. Por las razones conocidas, Ramiro de León no contaba con un equipo en sentido estricto, «sino con un conjunto de solistas» como repetía Alvaro Arzú; de manera que, por ejemplo, la ministra de Finanzas Ana de Molina, se quejaba de que no conocía una sola línea de lo que COPAZ estaba negociando en la mesa sobre cuestiones económicas y financieras. Por esa razón, quizá, la estructura de COPAZ que nosotros encontramos era muy voluminosa, con numerosos asesores, mientras en el caso nuestro eran equipos de gobierno los que se hacían cargo de la tarea y COPAZ se reducía a sus cuatro miembros y a una secretaria de la Secretaría Privada de la Presidencia.

En el acuerdo socioeconómico y agrario fue muy importante la participación del ministro de finanzas José Alejandro Arévalo. Los compromisos fundamentales que se asumieron en materia de inversión social —y que se cumplieron con creces durante la administración Arzú— fueron debidamente calculados: incrementos del 50% en términos reales a lo largo de cuatro años, tanto en Educación como en Salud. Asimismo, la ministra de educación Arabella Castro y el ministro de salud Marco Antonio Sosa, estimaron con mucho rigor los recursos que necesitaban para comprometerse a extender la cobertura educativa y de salud y reducir el analfabetismo al 30 por ciento de la población. De esa manera íbamos seguros a la mesa de negociación, y en esto se expresaba también la voluntad de cumplir lo pactado y no solamente de firmarlo.

Contenidos polémicos

Aún a sabiendas que URNG no insistiría en determinados contenidos del borrador que se venía discutiendo en la mesa, era obvio que la negociación del acuerdo socioeconómico y agrario revestía gran complejidad; sobre todo, había que estar preparados para los temas críticos. A nuestro juicio, los puntos más polémicos serían los relativos a la función social de la propiedad privada y las causas y procedimientos para decretar la expropiación de bienes, el tema agrario —y específicamente el acceso a la tierra—, las privatizaciones y lo tributario en general.

Como ya quedó dicho, este acuerdo le ponía los pelos de punta sobre todo al sector empresarial, el cual había estructurado una Comisión Empresarial de Paz (CEPAZ), con la cual la COPAZ se reunió en dos ocasiones a lo largo de la negociación de dicho Acuerdo. La actitud del sector empresarial ya no era la misma que había privado durante las administraciones Serrano y De León Carpio, cuando su posición fue abiertamente hostil (según testimonios de Manuel Conde y Héctor Rosada); de todas maneras los empresarios organizados (el CACIF), tenían una posición netamente defensiva, al punto que en serio y en broma yo llamaba a dicha comisión, la «comisión en prevención de la paz».

Las objeciones y reservas frente al proceso no se limitaban al contenido de los acuerdos sino a la paz misma, al hecho que URNG pasara, eventualmente, a la legalidad; de acuerdo a sus criterios, URNG persistiría en la línea de agitar a los trabajadores de las empresas y en particular de las fincas y alentar las actitudes antipatronales. Además del extremo conservatismo del sector empresarial, es necesario tomar en cuenta que había sido blanco directo de la guerra y, en particular, en el medio rural. La URNG (ORPA y FAR), continuaban cobrando «impuestos de guerra» en las fincas, beneficios e ingenios azucareros, amenazando con diversas represalias y actos de sabotaje en caso éstos no se pagaran. Por cierto, uno de los planteamientos de CACIF fue que esta práctica cesara como condición previa a la firma del Acuerdo.

La CEPAZ del CACIF pretendía también que los borradores de la negociación fueran puestos en su conocimiento y se discutieran con ellos antes de adoptar cualquier decisión; nosotros nos opusimos rotundamente, dado que uno de los compromisos de las partes era mantener en reserva lo tratado hasta que no se convirtiera en acuerdo definitivo. Los empresarios argumentaban que URNG no respetaba esto, porque ellos mantenían informados a los sectores sindicales, a los cuales les trasladaban los borradores; nuestra respuesta fue que si hacían eso era su responsabilidad, pero nosotros no íbamos a arriesgar la negociación por andar jugando con cartas debajo de la mesa. Esta posición no era de ninguna manera casuística, sino un criterio general que fue de gran importancia para el éxito del proceso; consistió en subordinar cualquier aspecto secundario al objetivo principal. El objetivo principal era firmar la paz con base en acuerdos compartidos de beneficio para el país.

De todas formas el sector empresarial no quitó el dedo de este punto e insistió mucho ante el presidente Arzú. Unos días antes de la firma del acuerdo socioeconómico, cuando ya teníamos un documento consensuado, el Presidente me planteó que compartiera el contenido del mismo con la CEPAZ del CACIF. Tal cosa me la comunicó estando yo en México, finalizando una reunión con URNG que versó principalmente sobre los preparativos y contenidos del acto de firma. El planteamiento no me hizo ninguna gracia, sobre todo porque era evidencia de una profunda desconfianza, ya que por iniciativa propia habíamos compartido el contenido fundamental del documento

con los empresarios, aunque sin trasladarles copia del mismo. No obstante, ellos temían que a última hora pudiéramos agregar algo que les fuera perjudicial. Obviamente, la desconfianza era no sólo sobre URNG sino también sobre mi persona. Convenimos en que el día anterior a la firma íbamos a leerles el documento, pero no a darles copia como querían ni permitir que se modificara una sola línea. Para ese efecto, una delegación del CACIF encabezada por Víctor Suárez se trasladó a México y esa misma noche nos reunimos con ellos en el hotel donde se hospedaban. Agradecieron formalmente el gesto, pero yo me quedé con la impresión de que seguían descontentos y temerosos, aunque no tuvieron objeción al contenido del documento.

Más allá de simpatías o antipatías no teníamos intención alguna de confrontar con el sector empresarial; antes bien trabajamos con el objetivo de ganarlos a la perspectiva de la paz. Para ello, le planteamos a URNG el tema de los impuestos de guerra y la necesidad de suspenderlos, frente a lo cual recibimos también una respuesta positiva, pero en ningún caso como condición previa a la firma del acuerdo (lo cual nosotros tampoco demandamos); al contrario, como resultado de la firma del mismo. Efectivamente, pocos días después del 6 de mayo de 1996, fecha en la cual suscribimos el *Acuerdo sobre Aspectos Socioeconómicos y Situación Agraria*, en la ciudad de México, URNG anunció que suspendía ese cobro, que era una exacción.

La ceremonia de firma se llevó a cabo en un salón de la Secretaría de Relaciones Exteriores, luego de un forcejeo con Estados Unidos, pues al día siguiente se celebraría en ese mismo lugar una reunión binacional México-Estados Unidos; aunque todavía no era la «guerra contra el terrorismo», las medidas de seguridad eran extremas. Al final aceptaron el acto de firma pero no así la presencia de la Marimba de Concierto de Bellas Artes, dirigida por el maestro Alfonso Bautista, que en un principio se previó —a petición mía— que tocara al menos una pieza como parte de la ceremonia. Al concluir ésta, la Embajada de Guatemala ofreció una recepción en un hotel y hacia allí nos trasladamos con la marimba. Antes que ésta iniciara su presentación, me dirigí a la audiencia para explicar que se trataba de una marimba de concierto, de manera que les solicitaba su atención, ya que no era música de fondo. Todo iba muy bien hasta que a don Arnoldo Kuesterman se le ocurrió proponer que

yo tocara como parte de la marimba. No me quedó de otra. Ejecuté con ellos *Otra copa compadre* de Mingo Betancourt , y *Río Polochic*, del maestro Celso Narciso Chavarría. Si es que en esas ejecuciones logré hacer los trinos que la marimba requiere, fue porque no paré de temblar de los nervios y por eso las baquetas se movían solas.

En la discusión del Acuerdo socioeconómico, el ambiente en la mesa siguió siendo el mismo que en las reuniones discretas, en cuanto a la confianza; por supuesto, también con las tensiones propias de tener que lograr acuerdos concretos. Jean Arnault encajó como anillo al dedo en ese clima positivo que se construyó, y sus aportes fueron muy importantes en todos los aspectos: no sólo para aproximar posiciones, sino también para sugerir, además del aporte técnico que significó llevar la agenda y redactar borradores. El moderador de Naciones Unidas se desempeñó con un profesionalismo que a todos nos impresionó. No sólo estudió a fondo Guatemala sino que en ese proceso se fue volviendo guatemalófilo. Una de sus funciones era emitir un boletín informativo después de cada período de sesiones. En esos boletines se incluyó siempre una frase que por primera vez aparecía y que a muchos les habrá parecido retórica, pero que sintetizaba la esencia de lo que estaba ocurriendo: «en un clima de confianza entre las partes...»

La otra grada

Con el éxito obtenido y lo que eso nos fortalecía, emprendimos con entusiasmo la negociación del otro acuerdo considerado clave, el de *fortalecimiento del poder civil y función del Ejército en una sociedad democrática*. Aquí también había contenidos polémicos, especialmente espinosos en lo concerniente al Ejército de Guatemala. Sin embargo, las posiciones de éste permitían un margen amplio de negociación, sobre todo en temas sustantivos como la reducción de las fuerzas armadas y de su presupuesto, el despliegue de la fuerza hacia las fronteras desactivando el operativo contrainsurgente, e incluso —para sorpresa de muchos— estando dispuesto el Ejército a que se suprimiera su función de velar por la seguridad interior del país, como lo establece la Constitución; en cambio, que ésta fuera asumida por la nueva

Policía Nacional Civil. Así las cosas, de todas formas quedaba un espacio de conflictividad que incluía el tema del Estado Mayor Presidencial y ciertas demandas como suprimir las unidades kaibiles y la escuela respectiva. A pesar de la posición de apertura y de lo avanzado en la fraternización con URNG, en el Ejército había nerviosismo, y éste se reflejó en el nombramiento de otro oficial para que integrara COPAZ en la negociación de ese acuerdo específico: el entonces coronel Morris Eugenio de León Gil.

Entre las cuestiones espinosas, lo del Estado Mayor Presidencial sigue siendo un tema de actualidad. Su disolución por el presidente Alfonso Portillo y su sustitución por una Secretaría de Asuntos Administrativos y de Seguridad les parece a muchos una medida de fortalecimiento del poder civil. A mí, en cambio, me parece una de las acciones que más ha debilitado a ese poder civil, al cual privó de información de inteligencia. Es cierto que el ideal es una inteligencia civil, pero formarla requiere no sólo tiempo sino diseñar y aprobar una institucionalidad específica que garantice que quienes la integren no sean echados a la calle a discreción, como ocurre con los empleados públicos, y cada cuatro años se lleven consigo información y métodos. En lo que ello se logra, el Gobierno no puede quedar a ciegas.

Detrás de este tema del EMP hay una historia curiosa. Al menos desde que el general Alejandro Gramajo era ministro de Defensa, se ha planteado al interior del Ejército la conveniencia de disolver ese ente argumentando varias cuestiones, entre ellas que introduce la dualidad de mando en la Institución, lo que es veneno puro para un Ejército, y que permite un espacio desde el cual acumular poder e impulsar intereses de camarilla. En la negociación de paz, el general Otto Pérez Molina me planteó casi desde el inicio, que «algo en lo que había que conceder» era en la disolución del EMP, del cual él había sido jefe, bajo la presidencia de Ramiro de León. El general Julio Balconi fundamenta en su libro *Hacia la Reconciliación* la conveniencia de suprimirlo, y cuando un equipo nombrado por las partes estaba elaborando el Cronograma para el cumplimiento de los Acuerdos leo un primer borrador y allí me encuentro que la disolución del EMP se comprometía para los primeros seis meses después de firmada la paz. Bastante molesto fui a buscar a la Comandancia de URNG, puesto que con ellos habíamos logrado un consenso que incluía diferir hasta el final la ejecución de esa medida, y yo daba por hecho que de ellos había

surgido la iniciativa de colocarla al principio. Pero resultó lo contrario: «esa propuesta la hizo el Capitán que Otto Pérez comisionó para trabajar el cronograma», me dijeron, «a nosotros también nos sorprendió». Todo esto ocurría en un momento en el cual, quizás por primera vez, el Presidente de la República contaba con un EMP que le era leal, aunque también aprovechara su posición privilegiada para influir en ciertas decisiones presidenciales.

Con la Comandancia discutí personalmente este tema. Les expliqué el papel que el EMP estaba jugando en el gobierno y que era la única fuente de información que tenía el Presidente sobre lo que ocurría en el Ejército. Asimismo, convenimos que era un contrasentido que el Comandante General del Ejército (el Presidente), no pudiera tener bajo su mando una unidad militar. En casi todos los países que habíamos visitado existían entes similares, comenzando por México. Una cosa era la institución y otra el papel que había desempeñado en determinadas circunstancias. El EMP fue acusado reiteradas veces de crímenes políticos, entre ellos el más relevante: el asesinato de Mirna Mack. Además, le montaban un verdadero cerco al Presidente. Así fue en el caso del presidente De León Carpio. Su Secretario Privado, Carlos Enrique Secaira, me dio abundantes ejemplos de cómo el EMP desinformaba al Presidente o lo manipulaba. Con Arzú, en cambio, no ocurrió eso. No me cabe duda que las comunicaciones del Presidente eran escuchadas y, como ya dije, en ciertos temas (pocos por cierto), el EMP inclinó la decisión del mandatario aprovechando la ventaja que le daba contar con medios de inteligencia versus, por ejemplo, las opiniones de otros funcionarios —entre ellos yo— que sólo contábamos con razonamientos y deducciones. Evidentemente el EMP tenía sus bemoles, pero en la situación concreta era lo menos malo, y según las enseñanzas de Maquiavelo, eso debe interpretarse como lo bueno. El EMP tenía que ser reformado y también había que sustituirlo por otro ente similar, puesto que la presión política al respecto era muy alta, y la voz cantante la llevaba la Comunidad Internacional y las organizaciones de derechos humanos. Por eso, las partes convenimos una fórmula salomónica:

«Para garantizar la seguridad del Presidente, la del Vicepresidente y sus respectivas familias, y el apoyo logístico a las actividades que desarrolla la Presidencia de la República, el Presidente, en uso de las facultades que la ley

le confiere y para sustituir el Estado Mayor Presidencial, organizará a su criterio la entidad correspondiente».

Ex profesamente, no se decía si dicha entidad debía ser civil o militar.

El tema del fortalecimiento del poder civil es uno de los ejes que atraviesan los Acuerdos, y yo diría que es su contenido más característico. Efectivamente, los Acuerdos se enmarcan en un contexto donde no se podían pretender cambios radicales y donde había que tomar en cuenta muy especialmente las realidades de la economía. Sin embargo, los Acuerdos no se inscriben en la línea de la espontaneidad del mercado y su maravillosa mano invisible, sino que proclaman el papel rector del Estado, efectivamente representativo de los intereses mayoritarios, que cumpla con el fin primordial que le señala la Constitución, que es el bien común. Un Estado no sólo democrático sino eficiente, y en esta línea se contempla un conjunto de medidas de desarrollo institucional.

Pero el fortalecimiento del poder civil ha estado asociado en la historia de Guatemala no sólo con la independencia respecto al poder militar sino, también, con su capacidad de subordinarlo. Este fenómeno tiene que ver directamente con otro concomitante, que es la politización de las fuerzas armadas, hecho especialmente grave en las condiciones de la guerra y de la estrategia de seguridad nacional, en cuyo contexto ocurrió. Asimismo, los temas de seguridad e inteligencia marcaron especialmente la represión durante las décadas de contrainsurgencia, de manera que su abordaje era especialmente sensible. Además, se trataba de fortalecer el poder del Estado, y de éste forma parte el Ejército, de manera que el objetivo del Acuerdo no fue debilitarlo, sino fortalecerlo en el ejercicio de sus funciones correspondientes a un período de paz política. El Acuerdo propone un Ejército profesional abocado a la seguridad externa e interviniendo en la seguridad interna sólo cuando los medios ordinarios hayan sido rebasados. Subyace, pues, una visión global de fortalecimiento institucional que incluye a los tres poderes del Estado, al sistema político y, por su incidencia particular, a la Policía y el Ejército.

La negociación de este Acuerdo tomó cuatro meses. En el fondo, más que las dudas con relación al texto, lo que prevalecía en URNG era el temor a que no se lograra desmontar el sistema de poder militar ilegal que se había construido durante la contrainsurgencia. En esas estábamos cuando se produjo

un hecho que creó el clima favorable necesario para los compases finales: la captura de Alfredo Moreno y la desarticulación de su red. Más allá de lo que se le haya podido probar en tribunales (que apenas fue evasión de impuestos, o algo por el estilo), los comandantes de URNG sabían perfectamente de qué se trataba y cómo la existencia de esta red había sido conocida por los presidentes Serrano y De León Carpio, sin que ninguno de los dos se decidiera a entrarle. Era un asunto muy peligroso. Yo estaba con Álvaro Arzú en el hangar presidencial cuando se presentó el Capitán de Navío Yon Rivera, entonces jefe de la D-2 del Ejército, para informarle que tenían completo el cuadro de información y que por ende se podía operar en contra de Moreno. «Podemos golpear los tentáculos y aproximarnos gradualmente a la cabeza o se puede de una vez atacar la cabeza, pero es una operación de mucho riesgo», dijo el Capitán. «Hay que caerle de una vez a la cabeza», respondió el Presidente. Y así se hizo. Me tocó también estar con el Presidente en el Salón Maya de Casa Presidencial cuando el capitán Yon Rivera informó del operativo. Estaba ante todo sorprendido. A pesar de la información con que contaba inteligencia militar, él nunca imaginó lo que iban a encontrar, comenzando por equipo mucho más sofisticado que el de la D-2. Pero también encontraron en las computadoras los nombres de los integrantes de la red, con su pseudónimo respectivo; las órdenes para ejecutar a personas y, en general, la trama del contrabando que esa red controlaba; a través de ello obtenía recursos superiores a los mil millones de quetzales anuales. En un principio pensamos que se habían logrado pruebas contundentes, pero los formalismos legales se encargaron de borrar la evidencia. Centenares de documentos fueron desestimados por tratarse de correos electrónicos que nadie firmaba.

No se trataba de una banda meramente delictiva, sino que parece ser el ejemplo típico de cómo se fue dando esa fusión entre ilegalidad, impunidad y crimen organizado, que es la más nefasta herencia de la confrontación armada. La red fue —al menos desde 1980— una estructura paralela en apoyo de la contrainsurgencia. A través de ella se controlaban fronteras al mismo tiempo que se obtenían cuantiosos recursos que quizás expliquen por qué el Ejército de Guatemala se expandió sin la ayuda directa de Estados Unidos y sin abultar su presupuesto. Sin embargo, para el año 1996, con la perspectiva cercana de la paz e imperando el cese al fuego convenido por las partes, la red ya no tenía

una función en la estrategia de contrainsurgencia y, en cambio, desde hacía varios años se había «privatizado», convirtiéndose en negocio y fuente de poder de unos cuantos; así, del Ejército mismo surgió el planteamiento de desmantelarla, mediando una decisión presidencial. En suma, para el proceso de paz, esta acción audaz del presidente Arzú tuvo una incidencia altamente positiva y consolidó también la imagen del gobierno a nivel internacional. El 19 de septiembre de 1996, en un ambiente de euforia, firmamos el último de los llamados «acuerdos sustantivos».

El rayo que cayó de un cielo sereno

Contra todos los pronósticos, habíamos firmado ya el Acuerdo socioeconómico y agrario y el de fortalecimiento del poder civil y función del Ejército. A mediados de octubre tuvimos una nueva sesión con URNG y al concluir ésta los comandantes me pidieron reunirme con ellos, sólo yo. Como ya dije, eso no tenía nada de extraordinario, pero el contenido y las consecuencias de esa reunión vaya que si lo fueron. Quien tomó la palabra para explicar el motivo de la misma fue Rodrigo Asturias, jefe de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA). Palabras más o menos Asturias me dijo: «Mirá Gustavo, ya firmamos los dos acuerdos más problemáticos que quedaban, de manera que es un hecho que firmaremos la paz. Nosotros tenemos plena confianza en ustedes, y también confianza en el Ejército como institución. Sin embargo, hay un problema que no se ha tratado, y es el de los poderes paralelos que han sido contruidos por inteligencia militar, integrados por desertores nuestros que operan como una guerrilla y que son responsables de los asesinatos más bestiales. Incluso, le hemos informado a Hellen Mack que quien mató a su hermana no fue Beteta, sino un desertor de URNG apodado *la Yegua*. ¿Quién va a desarticular eso? Porque incluso pensamos que para la mayoría de oficiales y quizás hasta para el mando de la Institución, esas estructuras son clandestinas, no están bajo su control. Por ello, lo último que requerimos para firmar la paz es entrevistarnos de nuevo con el presidente Arzú, para informarle y tratar directamente con él esta problemática». Acto seguido me entregaron una lista con los pseudónimos de esos desertores, que a ojo de buen cubero

sumarían unos cuarenta. Por obvias razones yo no quise enterarme de detalle alguno, sino sólo compenetrarme del problema fundamental.

Regresé a Guatemala el 18 de octubre; el 19 a primera hora, me reuní con el Presidente en su casa de Antigua y le expliqué lo antes dicho. A lo largo de toda la mañana nos quebramos la cabeza buscando la forma que esa reunión con la Comandancia se pudiera celebrar. Al filo del mediodía encontramos la salida: le solicitaríamos al Gobierno mexicano realizar una nueva visita a los refugiados guatemaltecos ubicados en Campeche y le pediríamos que arreglaran las condiciones para la reunión de la Comandancia con el Presidente en algún lugar cercano. Mientras deliberábamos caminando por los contornos del jardín yo le decía a Álvaro: «no creás que porque estamos hablando a cielo abierto nos dejan de escuchar. Hoy se puede comprar en cualquier tienda de “espías” en Nueva York, aparatos que permiten grabar conversaciones a 500 metros o más de distancia y que aíslan los ruidos circundantes».

Pero nos sentamos a almorzar con la satisfacción de que habíamos encontrado la salida, y que por problemático que fuera el asunto, se confirmaba lo que ya sabíamos, que íbamos a firmar la paz. Hacia el final de la tarde regresé tranquilamente a mi casa en la capital y a los pocos minutos de estar en ella recibo una llamada del Presidente: «mirá Sholón, parece que el secuestro grande lo hicieron las urracas, y hace pocas horas fue capturado el principal responsable del mismo, así que venite de regreso». Lo de las urracas lo entendí al instante porque así le llamábamos entre nosotros a URNG, pero lo del «secuestro grande» no me casaba. Absorbido enteramente por la negociación y todo lo que ella implicaba, no tenía presente el secuestro de la señora Olga de Novella, y nunca habíamos hablado con el Presidente de ese tema porque asumíamos que era un caso de delincuencia común. La primera instrucción fue «venite de regreso», pero a los pocos minutos me llamó de nuevo y me preguntó si aún tenía escolta: le dije que no, y entonces me instruyó para que me quedara en la casa: «ahí te van a ir a visitar», me dijo.

En efecto, quizá a la media hora o menos tocaron el timbre del departamento donde yo vivía en la Colonia Elgin, y se trataba del «Comando antisequestros» que tantas críticas recibió y que tantos casos resolvió. Sentado en la pequeña sala de mi casa tenía enfrente a los miembros de ese Comando

con los rostros cubiertos con pasamontañas confeccionados con malla de acero o algo por el estilo. Sin mediar muchas palabras me enseñaron las fotos del capturado, identificado en su organización como Comandante Isaías, a quien yo no conocía, pero sabía que era el segundo de Asturias. Su foto no me dijo nada, pero sí lo que me fueron mostrando: en primer lugar, Isaías llevaba consigo, al momento de ser capturado, los documentos que yo le había entregado a URNG en esa última reunión celebrada en las afueras de la ciudad de Puebla. Los llevaba con sus comentarios y sugerencias anotados a lápiz.

Los del comando antisequestros me dijeron también que, desde el momento que ocurrió el secuestro de la señora, ellos supieron que se trataba de alguna organización de URNG; en primer lugar, por la dimensión del operativo, pues en las dos rutas que la señora Novella usaba regularmente para desplazarse, fueron montados falsos retenes de la Policía Nacional, en los cuales se usaron automóviles *Lada* como los que entonces empleaba la Policía Nacional. Pero lo que más les alertó que se trataba de la guerrilla, fue la participación de mujeres. Asimismo, me dijeron que ese secuestro no era el primero sino el cuarto o el quinto, ya que los análisis de sintaxis que ellos habían hecho de los mensajes de los secuestradores, les indicaban que dichos textos fueron escritos por la misma persona.

Tomando en cuenta lo anterior, es factible pensar que Isaías y compañeros estaban bajo control desde tiempo atrás. ¿La captura de Isaías era un as bajo la manga que guardaba la inteligencia militar, esperando el momento oportuno para ponerlo sobre la mesa? ¿Habrá sido una mera coincidencia que la captura de Isaías haya ocurrido cuando se iba a tratar el tema de los poderes paralelos directamente con el Presidente? Por el momento son preguntas sin respuesta.

Luego, me hicieron escuchar el interrogatorio de Isaías, y me quedé asombrado de la astucia con la cual fue realizado. El interrogador comenzó increpando al detenido: «mirá todos los esfuerzos que hemos hecho para lograr la paz y ahora vos tirás todo por el suelo, traicionando la confianza que con tanta dificultad se ha construido» y así por el estilo, hasta que Isaías exclamó: «dejémonos de rodeos y vamos al grano: yo sé lo que ustedes quieren, pero ustedes no saben lo que quiero yo». «¿Qué queremos nosotros?», preguntó el interrogador; «quieren a la señora», respondió Isaías. «¿Y que querés vos?»

«Que no capturen a nadie de mi gente ni tomen represalias, y que esto se maneje de manera que no afecte el proceso de paz. Luego, les entrego a la señora y ustedes me dejan en libertad, y dejan también en libertad al compañero capturado junto conmigo. Todo ello que sea garantizado por un funcionario del más alto nivel del gobierno».

Ese funcionario no podía ser sino yo, que de inmediato me ofrecí ante los miembros del Comando. Cuando le comuniqué en la madrugada al Presidente que iba a ser garante para el canje del detenido por la señora Novella, no cayó en cuenta de lo que eso podía significar, pero al rato sí, y me trató de localizar para que desistiera, pero ya no me encontró, porque estaba yo en uno de los dos automóviles del comando antisequestros. Antes de eso, quizá entre las 10 y las 12 de la noche, estuvimos reunidos con el Presidente y el general Marco Tulio Espinoza en la casa de Antigua, analizando todos los escenarios y, en especial, dos, cuyo orden de prioridad estableció el Presidente: la vida de la señora y el proceso de paz. Sobre esa base Álvaro Arzú decidió que se realizara el canje. En ese momento pensamos que podía cometer un delito, incluso una violación a la Constitución. Luego nos enteramos que no; que hay un principio general del derecho penal, vigente en Guatemala, el cual exime del delito y de la pena a quien incurre en una violación de la ley para evitar un mal mayor. Era eso exactamente lo que ocurría.

A las cuatro y media de la mañana estaba yo dentro de un carro, sentado junto a Isaías, que se encontraba esposado y con los ojos vendados, y seguía insistiendo en el paradero de su compañero, lo cual era el único tema que no se había resuelto, ¡nada menos!, para efectuar el canje. El oficial sentado junto a él le repetía: «ya te dijimos que sólo te capturamos a vos, porque sabíamos que eras el más importante». Isaías: «pero ustedes en el interrogatorio me dijeron que hablara porque mi compañero ya lo había hecho». Oficial: «pero vos sabés que esa es una táctica que se usa siempre». Isaías: «si, pero ese compañero no se ha comunicado a ninguno de los lugares donde podía hacerlo». Isaías hablaba frecuentemente por teléfono con sus compañeros que lo mantenían informado. Los del comando antisequestros me comentaron después lo mucho que los había asombrado que Isaías fuera obedecido sin reparo por sus subordinados, a pesar de saber éstos que estaba en manos de dicho comando.

El objetivo era que aceptara ser canjeado él por la señora y lo de su compañero se resolvía después. Yo, en particular, le ofrecí que haríamos todos los esfuerzos para esclarecer la situación, y que estaba seguro que el Presidente asumiría personalmente la tarea, como efectivamente lo hizo. Le pregunté también si él había visto algo y me dijo que no, porque le habían caído a golpes con bates de béisbol. Le pregunté si había escuchado disparos, y me dijo que tampoco. Hablé también con los del Comando y con el general Espinoza: lo que me dijeron fue la versión que mantuvieron hasta el final, incluso cuando el propio Presidente los interrogó: «sólo un vehículo con tres efectivos participó en el operativo, porque de lo contrario sabíamos que él podía detectar el seguimiento. Por ello esos tres efectivos se concentraron únicamente en el capturado, el otro escapó».

El lunes 21 de octubre como a las ocho de la noche, ya liberado Isaías, y estando el Presidente y yo en la residencia del embajador español Víctor Fagilde, de pronto suena mi celular: era Isaías, yo le había dado el número. Me llamó para decirme que su compañero seguía sin aparecer. «Usted sabe que es gente bragada —me dijo— que no va a salir corriendo sin siquiera avisar». Justamente estoy con el Presidente, le respondí, y en este momento le voy a replantear la cuestión, y así lo hice. El presidente Arzú convocó de inmediato al general Espinoza y, en privado, junto a la piscina de la residencia, ante mí, le dijo: «General, yo sé que esto no es un juego de niños. Si lo tuvieron que matar, lo puedo entender, pero lo que no puedo admitir es que me engañen. Dígame exactamente qué fue lo que pasó». Y el general Espinoza dio la misma explicación ya mencionada.

Hacia las ocho y media de la mañana, Isaías había aceptado el canje. Por el teléfono le daba instrucciones a quienes tenían en su poder a la señora Novella, y analizaba con ellos cuál era el mejor lugar para realizar el operativo y la forma de hacerlo. Éste iba a consistir en que, a una hora determinada, convergerían sobre una misma calle dos vehículos: uno del comando antisequestros y otro de ORPA. En medio de la calle debía estar parado yo, que entregaría a Isaías y recibiría a la señora. El lugar del canje lo iban precisando poco a poco, y conforme lo hacían, yo me percataba del simbolismo que para mí podía entrañar. Efectivamente, por fin concluyeron. El canje se iba a hacer en la diagonal que está junto al Patronato Antialcohólico, en la colonia

Santa Elisa, y el punto donde yo debía estar parado lo indicaba un contador de agua. Era exactamente el mismo lugar donde treinta años antes yo había hecho el primer contacto con Cesar Montes para iniciar el camino que me llevó a la revolución. Treinta años después estaba allí de nuevo, como negociador de la paz y Secretario Privado de la Presidencia. A las diez de la mañana en punto del 20 de octubre de 1996 (por si se requería mayor simbolismo), me paré enfrente de ese contador protegido con un chaleco antibalas. Un señor y su esposa, con aire de campesinos y a bordo de un pick up, dieron la vuelta en la esquina, justo en el momento que los efectivos del Comando, con los pasamontañas de malla metálica y con unos fusiles automáticos dignos de James Bond, llevaban a Isaías hasta donde yo estaba. Pasó de largo la pareja dejándome solamente el recuerdo de su cara de espanto, y cuando volteé a ver ya venía el vehículo con la señora. El canje se realizó sin ninguna peripecia. El principal de los objetivos había sido logrado: la vida de la señora. Faltaba el segundo: el proceso de paz, de cuyo desenlace también dependía que se ahorraran o se sacrificaran vidas, y la tormenta sólo había comenzado.

El ciclista que se cayó en la última vuelta

Cuando todo esto pasó regresé a mi casa y comencé a pensar en las posibles consecuencias. Desde la reunión en San Salvador tuve la certeza que la paz la íbamos a firmar, pero en ese momento vino a mi mente una duda que me asaltaba de cuando en vez, y que tenía que ver con mi percepción de que la mala suerte ha pesado mucho en la historia de Guatemala. En broma y en serio yo ilustraba esa mala suerte con un ciclista guatemalteco, cuyo nombre no recuerdo, que sacó de la rueda a los colombianos y a los ticos subiendo la cuesta de «La Eterna», en una etapa decisiva de la Vuelta, con meta en el parque central. Ya había hecho lo más difícil, pero en una de las últimas vueltas resbaló y cayó, y en vez de colocarse el suéter de líder quedó sin opciones en la clasificación general. Cuando a lo largo de la negociación esa imagen me asaltaba, y con ella el temor de un golpe de la fortuna, soplaban a mi alrededor, imitando a las vendedoras de los mercados de mi infancia quienes,

al recibir una oferta muy baja por sus productos, soplaban a su alrededor para que el mal precio no se quedara flotando por allí y las perjudicara.

El lunes 21 de octubre a las 8 de la mañana, el Presidente convocó a Gabinete político. En la puerta de Casa Presidencial coincidí con el general Espinoza y entramos juntos. Al dar la vuelta por el corredor, estaba parado el general Balconi, entonces ministro de la Defensa, quien no podía ocultar su malestar. Antes de saludar a Marco Tulio Espinoza le dijo: «General, cómo es posible que hasta que llego aquí me entero de lo que ha estado ocurriendo y usted nada me informó». Y Espinoza le contestó: «lo siento mucho mi General, pero mi jefe es el Presidente de la República». Para mí, una nueva y contundente confirmación sobre lo ya dicho con relación a que la dualidad de mando que el Estado Mayor Presidencial significaba, hizo que su disolución fuera ante todo una demanda del propio Ejército.

La reunión de Gabinete político se efectuó y su principal conclusión fue que necesitábamos información de primera mano y, por supuesto, conocer la versión y posición de URNG. Se decidió que yo los contactara para celebrar una reunión de urgencia. Así lo hice, hablé con Rodrigo Asturias, y en el término de la distancia los cité en un hotel de Toluca, pues en esa ciudad iba a aterrizar el avión que nos condujo a Julio Balconi, Mauricio López Bonilla y mi persona. López Bonilla iba en calidad de asistente del Ministro, y sólo Julio y yo participaríamos en la reunión. Antes de salir le solicité a Balconi si podía llevar alguna grabadora «de esas que están metidas dentro de una pluma —le dije— porque yo quisiera que quedara registrado lo que voy a decir». Sin embargo, con buen modo, Julio me dijo que no era posible e incluso podía ser políticamente problemático. En fin, no. Llegamos sin contratiempos y nos dirigimos al hotel para un cara a cara extremadamente tenso, nada que ver con el ambiente de confianza y jovialidad durante todas las reuniones previas. Mi primera sorpresa fue enterarme que, hasta llegar al hotel, los otros tres miembros de la Comandancia de URNG supieron cuál era el motivo de la reunión. «¿Para qué nos citó Gustavo con tanta urgencia?», le preguntó Rolando Morán a Rodrigo Asturias, y hasta ese momento Rolando, Pablo Monsanto y Ricardo Rosales se enteraron que ORPA había secuestrado a la señora Novella y que Isaías había sido capturado y canjeado por ella.

La reunión tuvo lugar en un pequeño salón: Julio y yo y ellos cuatro. Ya no recuerdo todo lo que dije, pero sí dos o tres cuestiones clave, dirigidas todas ellas a Rodrigo Asturias. Primero, la condena a ese hecho atroz, el secuestro de una anciana de 86 años, además inválida. ¿Por qué motivo? ¿Para continuar la guerra? Por supuesto que no. Desde hacía seis meses imperaba un cese al fuego que iba a ser definitivo y Asturias mismo, en la última reunión de Puebla, había afirmado lo que todos sabíamos: que la firma de la paz era sólo cuestión de tiempo. «Con esta acción – le dije – no sólo han puesto en serio peligro el proceso de paz, sino que echaron a perder el objetivo último del mismo que yo había compartido con la Comandancia, y que era unir a lo mejor de dos mundos». La vida en general, y la experiencia con Álvaro Arzú y su equipo en particular, me habían confirmado que en todos los sectores existe gente altruista y patriota y la paz debía ser acompañada de la unidad de los guatemaltecos. Conforme yo iba argumentando y condenando de manera muy clara y categórica lo ocurrido, Rolando, Pablo y Ricardo repetían: «tiene razón Gustavo». Rodrigo Asturias estaba demudado y en un momento se le zafó la quijada. Creo que no intentó ninguna explicación, únicamente repetía lo que ya me había dicho cuando hablé con él por teléfono, a medio operativo de canje de Isaías: «hagan ustedes lo que crean conveniente para salvar el proceso de paz».

Efectivamente, salvar el proceso no era nada fácil. Por una parte, no podíamos actuar como si nada hubiera pasado y luego firmas y abrazos. Por otra, tampoco podíamos crear una situación que llevara a ORPA a retirarse de la negociación; no tenía sentido firmar la paz con dos organizaciones armadas (el PGT no lo estaba), y dejar fuera una tercera. Además, si esa eventualidad se daba, quién sabe si las otras organizaciones continuarían en el proceso. Yo tuve presente desde muy temprano una situación que se había dado en el Gobierno de Ramiro de León, cuando se produjo la masacre de Xamán.³⁵ El Presidente le pidió entonces al ministro de la Defensa, general Mario Enríquez, que renunciara. Con ello no estaba diciendo que el ministro tuviera responsabilidad directa, pero sí remarcando que cuando subalternos de

³⁵ El 5 de octubre de 1995, una patrulla militar al mando de un subteniente penetró en una comunidad de retornados ubicada en el municipio de Xamán, departamento de Alta Verapaz y, al ser confrontada por la población, abrió fuego, procando once muertos y más de veinte heridos.

cualquier nivel incurren en hechos tan graves, tiene que rodar la cabeza del principal. De esa manera, pensaba yo, se toma una medida de fondo sin que ella equivalga a una acusación de responsabilidad directa, pues esto último no le dejaría a Rodrigo Asturias ninguna salida, y por consiguiente tampoco a nosotros.

Para mientras, URNG intentaba una explicación de lo ocurrido que satisficiera al Gobierno y permitiera reanudar la negociación. Jean Arnault hacía una intensa labor de penduleo, iba y venía con propuestas y contrapropuestas. Así, en una sesión del Gabinete político, se le dio lectura a un proyecto de carta de URNG en la que ésta atribuía los hechos a una unidad fuera de control, o algo por el estilo, y ORPA asumía la responsabilidad que de ello derivaba, y luego instaban a reanudar de inmediato la negociación. Al concluir la lectura, Carlos García Regás, entonces Presidente del Congreso, exclamó: «¡mejor no la hubiéramos podido escribir nosotros, Presidente! ¡Ya se allanó el camino!», y Julio Balconi asintió. En ese momento Luis Flores, Vicepresidente de la República, tomó la palabra y dijo que eso no era suficiente. Que Rodrigo Asturias tenía que salir de la mesa. Yo inmediatamente me pronuncié a favor, planteando que eso era irrenunciable para nosotros si queríamos firmar una paz con dignidad.

Lo acontecido se lo informé punto por punto a los embajadores en Guatemala de los «Países amigos de la negociación de paz» (Colombia, España, Estados Unidos, México y Noruega), y di por hecho que todos ellos, ante tan flagrante violación de los derechos humanos, apoyarían nuestra posición, pero la vida me iba a dar otra lección de real politik. El día de la firma del *Acuerdo de Cese al Fuego*, en Oslo, el 4 de diciembre de ese año 96, y en ocasión de una reunión aparentemente informal, se desarrolló un intenso cabildeo con miembros de la COPAZ y del Gobierno, que el periodista Haroldo Shetemul de la revista *Crónica* describió así:

«Pero, en medio de los festejos, tampoco había descanso para los cabildeos. Miembros de la insurgencia intentaban sensibilizar a la comunidad internacional para que apoyara la idea de que **Gaspar Ilom** estuviera presente el próximo 29 de diciembre, cuando se firme el acuerdo final de paz. Las discretas gestiones se extendieron a la Iglesia Luterana noruega e incluso algunos militares guatemaltecos no se mostraron contrarios a tal posibilidad. El

problema, según un jefe castrense, sería para el líder de la ORPA, pues tendría que enfrentar las críticas por su presunta implicación en el secuestro de **Olga de Novella**, además de que debería estar fuera del acto oficial. Sin embargo, el rotundo “No” vino de **Gustavo Porras**. “Les hemos manifestado el completo rechazo del Gobierno de Guatemala a la sola posibilidad de que **Gaspar Ilom** pueda estar presente el día de la firma de la paz final. Incluso le he pedido a **Lars Pira** (embajador de Guatemala en Noruega) que transmita nuestra posición oficial a donde corresponda”, señaló».

La última reunión que tuve con Rodrigo Asturias fue la comentada en el hotel de Toluca. De allí en adelante ya sólo me reuní con Rolando, Pablo y Ricardo, y ellos a su vez mediaban con Asturias. Les hice saber nuestra exigencia irrenunciable de que Rodrigo saliera de la mesa y no firmara la paz. Ellos compartían —aunque sin decirlo expresamente— que esa era una salida justa, pero a Asturias en un principio le parecía inaceptable, y el temor era que ORPA pudiera salirse de la negociación o hubiera problemas de insubordinación. Por eso la única manera de que el asunto funcionara era que Asturias lo aceptara, pues sólo él podía mantener la disciplina y la unidad de su organización.

Los días transcurrían y el Presidente repetía que si la paz no se firmaba durante el año 96, entonces que asumiera el proceso un nuevo Gobierno, ya no el suyo, y todos los involucrados sabíamos que no era hablar por hablar. En uno de esos días donde la tensión se podía cortar con tijera, estábamos reunidos los de la foto en la oficina de Álvaro en el edificio Real Reforma; de nuevo nuestras deliberaciones cayeron en un punto muerto porque no teníamos información suficiente. Para mientras, Jean Arnault se encontraba en San Salvador, en los cabildeos con la Comandancia, y nos urgía saber el estado de situación. Por teléfono, como todos sabemos, hablan dos y escuchan tres. En consecuencia, se decidió que hiciera un viaje relámpago para hablar con Jean, citándolo en la pista del aeropuerto de Ilopango. Salí corriendo de la oficina de Álvaro, y un jet privado ya me estaba esperando en el comienzo de la pista, pegado al Acueducto. Entré por la puerta de la Base Militar y en unos minutos estaba dentro del avión y la nave despegando. Veinte minutos más tarde tocábamos pista en Ilopango. Jean estaba donde se había convenido. Hablamos cinco o diez minutos. De nuevo al avión y otra vez a Guatemala.

Hora y media después de haber suspendido la reunión, la reanudamos, contando ya con la información requerida. Aún no había señales claras de que Rodrigo Asturias fuera a renunciar a la mesa para ser sustituido por otro militante de su organización. A los dos días viajamos otra vez a San Salvador, esta vez con Julio Balconi y el canciller Eduardo Stein, y por intermedio de Jean Arnault reafirmamos la posición irrenunciable del Gobierno. Al día siguiente, según recuerdo, recibimos por intermedio de Arnault el mensaje que Rodrigo Asturias abandonaría la mesa, y sería sustituido por el señor Jorge Rosal.

Mientras todo esto ocurría, se desarrollaba en el país una campaña mediática con tintes claramente conspirativos, a cargo de gente de inteligencia militar; también aprovechaban la ocasión los enemigos y rivales del Presidente y todos aquellos que se oponían a la firma de la paz. Por otra parte, las organizaciones de derechos humanos y la comunidad internacional exigían que se esclareciera el caso del compañero de Isaías, cuyo pseudónimo era «Mincho». Los medios escritos —enemigos jurados de Arzú— se daban gusto publicando la información proporcionada «por fuentes de la inteligencia militar que exigieron el anonimato», y le dieron cabida a toda clase de falsedades. Como se recordará, Isaías fue canjeado el 20 de octubre a las diez de la mañana. Ese día, en el Parque Central, se celebró un mitin por el aniversario de la revolución y los asistentes al mismo arriaron la bandera de Guatemala dejándola a media asta. Entonces inventaron que esa era la señal que habíamos convenido con la guerrilla para informarles que Isaías ya había sido liberado. Desde puerilidades como esa, hasta verdaderas maniobras de inteligencia que tenían el sello típico, que consiste en dar un buen porcentaje de información real para hacer creíble la información falsa, que es el verdadero objetivo. Así, por ejemplo, entre muchas argucias de ese tipo, informaban con fidelidad cómo había sido capturado Isaías, en qué lugar y otros detalles, y luego señalaban que lo primero que él había pedido fue permitirle hablarme por teléfono a mi casa; de esa manera quedaba más que sugerido que yo tenía una relación directa y personal con él y que por consiguiente estaba en la jugada. Además, se esgrimía el tema legal, argumentando que el Presidente había violado la Constitución y que lo menos que podía ocurrir es que renunciara el Coordinador de COPAZ.

Para mí todo esto fue evidencia que existía en el Ejército un sector opuesto a la firma de la paz, o al menos que pretendía cambiar radicalmente la composición de la COPAZ para perseguir sus propios intereses, y era obvio también —y los periódicos no se molestaban en ocultarlo— que era gente de inteligencia. Asumí que el general Pérez Molina no podía ignorar esa situación y lo cité en Casa Presidencial para conversar. Hablamos en el Salón Maya y sin mayores rodeos le planteé que yo sabía cuál era el origen y el fin de esa campaña que, de seguir en ascenso, nos podría obligar a retirarnos de la mesa, lo cual sería algo muy grave. Para reafirmar las implicaciones negativas que ello tendría le hice la pregunta clave: «¿creen ustedes que si eso ocurriera el Ejército podría liquidar militarmente a URNG?». Para mí que todos teníamos claro que si bien URNG no podía tomar el poder, si podía permanecer actuando como guerrilla hasta la consumación de los siglos. Pero para mi sorpresa, Otto me contestó: «si logramos que el gobierno mexicano retire totalmente a los refugiados de la frontera, yo creo que sí Gustavo». Asimismo, a lo largo de esa entrevista, el general Pérez Molina insistió en que el error que habíamos cometido nosotros (el Presidente y yo), había sido apoyarnos en el Estado Mayor Presidencial en vez de acudir a la D-2, donde había gente experimentada que nos hubiera podido asesorar adecuadamente.

Pero a la postre el ciclista no se cayó en la última vuelta, aunque ya no llegó a la meta con el brillo que había logrado en las primeras etapas. La negociación se reanudó en la segunda semana de noviembre. Teníamos apenas un mes y medio para firmar la paz y nos faltaban tres acuerdos: el de *cese definitivo al fuego*, el de *reformas constitucionales y régimen electoral* y el de *bases para la incorporación de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca a la legalidad*. Los dos primeros no presentaban problema, pero este último, el de la incorporación a la legalidad, se complicó enormemente por el secuestro de la señora Novella y hechos derivados, ya que de ese acuerdo tenía que formar parte la figura legal que ampararía dicha incorporación, la cual la concebíamos como una «*amnistía relativa*». Las organizaciones de derechos humanos tenían los ojos puestos en esa figura desde hacía años; una y otra vez nos acusaban de estar fraguando una amnistía absoluta. Acordamos en cambio una Ley de Reconciliación Nacional que, lejos de ser una amnistía absoluta, es una amnistía con un ámbito muy restringido y preciso, que no

contempla los delitos de genocidio, tortura y desaparición forzada, así como aquellos otros que sean imprescriptibles. La ley exime de la responsabilidad penal y de la pena por los delitos políticos contemplados en artículos precisos del Código Penal y, más aún, detalla —citando artículo por artículo— cuáles delitos pueden considerarse comunes conexos, y explícitamente se excluyó el de secuestro. Asimismo, contempla únicamente delitos cometidos *en* el enfrentamiento armado, y no en el contexto, o con motivo de... que serían fórmulas más abarcadoras.

El Acuerdo sobre bases para la incorporación de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca a la legalidad lo terminamos de negociar en Madrid a la una de la mañana del 12 de diciembre, y al mediodía lo debíamos firmar en un acto solemne. Antes teníamos una entrevista con el presidente José María Aznar y luego con su majestad, el Rey. A las cinco de la mañana revisamos el borrador definitivo que nos presentó Arnault y luego se mandó a reproducir. Después de la firma hubo un almuerzo en la Cancillería y a las tres de la tarde se inició un «Grupo Consultivo» con los principales cooperantes, en el cual nuestro objetivo principal era obtener recursos de disposición inmediata para la fase de incorporación de URNG, que sabíamos extremadamente delicada. En El Salvador, por ejemplo, no se pudo operar con la suficiente celeridad, y esto provocó problemas graves y resentimientos. Nosotros, echando pan a nuestro matate, nos queríamos asegurar que eso no ocurriera, y lo pudimos lograr mediante fondos de disposición inmediata otorgados por distintos países amigos. La reunión concluyó cerca de las siete y yo había comprado boletos para presenciar la ópera Falstaff de Giuseppe Verdi, en el teatro Calderón de la Barca de Madrid. En un estado de excitación que no lograba domeñar, no pude meterme realmente en la ópera, pero al menos maté el tiempo, sabiendo que intentar dormir era imposible después de un día como ese. Durante los cuatro días previos habíamos estado negociando con URNG en el Palacio de Viana, construido a fines del siglo XVI, justo cuando Colón descubría América. Quizá en un momento dado ya no pude distinguir entre la escenografía de Falstaff y aquel palacio renacentista, de cuyas paredes pendían retratos de austrias y borbones, a cual más feos unos que los otros. ¡Esos sí me jodieron!

EPÍLOGO

Al regresar de la gira por Noruega, Suecia y España, nos reunimos de nuevo con URNG en México para evaluar lo que nos faltaba, que era el cronograma para el cumplimiento de los acuerdos. Esta era una tarea no solamente técnica sino también política, y estábamos a quince días que concluyera el año. Por eso, COPAZ y URNG decidimos plantearle al Presidente que la firma se realizara a mediados de enero de 1997; para ello lo llamé a Santiago de Chile, donde se encontraba en una Cumbre Iberoamericana. El Presidente no aceptó ningún argumento para diferir la firma, y creo que tuvo razón. El motivo principal que me expuso fue el riesgo de prolongar el proceso, porque cualquier cosa podía pasar; sin duda, el caso del secuestro de la señora Novella pesaba en su ánimo. Ante tan rotunda negativa no quedó más que buscar la menos mala de las fechas posibles, y esa fue el 29 de diciembre, lo cual coincidió con el cumpleaños de Rolando Morán. El 28 no convenía por tratarse del Día de los Inocentes lo cual, conociendo el humor chapín, hubiera convertido el tema de la paz en un chiste sempiterno; el 30 ya estaba muy cerca del fin de año. Entonces llamamos de nuevo al Presidente para informarle que las partes habíamos acordado firmar la paz el 29 de diciembre; acto seguido, éste invitó a la ceremonia a su majestad, el Rey de España, y a todos los Jefes de Estado allí presentes, quienes lo ovacionaron de pie.

En definitiva, con todo y las carreras sacamos la tarea, a pesar de un nuevo e imprevisto obstáculo: la República Popular China hizo valer su derecho de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, para evitar que se conformara la misión de *boinas azules* que debía garantizar e implementar la concentración y desmovilización de los efectivos armados de URNG y la entrega de sus armas. La razón para esto estribaba en un asunto de difícil solución; consistía en que Guatemala no tenía (ni tiene hasta ahora), relaciones diplomáticas con China, y sí las tiene con Taiwán.

Sin embargo, aún sin *boinas azules*, la paz se firmó. De hecho, hacía nueve meses que la confrontación armada había cesado, luego de más de tres décadas de asolar al país. La confianza entre las partes que se había construido se mantuvo a pesar de los temblores, y ocurrió así otro hecho insólito. Mientras el canciller Eduardo Stein hacía denodados esfuerzos por lograr un acuerdo con China pasaron cerca de dos meses. Durante ese lapso las fuerzas de URNG permanecieron armadas en el territorio sin que se registrara ningún incidente. Luego, cuando los *boinas azules* llegaron, los combatientes se desplazaron en orden hacia los puntos de concentración y los operativos previstos se realizaron, lo cual hizo manifiesto que hasta el final las organizaciones armadas conservaron su disciplina y su estructura interna.

La negociación continuó hasta la mañana misma del 29 de diciembre, cuando firmamos el *Acuerdo de Cronograma*, estando ya la Comandancia de URNG en Guatemala. En cuanto a mí, la actividad febril de esos días inolvidables no me había permitido tomar conciencia de lo que estaba a punto de ocurrir, pero distintos hechos que entonces y después presencié y viví, le fueron dando contenido concreto a la paz que se iba a firmar y que se firmó. El 28 de diciembre acudí al aeropuerto La Aurora para recibir a la Comandancia de URNG. Accedí por el túnel hasta la puerta del avión y luego los acompañé hacia los puestos de migración. Antes de llegar a ellos, un Coronel que entonces prestaba sus servicios en la Dirección de Aeronáutica Civil, les pidió que pasaran a una oficina situada a medio camino. En ella se encontraban cuatro hombres de traje y corbata que se colocaron frente a cada uno de los miembros de URNG y se presentaron: Coronel fulano de tal, responsable de la seguridad del comandante Pablo Monsanto, y así sucesivamente. Yo sabía que URNG había solicitado que su seguridad en el país estuviera a cargo del Ejército de Guatemala, pero ni aún con ese antecedente pude imaginar lo que estaba presenciando. Cuando escuché a esos oficiales llamar comandantes a los líderes de URNG, recordé la reunión celebrada diez meses antes con los jefes de las bases militares en la Antigua Escuela Politécnica, y cómo éstos se referían a los guerrilleros como «delincuentes subversivos». En un lapso tan breve muchas cosas habían cambiado. Pero no fue sólo la escena mencionada, sino que esos oficiales y sus subalternos cumplieron cabalmente su tarea; hasta la fecha el proceso de paz de Guatemala tiene una

importantísima peculiaridad: que no se han registrado ajustes de cuentas, ni obstáculos o coacciones a la organización y accionar político de URNG y de sus antiguos miembros.

Diez años después, en 2006, conté la anécdota anterior en una charla que di en la Universidad Rafael Landívar, y al concluir, uno de los estudiantes pidió la palabra y se presentó como Luís Enrique Mendoza, Capitán del Ejército, quien relató que uno de esos coroneles era su primo, el cual fue asignado para brindar seguridad a Ricardo Rosales Román, Secretario General del Partido Guatemalteco del Trabajo. «Para usted y mis compañeros la actitud de esos oficiales puede parecer extraña, —dijo Mendoza— pero nosotros somos soldados profesionales y sabíamos que el motivo de la guerra era político: se solucionó el conflicto político, se terminó la guerra. Ahora entre nuestra familia y la familia Rosales existe amistad, y algunos militares y ex subversivos estamos en proyectos políticos comunes, porque coincidimos en las ideas para cambiar a Guatemala». Hoy el capitán Mendoza es diputado electo por el partido gobernante, Unidad Nacional de la Esperanza.

Por la noche de ese 28 de diciembre fui a *La Bodeguita del Centro*, lugar de moda de la bohemia capitalina, y presencié cómo se encontraban y abrazaban amigos que no se habían visto por años y recién retornaban al país. Meses después de la firma, cuando intentaba pescar en uno de los estanques de la finca Santo Tomás, observé que un grupo de soldados caminaba en dirección a donde me encontraba, y en efecto era conmigo la cosa: sólo querían decirme que con la paz seguramente los habíamos salvado de la muerte.

Efectivamente, la paz política no ha significado el fin de la violencia ni tampoco de la pobreza. Hoy los guatemaltecos somos brutalmente atacados por los delincuentes, con su cauda de muerte y barbarie, pero —sin hacer comparaciones— la violencia política, además de su magnitud, tuvo implicaciones cualitativamente distintas para la sociedad y los individuos. Una cosa es que todos los ciudadanos, sin distinciones de ideologías e incluso de posiciones sociales, seamos atacados por delincuentes, y otra que el Estado mismo se haya constituido a lo largo de la historia en represor de los disidentes, llegando esto a proporciones genocidas entre los años 1980 y 1982. No sólo fue la magnitud de los hechos, como ya se dijo, sino lo que esto

implicó: temor inveterado, represión de la energía social y del pensamiento, servilismo, desvirtuación de la autoridad misma convertida en poder criminal, lo que a mi juicio forma parte del desquiciamiento moral que vive nuestra sociedad. La pobreza sigue afectando a la mitad de los guatemaltecos, pero hoy existen mejores condiciones para luchar contra ella, en parte por los cambios institucionales derivados de los Acuerdos de Paz, pero sobre todo por un mayor protagonismo social, que en definitiva es el factor clave para transformar Guatemala.

La firma de la paz es el punto de referencia de un cambio de época tanto a nivel nacional como global. La paz —como todo hecho histórico— fue producto de un conjunto de cambios que se gestaron con anterioridad, y a su vez los ha potenciado. La paz de Guatemala es hija de su tiempo como pocos fenómenos. Conociendo a Rolando, se que por desventajosa que fuera su situación, jamás habría accedido a deponer las armas mientras el socialismo hubiera sido un objetivo posible; pero los cambios en la URSS y en las llamadas «democracias populares» lo hicieron inviable. Asimismo, la paz no se habría producido sin el «retorno a la institucionalidad» bajo una Constitución que ya no establecía la exclusión política, y sin la existencia de un sistema electoral que ya había sido validado por tres elecciones legítimas.

Ese fue a grandes rasgos el contexto en el cual se produjo la paz de Guatemala, y para concretarla concurren también circunstancias, coyunturas y personas. El autogolpe intentado por el presidente Serrano pudo ser funesto para el proceso, pero en cambio su reversión se convirtió en un elemento favorable. Si Alfonso Portillo triunfa en las elecciones contra Arzú, la paz no se hubiera firmado, al menos en ese período de gobierno. Sin embargo, la fuerza que adquirieron Portillo y el FRG durante la campaña electoral, sin duda favoreció la decisión de URNG de conversar con el candidato Arzú.

Las personas también fueron importantes, y no sólo durante la larga negociación, sino desde antes incluso que se suscribieran los *Acuerdos de Esquipulas*. Previo a ellos, por ejemplo, fue surgiendo en el Ejército la idea de una solución política al enfrentamiento armado, y también durante el gobierno de facto del general Humberto Mejía Vítores, su Canciller, Fernando Andrade Díaz Durán, implementó una política de neutralidad en el conflicto

centroamericano que luego, bajo el gobierno del presidente Vinicio Cerezo, se llamó «política de neutralidad activa». Andrade también sentó bases para la apertura política interna, atrayendo a la legalidad y a la participación electoral al Partido Socialista Democrático, entonces encabezado por Mario Solórzano Martínez.

Los cambios que se fueron dando en el Ejército respondieron al contexto y en especial a la propia guerra, a lo que ella implicaba y a los riesgos que eso podría significar para la Institución; pero también el impulso de los mismos tiene nombres y apellidos. En una primera fase —y hasta donde se puede saber— yo diría que el papel más relevante lo jugó el general Héctor Alejandro Gramajo Morales, quien fue ministro de Defensa del presidente Cerezo, elaboró la tesis de la «Estabilidad Nacional» (en cuya lógica era fundamental la paz política y la equidad social), y sostuvo al Presidente en dos intentos de golpe de Estado. Luego, en la fase de la negociación, pienso que el papel principal lo desempeñó el general Julio Balconi Turcios.

Aunque no le hayan dado el premio Nobel, el principal gestor de los *Acuerdos de Esquipulas* fue el presidente Vinicio Cerezo. Antes de esos acuerdos, su embajador en España, Danilo Barillas³⁶, con el apoyo de dos diplomáticos hispanos que acompañaron el proceso de cabo a rabo (Yago Pico de Coaña y Juan Pablo de la Iglesia), organizaron una reunión en El Escorial en la que, por primera vez, se reunieron militares y guerrilleros. Como producto de Esquipulas, se constituyó la Comisión Nacional de Reconciliación en septiembre de 1987, y es indisoluble de ella el actual Arzobispo de Guatemala, Rodolfo Cardenal Quezada Toruño.

En cerca de seis años de negociación directa Gobierno-URNG, tres comisiones gubernamentales de paz fueron allanando el camino hasta la meta final; cuatro gobiernos sucesivos (Cerezo, Serrano, De León Carpio y Arzú) se involucraron en el proceso. Igualmente en el caso de la «otra parte». Los miembros de la Comandancia de URNG fueron los únicos actores que estuvieron desde el principio hasta el final e involucraron en él a sus

³⁶ El 1 de agosto de 1989 fue asesinado en la ciudad de Guatemala, Danilo Barillas, fundador y ex secretario general de la Democracia Cristiana y hasta poco antes embajador en España. Aunque el hecho —entre tantos otros—, quedó en la oscuridad e impunidad, todo parece indicar que el móvil del crimen estuvo relacionado con su papel precursor en la búsqueda de una solución política al enfrentamiento armado.

organizaciones. A los actores de primera línea se agregan muchísimas personas que participaron en la Asamblea de la Sociedad Civil y en otras entidades constituidas a propósito de la paz, y en última instancia quien creó las condiciones para todo esto fue el pueblo guatemalteco, que conquistó y afianzó la democracia política.

Así pues, la firma de la paz es parte de un conjunto mayor de cambios, en el contexto del cual constituye un hito, y en mi opinión esos cambios tienen como fundamento último cuatro grandes tendencias que han venido transformando la sociedad guatemalteca y que lo seguirán haciendo, aunque experimenten reveses temporales o no puedan adquirir toda la intensidad que debieran. Esas tendencias son: la demanda social de educación y capacitación y los avances formales e informales en la materia; la tendencia a la organización; la participación creciente de las mujeres y el protagonismo de los pueblos indígenas. Son fenómenos surgidos de la base de la sociedad, favorecidos por determinadas políticas públicas o de cooperación internacional, pero básicamente caminando por sus pies, lo cual les da una fortaleza histórica que está más allá de las coyunturas o los avatares de la política.

En la base de estas cuatro tendencias y entreverado con ellas está el progreso económico de sectores cada vez más amplios de población urbana y rural, siendo este último aspecto el más significativo, pues constituye la reversión de una tendencia secular. De nueva cuenta, aunque en este progreso hayan influido positivamente políticas públicas, el factor principal que lo ha producido es el esfuerzo de la gente. El ejemplo más contundente es el de los emigrantes, cuyas remesas impactan fuertemente el progreso antes dicho, y que son el producto del fracaso de las políticas que supuestamente iban a generar empleo.

Pero los compatriotas supieron hacer de la necesidad, virtud.

El hecho que hoy sea mayor la demanda de educación que la oferta constituye la inflexión de una tendencia histórica, sobre todo en el área rural. En la época del CRÁTER (mediados de los años sesenta), había que convencer a los padres de familia sobre la importancia que sus hijos estudiaran; las reservas de los padres no carecían de fundamento, porque entonces no existían más oportunidades de trabajo que el peonaje agrícola, y para ello la educación salía sobrando; con mayor razón cuando esa educación

era ajena a las necesidades de las personas e incluso del país. Hoy el avance de la educación está limitado por los escasos recursos del Estado, a pesar que éste le asigna el mayor porcentaje de su gasto. Pero además de los avances en educación formal están también los informales; es decir, el conocimiento que los guatemaltecos han adquirido al involucrarse en procesos de trabajo y de vida más complejos y acceder a una mayor información.

Asimismo, Guatemala es un país altamente organizado, tanto de manera espontánea como formal, con la característica que las organizaciones locales son fuertes y representativas, pero las nacionales son débiles. Las organizaciones religiosas, comunitarias, de desarrollo y otras son fuertes, mientras las políticas son débiles. La tendencia a la organización refleja un tejido social vivo que se manifiesta en la disposición a asociarse. En cambio la debilidad de los partidos políticos muestra el deterioro del sistema, que sin embargo presenta síntomas de recomposición. El creciente protagonismo social, que se manifiesta en la participación electoral y en la organicidad evocada antes, tiene dos componentes fundamentales: la participación de las mujeres y el protagonismo de los pueblos indígenas. Estos fenómenos son en sí mismos indicadores de un cambio de época, porque la Guatemala que llegó hasta nosotros ha sido en gran medida producto de la exclusión de mujeres e indígenas.

Aunque quede mucho camino por recorrer, lo cierto es que hay movimiento y que es irreversible. Yo crecí en una Guatemala donde la pobreza y la riqueza se repetían en la siguiente generación, con las consabidas excepciones. Es decir, en una Guatemala donde no había movilidad social. En 1960, yendo por la Avenida de la Reforma con la abuela del Chucho Goubaud, mientras el chofer manejaba, ella le preguntó al Chucho, con toda naturalidad: «¿qué será miyo que ya no conoce uno a la gente que anda en carro?» Y yo siempre he considerado esa anécdota como mi primera toma de conciencia acerca de algo hasta entonces virtualmente desconocido: el crecimiento de la clase media. Asimismo, en esa Guatemala —de nuevo, salvo excepciones— las mujeres estaban reducidas al ámbito doméstico, ya sea en su propia casa o en casa ajena, como empleadas, llamadas «sirvientas». Desde niño conocí el mundo indígena y siendo un adolescente me involucré en la cuestión social. A lo largo de muchos años jamás imaginé que iba a haber más de diez mil

profesionales universitarios indígenas, como los hay ahora, salvo que ocurriera una profunda revolución.

Sin embargo, que Guatemala esté cambiando por obra de estas dinámicas no significa sentarse a ver pasar el desfile, ni tampoco que la situación actual es justa o aceptable, porque estos cambios antes enunciados y muchos otros que se podrían evocar, muestran al mismo tiempo la vitalidad del pueblo guatemalteco y el abandono de que ha sido objeto. Ese abandono, sobre todo en el terreno educativo y cultural, está pasando la factura a través de un proceso intenso de descomposición social; su más grave expresión es la delincuencia masiva que implican las llamadas «maras», fenómeno no necesariamente asociado a la pobreza.

La gran debilidad de nuestro país es lo poco que ha pesado el interés general para implementar políticas públicas y también para desarrollar actividades privadas. Pareciera como el reflejo de una identidad inacabada en la cual la belleza del territorio y la abstracción de Patria, que producen efluvios de amor, coexisten con la indiferencia por el porvenir de la gente, de la Nación. El Estado no ha cumplido su papel no sólo por efecto de malos gobiernos, sino por carecer de los recursos que las demandas del país habrían requerido, y esto —como todos sabemos— no porque Guatemala sea pobre, sino debido a muchas causas, entre ellas, que quienes más tienen tributan menos en proporción de sus ingresos; exactamente al revés del principio constitucional. El Estado y los gobernantes —salvo excepciones— no se han mostrado como buenos administradores, sino más bien como despilfarradores de recursos ya de por sí escasos. Además, durante mucho tiempo, no sólo en la población había reservas frente a la educación, sino en las altas esferas se consideraba inútil «educar a los indios», que con la educación sólo se iban a volver lamidos.

Las cosas han ido cambiando, pero sin que todavía se rompan los círculos viciosos que socavan nuestro desarrollo como Nación. La pobreza se ha ido reduciendo, pero todavía se encuentra en niveles inaceptables y, además, el mejoramiento en el nivel de vida no se traduce necesariamente en desarrollo social, y así se podrían enumerar tanto los logros como las nuevas problemáticas que se han generado. Pero en mi niñez, cuando alguien decía que el tiempo pasado había sido mejor, mi papá se volteaba conmigo y me decía: «no creas eso, mijo, antes era peor».

S.UE(DL)
327.172
P838

Porras Castejón, Gustavo
Las huellas de Guatemala /
Gustavo...
47.H.C.s.n.(2018)

S.UE(DL)
327.172
P838

Porras Castejón, Gustavo
Las huellas de Guatemala /
Gustavo...
47.H.C.s.n.(2018)

**El Plazo de Préstamo
es de 8 días.
Se cobrará mora por
cada día de atraso.**

**Biblioteca Central
USAC**



4701257869